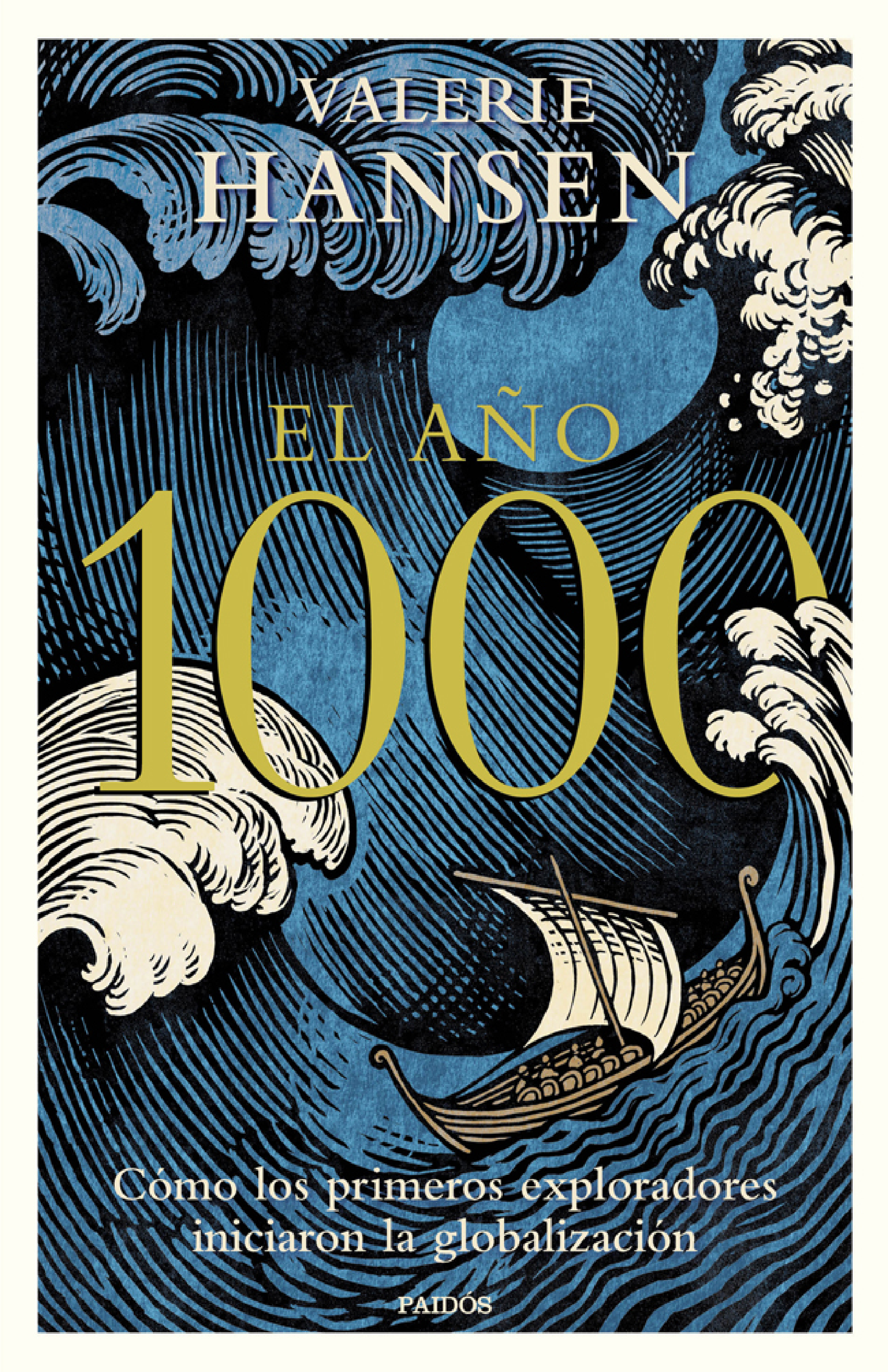

VALERIE
HANSEN
EL AÑO
1000
Cómo los primeros exploradores
iniciaron la globalización
PAIDÓS

Índice

SINOPSIS

La gente cree que los años inmediatamente anteriores al 1000 d.C. carecieron de desarrollos culturales importantes o encuentros geopolíticos, que los europeos aún no habían llegado a América del Norte y que la hazaña marítima más importante fue la invasión vikinga de Gran Bretaña. ¿Pero cómo explicar la presencia de personas rubias en los murales de los templos mayas de Chichén Itzá, México? ¿Podría ser posible que los vikingos hubieran llegado a América durante el apogeo del imperio maya? ¿Cuándo empezó la globalización?

Valerie Hansen, historiadora galardonada y profesora de la Universidad de Yale, demuestra que en el año 1000 nuevas rutas comerciales unieron todo el mundo por primera vez, dando paso a lo que ella denomina el *big bang* de la globalización y que marcó el comienzo de una nueva era de exploración y comercio que allanó el camino a los europeos tras la llegada de Colón al continente.

Basándose en nuevas fuentes históricas y arqueológicas, Hansen expone los contactos entre Europa, el mundo islámico, Asia, el Océano Índico, el Pacífico y el mundo maya mucho antes de lo que los historiadores habían establecido y demuestra convincentemente cómo estos encuentros prepararon el escenario para la globalización que dominaría el mundo durante los siglos venideros.

VALERIE HANSEN

EL AÑO 1000

Cómo los primeros exploradores iniciaron la globalización

Traducción de Fernando Borrajo Castanedo

PAIDÓS Contextos

Para Jim, que fue a todas partes y lo leyó todo

NOTA DE LA AUTORA

He seguido una serie de recomendaciones para llegar al público más amplio posible: reducir al mínimo las grafías extrañas; utilizar los nombres y topónimos más habituales y suprimir casi todos los signos diacríticos; hacer referencia a países y regiones modernas para evitar confundir al lector con nombres de lugares que ya no se usan, y añadir notas finales con información suficiente para encontrar las fuentes históricas.

PRÓLOGO

La calle está abarrotada de clientes que compran collares de perlas procedentes de Ceilán, adornos de marfil africano, perfumes conservados con sustancias elaboradas en el Tíbet y Somalia, frascos de ámbar del Báltico y muebles construidos con todas las maderas aromáticas imaginables. El olor a incienso impregna el aire. En la tienda de la esquina venden productos caros y sofisticados junto a modelos adaptados a los consumidores de la zona. Según la festividad de que se trate, los fieles hindúes, musulmanes o budistas se suman a la muchedumbre. Más tarde, cuando vas a casa de una amiga, esta te ofrece un refresco exótico. Su familia te muestra con orgullo su última adquisición: una mesa de sándalo javanés con un cuerno de rinoceronte. Muchos objetos parecen importados, lo que demuestra el gusto cosmopolita de la familia de tu amiga.

Esta ciudad, debido a sus muchas conexiones con lugares lejanos, recuerda a una metrópolis moderna, pero así es como era Quanzhou en el año 1000. A mitad de camino entre Shanghái y Hong Kong, Quanzhou era por aquel entonces uno de los puertos más grandes y ricos del mundo.

Todos esos productos eran mercancías habituales en aquella época. Durante siglos los chinos importaron maderas fragantes, como el sándalo, desde Java y la India, y resinas aromáticas, como la mirra y el olíbano, desde la península arábiga. Los chinos quemaban incienso para perfumar el ambiente, humedecían la ropa con aromas importados para conferirles una fragancia agradable y condimentaban medicamentos, bebidas, sopas y tartas con especias de importación.

El comercio de exportación iba viento en popa, y el producto chino más avanzado era la cerámica cocida a altas temperaturas. La competencia barata provenía de los alfareros de Oriente Medio, quienes mezclaban esmaltes de imitación que

se parecían a las brillantes cerámicas chinas pero que no se cocían a la misma temperatura. Con la apertura de nuevas rutas, los artesanos, que habían sido los únicos proveedores de sus compatriotas, se encontraron de repente compitiendo por una cuota de mercado con fabricantes del otro extremo del mundo.

El año 1000 constituye el comienzo de la globalización. Es entonces cuando las rutas comerciales que se crean en todo el mundo permiten que los bienes, las tecnologías, las religiones y las personas abandonen sus lugares de origen y se trasladen a nuevos destinos. Los cambios resultantes fueron tan profundos que afectaron también al común de las gentes.

En el año 1000 —o lo más cerca de esa fecha que los arqueólogos son capaces de determinar—, los exploradores vikingos partieron de su Escandinavia natal, cruzaron el Atlántico y llegaron a la isla de Terranova, un territorio en el que ningún europeo había estado nunca. (Nadie se había trasladado a América desde las migraciones procedentes de Siberia, más de diez mil años antes.) Los vikingos conectaron las rutas comerciales ya existentes en América con las de Europa, Asia y África, una masa de tierra a la que nos referiremos con el nombre de Afroeurasia. Por primera vez en la historia, un objeto o un mensaje podían dar la vuelta al mundo.

A diferencia de los escandinavos, los otros protagonistas del año 1000 —los chinos, los indios y los árabes— no eran europeos. La ruta marítima más larga que se utilizaba habitualmente comunicaba China con las ciudades omaníes y con Basora, el puerto más próximo a Bagdad. La ruta entre el golfo Pérsico y China combinaba dos caminos de peregrinación, uno para los musulmanes que iban de China a la Meca y otro para los africanos que también hacían el *hach*. La mayor parte del comercio iba desde la península arábiga hasta los puertos del sureste de China, pero algunas mercancías continuaban hasta los puertos de la costa oriental de África.

Entre los protagonistas de la globalización en el año 1000 se encuentran tanto los vikingos como los habitantes de América, África, China y Oriente Medio. Intercambiando mercancías por productos que no habían visto antes, estos exploradores abrieron rutas terrestres y marítimas que constituyeron el verdadero comienzo de la globalización. Los nuevos caminos utilizados por estos comerciantes y viajeros permitieron la interacción entre numerosos reinos e imperios, facilitando la llegada de mercancías, personas, microbios e ideas a nuevos territorios. Las diferentes partes del mundo entraron en contacto por primera vez, y el resultado de aquellos intercambios es el mundo globalizado de hoy en día.

Ciertamente, los habitantes de algunos territorios —Roma, la India, China— conocían la existencia de otras sociedades desde mucho antes del año 1000. Una ruta marítima bien conocida unía el Imperio romano con la costa suroccidental de la India durante los primeros siglos de la era cristiana, pero ese comercio terminó extinguiéndose. Por otra parte, las rutas de la seda, que quedaron establecidas por tierra y por mar hacia el año 500 y que crearon duraderos lazos culturales y comerciales entre la India, China y el sureste de Asia, seguían utilizándose en el año 1000. Sin embargo, estas dos redes comerciales, pese a ser muy complejas y avanzadas, solo abarcaban una parte del mundo. La expansión territorial que se produjo en el año 1000, en cambio, afectó a todo el planeta.

Evidentemente, aquello no era la globalización como la entendemos en la actualidad. La gente normal no podía viajar a cualquier parte, entrar en una tienda y comprar productos de casi todos los países del mundo. Ahora bien, los cambios que tuvieron lugar en torno al año 1000 eran globalización en el sentido más estricto y fundamental de la palabra. Lo que sucedía en un lugar del mundo afectaba en gran medida a los habitantes de otras tierras lejanas. Nuevos itinerarios unían dife-

rentes partes del mundo, y las mercancías, las personas y las religiones se desplazaban por esas rutas. La continua demanda de esclavos en Constantinopla, Bagdad, El Cairo y otras ciudades provocó el desplazamiento forzoso de millones de personas de África, el este de Europa y Asia central, siglos antes de que comenzara el comercio trasatlántico de esclavos.

La globalización afectaba considerablemente a quienes nunca salían de su país. Cuando un gobernante se convertía —y muchos se convirtieron en torno al año 1000—, numerosos súbditos también adoptaban la nueva fe. Los habitantes del sudeste asiático dejaron sus ocupaciones tradicionales para dedicarse a tiempo completo a abastecer de especias y maderas aromáticas a los consumidores chinos, tanto ricos como pobres. Como los mercaderes extranjeros se beneficiaban cada vez más a costa de los comerciantes locales, en ciudades como El Cairo, Constantinopla y Cantón estallaron los primeros disturbios antiglobalización y los primeros ataques contra los nuevos ricos.

Los documentos que se conservan del año 1000 no nos proporcionan cifras exactas sobre los bienes y las personas que se desplazaban por el mundo en aquella época. Por eso vamos a dar más importancia a otro tipo de hechos. Rastrearemos el desplazamiento de las mercancías a lo largo de distintos itinerarios para comprobar qué clase de personas y de información las acompañaban. Nos interesan las personas que describieron sus propios viajes y también las que reflejaron lo que oían contar a otros, porque ellas son los principales testigos de la gran transformación que se produjo después del año 1000.

Estos intercambios sirvieron para abrir algunas de las rutas a lo largo de las cuales los bienes y las personas siguieron viajando después de que Colón cruzara el Atlántico. Pero el mundo del año 1000 era muy distinto del de 1492. En primer lugar, los viajeros que se encontraban en el camino en el año 1000 esta-

ban mucho más próximos entre sí desde el punto de vista tecnológico, a diferencia de lo que ocurrió en 1492, cuando las armas de fuego permitieron a los europeos derrotar a todo el que se interponía en su camino.

En el año 1000, los protagonistas también eran otros. Algunas partes del mundo, como China y Oriente Medio, eran prósperas, mientras que otras, sobre todo Europa, se habían quedado atrás. De hecho, el mundo del año 1000 se parece mucho más al de hoy en día, en el que chinos, árabes y estadounidenses son auténticos rivales de los europeos.

Los acontecimientos que se pusieron en marcha en el año 1000 son un momento clave en la evolución de la humanidad, y han producido efectos tanto positivos como negativos. El auge de las rutas globales produjo abundancia y esterilidad, enriquecimiento intelectual y fragmentación cultural, lo cual permitió la difusión de nuevas tecnologías, pero también provocó la extinción de la artesanía tradicional. Las rutas comerciales fueron una fuente de concordia, pero también de peligrosos conflictos; abrieron los ojos de algunos a posibilidades que nunca habían vislumbrado, pero también aceleraron el sometimiento de los menos aptos.

Este libro es el primero en considerar todos esos acontecimientos como «globalización».[1] La globalización produce vencedores y vencidos, y también fue así en el año 1000, cuando el mundo cambió de manera radical. Todavía ahora estamos sintiendo los efectos de aquella transformación, por lo que deberíamos comprender bien la importancia del legado a largo plazo que nos ha dejado ese año.

Es una historia que nos resulta terriblemente familiar, pero en el año 1000 el contexto era muy diferente. Como es lógico, la industrialización aún no había tenido lugar. No había ni va-

por ni electricidad. La energía era producida por las personas, los animales, el agua y el viento.

Las unidades políticas también eran muy diferentes: bandas de guerra, tribus, reinos e imperios. Ninguno de ellos era un Estado nacional que pudiera obligar a sus ciudadanos a servir en el ejército y a pagar impuestos (estos no existieron como tal hasta el siglo XIX).

Este libro explica quiénes elaboraban las redes en las principales regiones del mundo y cómo estas se entrelazaban. Los pueblos que vivían en diferentes regiones, a medida que iban entrando en contacto entre sí, empezaron a preparar el terreno para la siguiente fase de la globalización en el siglo XVI, cuando los europeos reorganizaron las redes existentes para adaptarlas a sus propios intereses. Pero los europeos no inventaron la globalización, sino que modificaron y aumentaron la que ya existía. Si la globalización no hubiera comenzado ya, los europeos no habrían podido penetrar en tantas regiones con semejante rapidez.

La globalización siempre fue trabajosa: la gente, en cuanto se dio cuenta de que no estaba sola en este planeta, hubo de afrontar nuevos peligros. Las personas que experimentaban la globalización por primera vez tenían que elaborar estrategias desde diferentes perspectivas.

Los individuos, cuando se encontraban con pueblos desconocidos —como sucedía en todas partes en torno al año 1000—, evaluaban los riesgos: ¿iban los extraños a matarlos? ¿Iban a hacerlos prisioneros? ¿Y si los desconocidos sabían leer y escribir? Aquellos individuos debían tomar decisiones sobre qué hacer, y sus decisiones tienen mucho que enseñarnos.

Algunas reacciones eran precipitadas y poco inteligentes: los vikingos, por ejemplo, mataban a veces a los indígenas que estaban durmiendo sin darles la oportunidad de intercambiar

una sola palabra.

Otras reacciones eran espontáneas y, a decir verdad, descabelladas. Cuando los amerindios atacaron un asentamiento vikingo y los líderes nórdicos decidieron batirse en retirada, Freydis, una animosa vikinga que estaba embarazada, no pudo seguir el ritmo de sus compañeros. Cuando se encontró sola frente a un grupo de guerreros indígenas, Freydis se descubrió el pecho y lo golpeó[2] con una espada. Los asombrados indios se asustaron y se fueron de inmediato, según cuenta la saga nórdica.

Otras respuestas eran más instructivas: algunas almas valientes vencían sus miedos y se acercaban a gentes que no habían visto antes y establecían relaciones comerciales.

A menudo, los lugares con menos recursos naturales acababan exportando a su propia gente como esclavos. Ningún lugar concreto suministraba la mayoría de los esclavos. Los centros urbanos más ricos importaban esclavos de las regiones que tenían poco que exportar aparte de mano de obra: África occidental y oriental, Asia central y el norte y este de Europa, de donde procedían tantos prisioneros que las palabras «eslavo» y «esclavo» eran sinónimas.

Las personas que no tenían nada con que comerciar se convertían a veces en hábiles intermediarios, y pasaban a ser indispensables para abrir nuevas rutas comerciales. Curiosamente, las personas procedentes de sociedades menos desarrolladas superaban en ocasiones a quienes contaban con una tecnología más avanzada porque asimilaban mejor las nuevas costumbres.

Una de las maneras más rápidas de hacer avanzar la sociedad propia era convertirse a la religión de otra sociedad más desarrollada, lo cual era una decisión que no siempre se basaba en la fe. Un gobernante que vivió en la actual Ucrania (el príncipe Vladímir) buscó modelos en sus vecinos para fortalecer su

reino. Como muchos otros monarcas, Vladímir eligió una religión que le ofrecía mayores posibilidades de consolidar el poder y sellar alianzas con vecinos poderosos. Su principal fuente de información eran los informes de los embajadores-espías que enviaba a otras cortes.

Vladímir escogió el cristianismo, concretamente el cristianismo ortodoxo que se practicaba en Bizancio, a partir de una lista muy corta. Sopesó los pros y los contras del judaísmo, el islam, el cristianismo romano y la ortodoxia bizantina. Rechazó el judaísmo porque los hebreos habían perdido Jerusalén. Tachó el islam porque prohibía el alcohol. Rechazó el cristianismo romano sin dar explicaciones. Optó por la ortodoxia bizantina porque la magnífica catedral de Santa Sofía en Constantinopla era un prodigio técnico, tan impresionante en su época como el más moderno rascacielos en la actualidad.

A medida que otros líderes elegían las religiones para sus reinos en los años inmediatamente anteriores y posteriores al año 1000, el número de religiones del mundo disminuía. Una de ellas, el maniqueísmo, que había sido popular en el territorio que hoy conocemos como Irán y que hacía hincapié en la lucha continua entre el bien y el mal, desapareció por completo porque no podía competir con otras religiones más arraigadas ni atraer a tantos mecenas.

Ninguna de las religiones principales surgió después del año 1000, salvo el sijismo, el behaísmo, el mormonismo y pocas más. Las que aparecieron fueron popurrís que combinaban elementos de religiones ya consolidadas en el año 1000.

Otros gobernantes tomaron decisiones similares a la de Vladímir. El resultado fue un espectacular incremento del número de creyentes de las principales religiones. El norte y el este de Europa se convirtieron al cristianismo, el islam se extendió hacia el centro de Asia y el norte de la India, y el budismo y el

hinduismo se introdujeron en el sureste asiático. Vivimos en un mundo determinado por las interacciones que se produjeron en el año 1000: el 92 %[3] de los creyentes de hoy en día pertenece a una de las cuatro religiones que se impusieron entonces.

De hecho, al vivir en un mundo condicionado por los acontecimientos del año 1000, tenemos exactamente los mismos problemas a los que se enfrentaban por primera vez las personas de aquella época. ¿Deberíamos colaborar con los países vecinos, comerciar con ellos, permitir que se instalen en nuestro país y concederles libertad de culto? ¿Deberíamos alejarlos de nosotros? ¿Deberíamos tomar represalias contra quienes se enriquecen con el comercio? Para fabricar nuevos productos, ¿deberíamos copiar las técnicas que aún no dominamos? Y, por último, ¿la globalización nos hará más conscientes de quiénes somos o, por el contrario, destruirá nuestra identidad?

Este libro quiere responder a esas preguntas.

CAPÍTULO 1

El mundo en el año 1000

Curiosamente, esta fiebre viajera en torno al año 1000 no la provocó ninguna tecnología nueva. Como en épocas anteriores, las personas se desplazaban por tierra caminando, a lomos de animales o en carretas, y cruzaban las masas de agua en canoas, veleros o barcos de madera. El comercio entre diferentes territorios aumentó en el año 1000 porque los excedentes agrícolas hicieron crecer la población y permitieron que muchas personas dejaran de dedicarse al campo a tiempo completo, que produjeran bienes para los mercados y que se convirtieran en comerciantes.

La zona del mundo más poblada en el año 1000 era, como ahora, China, cuya población rondaba los 100 millones de habitantes. A lo largo de la historia, los chinos han constituido entre una cuarta parte y un tercio[1] de la población del planeta. La economía experimentó un gran auge durante la dinastía Song (960-1276), pues los mercaderes y los barcos chinos comerciaban tanto con el sureste de Asia como con el sur de la India, donde las comarcas que cultivaban arroz también sostenían a sus florecientes poblaciones.

La población de las zonas de cultivo de cereales en Oriente Medio y Europa no era tan numerosa como la de Asia, pero seguía siendo considerable. Desde el año 751 hasta aproximadamente el 900, el Imperio abasí controló un gran territorio que se extendía desde el norte de África hasta el centro de Asia.

La unificación que tuvo lugar bajo los abasíes facilitó el desplazamiento de muchos cultivos a través del imperio. Algunos, como el sorgo, se originaron en el oeste de África; otros, como el arroz, procedían de la India. El cultivo de plantas tropicales procedentes de Irán y la India transformó la vida en todo el

reino abasí al animar a los agricultores a trabajar durante todo el verano (algo que antes no hacían). Este cambio conllevó una prosperidad sostenida[2] en el corazón del islam durante los primeros años del califato abasí.

Sin embargo, a partir del siglo x el imperio se disgregó en dinastías regionales, cada una de las cuales estaba gobernada por un líder militar. El califa de Bagdad siguió siendo la cabeza visible de la comunidad islámica (los musulmanes seguían mencionándolo en las oraciones del viernes a lo largo y ancho del antiguo territorio abasí), pero el imperio ya no estaba unido. No obstante, la población de los antiguos dominios abasíes siguió creciendo, hasta alcanzar entre 35 y 40 millones de habitantes en el año 1000.[3]

La población del occidente de Europa también aumentaba a medida que sus habitantes hacían cambios profundos en la agricultura, que el historiador británico R. I. Moore ha dado en llamar «cerealización».[4] Los europeos plantaban cada vez más trigo y cebada. En el norte de Francia e Inglaterra, los campesinos se dieron cuenta de que la misma cosecha un año tras otro disminuía la fertilidad del suelo, por lo que decidieron dejar en barbecho entre un tercio y la mitad de sus tierras.

A partir del año 1000, los granjeros empezaron a alternar las cosechas. Una de las rotaciones más habituales era nabo-heno-trigo, que ayudaba a conservar los nutrientes y la calidad del suelo. Esta práctica, tan importante para aumentar el rendimiento agrícola, se fue extendiendo muy poco a poco (en China ya era bien conocida). Al mismo tiempo, otras innovaciones también aumentaron la producción: arados tirados por caballos, molinos de agua y de viento, y herramientas de hierro que removían la tierra mejor que los utensilios de madera. Antes de la cerealización, la mayor parte del campo no se cultivaba con regularidad en el oeste de Europa.

Además de aumentar la población, estos cambios contribuyeron a la evolución de las comunidades permanentes. Antes de la extensión del cultivo de trigo, muchos campesinos habían sido itinerantes, desplazándose de un lugar a otro para cultivar la tierra y pastorear el ganado. Lo mismo sucedió en Escandinavia y el este de Europa, cuyos campesinos seguían a sus rebaños de cerdos, cabras, ovejas, vacas y caballos. Pero, primero en Francia, Inglaterra y Alemania, y posteriormente en el este y el norte de Europa, los campesinos empezaron a construir casas y a asentarse en aldeas, gracias a la rotación de cosechas y a otros avances agrarios.

La población europea prácticamente se duplicó, pasando de menos de 40 millones en el año 1000 a 75 millones en 1340 (antes de que se propagara la peste negra en 1347). El crecimiento demográfico coincidió con el período cálido medieval,[5] que comenzó en el año 1000, alcanzó su punto culminante hacia 1100 y terminó en torno a 1400. Los historiadores del clima, como aún no saben si la tendencia al calentamiento se produjo en todo el mundo, llaman a ese período «anomalía climática medieval».[6] Las investigaciones que se están llevando a cabo indican que, mientras algunas zonas, como Europa, experimentaron un aumento de la temperatura, otras se volvieron más frías.[7]

La distribución de la población en Europa también cambió. La población del sur y el este de Europa —Italia, España y los Balcanes— se incrementó en un 50 %. Pero, debido al progreso de las técnicas agrícolas, el crecimiento del oeste y el norte de Europa —el territorio que hoy ocupan Francia y Alemania— fue mucho mayor: allí la población se multiplicó por tres, de modo que, en 1340, casi la mitad de los europeos vivían en el norte y el centro de Europa.

El desplazamiento de la población china era similar al de Europa, pero en sentido contrario: los chinos se trasladaban hacia los arrozales situados al sur del río Yangtsé, precisamente al mismo tiempo que los europeos emigraban a los países septentrionales, desde el Mediterráneo hasta el mar del Norte. En el año 742, el 60 % de una población total de 60 millones vivía en el norte de China, donde cultivaba trigo y mijo; hacia el año 980, el 62 % de los chinos vivían en el sur, donde cultivaban arroz, que era mucho más rentable que los cereales del norte.[8]

A diferencia de lo que sucedía con el emperador de China, en el año 1000 no había en Europa un único gobernante. En el este de Europa, el Imperio bizantino era la potencia más próspera, pero su poderío militar estaba disminuyendo con rapidez.[9] Aunque el ejército bizantino era cada vez más débil, lo que obligaba al emperador a depender de mercenarios o ejércitos extranjeros, Constantinopla era la ciudad más avanzada de Europa. Los europeos del este, cuando visitaban la capital bizantina, se quedaban asombrados ante la magnificencia de sus avenidas y el refinamiento de sus edificios, sobre todo de la grandiosa catedral de Santa Sofía.

En el oeste de Europa, Carlomagno unificó las actuales Francia y Alemania, pero, tras su muerte en el 814, su reino se dividió en tres territorios. En el siglo X, el rey Otón I de Alemania, su hijo Otón II y su nieto Otón III —conocidos como los otónidas— eran los gobernantes más poderosos del occidente de Europa. Otón controlaba el territorio de Alemania y Roma, pero no toda la península itálica, gran parte de la cual estaba en manos del Imperio bizantino. Los otónidas tenían autoridad para nombrar al papa. A su vez, en el 962 el papa coronó a Otón I emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, cargo en el que lo sucedieron su hijo y su nieto.

Otón III eligió al papa Silvestre II (999-1003) para que dirigiera los destinos de la Iglesia romana. Silvestre, uno de los hombres más cultos de su época, sabía algo de álgebra, una parte de las matemáticas que los europeos aprendieron del mundo islámico (la palabra «álgebra» procede al árabe *ŷebr*, que aludía a las manipulaciones necesarias para equilibrar los dos lados de una ecuación).

El año 1000 transcurrió durante el papado de Silvestre II, pero el número del año no significaba gran cosa para los europeos porque muy pocas personas usaban un calendario que contara los años desde el nacimiento de Jesucristo. Esos calendarios existían desde el siglo VI, pero este sistema de datación se fue imponiendo poco a poco, y no fue aceptado de manera oficial por la Iglesia católica hasta el año 1500. La mayoría de la gente hacía referencia al año por el nombre del soberano o del papa reinantes y decía, por ejemplo, el segundo año del reinado de Silvestre.[10]

Pocos cristianos creían que Jesucristo volvería a la tierra en el año 1000. Algunos predicadores itinerantes y reformistas religiosos afirmaron ser el mesías y protagonizaron diversos levantamientos, pero ninguna de esas movilizaciones tuvo lugar en torno al año 1000.[11]

De todos los imperios agrarios que había en ese año, del que menos saben los especialistas es del Imperio maya. Ya antes del año 600, los mayas utilizaban el riego para producir maíz, que cultivaban en zonas elevadas de los actuales México, Belice, Guatemala y Honduras. Los mayas alcanzaron su apogeo en torno al año 700, cuando su población total se contabilizaba por millones (según una estimación realizada en 2018, su población era de entre 10 y 15 millones).[12] La ciudad de Tikal, en la actual Guatemala, una de las más grandes entre los años 600 y 800, tenía unos 60.000 habitantes.[13] A finales del siglo VIII, muchas ciudades perdieron importancia y fueron abandona-

das, posiblemente a causa de la sobreexplotación agrícola o de un cambio medioambiental. A partir del año 830 se construyeron muy pocos edificios nuevos. Entre los años 1000 y 1100 se produjo una prolongada sequía, que causó un vertiginoso descenso de la población, así como una emigración a gran escala hacia el norte de Yucatán, donde se fundó la ciudad de Chichén Itzá.

Aunque el registro que se conserva en los glifos mayas se detiene antes del año 1000 (la última inscripción en un monumento de piedra data del año 910), los mayas de Chichén Itzá experimentaron un resurgimiento y extendieron sus contactos comerciales hacia el norte —hasta el valle del Misisipí y la región de las Cuatro Esquinas, donde se unen los estados de Colorado, Nuevo México, Arizona y Utah— y hacia el sur, hasta Panamá y Colombia. La metrópolis de Chichén Itzá tiene una enorme cancha de juego de pelota y un ingenioso observatorio astronómico. Era una ciudad tan impresionante que muchos gobernantes de los territorios vecinos enviaban emisarios cargados de regalos para honrar al soberano maya.

¿Cuál era la población mundial en el año 1000? Cálculo aproximado: unos 250 millones de habitantes. Sabemos mucho más acerca de las sociedades que hacían censos (pensemos en China) que acerca de las que no llevaban ningún registro, y las sociedades agrícolas tenían muchos más habitantes que las nómadas. Asia, donde se encuentran China, Japón, la India e Indonesia, que eran los principales productores de arroz, representaban la mayor parte de la población mundial (más del 50 %, es decir, unos 150 millones de personas), y Europa constituía el 20 %.[14] Es posible que África representara otro 20 %, con lo que quedaba aproximadamente un 10 % en América (la población de Oceanía nunca llegó a alcanzar el 1 % del total mundial).

Esos 250 millones de habitantes fueron un punto de inflexión en la historia de la humanidad. Cuando los exploradores salían de sus países de origen para adentrarse en otros territorios, era más probable que se encontraran con pueblos desconocidos que en épocas anteriores, cuando había menor densidad de población.

En los diferentes lugares del mundo donde la población aumentó como consecuencia del crecimiento de la producción agrícola, algunas personas pudieron abandonar el campo para ir a vivir a las ciudades. Las urbes europeas, entre los años 1000 y 1348, no eran las más grandes del mundo: París tenía una población de entre 20.000 y 30.000 habitantes,[15] y la Córdoba musulmana contaba con 450.000 residentes, lo que las dejaba muy por detrás de Kaifeng y Hangzhou, las cuales durante la dinastía Song superaban el millón de habitantes cada una.

A medida que crecían las ciudades, también aumentaba el número de comerciantes. Los extraños objetos que adquirían en tierras lejanas despertaban la curiosidad de los compradores y el deseo de obtener más. Las mercancías que compraban solían ser objetos ligeros, como plumas, pieles, telas y medicamentos. Los metales preciosos eran una excepción importante, porque los buhoneros estaban dispuestos a recorrer con ellos enormes distancias.

En estas mismas sociedades, los excedentes agrícolas también fomentaban el desarrollo de grandes burocracias, y cada una de ellas tenía su propio sistema de escritura. Los corpus más extensos están escritos en latín, islandés antiguo, griego, árabe, persa, sánscrito y chino. Gracias a los registros escritos, sabemos más acerca de los habitantes de aquellas tierras y de sus vecinos que sobre lugares que no contaban con ningún sistema de escritura.

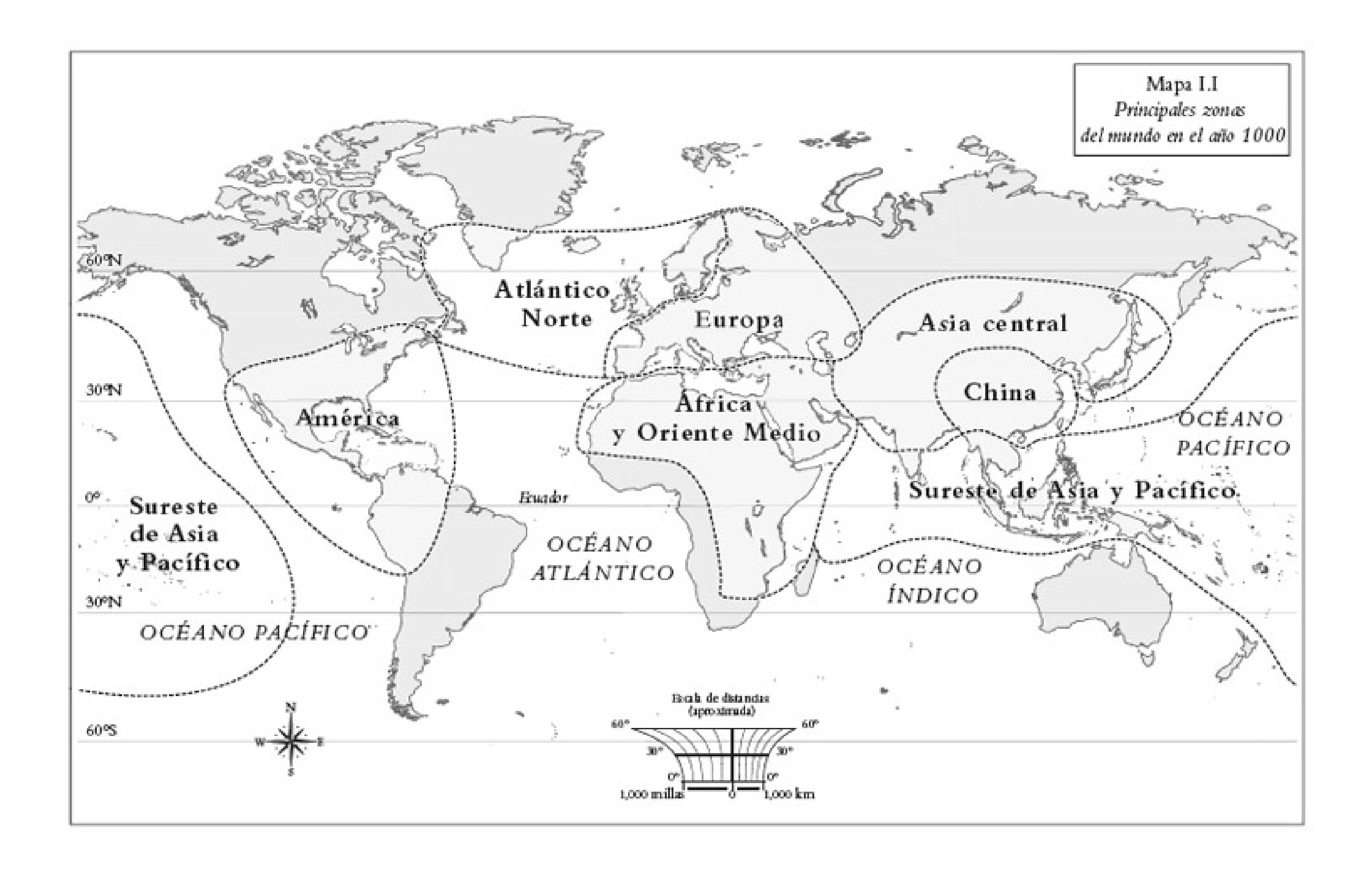
Este libro no se ocupa de aquellos territorios sobre los que no hay registros escritos o que no comerciaban con otros pueblos, y entre los que se encuentran Australia, algunas partes del África subsahariana y numerosas zonas de América. Los habitantes de estos lugares se dedicaban sobre todo a la caza y la recolección, y solo cultivaban la tierra de manera intermitente. Sembraban semillas en primavera y regresaban en otoño para aprovecharlas, pero se olvidaban de ellas durante el verano. En los últimos años, algunos investigadores han argumentado que la vida del cazador-recolector era mucho más llevadera que la del agricultor. Quizá sea cierto. Pero los cazadores-recolectores no producían lo suficiente para sostener el crecimiento demográfico. En esas sociedades tampoco se desarrolló la escritura, por lo que lo poco que sabemos de ellas es gracias a los descubrimientos arqueológicos. Muchos piensan que la escritura surgió en los grandes imperios agrícolas porque sus gobernantes necesitaban controlar a sus súbditos y llevar la cuenta de los impuestos.

Sin embargo, las áreas que tenían poco contacto con forasteros no eran todas iguales. En el oeste de África, la ciudad de Djenné-Djeno ha llevado a los especialistas a replantearse la hipótesis de que las ciudades eran exclusivas de las sociedades agrícolas,[16] porque allí los lugareños eran pastores que se desplazaban con sus rebaños durante la mayor parte del año, pero pasaban la estación de lluvias en la ciudad, y en esas épocas alcanzaba los 20.000 habitantes. El lugar tiene un yacimiento de cerámica de 8 metros de profundidad que se remonta al año 300 a. C., cuando ya existía un importante asentamiento. Curiosamente, los únicos registros relativos a Djenné-Djeno son de forasteros que empezaron a escribir sobre la ciudad en torno al año 1000.

En las partes del mundo menos documentadas hubo también grandes asentamientos humanos, pero lo único que sabemos de ellos es lo que nos muestran las excavaciones arqueológicas. En muchas zonas de América y del África subsahariana, la arqueología es nuestra única fuente de información.

En el año 1000, los escritores de toda Eurasia vivían en un mundo muy diferente del nuestro, donde cada rincón del planeta ha sido explorado y cartografiado exhaustivamente. Les interesaban los lugares lejanos y registraban lo que sabían sobre las tierras situadas en los límites del mundo conocido. Los autores clásicos, que escribieron en chino, griego o latín, habían descrito la existencia de organizaciones semihumanas en aquellos territorios. Muchos autores posteriores hablaron de criaturas sin cabeza o sin miembros o que tenían otras características extrañas. Los viajeros de finales del primer milenio sabían muy poco acerca de sus contemporáneos y al parecer su intrepidez era inagotable.

Las crónicas árabes son las que proporcionan más información sobre los pobladores, las mercancías, las rutas y las costumbres de aquellas sociedades eufrasiáticas que desconocían la escritura. Ibn Khordadbeh (820-911), un burócrata persa, escribió el primer texto de geografía en el que se describen los distintos países situados a lo largo de rutas concretas, así como los productos que se fabricaban en ellos. Su obra se titula *El libro de rutas y reinos*. Otros geógrafos posteriores,[17] que escribieron en árabe o persa, utilizaron el mismo título para sus observaciones sobre diversos territorios hasta entonces inexplorados; sus escritos son de capital importancia para la comprensión del mundo en el año 1000. Los chinos también tienen una larga tradición geográfica, y sus descripciones proporcionan una información igualmente valiosa.



Mapa I.1
Principales zonas
del mundo en el año 1000
60°N
30°N
0°
30°N
60°S
Atlántico Norte
Europa
Asia central
China
América
África y Oriente Medio
OCÉANO PACÍFICO
Sureste de Asia y Pacífico
Ecuador
Sureste de Asia y Pacífico
OCÉANO ATLÁNTICO
OCÉANO ÍNDICO
OCÉANO PACÍFICO
N
W
E
S
Escala de distancias (aproximada)
60°
30°
0°
1,000 millas
0
1,000 km

Para juzgar la fiabilidad de tales testimonios lo mejor es comparar cada relato con otras fuentes disponibles y formarse una opinión sobre su verosimilitud.

Este enfoque nos permite analizar las diferentes teorías según las cuales algunos navegantes llegaron a América antes que Cristóbal Colón. Ciertas hipótesis son perfectamente creíbles y cuentan con un amplio respaldo académico; otras, completamente infundadas, han generado un gran escepticismo. Por ejemplo, mientras que la evidencia de las expediciones vikingas a Terranova es irrefutable, el hecho de que los chinos llegaran a América antes que Colón no deja de ser una simple conjetura.

La idea de que los chinos se adelantaron al genovés es tan atractiva como misteriosa: ¿y si fuera verdad? Es cierto que la marina china, al mando del almirante Zheng He visitó las costas del sureste asiático, la India, la península arábiga y el este de África. Sin embargo, no hay pruebas de que la flota de Zheng He navegara más allá del cabo de Buena Esperanza rumbo a América, Australia o los polos. Gavin Menzies, en su libro *1421, el año en que China descubrió el mundo*, hace esas curiosas afirmaciones.[18] El libro de Menzies ha tenido un éxito enorme, superando con creces las ventas de cualquier otro libro de historia de China, pero ningún sinólogo de prestigio da credibilidad alguna a las teorías del escritor británico. Las afirmaciones que se vierten en la obra son tan poco científicas que un investigador australiano, especialista en la dinastía Ming, ha demandado a los editores del libro por comercializarlo como obra de «no ficción».

Los exploradores musulmanes también llegaron a América antes que Colón, o eso afirmó Recep Tayyip Erdoğan, el presidente de Turquía, en un discurso pronunciado en 2014. ¿Qué pruebas tenía? Cristóbal Colón aseguró haber visto una mezquita en Cuba. En realidad, lo que Colón escribió en su diario fue lo siguiente: «Una de ellas [las montañas de la isla] tiene

otra pequeña colina en la cima, a modo de elegante mezquita».[19] Es evidente que Colón no estaba describiendo una mezquita de verdad, sino una colina con forma de mezquita.

Un historiador de dudoso prestigio ha hecho una afirmación similar sobre al-Biruni (c. 973-1041), un brillante polígrafo persa; al-Biruni fue famoso por sus escritos sobre astronomía, geografía, el calendario y la India. Cuando afirma que «Biruni descubre América»,[20] S. Frederick Starr sostiene que el sabio pérsico se dio cuenta de que había un continente al otro lado del mundo. Eso no es exacto.

Al-Biruni desconocía la existencia de América, pero sí sabía que la tierra era esférica, pues ese conocimiento había sido transmitido a los eruditos árabes por los sabios griegos.[21] Biruni también intuyó que el hombre solo habitaba una porción de la superficie terrestre. En el Polo Norte hacía demasiado frío y al sur del ecuador demasiado calor. Al-Biruni sospechaba que la mayor parte del lado opuesto del globo —completamente desconocido para los habitantes de Afroeurasia— estaba ocupada por una gran masa de agua, pero era un pensador lo bastante riguroso para no descartar la posibilidad de que hubiera algunas tierras ocupadas.[22] Sin embargo, al-Biruni no descubrió ningún territorio nuevo, y mucho menos un continente llamado América.

A excepción de al-Biruni y otros destacados eruditos del mundo islámico, en el año 1000 pocas personas tenían una idea clara de cómo era el planeta. El mapa más completo del mundo —que mostraba la mayor parte de Europa, Asia y África— fue trazado en 1154 por al-Idrisi, un cartógrafo que trabajaba al servicio de Roger II de Sicilia. Originario de Ceuta, al-Idrisi confeccionó un mapamundi en un disco de plata de más de dos metros de diámetro donde incluyó una lista de las coordenadas de todos los lugares que figuraban en el mapa. El mapa original fue destruido (probablemente lo fundieron por el valor de la

plata), pero la lista de poblaciones de al-Idrisi, acompañada de breves descripciones de cada localidad, se conserva intacta, al igual que los mapas elaborados a partir de la información que él mismo recopiló. Uno de esos mapas figura en la portada de este libro.

A partir del año 1000, a medida que los europeos aprendían la lengua árabe y traducían textos de ese idioma, cada vez llegaban a Europa más conocimientos procedentes del mundo islámico. La geometría de Euclides estuvo al alcance de los europeos gracias a una traducción árabe, y Fibonacci introdujo en Europa la numeración arábiga, que era mucho más práctica que los numerales romanos.

La transmisión de conocimiento no se limitaba al ámbito intelectual. Los europeos también aprendieron nuevos juegos. El ajedrez, que surgió en la India en el siglo VI, se extendió por todo el mundo islámico y se popularizó en Europa en torno al año 1000. Este juego enseñaba los fundamentos de la estrategia militar; los jugadores aprendían que es más inteligente moverse con varias unidades de infantería —los peones— que solo. En Europa algunas piezas adoptaron nuevas formas; los elefantes se convirtieron en alfiles porque los artesanos confundieron los colmillos con las puntas de una mitra.[23] El marfil de elefante con que se fabricaban las piezas fue sustituido por marfil de morsa, que llegó a Europa en abundancia durante el período de mayor actividad de los vikingos en el Atlántico norte.[24]

Los viajeros modernos, acostumbrados a los aviones, trenes, coches y barcos, tienden a exagerar las dificultades de los viajes en otras épocas. Nos asombramos de que la gente recorriera miles de kilómetros a pie y olvidamos que la mayoría de las personas podían caminar 30 kilómetros al día, y durante largos períodos. La gente del año 1000 estaba acostumbrada a esas vicisitudes: un emisario recorrió más de 4.000 kilómetros entre 1024 y 1026.

El historiador que refiere ese largo viaje no menciona cómo se las arregló el emisario, pero es de suponer que, como la mayoría de los exploradores que aparecen en este libro, recibiese ayuda de los guías comarcales, con independencia de la dificultad del terreno. Durante la década de 1990, los lugareños ayudaron a un grupo de investigación a franquear un difícil paso del Himalaya mostrándoles diversas rutas que no figuraban en ningún mapa. En función de la época del año y de la cantidad de nieve, esas rutas presentaban diferentes niveles de dificultad. Había incluso una ruta mucho más sencilla que era apta para las embarazadas.

Tenemos datos sobre la velocidad a la que se podía viajar a pie. Si los mensajeros recorrían las distintas etapas de un viaje sin tener que cargar peso, entonces avanzaban a un ritmo extraordinario, de hasta 240 kilómetros en un solo día, como relataron los españoles a los jefes incas a principios del siglo XVI.[25]

Evidentemente, los soldados que transportaban su comida y sus armas viajaban más despacio. El ritmo de viaje de los ejércitos antiguos, incluidos los de Jerjes, Alejandro Magno y Aníbal, y hasta el de Isabel I de Inglaterra, variaba entre 16 y 32 kilómetros al día.[26] Incluso ahora, las directrices del ejército estadounidense establecen la velocidad normal de la marcha en unos 32 kilómetros diarios; una velocidad superior se considera ya una marcha forzada.[27]

Los jinetes a caballo podían ir más deprisa: en Mongolia, un jinete moderno es capaz de recorrer 480 kilómetros en un solo día si cambia con frecuencia de montura, y, antiguamente, los soldados mongoles podían mantener velocidades de 100 kilómetros al día durante las campañas más arduas.[28]

El estado de las vías también hacía aumentar considerablemente la velocidad. En el año 1000 había muchos tipos de vías. En las sociedades más avanzadas, como la china, eran habitua-

les las pistas de tierra y los puentes, por lo que los desplazamientos no presentaban demasiadas dificultades. En otras sociedades, como había pocos caminos, los exploradores debían encontrar sus propias rutas.

Las condiciones de los viajes por tierra también determinaban la distancia que podía recorrer la gente para transportar mercancías a granel. Hacia el año 1000, los habitantes del Cañón del Chaco, en Nuevo México, recorrían habitualmente 150 kilómetros para transportar maíz, y en ocasiones trasladaban grandes troncos a una distancia de 275 kilómetros (en el Chaco no había árboles). Para obtener artículos de lujo, como por ejemplo plumas de guacamayo, recorrían distancias aún más largas.[29]

En el año 1000 las distancias por tierra no eran absolutas. La temperatura, la orografía y la presencia de obstáculos podían acelerar o ralentizar los viajes.

Lo mismo ocurría con los viajes en barco, ya fuese por río o por mar. El ritmo de los viajes era variable y, curiosamente, el tiempo de navegación no era más corto que el de la circulación por tierra. Como es lógico, era mucho más cómodo sentarse en un barco que caminar por una calzada.

Los barcos vikingos eran famosos por su ligereza y flexibilidad, así como por su velocidad y por la capacidad de adentrarse en aguas poco profundas. Algunas reproducciones han alcanzado velocidades máximas de 27 kilómetros por hora, pero ese ritmo es difícil de mantener.[30] Considerablemente más lentas, las canoas polinesias de vela triangular no llegan ni a los 14 kilómetros por hora con vientos normales.[31] Incluso hoy en día, los buenos veleros tradicionales no superan los 16 kilómetros por hora, mientras que las embarcaciones que participan en la Copa América de vela alcanzan velocidades cinco veces superiores.

Los botes de remos o las canoas son mucho más lentos (en torno a 11 kilómetros por hora). Es difícil remar más deprisa salvo para tomar impulso, pero los botes de remos pueden navegar en cualquier dirección, mientras que los veleros no pueden ir contra el viento.[32] La navegación a remo fue crucial para el éxito de los vikingos, que podían remar cerca de la costa, hacer incursiones y luego escapar a toda prisa sin tener en cuenta la dirección en la que soplara el viento.

En el año 1000, las corrientes oceánicas condicionaban los viajes por mar tanto como los condicionan hoy. Los navegantes avanzaban más deprisa cuando aprovechaban las corrientes superficiales regulares, llamadas «giros», que dependen de los patrones determinados por el viento, el calor del sol y la velocidad de rotación de la Tierra. Los giros del hemisferio septentrional —los del Atlántico Norte y el Pacífico Norte— se mueven dextrorso mientras que los del hemisferio sur rolan sinistrorso.

Debido al sentido del giro en el Atlántico Norte, el viaje de ida hasta Canadá era mucho más complicado que el de vuelta. Rodeando la costa, los vikingos cogían la corriente de Groenlandia Oriental, que es lenta y fría, rumbo a Islandia y Groenlandia, y desde allí aprovechaban la corriente del Labrador para llegar a Canadá.[33] La travesía tenía sus peligros. La corriente de Groenlandia se encuentra con la corriente del Golfo —mucho más cálida— en el cabo Farewell, al sur de la isla de Egger, donde la niebla y la fuerza del viento solían desviar el rumbo de las embarcaciones.

Eso es probablemente lo que le ocurrió en el año 985 o 986 a Bjarni Herjólfsson, quien partió de Islandia rumbo a Groenlandia, donde esperaba encontrar a su padre, que se había instalado en un asentamiento fundado por Erik el Rojo.

Bjarni y sus hombres navegaron durante tres días hasta Groenlandia. Luego «el viento amainó y se vieron acosados por la niebla y los vientos del norte; durante muchos días navegaron a la deriva».[34] Cuando el cielo se despejó, él y sus hombres divisaron tierra, pero Bjarni había oído hablar muchas veces de Groenlandia, y aquellas no eran sus costas. Tras fondear en otros dos lugares, cambiaron de rumbo y regresaron sanos y salvos a Groenlandia. Bjarni y sus hombres no pisaron tierra firme, pero su relato permitió a Leif Erikson, el primer vikingo que supuestamente llegó a América, seguir sus pasos en el año 1000. Fue entonces cuando desembarcó en el noreste de Canadá.

Al regresar a Escandinavia, los vikingos aprovecharon la corriente del Golfo, que forma parte del giro del Atlántico Norte. Navegar por la corriente del Golfo es como coger una autopista en el océano. Esa masa de agua fluye hacia el norte por la costa oriental de Norteamérica y luego rodea Terranova; al llegar a las islas británicas, continúa su curso hacia el norte de Europa; se desplaza a más de 160 kilómetros al día y tiene una anchura —distinguible por el color de las aguas— de 70 kilómetros.[35]

Las distancias en el Pacífico eran mayores que en el Atlántico: en la parte más ancha, entre Indonesia y Colombia, el océano Pacífico tiene una extensión de 20.000 kilómetros, frente a los 6.400 del Atlántico. Japón y California están a 8.800 kilómetros de distancia. Los antiguos navegantes aprovecharon el giro del Pacífico Norte para continuar su expansión por el océano en canoas provistas de velas; no utilizaban instrumentos de navegación, como los vikingos. Partiendo de Samoa, llegaron a las islas de la Sociedad hacia 1025, y desde entonces tardaron más de dos siglos en llegar a Hawái, la isla de Pascua y Nueva Zelanda.

De hecho, si las condiciones son buenas, es posible cruzar el Pacífico sin velas dejándose llevar por las corrientes oceánicas, como comprobaron a su pesar catorce marineros japoneses. El 2 de diciembre de 1832, su pesquero, de unos 15 metros de eslora, partió de Nagoya, en el este de Japón, con dirección a Tokio. Una gran tormenta los desvió de su rumbo y el barco, ya sin mástiles, fue arrastrado primero por la corriente de Kuroshio y luego por la del Pacífico Norte, que forman parte del giro del Pacífico Norte.

Catorce meses después, en enero de 1834, la embarcación llegó a la localidad de Ozette, en el estado de Washington. Solo tres marineros sobrevivieron recogiendo agua de lluvia, pescando y capturando alguna que otra ave. Como no tenían ninguna fuente de vitamina C, estaban expuestos a contraer el escorbuto, que mató a once de los catorce pescadores que formaban parte de la tripulación.[36]

Los vientos dominantes facilitaban algunas travesías y complicaban otras. Como saben bien los navegantes, los barcos avanzan mucho más deprisa con el viento de popa.[37] En algunas regiones, los patrones meteorológicos estacionales tuvieron un impacto considerable. Los más conocidos son los vientos monzónicos, que son causados por el movimiento del aire que fluye hacia el océano cuando la masa terrestre eurasiática se calienta al acercarse la primavera y luego retrocede en dirección opuesta al cabo de seis meses. Hacia el año 1000, los navegantes conocían con precisión las características de los vientos y el momento en que estos podían llevarlos del océano Índico al Pacífico, y viceversa.

Como señala George F. Hourani (1913-1984), estudioso de la navegación marítima árabe: «Esta ruta marítima, entre el golfo Pérsico y Cantón, era la más larga antes de la expansión europea en el siglo xvi, y merece ser considerada como un hito importante».[38] Los barcos que viajaban del golfo Pérsico a Chi-

na hacían un recorrido casi el doble de largo que el de Colón; si añadimos la travesía desde Basora, en Irak, hasta Sofala, en Mozambique, la ruta era tres veces más larga que la del genovés.

Hacia el año 1000, los océanos Índico y Pacífico fueron testigos de una intensificación del comercio entre los puertos de Arabia, la India, el sureste de Asia, el este de África y China. Ningún marino se aventuraba más allá de las Filipinas porque según los chinos todas las aguas del océano convergían allí en un peligroso remolino del que ningún barco podía salir.

Había un punto de verdad en esa creencia. El *Throughflow* de Indonesia transporta aguas cálidas desde el océano Pacífico hasta el Índico; las corrientes fluyen principalmente hacia el sur y luego se adentran en el océano Índico. Estas corrientes chocan entre sí y se mueven en todas direcciones en torno a las islas del sureste asiático, haciendo que el nivel del mar se eleve 46 centímetros más que en cualquier otro lugar del planeta. Las corrientes son tan rápidas y extensas que los científicos hubieron de crear una nueva unidad de medida, el sverdrup, que equivale a un millón de metros cúbicos de agua por segundo. La dirección de la corriente permite que los barcos y otros objetos flotantes se desplacen con facilidad hacia el sur y el oeste, pero dificultan considerablemente los desplazamientos hacia el norte.[39]

Puesto que era más fácil dirigirse hacia el sur, los navegantes arribaron a Australia hace unos 50.000 años, pero casi nadie se desplazaba en dirección norte. Por consiguiente, hubo muy poco contacto entre Australia e Indonesia o la masa continental del sureste asiático hasta 1300 o 1400. De hecho, los chinos viajaron a Australia ante todo en busca de babosas de mar, también conocidas como *trepang*, pepinos de mar, holoturias o balates. A los chinos les gustaban tanto las babosas de mar que sus pescadores sobreexplotaron ese recurso natural en las aguas

próximas a Cantón, por lo que tuvieron que desplazarse a otros lugares para pescarlas: Vietnam, Indonesia y por último la costa septentrional de Australia, hacia el año 1400.[40]

En el año 1000, la mayoría de los marinos navegaban por estima, lo que significa que dependían de la vista y de su conocimiento de los movimientos del sol, la luna y las estrellas para elegir el rumbo. Las únicas excepciones eran los navegantes musulmanes, que utilizaban sextantes, y los chinos, que ya fabricaban agujas magnéticas.[41]

Los hábiles navegantes polinesios y vikingos eran capaces de fijar el rumbo mediante la observación de las olas, las algas, el vuelo de las aves y el perfil de la costa. Mau Piailug, un micronesio que estudió el sistema polinesio de navegación, enseñó esas técnicas en la década de 1980 a Steve Thomas, quien era entonces un apasionado del arte de navegar y que presentó el programa de televisión *This Old House*.[42] Cuando el tiempo estaba despejado, Mau se guiaba por las estrellas, y cuando el cielo estaba nublado recurría a la forma de las olas para determinar el rumbo.[43]

Los vikingos, como los exploradores polinesios, no utilizaban instrumentos náuticos. Pero ¿por qué viajaron a nuevos lugares en el año 1000? La estructura social, concretamente la dinámica de las bandas armadas, era muy importante porque los ambiciosos caudillos buscaban nuevos territorios. El poema épico *Beowulf* describe el funcionamiento de esos grupos. (El único manuscrito que se conserva data del año 1000, si bien la historia se desarrolla unos siglos antes.) El joven príncipe sueco Beowulf viaja a Dinamarca para ayudar a otro soberano cuyo reino está siendo amenazado por un monstruo llamado Grendel. Lo acompañan una veintena de jóvenes guerreros que luchan a su lado y viajan con él a tierras lejanas en busca de valiosos tesoros. El príncipe recompensa a sus seguidores con premios —a menudo brazaletes de plata— que arrebata a sus ene-

migos. Los hombres de Beowulf no están combatiendo en todo momento; a veces pasan el tiempo disfrutando de la compañía de los demás.[44]

Las bandas armadas no estaban formadas solo por hombres; a veces contaban con algunas mujeres, entre las que habitualmente se encontraba la mujer del jefe. Las mujeres también podían dirigir bandas armadas; una tal Freydis, que solía ir con el pecho descubierto, llegó a mandar su propio barco para ir a América, según cuenta la leyenda transmitida por sus descendientes. La gente de armas tampoco era siempre del mismo lugar; a menudo se reunían personas de diferentes países o que hablaban idiomas distintos. Las bandas pequeñas tenían unos veinte miembros, pero a veces llegaban a contar con cien o hasta doscientos seguidores.[45] Los caudillos que conseguían atraer a tantas personas podían llegar a ser príncipes o reyes.[46]

La biografía de Erik el Rojo nos muestra cómo dirigían las bandas los caudillos y cómo llevaban a sus hombres hasta nuevos territorios. En el año 980, tras ser acusado de asesinato en Islandia, Erik tuvo que exiliarse durante tres años; como ya lo habían desterrado de Noruega, partió hacia Groenlandia, que había sido avistada alrededor del año 900.[47] Al cabo de tres años regresó a Islandia para reclutar soldados, los cuales se embarcaron en veinticinco navíos con dirección a la «tierra verde». Once barcos se desviaron de su rumbo y desaparecieron en el mar. Los marineros de las catorce naves que arribaron a la costa fundaron el «asentamiento oriental». Leif, hijo de Erik, y los demás vikingos que cruzaron el Atlántico también capitanearon sus propias bandas armadas.

Comencemos nuestro viaje global por el único contacto que existió entre Europa y América anterior a 1492: el desembarco de los vikingos en Terranova en el año 1000. Desde allí dare-

mos la vuelta al mundo siguiendo las rutas que describen las fuentes históricas y recreando otros itinerarios sobre la base de los hallazgos arqueológicos.

En el año 1000, los exploradores vikingos cerraron el círculo global. Por primera vez, un objeto o un mensaje podía dar la vuelta al mundo. Ciertamente, aún no sabemos de ningún objeto que la diera, pero, como las expediciones vikingas a Canadá en el año 1000 abrieron una ruta entre Europa y América, es evidente que en ese año se formó una red de caminos globales.[48] Y aquí es donde comenzamos nuestra historia de aquella globalización.



Mapa 2.1
La exploración vikinga de América del Norte.
0 millas 1000
0 km 1000
Los topónimos históricos están en negrita.
Helleland, Markland y Vinland son lugares que se mencionan en las sagas islandesas, pero su ubicación es incierta.
Fronteras actuales
ISLA DE ELLESMERE
75°N
BAHÍA DE BAFFIN
GROENLANDIA
Isla de Kingiktorssuaq
TIERRA DE BAFFIN
Círculo polar ártico
Asentamiento occidental
Asentamiento oriental
Estrecho de Hudson
BAHÍA DE HUDSON
Bahía de Ramah
CANADÁ
Markland
OCÉANO ATLÁNTICO
LABRADOR
Ensenada de las medusas
Bahía Chaleur
TERRANOVA
Río San Lorenzo
Vinland
GOLFO DE SAN LORENZO
GRANDES LAGOS
Lago Ontario
MAINE
NUEVA ESCOCIA
Isla del Príncipe Eduardo
ESTADOS UNIDOS

CAPÍTULO 2

Hacia el oeste, joven vikingo

Según las sagas, los vikingos hicieron tres viajes a América. El primero tuvo lugar en el año 1000, cuando Leif Erikson llevó a su soldadesca a las tierras que Bjarni Herjólfsson había divisado anteriormente. Habiéndose desviado de su rumbo, Bjarni describió tres lugares diferentes, que no llegó a pisar, antes de arribar al asentamiento fundado por Erik el Rojo, padre de Leif. Tras comprar el navío de Bjarni al cabo de unos quince años, Leif partió de Groenlandia con sus hombres en busca de un sitio donde poder gobernar con autonomía.

Leif y su gente desembarcaron primero en un lugar que era «como una losa que se extendía desde los glaciares hasta el mar» y al que bautizaron con el nombre de Helluland, que significa «pedregal». Aquella era probablemente la isla de Baffin, situada entre Groenlandia y el noreste de Canadá. Luego avanzaron hacia una tierra «llana y boscosa», «ligeramente inclinada hacia el mar», con «numerosas playas de arena blanca». Leif la llamó Markland, o «tierra de bosques»; probablemente situada en la costa de Labrador, al noreste de Canadá, sigue siendo famosa por sus deslumbrantes playas blancas. Ambos lugares eran demasiado fríos y yermos para ser habitados por el hombre.

El tercer destino fue mucho más hospitalario. Con la marea baja, el barco que transportaba a Leif y a su gente encalló en unas rocas, pero «su curiosidad era tal que no se molestaron en esperar a que subiera la marea», por lo que saltaron de la embarcación para explorar la zona. Encontraron una tierra fértil, con abundancia de hierba y de peces. Tras construir unas casetas —más bien, pequeñas estructuras de madera cubiertas con telas para pasar la noche—, llamaron al primer asentamiento

Leifsbudir (las casetas de Leif) y a la isla, Vinland (viñedo). Los estudiosos aún no se ponen de acuerdo respecto al lugar donde desembarcaron.[1] Tras pasar allí el invierno, Leif y sus hombres regresaron a Groenlandia sin haberse topado con ningún pueblo indígena.

Unos años más tarde, Thorvald, hermano de Leif, decidió hacer otra expedición a Vinland. Leif prefirió no acompañarlo, pero ofreció a su hermano su barco y las cabañas que él y sus hombres habían construido en Leifsbudir. A diferencia de Leif, Thorvald tuvo contacto con algunos habitantes del nuevo continente, pero para él aquel encuentro resultó funesto. Thorvald y su gente vieron tres «botes de cuero» bajo los que se ocultaban nueve hombres.

Los pueblos indígenas, cuando aparecen en las sagas, siempre están remando en canoas o «botes de cuero». Aunque las embarcaciones de corteza de abedul eran comunes en el noreste de los actuales Canadá y Estados Unidos, los habitantes de las actuales Maine y Nueva Escocia forraban las canoas con pieles de alce.

Sin mediar provocación alguna, los hombres de Thorvald mataron a ocho de los indígenas ocultos bajo los botes, quizá para comprobar si eran espíritus o seres vivos. A los hombres se los podía matar con armas de hierro, pero a los espíritus no.[2] El noveno americano logró escapar y regresó con refuerzos que atacaron a los vikingos con arcos y flechas. Una de ellas atravesó el pecho de Thorvald, causándole la muerte. Una saga describe al tirador como un ser unípede, una criatura que supuestamente habitaba en tierras lejanas. La tropa de Thorvald hubo de regresar a Groenlandia sin él.

La tercera expedición vikinga a Vinland fue acaudillada por un islandés llamado Thorfinn Karlsefni, un explorador emparentado con Leif. Debido a la muerte de Thorvald, Karlsefni y

sus hombres tenían motivos de sobra para sentir miedo cuando vieron a unos hombres extraños que avanzaban hacia ellos en «nueve botes de cuero» agitando unos palos de madera «que producían un silbido cuando los giraban hacia la derecha».

No sabiendo si los palos indicaban sus intenciones pacíficas, Karlsefni ordenó a sus hombres que alzaran un escudo blanco para saludar a los extraños, que entonces se acercaron más. «Eran de baja estatura, con rasgos amenazadores y el pelo enmarañado. Tenían la cabeza grande y las mejillas anchas.» Aquel encuentro fue breve. Ambas partes se observaron fijamente y luego se separaron.

Al llegar la primavera, los indígenas americanos regresaron con un grupo más numeroso. «Los palos que se agitaban en cada bote parecían trozos de carbón esparcidos por el agua.» En esta ocasión, ambos grupos intercambiaron mercancías: a cambio de las «pieles oscuras» de los aborígenes, los escandinavos ofrecieron telas de lana teñidas de rojo. Los indígenas querían espadas y lanzas, pero Karlsefni y su lugarteniente, Snorri, prohibieron el intercambio de armas.

Mientras intercambiaban pieles y telas, los indígenas se ataban tiras de lana roja alrededor de la cabeza, y, cuando la lana empezó a agotarse, los europeos hicieron trozos cada vez más estrechos, incluso «del grosor de un dedo», pero aun así los aborígenes seguían ofreciendo pieles enteras a cambio de aquellos retazos. Entonces un ruido interrumpió el trueque. «Uno de los toros de los vikingos salió corriendo del bosque y empezó a bramar con fuerza.» El sonido asustó a los indígenas, que se subieron a sus canoas y se dirigieron al sur.

La descripción del trueque de telas rojas por pieles procede de la *Saga de Erik el Rojo*, una epopeya compuesta en islandés antiguo. Transmitida oralmente, la saga tiene varios autores desconocidos. Según el relato, al nuevo territorio llegaron 140

vikingos; ese verano, un grupo de unas cien personas permaneció en el asentamiento de Leifsbudir cuando Karlsefni y Snorri salieron a explorar el terreno con cuarenta hombres.

Otra composición anónima, la *Saga de los groenlandeses,* relata acontecimientos similares, pero en otro lugar y en orden diferente. El toro brama antes de que los dos grupos empiecen a comerciar, y los vikingos no ofrecen telas rojas, sino leche fresca y productos lácteos. La segunda saga refiere que el grupo de Thorfinn Karlsefni lo componen solo sesenta hombres y cinco mujeres; cuenta, además, que las bandas vikingas estaban formadas no solo por escandinavos, sino también por prisioneros de guerra y esclavos comprados en Francia o Alemania.[3]

Las sagas no eran solo mero entretenimiento, sino que también ensalzaban las hazañas de los antepasados. La *Saga de Erik el Rojo* narra las andanzas de Erik y sus hijos —Leif, Thorvald y Thorstein—, así como las de su hija Freydis. Los hombres son héroes, pero Freydis es una mujer violenta y temperamental. Llamada así en honor a la diosa Freya, la hija de Erik es un volcán. Al público moderno le gusta; aunque sea una asesina mentirosa, Freydis muestra un arrojo poco frecuente, como cuando se golpea el pecho con una espada para desafiar a los atacantes indígenas.

La *Saga de los groenlandeses* gira en torno a Thorfinn Karlsefni y su mujer, Gudrid, pues fueron antepasados del obispo Björn Gilsson (m. 1162), en cuyo honor se compuso la saga. La mujer de Karlsefni, Gudrid (su nombre tiene la misma raíz que «Dios» en las lenguas escandinavas), es tan virtuosa como Freydis díscola.[4]

Las dos sagas, conocidas como «sagas de Vinland», describen acontecimientos que ocurrieron antes de la cristianización de Escandinavia, un proceso que comenzó en el siglo x, cuando los gobernantes primero de Dinamarca y luego de Noruega e

Islandia se convirtieron oficialmente al cristianismo, y que duró varios siglos.[5] Antes de la llegada del cristianismo, los pueblos nórdicos adoraban a un panteón de dioses encabezados por Thor, la poderosa deidad que desde las alturas dominaba los truenos, el viento, la lluvia y las cosechas. Otras deidades importantes eran Freya, diosa de la fertilidad, y Odín, dios de la guerra.

Los pueblos nórdicos, en la época en que adoraban a esas deidades, ya habían empezado a expandirse más allá de sus fronteras, que coinciden aproximadamente con las actuales Noruega, Suecia y Dinamarca. Los habitantes de esas tierras se comunicaban en latín o en islandés antiguo, una lengua que dio lugar al noruego, el sueco, el danés y el islandés modernos. Desde la época romana, los escandinavos utilizaban el alfabeto rúnico, caracterizado por la angulosidad de sus letras. En el siglo XII, algunos pueblos comenzaron a emplear el alfabeto latino con algunas letras adicionales, en tanto que otros siguieron utilizando las runas, sobre todo en las lápidas, porque eran más fáciles de grabar.

Algunos escandinavos se aventuraron a explorar nuevas comarcas porque las tierras labrantías se reducían prácticamente al sur de Dinamarca y Suecia, cuyos pobladores cultivaban cebada, centeno, avena, guisantes y berzas. Debido a la escasez de tierras de labor, la mayoría de los escandinavos también cuidaban rebaños de vacas, bueyes, cerdos, ovejas y cabras. Quienes vivían más cerca del círculo polar ártico (incluidos los antepasados de los actuales lapones) se dedicaban a la pesca, el pastoreo de renos y la caza de morsas.

Los escandinavos vivían en pequeñas granjas. La mayoría de la gente se casaba tarde, tras haber acumulado suficiente riqueza para comprar su propia tierra, y, antes de eso, trabajaban para terratenientes ya establecidos. La persistente escasez de tierras de labranza, unida a las pocas oportunidades de mejorar de

posición social, hizo que algunos nórdicos recurrieran al pillaje. Algunos escandinavos no hicieron ninguna correría, mientras que otros hacían solo una, con el fin de obtener un botín suficiente para comprar una granja. Otros, sin embargo, se pasaban la vida saqueando.

Tal es precisamente el significado original de la palabra «vikingo»: «saqueador», «pirata». De hecho, pocos textos del año 1000 se refieren a los nórdicos con el nombre de vikingos. Por ello en este libro hablaremos de escandinavos o nórdicos para referirnos a los pobladores de las actuales Dinamarca, Noruega y Suecia, reservando la palabra «vikingo» para los verdaderos piratas y saqueadores.

En la mayoría de los libros, la «época vikinga» comienza con los ataques, en el año 793, al monasterio de Lindisfarne, situado en la costa oriental del Reino Unido. Pero recientes excavaciones realizadas en una sepultura vikinga en Salme, Estonia, demuestran que los vikingos saquearon esa localidad incluso antes, entre el 700 y el 750.[6]

Los primeros barcos vikingos no tenían velas. Los constructores usaban hachas y cuñas para sacar tablas, o tracas, de los troncos de roble y pino, las superponían ligeramente y las clavaban en un armazón curvo provisto de pernos. Las hiladas resultantes daban un poco de sí cuando eran empujadas hacia las rocas. Esas embarcaciones podían recorrer largas distancias y adentrarse en aguas poco profundas, por lo que eran muy adecuadas para navegar por Escandinavia, y la introducción de la vela cuadrada en torno al año 750 permitió a las naves vikingas recorrer distancias mayores.[7] (Los navegantes del Mediterráneo conocían la vela desde hacía miles de años, pero esa tecnología llegó tarde a Escandinavia.)

Los vikingos fabricaban velas cuadradas de lana o de hilo, que podían girar pero que no servían para ceñir el viento con tanta facilidad como las velas triangulares de hoy en día. Aun así, las reproducciones modernas de barcos vikingos barloventean mejor de lo que cabía esperar.[8]

Los tesoros enterrados nos muestran hasta dónde viajaron los vikingos. Entre los objetos hallados en la isla de Helgö, situada a unos 32 kilómetros al oeste de Estocolmo, encontramos el báculo de un obispo irlandés, un cucharón egipcio, el pomo de una espada carolingia, una fuente de plata procedente del Mediterráneo y, sorprendentemente, una estatuilla de Buda, de 10 centímetros de alto, fabricada en el norte de Pakistán en torno al año 500.[9] Esos objetos llegaron a Suecia varios siglos después de la introducción de la vela.

En los siglos anteriores a la llegada del cristianismo, los nórdicos reconvertían las naves en tumbas donde enterraban a los muertos con bienes suntuosos. Esos entierros revelan muchos aspectos de la construcción de los barcos vikingos. Dos embarcaciones encontradas intactas cerca de Oslo con todos sus objetos funerarios (salvo los metales preciosos, que habían sido expoliados) son especialmente ilustrativos de las técnicas de arquitectura naval. La madera normalmente se deshace cuando está enterrada bajo el suelo, pero, si el oxígeno no entra en contacto con ella, como puede suceder en el barro profundo, entonces la madera puede conservarse durante siglos sin deteriorarse demasiado.

Las dos embarcaciones se encuentran ahora en el Museo de los Barcos Vikingos de Bygdøy, un encantador barrio de Oslo al que se llega por mar. Construido con planchas de roble y enterrado en el año 834, el elaborado barco de Oseberg, en el que había telas exóticas, fue enterrado junto con un carro de madera.[10] Probablemente lo utilizó un caudillo como embarcación de recreo en aguas interiores antes de enterrarlo.

El barco de Gokstad, que data del año 890, contenía los esqueletos de dos pavos reales y dos azores. Cerca del barco se enterraron también los cuerpos de doce caballos y seis perros, lo que pone de manifiesto la importancia de estos animales para los difuntos. Con una quilla de roble de más de 24 metros, el barco de Gokstad (23 metros), que es ligeramente más largo que el de Oseberg (22 metros), era adecuado para las travesías oceánicas. El barco de Gokstad, que tenía un solo elemento decorativo en el timón, era el navío más típico. En el exterior de la embarcación se observan dieciséis tablas imbricadas.

Los vikingos construían diferentes tipos de embarcaciones según su finalidad. Los barcos de guerra tenían que ser largos y estrechos, mientras que los de carga eran más cortos y anchos.[11] Cuando se adentraban en los ríos, los escandinavos utilizaban sus embarcaciones más ligeras porque podían trasladarlas de un río a otro.

Hacia el año 1000 los escandinavos empezaron a construir naves más grandes (de hasta 30 metros de eslora). Estos barcos les permitieron navegar por aguas lejanas. En los vertederos de las ciudades nórdicas había cada vez más espinas de bacalao, un pescado importado de Islandia, lo que demuestra la relativa frecuencia de las travesías largas.[12]

Los escandinavos arribaron a Islandia en esas embarcaciones entre el año 870 y el 880, y a Groenlandia alrededor del año 900.[13] El primer asentamiento permanente en Groenlandia se fundó en la década de 980, cuando Erik el Rojo llegó allí con sus partidarios tras terminar su exilio. Los nórdicos establecieron dos campamentos: el asentamiento occidental era más grande que el oriental. Todos los exploradores que viajaron a América del Norte partieron de uno de esos dos establecimientos.

Las dos sagas describen los viajes realizados en el año 1000, aunque fueron compuestas tras la cristianización del territorio. Como vivían en tiempos cristianos, los autores creían que sus antepasados también lo eran, pero las historias que les habían sido transmitidas describen un comportamiento precristiano. Los cronistas daban un toque cristiano a hechos claramente paganos. Incluso Gudrid, la virtuosa mujer de Karlsefni, se comporta de manera extraña; en un momento dado se niega a recitar un ensalmo precristiano pero accede a ello cuando se lo pide una «mujer sabia» que tiene poderes especiales. La versión cristiana le exige que proteste antes de recitar ese conjuro, que, si bien no es cristiano, era bastante común en épocas anteriores.

Para frustración de los historiadores, el material de las sagas no puede fecharse con exactitud. Un bardo o un copista posterior podían haber añadido nuevos fragmentos.

Los textos de la *Saga de los groenlandeses* y la *Saga de Erik el Rojo* se solapan unas veces y otras se contradicen. A menos que aparezcan nuevos testimonios, nunca sabremos con seguridad cuál es anterior. Conocemos las fechas de los primeros manuscritos; la *Saga de Erik el Rojo* quedó registrada poco después de 1264, y la *Saga de los groenlandeses* fue incluida en una antología más amplia en 1387. Es probable que fueran compuestas en 1200, unos 200 años después de los acontecimientos que describen.[14]

Puesto que una fuente próxima en el tiempo a los acontecimientos reales es probablemente más precisa, algunos historiadores consideran que la información de las sagas es demasiado tardía y por tanto poco fiable. Esos investigadores creen que las sagas reflejan mejor la sociedad islandesa de los siglos XIII y XIV. Les parece poco verosímil, por ejemplo, que Freydis se golpeara el pecho con una espada, y sugieren que el bardo que contó el incidente debía de tener una razón más acorde con la época;

tal vez lo que se pretendía era comparar la valentía de Freydis con la cobardía de sus compañeros varones. O tal vez los descendientes de la heroína querían poner de relieve sus hazañas.

Algunos especialistas en literatura islandesa niegan que los hechos de las sagas hayan ocurrido en realidad, pues les parecen demasiado literarios, y subrayan la creatividad de quienes compusieron las sagas para poder incluirlas entre las grandes epopeyas de la literatura europea.[15]

Otros filólogos son aún más categóricos y afirman que las sagas de Vinland no aportan nada nuevo sobre América del Norte, asegurando que esas leyendas carecen de valor histórico porque se limitan a repetir lugares comunes sobre pueblos desconocidos. Estos desmitificadores están convencidos de que los autores de las sagas no tenían ni idea de dónde se encontraba Vinland; según ellos, lo más probable es que ese territorio estuviera en África porque allí era donde otros escritores nórdicos situaban a los unípedes.[16]

Pero, si aceptamos la teoría del batiburrillo de anécdotas, esas objeciones carecen de importancia.[17] Esta teoría sostiene que los bardos compusieron las sagas seleccionando diversos elementos de un conjunto de anécdotas transmitidas oralmente y presentándolos en el orden más interesante. Eso explica por qué las dos sagas coinciden en cuanto a los principales hechos del encuentro entre los hombres de Karlsefni y los indígenas, aunque no los relaten exactamente en el mismo orden.[18]

Los detractores de las sagas de Vinland olvidan dos cuestiones fundamentales: las sagas contenían información precisa para llegar a la Ensenada de las Medusas, el único emplazamiento vikingo constatable en América, y, como veremos más adelante, la descripción de los pueblos indígenas y de la manera en que expresaron su voluntad de comerciar concuerda casi a la perfección con lo que observó Jacques Cartier en su primer viaje a

aquellas tierras en la década de 1530. Las sagas nórdicas, si las analizamos con atención, contienen información interesante sobre América del Norte en el año 1000.

En las sagas se emplea la palabra «skraeling», un término despectivo que significa «desgraciados», para referirse a los pueblos con los que se encontraban los escandinavos. Hoy en día, los historiadores utilizan «amerindio» para nombrar a todos los pueblos indígenas de América; los estadounidenses los llaman «nativos americanos» y los canadienses los denominan «primeras naciones».

Tres pueblos diferentes poblaban el extremo noreste de América del Norte en el año 1000, cuando los escandinavos realizaron sus viajes de exploración. Los pueblos dorset llevaban viviendo en el norte de Groenlandia y el este del Ártico canadiense desde aproximadamente el año 2000 a. C. En la Ensenada de las Medusas apareció un objeto redondo de esteatita con una ligera concavidad en la parte superior. En la década de 1960, los primeros arqueólogos pensaron que el objeto era un pivote de piedra islandés para una puerta, pero otros excavadores han determinado que pertenece a la cultura dorset. Podría tratarse de un indicio de contacto o comercio por goteo con los dorset, lo que significa que un pueblo se lo pasó a otro limítrofe y este a otro hasta llegar a la Ensenada de las Medusas.[19] O podría ser también un objeto que los escandinavos encontraron en algún campamento abandonado.

Alrededor del año 1000, un nuevo grupo de personas, los thule, desplazó a los dorset porque se adaptaba mejor a las condiciones del Ártico. Los thule emigraron desde Alaska recorriendo todo el norte de Canadá, y sus descendientes, los actuales pobladores de Groenlandia, se llaman a sí mismos «inuit» («las personas») y rechazan el gentilicio «esquimal» («comedores de carne cruda») por considerarlo despectivo.

Antes y después de la ocupación nórdica, diferentes pueblos indígenas habitaron el territorio que circunda la Ensenada de las Medusas, pero aún no han aparecido vestigios de una ocupación amerindia en el año 1000. Por eso los arqueólogos no saben exactamente con qué grupo se encontraron los escandinavos. Lo más probable es que los nórdicos encontraran a un tercer grupo de pueblos indígenas: los beothuk o «innu ancestrales». Los beothuk vivieron en Terranova, pero desaparecieron a principios del siglo XIX; los innu siguen viviendo en la costa del Labrador.[20] Estos grupos dejaron algunos utensilios en la Ensenada de las Medusas en los siglos XII y XIII.[21]

A partir del año 1500, los pueblos de aquellas regiones crearon la Confederación Wabanaki, constituida por las tribus micmac, penobscot, maliseet y passamaquoddy. «Wabanaki» es una palabra algonquina que significa «pueblos del alba», en referencia a las regiones orientales, por donde sale el sol. Los wabanaki hablaban diferentes lenguas algonquinas, y en el siglo XVI sus redes comerciales se extendían desde el norte de Labrador hasta Maine por el sur y los Grandes Lagos por el oeste. Vivían de la caza de animales marinos, principalmente de las focas que todos los años se desplazaban desde la tierra firme canadiense hasta Terranova. Los wabanaki comerciaban con ciertas mercancías, como por ejemplo objetos fabricados con el chert translúcido procedente de la bahía de Ramah, situada en el norte de Labrador.

Gran parte de lo que sabemos acerca de los wabanaki proviene de descripciones posteriores, sobre todo las de Jacques Cartier (1491-1557), el explorador francés que arribó a Quebec en julio de 1534. Bordeando la costa, Cartier se dio cuenta de que era posible llegar en barco desde el río San Lorenzo hasta la bahía de Chaleur y transportar las lanchas por tierra cuando los ríos eran poco profundos.[22] La fertilidad de la comarca im-

presionó a Cartier: «En la orilla sur [de la bahía de Chaleur] hay hermosas praderas y campos cultivables, y sus aguas son tranquilas como las de un estanque».

En su primer viaje a la bahía de Chaleur, Cartier se topó con dos grupos de indios micmac que iban en «unas cuarenta o cincuenta canoas». Tenemos la certeza de que eran tribus micmac porque Cartier anotó algunas de las palabras que dijeron. Cuando llegó el primer grupo de indios, «aparecieron y desembarcaron muchas personas que, entre gritos, nos hicieron señas para que bajáramos a tierra, mostrándonos las pieles que sostenían con palos». Aunque a Cartier y a su tripulación les parecieron pacíficos, los franceses no quisieron desembarcar. Cuando los micmac empezaron a seguirlos, los galos dispararon varias salvas. Como no cejaban en su empeño, Cartier ordenó disparar dos mosquetes. Solo entonces se dispersaron.

Los micmac regresaron al día siguiente, «indicándonos por señas que habían venido a comerciar; y blandieron algunas pieles de poco valor, con las que se vestían. Nosotros también les hicimos señas de que no les deseábamos ningún mal, y enviamos a dos hombres a la orilla para entregarles cuchillos y otros objetos de hierro, así como un gorro rojo para el jefe». Al igual que los skraelings con los que se habían encontrado los escandinavos 500 años antes, a los micmac les gustaban las telas rojas. Contrariamente a los nórdicos, los franceses estaban dispuestos a intercambiar cuchillos de metal porque tenían armas más poderosas.

Después de que los franceses hicieran sus regalos, los micmac «enviaron a tierra a unos cuantos hombres con algunas pieles; y las dos partes intercambiaron mercancías.[23] Los indios se mostraron muy satisfechos de poseer y obtener esos objetos de hierro y otras mercaderías, bailando y haciendo muchas ceremonias, y mojándose la cabeza con agua salada. Canjearon tantas cosas que hubieron de regresar desnudos, sin nada que

los cubriese; y nos dijeron por señas que regresarían al día siguiente con más pieles». El solapamiento con la *Saga de Erik el Rojo* —el griterío, los bastones, las pieles, la promesa de regresar al día siguiente— confirma de manera insólita la verosimilitud de las sagas de Vinland, y revela muchas coincidencias entre los skraelings del año 1000 y los micmac de 1534.

Annette Kolodny, profesora de literatura y cultura angloamericana en la Universidad de Arizona, ha demostrado que los amerindios del noreste de Canadá no guardan ningún recuerdo de los escandinavos. Uno de sus entrevistados, un anciano passamaquoddy de la reserva Indian Township, en el estado de Maine, le dijo a Kolodny que «el rojo era un color sagrado» para su pueblo y que la historia de los sonadores «le recordaba a las flautas o silbatos caseros que él mismo fabricaba cuando era pequeño».

Aunque en las sagas el encuentro de los comerciantes es pacífico, Karlsefni piensa que los skraelings representan un peligro, por lo que construye una empalizada alrededor de su cabaña para proteger a su mujer, Gudrid, y a su hijo, Snorri, el primer bebé europeo nacido en América y que lleva el nombre del lugarteniente de Karlsefni. Al comenzar el segundo invierno, los skraelings reanudan el comercio. Mientras Gudrid está sentada dentro con su hijo, «una sombra se deslizó por la puerta y entró una mujer bastante baja. […] Estaba pálida y tenía los ojos más grandes que jamás se han visto en una cabeza humana».

La mujer le pregunta: «¿Cómo te llamas?».

Gudrid responde: «Me llamo Gudrid. ¿Y tú?».

La visitante contesta: «Me llamo Gudrid».

Esta conversación solo tiene sentido si consideramos que las personas que no hablaban la misma lengua a menudo repetían las frases de sus interlocutores. La recién llegada desaparece misteriosamente.

Luego un nórdico mata a unos skraelings que estaban robando armas, y los ladrones huyen. Karlsefni insta a sus hombres a que se preparen para el siguiente ataque porque es increíblemente previsor (recordemos que es el ancestro en cuyo honor se compuso la saga).

Al cabo de tres semanas, los skraelings regresan y atacan en gran número, «como un río incontenible». En esta ocasión gritan, giran los palos hacia la izquierda y lanzan objetos. Los dos jefes, Karlsefni y Snorri, «vieron que los indígenas colocaban sobre postes un gran objeto redondo, negro y del tamaño de una barriga de oveja, que salió volando y aterrizó con un ruido atronador». Era una pequeña catapulta, un pellejo lleno de piedras que se lanzaba desde una estructura de madera. Según una descripción del siglo XIX, las catapultas algonquinas podían hundir un barco o una canoa: «Utilizadas inesperadamente contra un grupo de hombres, provocaban el pánico y la muerte».[24]

Y, de hecho, cuando el proyectil aterriza, Karlsefni y sus hombres deciden abandonar el campamento e ir río arriba. Siempre dispuesta a decir lo que piensa, Freydis, la valiente hermana de Leif, los reprende: «¿Por qué huis de tan despreciables enemigos, si podríais matarlos como a ovejas? Si tuviera un arma, estoy segura de que lucharía mejor que cualquiera de vosotros». Embarazada y moviéndose despacio, sigue a Karlsefni a regañadientes, hasta que encuentra la espada de un soldado muerto y regresa para luchar contra los skraelings.

Es entonces cuando se golpea el pecho con la espada. ¿Lo aceptamos como un hecho real? ¿O es la invención de un bardo para ensalzar a sus antepasados? A mi entender, la demostración de fuerza es tan insólita que resulta creíble, pero no hay forma de comprobar qué sucedió en realidad.

Durante la confusión, un indígena coge el hacha de un escandinavo caído. El aborigen intenta cortar un árbol, al igual que sus compañeros. El hacha les parece «un auténtico tesoro», pero, cuando uno de los suyos intenta cortar una piedra con ella, lo que demuestra su escaso conocimiento de los utensilios de metal, la herramienta se parte en dos. Decepcionado, el hombre la tira al suelo.

En el combate cuerpo a cuerpo, las armas de hierro y de acero daban a los escandinavos cierta ventaja, pero no les garantizaban la victoria, sobre todo cuando estaban en inferioridad numérica. Al fin y al cabo, dos nórdicos habían muerto en la batalla, menos que las «numerosas» bajas de los indios, pero suficientes para hacer reflexionar a Karlsefni. La *Saga de Erik el Rojo* es escueta: «Entonces el grupo [de Karlsefni] se dio cuenta de que, pese a todo lo que aquella tierra tenía que ofrecer, estarían bajo la constante amenaza de ser atacados por los indios. Se dispusieron a regresar a su propio país».

Las sagas datan de los siglos XIII y XIV, pero algunas de las fuentes que mencionan la existencia de Vinland son anteriores. La más detallada relación antigua de los viajes escandinavos está escrita en latín y data de 1076, cuando el cronista Adán de Brema completó su *Gesta Hammaburgensis ecclesiae pontificum*. Este libro, que narra la historia de una región del norte de Alemania administrada por un obispo, describe la cristianización de Escandinavia, Islandia y Groenlandia. El sencillo relato de Adán de Brema contiene algunas perlas como esta con respecto a Groenlandia: «Las gentes que viven allí son de color verdoso a causa del agua salada, de donde proviene el nombre de esta región».[25] Las afirmaciones de Adán de Brema ilustran la desinformación imperante en aquella época, como cuando Erik el Rojo afirmó que Groenlandia era muy verde para atraer a nuevos colonos.

Adán de Brema también relata su conversación con el rey de los daneses, Svend Estridsen (r. 1046-1074), quien «habló también de otra isla de las muchas que hay en el océano. Se llama Vinland porque las vides que allí crecen dan un excelente vino». He aquí una prueba más —procedente de un texto escrito menos de un siglo después del primer viaje de Leif— de la verosimilitud de las expediciones vikingas. Adán de Brema prosigue: «Allende esa isla no hay más tierras habitables, pues todos los lugares que se encuentran más allá de esa porción de tierra están llenos de hielo impenetrable e intensa oscuridad».[26] Así pues, Vinland era el fin del mundo para los daneses.

Pero ¿dónde estaba exactamente Vinland? Durante siglos los lectores de Adán de Brema y de las sagas de Vinland se preguntaron si las expediciones escandinavas eran verídicas y a dónde habían viajado Leif y Karlsefni en realidad. Los historiadores han estudiado con detenimiento las descripciones de los desembarcos en Helluland, Markland y Vinland que se narran en la *Saga de los groenlandeses*.

He aquí una buena pista sobre la ubicación de Vinland: «En lo más crudo del invierno, el sol estaba en lo alto a media mañana y aún era visible a media tarde». Así pues, según nos informa la *Saga de los groenlandeses*, en aquella tierra misteriosa había más horas de luz solar que en Groenlandia. Esta información sitúa Vinland en algún punto entre Nueva Jersey y el golfo de San Lorenzo.

En 1960, el diplomático noruego Helge Ingstad y su mujer, la arqueóloga Anne Stine Ingstad, exploraron la costa canadiense con el fin de localizar los lugares a los que había viajado Leif Erikson. Navegando por la costa oriental de Canadá, observaron un gran parecido entre las playas de Labrador y las que se describen en la *Saga de los groenlandeses*: «El terreno era llano y boscoso, con una suave inclinación hacia el mar, y ellos [Leif y sus hombres] encontraron muchas playas de arena blanca».

Los Ingstad argumentaban que quienes navegaran más al sur de Markland/Labrador, como los vikingos, llegarían a Terranova. Cuando atracaron en la Ensenada de las Medusas, situada en el norte de la isla, preguntaron por posibles emplazamientos vikingos. Un vecino los llevó hasta unos montículos de hierba en una playa, que resultaron ser los restos de edificios de adobe con armazones de madera. Los lugareños creían que eran las viviendas abandonadas de los pueblos amerindios.

Solo había una manera de averiguar quién había vivido en las construcciones de adobe: cavando. Aunque a los Ingstad se les reconoce el mérito de este descubrimiento, algunos lectores de las sagas ya habían propuesto la Ensenada de las Medusas como posible emplazamiento vikingo. Pero no hicieron excavaciones para demostrar sus teorías.[27] A lo largo de ocho veranos, entre 1961 y 1968, los Ingstad excavaron ocho estructuras. Al principio no sabían con seguridad si eran europeas o amerindias.

La prueba más reveladora de la presencia escandinava en la Ensenada de las Medusas no fue un único objeto —cualquier objeto concreto habría podido ser trasladado a grandes distancias por los comerciantes indígenas—, sino una caseta adosada a otra cabaña, en la que había escoria, un yunque, una piedra grande y fragmentos de hierro; esto es, indicios de una herrería. En la caseta también había una chimenea, que los carpinteros de ribera utilizaban para calentar agua con el fin de alabear las tablas antes de fijarlas a los barcos. En otro cobertizo los arqueólogos encontraron muchos fragmentos de clavos de hierro.

En América del Norte ya se trabajaba el metal en el año 1000, pero en ningún otro lugar del continente se trabajaba el hierro. Así pues, los arqueólogos, cuando descubrieron una herrería en la Ensenada de las Medusas, supieron que aquellas fundiciones eran obra de forasteros.

Los arqueólogos también descubrieron rastros de una estructura de madera. Separada de las paredes, probablemente se trataba de un entablado para construir embarcaciones como los que se siguen usando en Noruega. La nave que se estaba construyendo medía no más de 8 metros de eslora, que es la longitud típica de los barcos noruegos que se usaban en aguas interiores. Situada en el extremo norte de Terranova, la Ensenada de las Medusas era el sitio ideal para reparar los barcos que debían regresar a Groenlandia.

Otro hallazgo inequívocamente escandinavo confirmó que los moradores de las ocho estructuras eran nórdicos: un alfiler de bronce con una anilla en el extremo. Como suele suceder, los arqueólogos encontraron el alfiler el último día de su última temporada, en 1968. En sus memorias, Anne Stine Ingstad refiere el descubrimiento: «Dimos un grito porque en seguida caímos en la cuenta de que teníamos una prueba irrefutable: un alfiler de bronce con cabeza anillada, como los del período vikingo».[28] Usado para sujetar la capa al cuello, coincidía con los que se han encontrado en los emplazamientos nórdicos de Irlanda y Escocia, que datan de entre el año 920 y 1050. Otros objetos también indicaban la presencia escandinava: un utensilio de cuarcita para afilar agujas y un contrapeso para sujetar el copo durante el hilado (una tortera), pero estas piezas, para los profanos, no resultaban tan convincentes como el alfiler de bronce.[29]

El afilador de agujas y la tortera indican la presencia de mujeres en el emplazamiento, si bien en menor número que los hombres. En el edificio principal había un pequeño dormitorio para el caudillo y su mujer, quien probablemente necesitaba otras manos femeninas para que la ayudaran con las labores domésticas. Al lado había una habitación mucho más grande

para los hombres de su séquito, que no podían llevar a sus mujeres a las expediciones; por eso había tanta diferencia en el número de hombres y mujeres.

Los Ingstad estaban seguros de que la Ensenada de las Medusas era el lugar donde se encontraba Leifsbudir, el asentamiento en el que los hombres de Leif construyeron las primeras casas; sin embargo, había un gran obstáculo para su identificación: la ausencia de uvas silvestres en Terranova.

Las sagas aclaran por qué eligió Leif el nombre de «Vinland». Un día, uno de los hombres de Leif, un alemán apodado Tyrkir el Sureño, afirma haber hecho un importante descubrimiento mientras exploraba por su cuenta. Cuando se lo dice a Leif, habla en alemán, «mirando en todas direcciones y con la cara deformada. Los demás no entendían nada de lo que estaba diciendo». ¿Qué ocurría? ¿Estaba borracho? Cuando Tyrkir se decide a hablar por fin en noruego, refiere haber descubierto «viñas y uvas», que reconoce por su infancia en Alemania. Por eso Leif, con el instinto comercial de su padre, llama Vinland al nuevo territorio.

Curiosamente, en el texto se describe a Tyrkir como un hombre mayor, probablemente un esclavo que conoció a Leif cuando era pequeño. Era habitual que los esclavos criaran a los niños, por lo que Tyrkir tal vez viajó en la expedición a Groenlandia para cuidar a los hijos de Erik el Rojo.

La historia de Tyrkir daba al traste con la teoría de los Ingstad, para quienes el poblado de Leifsbudir se encontraba en la Ensenada de las Medusas: las uvas no crecen tan al norte. El límite septentrional para el cultivo de uvas es la costa sur del golfo de San Lorenzo. Aunque el clima hubiera sido uno o dos grados más cálido en el año 1000, las uvas no habrían crecido en Terranova. Los Ingstad propusieron una solución ingeniosa. Sugiriendo que la sílaba *vin* tiene una «i» corta y que significa

«trigo» en vez de «uvas» (*vīn* con «i» larga), decidieron descartar la idea de que Tyrkir hubiera encontrado uvas y definieron Vinland como «tierra de las praderas».

Erik Wahlgren (1911-1990), profesor de literatura escandinava en UCLA, se opuso con firmeza y determinación a esa hipótesis; un nombre tan genérico como «tierra de las praderas» no transmite nada, en tanto que «tierra de viñedos» habría atraído a futuros colonos.[30] Puesto que en Vinland había uvas, la Ensenada de las Praderas no podía ser Vinland.

He aquí una cuestión relacionada: ¿a qué parte de América del Norte viajaron los escandinavos? La *Saga de Erik el Rojo* menciona la isla de Straum («isla de las Corrientes»), donde se encontraba Leifsbudir y donde Karlsefni pasó el primer invierno, así como una tierra mucho más atractiva, hacia el sur, que se llamaba Esperanza o Lago de las Mareas.

El hallazgo de tres nueces y de un tronco de nogal blanco en la Ensenada de las Medusas confirma que los nórdicos viajaron más al sur, porque el límite septentrional del nogal era más o menos el mismo que hoy en día: unos 1000 kilómetros, al sur del extremo norte de Terranova y al norte de Maine.[31] El descubrimiento de nueces concuerda con las uvas silvestres de las sagas; ambos son frutos que no crecen en Terranova, sino que se dan más al sur. Estos descubrimientos demuestran que los escandinavos se establecieron en la Ensenada de las Medusas y que viajaron más al sur.

No sabemos por qué las dos sagas mencionan tan pocos lugares de Vinland. Sin duda, los escandinavos estuvieron en muchos más puntos de la costa oriental de Canadá y posiblemente del nordeste de Estados Unidos. Es probable que al recitar las sagas una y otra vez algunos topónimos se perdieran, lo cual es muy frecuente en las historias de transmisión oral.

Sabemos por el alfiler de bronce y por otras pruebas arqueológicas indiscutibles que la Ensenada de las Medusas era un asentamiento vikingo, pero en las sagas no se menciona ningún astillero.

Hay razones para pensar que la Ensenada de las Medusas no era el principal campamento nórdico en América. A diferencia de los asentamientos escandinavos en Islandia y Groenlandia, aquel emplazamiento no tenía campos de cultivo en sus inmediaciones, por lo que no habría podido abastecer de alimentos a sus habitantes. En el poblado se encontraron restos de algunos cerdos, pero la mayoría de los huesos eran de focas y ballenas. Tampoco había ningún lugar cercano donde llevar a pastar el ganado, y los escandinavos viajaban siempre con grandes rebaños. Recordemos el episodio del toro cuyo bramido tanto asustó a los skraelings.

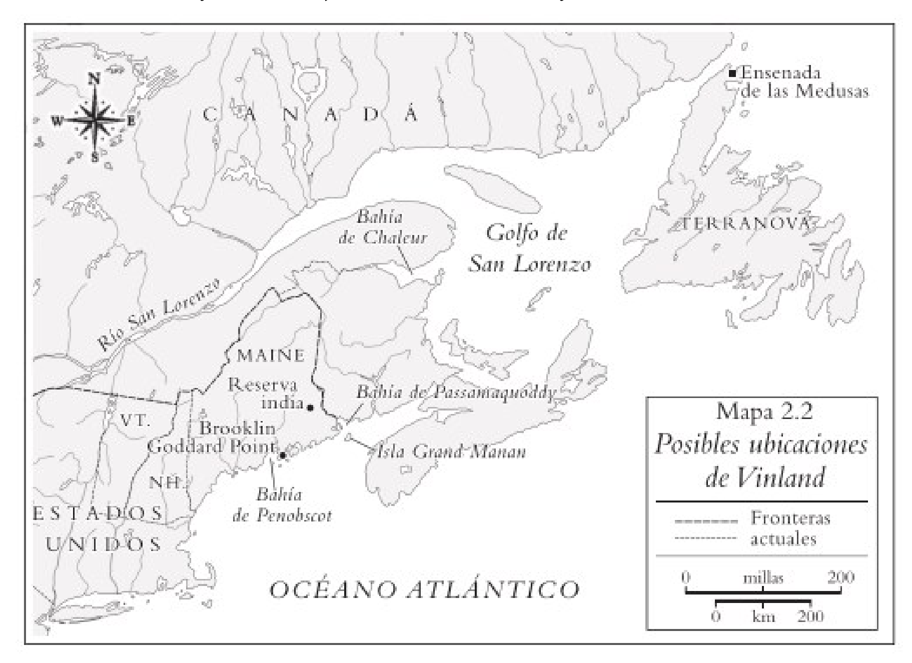
La poca extensión de aquel asentamiento, unida a la presencia de nueces y a la mención de uvas silvestres en las sagas, nos hace pensar que el principal poblado vikingo se encontraba probablemente más al sur. Tras estudiar con detenimiento todas las pruebas encontradas y la geografía de la costa, el profesor Wahlgren sugirió que el campamento original de Leif se encontraba en la bahía de Passamaquoddy, frente a la isla Grand Manan, en el lado estadounidense de la frontera de Maine con Nuevo Brunswick.[32] Y Birgitta Wallace, que durante muchos años fue la principal arqueóloga en la Ensenada de las Medusas, sitúa Leifsbudir al norte de las bahías de Passamaquoddy y Chaleur, en parte debido a las asombrosas semejanzas entre la *Saga de Erik el Rojo* y los diarios de Cartier. Quienes prefieren no señalar una ubicación precisa coinciden en que las pruebas sitúan Vinland en algún lugar de Maine o Nueva Escocia.

¿Por qué abandonaron Vinland los escandinavos? Las sagas lo atribuyen al miedo a los ataques, y también sugieren indirectamente que, aparte de madera, los nórdicos no encontraron

mercancías valiosas.

Los escandinavos abandonaron la Ensenada de las Medusas de forma ordenada, llevándose todos los objetos de valor y dejando solo algunos utensilios, como el alfiler de bronce, que probablemente se cayó por accidente, o el objeto de esteatita, que era demasiado pesado para andar cargando con él.

En el viaje de vuelta, los nórdicos tuvieron varios encuentros violentos con los pueblos indígenas. En un momento dado, mataron a cinco hombres que estaban durmiendo cerca de la costa, simplemente porque el pequeño tamaño del grupo indicaba que eran «forajidos». En Markland/Labrador los escandinavos capturaron a dos niños después de que sus compañeros adultos, un hombre y dos mujeres, salieran huyendo.



La línea entre la adopción y la esclavitud era muy fina. Es posible que Karlsefni hubiera tenido la intención de adoptar a los dos críos (él y sus hombres les enseñaron su idioma), pero nada le impedía venderlos a su regreso a Groenlandia, en cuyo caso se habrían convertido en mercancías. Puesto que los escla-

vos eran una de las principales exportaciones nórdicas, es de suponer que Karlsefni fuese consciente de los beneficios derivados del comercio de siervos. Ahora bien, por lo que sabemos, los escandinavos nunca vendieron esclavos amerindios en Europa.

Cuando los nórdicos desmontaron su colonia y regresaron a Groenlandia, el comercio entre Escandinavia y América continuó de forma limitada. Los nórdicos regresaban periódicamente al Labrador para hacer acopio de leña debido a la persistente escasez de madera en Groenlandia e Islandia. Islandia tenía árboles antiguamente, pero los primeros colonos los talaron para construir casas, y no volvieron a crecer. Incluso hoy en día apenas hay árboles en la isla.

Tras el primer invierno en Vinland, cuando regresaba a su patria, Leif divisó a unos quince náufragos noruegos en un arrecife cerca de Groenlandia, donde habían encallado probablemente a causa de una tormenta. Leif descargó la madera que transportaba de América a Groenlandia con el fin de hacer sitio para los náufragos. Tras llevarlos a un puerto seguro, regresó al arrecife para recuperar la madera, lo que indica lo valiosa que era.

Con la notable excepción de un único penique nórdico, no hay restos arqueológicos de más expediciones comerciales a América. Hallado en Goddard Site, un gran asentamiento estival en la ciudad de Brooklin, frente a la bahía de Penobscot, el penique era de plata con un poco de cobre y plomo. Fue acuñado entre 1065 y 1080, después de que los nórdicos se hubieran marchado de Canadá.[33]

¿Cómo llegó el penique a Goddard? Lo más probable es que los nórdicos lo llevaran consigo a Labrador, la isla de Baffin o Terranova cuando se desplazaron hasta allí para talar árboles. Posteriormente los indígenas fueron comerciando con él de lu-

gar en lugar hasta que llegó a Goddard Point, el sitio más meridional en el que han aparecido restos arqueológicos de los escandinavos. (La famosa runa «vikinga» de Kensington, en Minesota, es sin duda una falsificación.)

Los restos arqueológicos procedentes de Groenlandia, aunque escasos, apuntan a que el contacto entre Groenlandia y América continuó después del año 1000. Dos puntas de flecha halladas en Groenlandia también procedían de América: una, confeccionada con chert de la bahía de Ramah, fue encontrada en el cementerio nórdico de Sandnes, en el asentamiento occidental, mientras que la otra, hecha con cuarzo, apareció en Brattahlíð, la granja del asentamiento oriental desde la que partió Thorfinn Karlsefni con destino a América en el siglo XI. Las pieles no aguantan bien bajo tierra, sobre todo cuando han transcurrido mil años, pero las telas conservadas en hielo en el emplazamiento groenlandés de Gården Under Sandet, al sur del asentamiento occidental, contienen piel de oso pardo y bisonte, animales originarios de América del Norte.[34] Estos hallazgos indican que las pieles fueron exportadas a Groenlandia desde América.

La decisión de abandonar los asentamientos americanos se debió a un problema moderno: el desequilibrio comercial. Ciertamente, Vinland ofreció a los nórdicos mercancías útiles, como por ejemplo madera, pieles exóticas y curiosidades tales como las puntas de flecha, pero el continente europeo ofrecía objetos más valiosos: productos manufacturados, sobre todo espadas, dagas y otros objetos metálicos, aparte de sal y harina, siempre tan necesarias. La constante necesidad de esos artículos influyó en la decisión de abandonar los asentamientos americanos y regresar a Groenlandia, donde los escandinavos permanecieron otros cuatrocientos años.

Cuando los nórdicos llegaban a un lugar nuevo, exploraban el entorno, y Groenlandia no fue una excepción. El instinto explorador los llevó más al norte, aunque siguieron viviendo en los dos poblados del sur de la isla: los asentamientos oriental y occidental.

Al menos dos expediciones reconocieron las zonas septentrionales de Groenlandia. Un grupo llegó hasta el paralelo 75, más al norte del círculo polar ártico, y siguió avanzando tres días más, como sabemos por la copia de una carta (ya perdida) escrita en 1266.[35]

Un segundo grupo de tres hombres llegó en la década de 1330 a la isla de Kingiktorssuaq, en la bahía de Baffin, frente a las costas de Groenlandia en el paralelo 72. Grabaron un texto en una piedra y lo añadieron a tres pilas de mojones. Exploradores daneses los descubrieron a comienzos del siglo XIX. Una estatuilla de marfil que representa a un escandinavo con una cruz en el pecho, hallada en la isla de Baffin, data de esa época.[36] Tallada en marfil de morsa, tiene menos de cinco centímetros de altura. Es otra prueba de que los nórdicos exploraron el norte de Groenlandia.

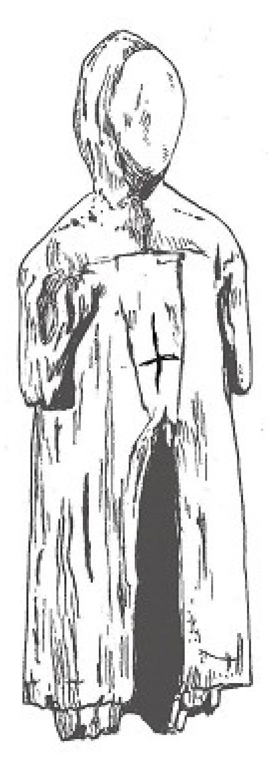
Los nórdicos empezaron a abandonar los asentamientos de Groenlandia en la década de 1300, en parte porque el clima se estaba enfriando a medida que el «período cálido medieval» llegaba a su fin y se iniciaba la Pequeña Edad de Hielo.[37] Los thule de Groenlandia se adaptaron al clima frío mejor que los nórdicos y contaban con tecnologías que los escandinavos nunca habían adoptado.

Los thule, por ejemplo, vestían gruesas prendas de piel y utilizaban arpones acodados para cazar focas y ballenas. Los inuit también sabían hacer agujeros en el hielo para capturar focas oceladas, pero los nórdicos desconocían esas técnicas fundamentales. Los esquimales usaban perros y utensilios como plu-

mas o huesos pequeños para detectar la presencia de focas bajo el hielo. Las focas oceladas, puesto que no migraban, eran una fuente de alimento durante todo el año. Las boyas móviles, que se fabricaban inflando pieles de foca cosidas, permitían a los inuit cazar grandes cetáceos. Los cazadores, cuando arponeaban una ballena, podían seguirla hasta que el animal moría. Esas tecnologías les sirvieron para desplazarse desde Alaska hasta Groenlandia entre los años 900 y 1200.[38]

La población nórdica de Groenlandia llegó a superar las 2.000 personas alrededor del año 1300 y luego cayó en picado cuando los thule se desplazaron hacia el sur.[39] En los *Anales islandeses* encontramos la siguiente anotación, correspondiente a 1379: «Los skraelings atacaron a los groenlandeses, mataron a dieciocho personas y secuestraron a dos niños». Aquí «skraelings» hace referencia a los thule, y «groenlandeses», a los nórdicos. Un certificado de matrimonio encontrado en la iglesia de Hvalsey demuestra que los escandinavos seguían en Groenlandia en 1408. Dos años más tarde, los *Anales* reflejan el regreso de un solo islandés desde Groenlandia. A partir de 1410, el archivo histórico no vuelve a mencionar a los pobladores nórdicos.

Aunque los nórdicos abandonaron Groenlandia, el recuerdo de Vinland permaneció en su memoria. La conversación de Adán de Brema con el rey de Dinamarca circuló en unos pocos manuscritos latinos durante los siglos XIII y XIV, cuando las sagas de Vinland iban adquiriendo su forma actual, y su libro pervive en numerosos textos. El testimonio de Adán de Brema nos muestra cómo se transmitía la información sobre otras culturas a lo largo del tiempo: el cronista alemán refleja lo que el rey de Dinamarca le había contado acerca de Vinland, pero la historia de aquel lugar recibió poca atención en los siglos posteriores. Era un relato más sobre un territorio peligroso en el extremo del mundo, como tantas otras historias de la Edad Media.[40]



Este boceto de una estatuilla de madera, supuestamente realizada por los inuit en torno a 1300, representa a un misionero europeo que llegó a América antes que Colón.

Amelia Sargent

En comparación con otros encuentros en torno al año 1000, el que se produjo entre nórdicos y amerindios tuvo poco efecto a largo plazo. Unas pocas conversaciones, esporádicos intercambios de mercancías, tal vez algunos combates cuerpo a cuerpo: a eso se redujo el contacto entre nórdicos y amerindios.

Sabiendo que los amerindios murieron masivamente cuando fueron expuestos a los gérmenes europeos en 1492, nos preguntamos si los amerindios corrieron la misma suerte en el año 1000. Las sagas no mencionan que los pueblos indígenas enfermaran como consecuencia de su encuentro con los nórdicos, pero, en una ocasión, estos se pusieron enfermos tras comer carne de ballena contaminada.

En realidad, los amerindios no enfermaron inmediatamente después de 1492. Hubieron de pasar un cuantos años, hasta la década de 1520, antes de que empezaran a morir en gran número. El breve período de contacto —los diez años que los nórdicos vivieron en la Ensenada de las Medusas— fue probablemente demasiado corto para que los escandinavos introdujeran enfermedades entre los pueblos indígenas de América del Norte.

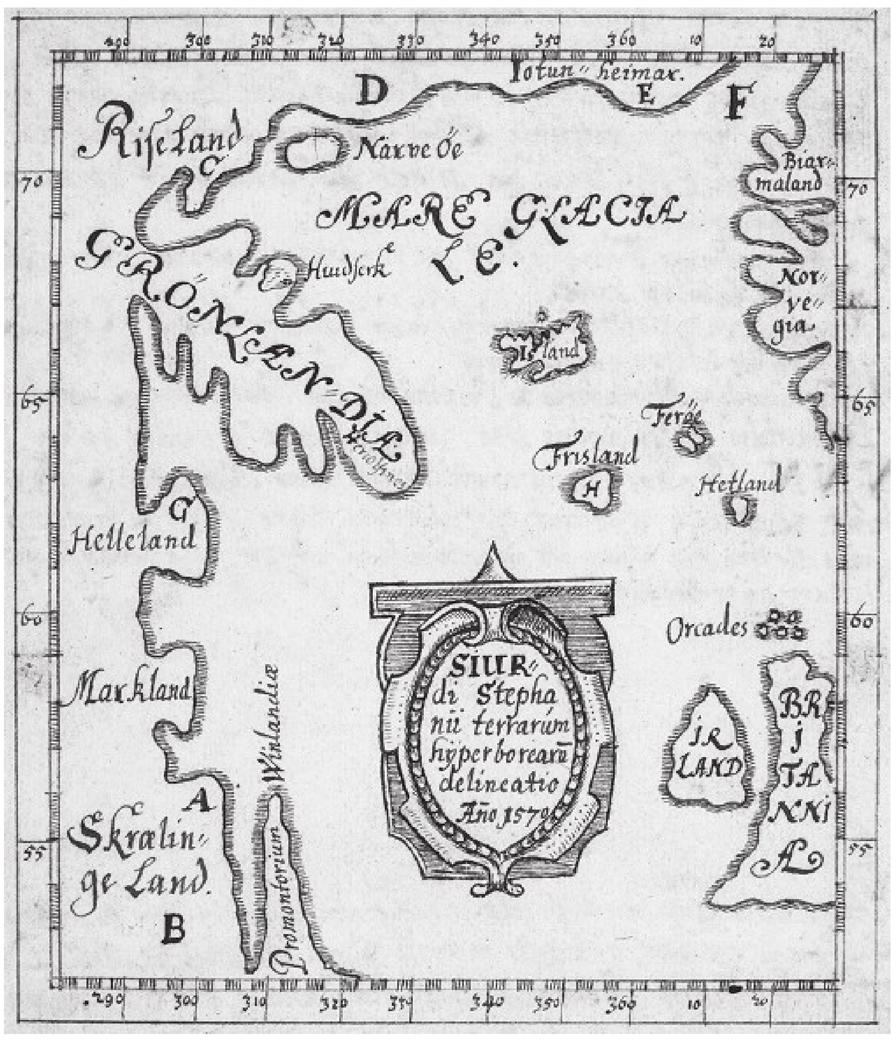
En 1492, los europeos ya estaban olvidando lo poco que sabían acerca de Vinland y Groenlandia. Ese año, en una epístola del papa se describe Groenlandia como «una isla situada junto a los confines del mundo. […] Debido al hielo que rodea la isla, los viajes hasta allí son raros, pues solo se puede llegar a tierra en agosto, cuando el hielo retrocede. Por esa razón, se cree que ningún barco navega por esas aguas desde hace ochenta años, y ningún obispo o sacerdote ha estado allí».

Aun así, la relación de Adán de Brema se difundió entre un pequeño círculo de eruditos que sabían latín. En 1590, casi un siglo después del primer viaje de Colón, un maestro islandés llamado Sigurður Stefánsson dibujó un mapa para demostrar que los islandeses habían descubierto América antes que Colón.[41]

Noruega, Gran Bretaña e Irlanda aparecen como trozos de tierra separados en el borde oriental de ese mapa. Una sola masa de tierra a lo largo de los bordes septentrional y occidental del mapa contiene Groenlandia, Helleland (Helluland, en realidad), Markland y Skraelinge Land (un nuevo topónimo acuñado por Stefánsson), que está conectada por una larga y estrecha ensenada con el promontorio de Vinland. La forma puntiaguda del promontorio llevó a los Ingstad a buscar un asentamiento nórdico cerca del extremo septentrional de Terranova.

El mapa de Stefánsson resucitó el recuerdo de los viajes escandinavos a América en el año 1000, que generan problemas similares a los que plantea la globalización hoy en día. ¿Qué ocurre si la industria armamentística es desigual y comienzan las hostilidades? ¿Qué consecuencias tienen los desequilibrios comerciales? Si una de las partes cuenta con más efectivos, ¿qué puede hacer la otra para compensar esa desventaja? Y, por último, ¿por qué es tan difícil aprender del rival, aunque haya desarrollado técnicas de utilidad demostrable?

Los nórdicos, cuando se encontraron con los amerindios, tenían la ventaja de contar con utensilios de metal. Pero los nórdicos decidieron retroceder, tal vez a causa de la ferocidad de los indígenas, tal vez porque no podían obtener con facilidad las provisiones que necesitaban para sobrevivir. De manera similar, los nórdicos se retiraron gradualmente de Groenlandia justo cuando los thule emigraban desde Alaska. El encuentro de los escandinavos con los indígenas en América y con los thule en Groenlandia caracteriza los equilibrados encuentros del año 1000, tan diferentes de los que se produjeron a partir del siglo XVI, cuando la superioridad armamentística de los europeos les permitió imponerse en casi todas las ocasiones.



En 1590, un maestro de escuela islandés hizo un mapa que muestra los conocimientos cartográficos de los vikingos en el año 1000. Es la descripción más antigua que se conserva del extremo norte de América.

Royal Danish Library, The Skálholt Map (GKS 2881 kvart)

Los viajes escandinavos fueron importantes porque crearon una nueva ruta hacia el oeste a través del Atlántico. Pioneros en la exploración de nuevas tierras, los nórdicos estuvieron presentes en una inmensa franja de territorio que se extendía desde la Ensenada de las Medusas en el oeste hasta el mar Caspio

en el este. Abrieron una ruta hacia el extremo septentrional de Groenlandia y, probablemente, también viajaron a otros países situados más al sur.

Las expediciones nórdicas a Canadá nos muestran otro importante elemento de la globalización: aquellos viajes no fueron el origen del comercio con América. Como veremos en el capítulo siguiente, los amerindios con los que se encontraron ya comerciaban a través de largas distancias. En definitiva, los viajes de los nórdicos fueron muy importantes en el sentido de que sus expediciones conectaron redes comerciales ya existentes a ambos lados del Atlántico, iniciando así el proceso de la globalización.

CAPÍTULO 3

Las autopistas panamericanas del año 1000

En el año 1000 la ciudad más grande de América era probablemente Chichén Itzá, con una población aproximada de 40.000 habitantes.[1] Situada a 80 kilómetros del mar, se encuentra junto a la costa septentrional de la península de Yucatán. Siendo posiblemente la ciudad que mejor se ha conservado desde el año 1000, Chichén Itzá atrae diariamente a miles de turistas. La principal atracción es el Castillo, una pirámide de 30 metros de alto con escalinatas en los cuatro costados. Miles de personas acuden allí todos los años el 21 de marzo y el 21 de septiembre para presenciar un asombroso prodigio técnico. A las tres de la tarde, los rayos del sol crean un conjunto de sombras que forman la imagen de una serpiente en la cara norte de la pirámide. Durante una hora, el cuerpo de la serpiente se va estirando hasta alcanzar su cabeza de piedra al pie de las escaleras, ofreciendo un impresionante espectáculo de luces, que fue concebido hace mil años.

Igual de impresionante es la cancha de juego de pelota (500 × 60 metros).[2] Es más grande que un campo de fútbol, data aproximadamente del año 1000 y constituye el mayor terreno de juego de Mesoamérica, zona que abarca el sur de México, Belice, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá. Los turistas suelen empezar la visita por la cancha de juego porque está junto a la entrada de la ciudad.

Divididos en dos equipos, los jugadores golpeaban una pelota de goma con las caderas, los codos o las rodillas. El objetivo era hacer pasar la pelota por uno de los aros de piedra situados a cada lado del campo. Las pelotas (20 centímetros) se fabricaban con el látex del árbol del caucho, que se coagula al contacto con el aire. El árbol del caucho es originario de América. Los

artesanos les añadían savia de correhuela para que botaran más.[3] Los españoles, que no conocían el caucho, se sorprendieron de la rapidez con que corrían las pelotas y de lo imprevisible que era su movimiento.

Tal vez para reflejar el movimiento independiente de las pelotas, los artistas mayas las representaban con cráneos en su interior. Una de esas pelotas aparece en un relieve en las paredes de la cancha de Chichén Itzá, que muestra a un miembro del equipo perdedor con la cabeza cortada y colocada en el suelo; de la sangre que le brota del cuello salen seis serpientes. Los dioses mayas exigían grandes y frecuentes ofrendas de sangre. Incluso los gobernantes debían pincharse púas de maguey en el pene.

A escasa distancia de la cancha se encuentra el Templo de los Guerreros, que tiene doscientas columnas en el exterior. Las fachadas muestran a los portadores de regalos y a los guerreros en cuyo honor los arqueólogos del Instituto Carnegie de Washington bautizaron el templo, entre 1925 y 1934. Tras limpiar los escombros y las ramas, esos arqueólogos rescataron también las deterioradas pinturas murales que estaban desparramadas por el suelo.[4] Hoy en día solo se pueden ver los dibujos en blanco y negro o las reproducciones en acuarela que hicieron los arqueólogos. Puesto que no se permite a los visitantes entrar en los edificios de Chichén Itzá, es imposible ver las paredes en las que fueron pintados originalmente los murales.

Muchos murales muestran escenas de conquista.[5] A partir de noventa y nueve fragmentos, los trabajadores del Instituto Carnegie reconstruyeron un enorme mural que representa la toma de una aldea. Los invasores visten pieles grises; los defensores, pieles claras con rayas negras horizontales.[6] Sus escudos también eran diferentes, probablemente para que el espectador pudiera distinguir bien los dos bandos.



Mapa 3.1
Principales centros de comercio en América

No sabemos a ciencia cierta quiénes son los atacantes que aparecen en los murales de Chichén Itzá. Los invasores son probablemente los toltecas, un pueblo que llegó a Chichén Itzá procedente de la ciudad de Tula (o Tollan), situada a 80 kilómetros al noroeste de la ciudad de México, como sabemos por dos textos posteriores, escritos ambos después del contacto con los españoles. Un documento tolteca afirma que un rey llamado Serpiente Emplumada ([Topiltzin] Quetzalcóatl en lengua tolteca) salió de Tula en el año 987, viajó hasta el golfo de México y luego partió en una balsa. Curiosamente, un documento maya habla de la llegada de un hombre que también se llamaba Serpiente Emplumada (Kukulkán en lengua maya) a Chichén Itzá ese mismo año. Debía de ser el mismo hombre, y se convirtió en rey de Chichén Itzá.

Al otro lado de una puerta hay una pintura realmente insólita. Aunque está en el mismo muro que muestra la invasión de un pueblo, representa a personas que no se parecen en nada a los guerreros de otros murales, tal vez porque son demasiado realistas.

Una víctima —de pelo amarillo, ojos claros y piel blanquecina— tiene las manos atadas a la espalda. Otra tiene cuentas en el pelo rubio, como es habitual entre los cautivos en las pinturas mayas (ambas se muestran en las láminas de color). Y otra, también con cuentas en el pelo, flota desnuda en el agua mientras un pez amenazador acecha con la boca abierta.[7] El artista ha utilizado azul maya, un pigmento que combina añil con atapulgita, para representar el agua.[8] Estos desdichados prisioneros de guerra han sido arrojados al mar para que se ahoguen.

¿Quiénes eran esos prisioneros de piel clara y pelo rubio? ¿Podrían ser nórdicos capturados por los mayas?

Los primeros investigadores que escribieron acerca de estas pinturas no eran de esta opinión. Ann Axtell Morris, la meticulosa conservadora del Instituto Carnegie que pintó las copias en acuarela en la década de 1920, no estaba segura de la identidad de las personas de pelo amarillo, pero suponía que el artista había usado esa combinación de colores «para subrayar la diferencia de tribu, o incluso de raza».[9] En la década de 1940, un historiador propuso una solución extrema: las víctimas llevaban pelucas amarillas con cuentas para que el color del pelo coincidiera con el del dios-sol al que iban a ser sacrificados.[10] Aquella generación de investigadores, que estudió el asunto mucho antes de que los Ingstad descubrieran el asentamiento nórdico de la Ensenada de las Medusas, no tenía motivos para pensar que aquellas víctimas propiciatorias fueran escandinavas.

Sin embargo, hoy en día, gracias a las excavaciones de la Ensenada de las Medusas, podemos estar seguros de que los nórdicos estuvieron en América en el año 1000. El descubrimiento de los Ingstad arroja nueva luz sobre los murales del Templo de los Guerreros. Estas extrañas pinturas podrían representar ciertamente a navegantes nórdicos. Dos eminentes investigadores de la cultura maya que sostienen esta teoría —el arqueólogo Michael D. Coe y la historiadora del arte Mary Millar— señalan que en ningún otro mural maya aparecen prisioneros con el pelo rubio y la piel clara.

La cronología coincide a la perfección con las travesías nórdicas. Numerosos barcos vikingos cruzaron el Atlántico a finales del siglo X y comienzos del XI, zarpando de Escandinavia, Islandia o Groenlandia con rumbo a Canadá y posiblemente a Maine. Fue precisamente entonces cuando se pintaron estos murales (el Templo de los Guerreros se construyó justo después del año 1000).[11]

Los más escépticos señalan que los artistas mayas retrataban a los guerreros utilizando diferentes esquemas cromáticos y por consiguiente descartan que el pelo rubio de los prisioneros fuera una convención artística. También se preguntan si los pigmentos no cambiarían de color durante los mil años que transcurrieron hasta que se hicieron las copias en acuarela.

También se puede poner en duda la nacionalidad de los guerreros retratados: en Yucatán no se ha encontrado ningún objeto escandinavo. Esta objeción no es tan importante como pudiera parecer; la información arqueológica dista mucho de ser completa. Muchas de las cosas que sabemos por documentos escritos no han dejado ningún rastro arqueológico. Las personas que buscan en internet «arqueología» y «batalla de Hastings» se sorprenden de que los arqueólogos no hayan encontrado hasta hace muy poco tiempo restos de los caídos en la batalla que, en 1066, dio Inglaterra a Guillermo el Conquistador.

Teniendo en cuenta el estado de las pruebas arqueológicas de que disponemos en la actualidad, no podemos asegurar que los nórdicos estuvieron en Chichén Itzá: solo un objeto como el alfiler de bronce encontrado en la Ensenada de las Medusas, o posibles restos de ADN escandinavo, servirían para zanjar la cuestión. Quizá algún día salgan a la luz esas pruebas. De momento, debemos concluir que los vikingos pudieron haber arribado a Yucatán, que sería el punto más meridional de sus correrías por América.

Si los nórdicos estuvieron realmente en Chichén Itzá, ¿cómo llegaron allí? Tal vez se desviaron de su rumbo y luego fueron capturados. Una escena de guerra del Templo de los Guerreros muestra a una víctima rubia junto a dos barcos, uno con la proa tallada y el otro decorado con escudos y escorándose por un costado.

Obtenemos más información acerca de estos insólitos barcos en un mural ubicado en otro conjunto de edificios del antiguo Chichén: la Casa de las Monjas.[12] (Los españoles daban por sentado que cualquier edificio con un patio grande era un convento, pero los mayas no tenían conventos.) Construido antes del 950, el complejo de Las Monjas contiene murales que fueron pintados poco después. Una de esas pinturas no representa a personas rubias, pero muestra un barco con tracas claramente delineadas. Las hiladas de tablas que dibujaron los artistas mayas no tienen la misma longitud que la embarcación. Aunque las ilustraciones que se han publicado no aclaran esta cuestión, los tablones de las naves nórdicas eran casi siempre más cortos que la eslora.[13] Limitada por el tamaño de los robles y los pinos, la longitud de las tracas oscilaba entre 1,5 y 5 metros en los barcos vikingos, que medían unos 30 metros de eslora.

El uso de tracas indica que el barco de Las Monjas no es una embarcación indígena, porque los mayas, como la mayoría de los pueblos americanos, construían sus canoas quemando y ahuecando troncos de árboles. Los únicos amerindios que construyeron embarcaciones con tablas unidas fueron los chumash, que viajaban en ellas desde Santa Bárbara hasta el Archipiélago del Norte.[14] Los hombres del barco de Las Monjas parecen guerreros mayas que se han apoderado de un navío vikingo. Aunque el mural de Las Monjas haya recibido menos atención que el de los navegantes rubios que se encuentra en el Templo de los Guerreros, en realidad la nitidez de las hiladas es la prueba más convincente de la presencia nórdica en Chichén Itzá.

A menudo, el viento impedía que los barcos vikingos llegaran a su destino. Solo catorce naves de las veinticinco con que Erik el Rojo zarpó de Groenlandia llegaron a puerto; «algunas tuvieron que regresar y otras se perdieron en el océano», cuenta la *Saga de los groenlandeses*.[15] Recordemos también que Leif

Erikson transportó hasta Groenlandia a la tripulación de un barco hundido, antes de regresar a por la madera que había tenido que descargar para hacer sitio a los náufragos. Es posible que un barco vikingo hubiera perdido el rumbo a causa de una tormenta y que, arrastrado por el giro del Atlántico Norte, hubiera llegado a las costas de Yucatán. El viaje habría sido extenuante, pero no imposible, aunque el navío estuviera dañado y los tripulantes no pudieran remar. Recordemos la travesía del Pacífico en aquel pesquero japonés que terminó en el estado de Washington con solo tres supervivientes.

También es posible que navegantes africanos hubieran cruzado el Atlántico. Cuando el franciscano Alonso Ponce —quien bordeó la costa de Yucatán en 1588— llegó a la ciudad de Xequechakan (actual Hecelchakán, en el estado de Campeche), preguntó cuál era el origen de ese topónimo, y los nativos le explicaron lo siguiente: «Antiguamente setenta *moros* [africanos negros] arribaron a la costa, probablemente arrastrados por una tormenta».[16] Su experiencia nos indica que, cuando los vientos empujaban a un barco hacia el centro del Atlántico, las corrientes oceánicas podían llevarlo hasta la península de Yucatán.

Los nativos prosiguieron: «Entre ellos había uno al que los demás obedecían y respetaban, y al que llamaban Xequé». Los lugareños les explicaron que significaba «jefe» o «señor», sin duda una variante de la palabra árabe «šáyh», lo que resulta muy revelador porque los mayas no conocían el árabe. Cuando los «moros» quisieron regresar a su patria, los nativos los llevaron a un puerto situado cerca de «una llanura deshabitada», que en lengua maya se llamaba «chakan». Y de ese modo la ciudad pasó a ser conocida como Xequechakan, explicaron los interlocutores de Ponce.

El relato de Ponce es otra fuente de valiosa información. «Cuando llegaron los “moros”, los indígenas se compadecieron de ellos, los protegieron y fueron buenos anfitriones.» Pero, cuando los indios les hubieron enseñado el camino de regreso, los «moros» se volvieron contra sus anfitriones y asesinaron a algunos de ellos. «Al ver aquello, los indios avisaron a las aldeas cercanas, cuyos hombres acudieron armados y mataron a los desventurados «moros», y con ellos a su jefe y señor.» Aquella historia hace pensar que cualquier náufrago en aquellas costas podía haber corrido una suerte similar.

Si los nórdicos estuvieron en la península de Yucatán, probablemente llegaron allí por mar. También es posible, aunque mucho menos probable, que los esclavizaran en otro lugar y que los llevaran hasta Yucatán por tierra. Comencemos nuestra exploración de posibles rutas en Goddard Point, donde apareció el penique vikingo, y continuemos por tierra hasta Chichén Itzá. La ruta más lógica para ir a México desde Maine era la que pasaba por el valle del Misisipí. Habría sido un viaje largo y difícil, y no hay pruebas de que nadie, ni nada, haya recorrido el trayecto completo. Sin embargo, estamos seguros de que hacia el año 1000 había en Norteamérica una extensa red de caminos por la que circulaban personas y mercancías cuando comenzó la globalización.

Goddard Point está situado cerca de una playa en la costa central de Maine. Es un yacimiento arqueológico con un muladar de 25 centímetros de grosor en el punto más profundo. Cuando los arqueólogos del estado de Maine comenzaron sus excavaciones en 1979, el entorno original había sido destruido. Solo podían fechar los materiales comparándolos con otros objetos o mediante el carbono 14. El elemento más antiguo databa del año 2000 a. C., pero el 90 % del material recuperado —un total de 25.000 objetos— es del período comprendido entre los años 1000 y 1600 d. C.

El muladar contenía muy pocas conchas, lo que indica que los indígenas —a diferencia de la mayoría de los pueblos costeros— no consumían muchos moluscos. La gran cantidad de huesos de focas y esturiones demuestra que estos animales eran los principales elementos de su dieta. Y las secciones transversales de diecisiete dientes de foca común, foca gris y visón marino revelaron aún más cosas: las focas y los visones marinos se cazaban entre junio y octubre. ¿Conclusión? Todos los veranos los indígenas se daban grandes banquetes a base de focas y visones.

Los arqueólogos encontraron treinta utensilios y más de cien trozos de chert procedentes de la bahía de Ramah, en el norte de Labrador, que los comerciantes habían llevado hacia el sur.[17] (El chert es un pedernal que se puede usar para encender hogueras o fabricar herramientas.) El chert de la bahía de Ramah tiene otras cualidades además de su peculiar traslucidez: la gran cantidad de silicio que contiene permite romperlo con precisión, por lo que es ideal para fabricar puntas para flechas, lanzas u otras armas. Los restos de chert de Ramah encontrados lejos de Labrador datan de al menos el año 2000 a. C., lo que indica que el comercio de ese material a través de largas distancias comenzó hace mucho tiempo.[18]

Además de chert, en el yacimiento de Goddard Point había otros diez minerales, entre los que se encuentran otros cuarzos, riolitas y jaspes procedentes del nordeste de Estados Unidos y Canadá. La gran cantidad de materiales foráneos —en otros yacimientos contemporáneos había muchos menos objetos importados— indica que Goddard Point era un importante nodo en una red comercial que se extendía desde el Atlántico hasta el lago Ontario y Pensilvania.[19]

A partir del año 1000, esta región fue habitada por pueblos del período silvícola tardío, que plantaban maíz en primavera y regresaban en otoño para cosechar. Los pueblos «silvícolas» re-

corrían distintas comarcas dedicándose a la caza y la agricultura, por lo que un historiador ha llegado a denominarlos «granjeros ambulantes».[20] (Los algonquinos, que intercambiaron telas rojas por pieles con Jacques Cartier en la bahía de Chaleur, eran indios «silvícolas».)[21]

Las tribus que se desplazaban desde el nordeste hasta Ohio y el valle del Misisipí apenas percibían el cambio geográfico.[22] A medida que se acercaban a la confluencia del Misuri con el Misisipí, notaban que los habitantes de aquellas zonas comían más cereales. Para los habitantes del valle del Misisipí, el alimento básico era el maíz, que cultivaban de manera intensiva durante todo el año.

Las aldeas se parecían mucho a las del nordeste, pues consistían simplemente en unas cuantas casas agrupadas. Pero, tras la generalización del cultivo de maíz, en torno al año 900, en el valle del Misisipí empezaron a surgir poblaciones más grandes, que tenían plazas y montículos de tierra sobre los que a veces se levantaban templos.

Las legumbres llegaron al valle del Misisipí hacia el año 1000, favoreciendo el crecimiento demográfico.[23] (Los tres cultivos básicos de los amerindios —maíz, judías y calabazas— no se plantaron juntos de manera habitual hasta el siglo XIV.)[24] Los indígenas no dependían únicamente del cultivo de maíz, judías y espinacas; también cazaban ciervos y otros animales.[25]

Debido al aumento de la población, las aldeas eran cada vez más grandes. Uno de los mayores núcleos poblacionales era el de Cahokia, en San Luis Oriental (Illinois).[26] En 1050, el asentamiento de Cahokia creció tanto que Timothy R. Pauketat, el arqueólogo que más tiempo ha dedicado a ese lugar, habla de un Big Bang para referirse a los cambios que se produjeron ese año. Tras ese particular Big Bang, el poblado y sus alrededores

alcanzaron los 20.000 habitantes (la mitad que Chichén Itzá), convirtiéndolo en el mayor núcleo urbano de la zona con anterioridad a 1492.

En su apogeo, Cahokia llegó a tener una superficie de entre 13 y 16 kilómetros cuadrados. En el centro de la ciudad había un enorme montículo —el Túmulo del Monje— de 30 metros de altura, y en la parte sur los indios construyeron una plaza de 275 × 365 metros.

El Túmulo del Monje contenía restos de alimentos, vasijas de cerámica y semillas de tabaco, que son indicios de las fiestas que acompañaban la construcción de túmulos. Los montículos individuales, que han llegado a ser el rasgo distintivo de la cultura cahokia, son tan grandes que no los podía construir una sola familia.[27] La existencia de mano de obra nos indica que Cahokia era una ciudad.

Hay otros doscientos túmulos repartidos por todo el yacimiento. Originalmente, los montículos tenían crestas a lo largo de la parte superior, pero muchos de ellos perdieron su característica silueta con posterioridad a 1250, cuando Cahokia fue abandonada y otros pobladores araron y cultivaron los túmulos. Además de los montículos, Cahokia tenía una extensa empalizada, seis observatorios circulares rodeados de postes de madera y miles de viviendas.

Los objetos más característicos de Cahokia son los «chencos» con los que se jugaba a «el aro y el palo».[28] Esa palabra, que se conserva en diversas lenguas americanas habladas en Indiana, Wisconsin, Carolina del Norte y Florida, fue registrada por la expedición de Lewis y Clark a principios del siglo XIX. Ahora conocemos el mecanismo del juego. La piedra, del tamaño de un disco de hockey, era redonda y tenía una muesca lateral. Los jugadores hacían rodar las piedras y arrojaban lanzas contra ellas para que se detuvieran. Cuanto más se acercaba la

lanza al chenco, más puntos obtenía el jugador. Se apostaba mucho. Los perdedores a veces pagaban con la vida. Más que un pasatiempo, el juego del chenco servía para estrechar alianzas.

La sociedad cahokiana estaba claramente jerarquizada. En un terraplén del túmulo 72 se encontraron los cuerpos de dos hombres. Uno de ellos yacía sobre veinte mil cuentas de concha y el otro descansaba justo debajo en una especie de camilla.[29] Como las cuentas abarcaban una superficie de 1,8 metros en forma de ave, los arqueólogos pensaron que los abalorios eran adornos de una prenda, probablemente una capa. Enterrado junto a los dos hombres había un grupo de siete adultos cuyos cuerpos estaban intactos, probablemente familiares del soberano u otras personas importantes.

En el túmulo 72 había varias fosas comunes, en una de las cuales aparecieron doscientas víctimas. Una sepultura contenía un grupo de cuatro individuos con la cabeza y las manos cortadas. En un hoyo fueron encontradas cincuenta y tres mujeres de edades comprendidas entre los quince y los veinticinco años, excepto una, posiblemente la esposa de un jefe, que tenía más de treinta. En otra fosa aparecieron treinta y nueve víctimas que habían sido apaleadas y probablemente enterradas vivas. ¿Quiénes eran aquellos desventurados? Seguramente prisioneros, esclavos o miembros de una clase marginal que terminaron como víctimas propiciatorias.

Con independencia de otras consideraciones, es evidente que los dos hombres de la capa eran de rango superior. Ambos fueron enterrados al lado de una gran vara de cobre, dos fanegas de mica, setecientas flechas, una lanza, quince discos de piedra y varias cuentas de más de dos centímetros de diámetro.

Algunos de estos objetos, como las flechas y los chencos, podían ser de fabricación local, pero otros habían sido importados de otros lugares. La mica, un mineral laminoso y traslúcido, procedía de los Apalaches de Carolina del Norte, mientras que el cobre provenía del lago Superior. Otras sociedades amerindias anteriores también habían comerciado con cobre y conchas, pero los habitantes de Cahokia importaban muchas más conchas del golfo de México. Se han encontrado vasijas de cerámica, con conchas intactas en su interior, en lugares donde se trasbordaban mercancías hacia el norte.[30]

Al principio los arqueólogos pensaron que las redes comerciales de Cahokia no llegaban más allá de lo que hoy es Estados Unidos, pero, para su sorpresa, un objeto de indudable origen mexicano —una herramienta para frotar, fabricada con obsidiana de color dorado verdoso— apareció en Spiro (Oklahoma), un lugar donde los indios americanos empezaron a construir túmulos y a cultivar maíz de manera intensiva alrededor del año 1250.[31] La obsidiana es un mineral volcánico vítreo que corta muy bien, por lo que era muy apreciada en las sociedades que no tenían cuchillos metálicos. A pesar de su dureza, la obsidiana es frágil y se rompe con facilidad. Mediante una espectroscopia de rayos X se determinó que el utensilio encontrado en Spiro procedía de Pachuca, en México. Aquella obsidiana era tan poco frecuente que, al igual que el chert de Ramah, era objeto de comercio en una amplia zona que abarcaba también Guatemala y Honduras.[32]

La arqueología rara vez nos explica cómo influye exactamente una sociedad en otra. Inexplicablemente, los investigadores se siguen preguntando si hubo un contacto directo entre los mayas y la cultura misisipiana; al fin y al cabo, el cultivo intensivo de maíz, que se originó en México, propició el «big bang» de 1050, y, por otra parte, las plazas y los montículos de Cahokia se parecen a los de las ciudades mayas.

El análisis meticuloso de los cadáveres de Cahokia deparó una sorpresa: varios individuos, algunos de los cuales estaban enterrados en el túmulo 72, presentaban entre una y cuatro muescas en el borde inferior de los incisivos, las cuales habrían sido visibles al abrir la boca. Puesto que solo los pueblos de Mesoamérica hacían esas modificaciones dentales, es probable que algunos mesoamericanos hubieran viajado a Cahokia o que algunos misisipianos hubieran estado en territorio maya, donde les fueron practicadas esas incisiones.[33] Otro indicio de posible contacto intercultural es la presencia de restos de chocolate en la cerámica, pero los arqueólogos aún no han descartado la posibilidad de una contaminación moderna.[34]

La documentación posterior a 1492 refuerza la idea de un intenso contacto entre Cahokia y el territorio maya. Los investigadores decimonónicos documentaron los mitos originarios de diversas tribus amerindias, muchas de las cuales afirmaban ser descendientes de dos gemelos o de un gobernante y su *alter ego*. Estas creencias reflejan el mito maya de los héroes gemelos de la epopeya oral *Popol Vuh*, que no se puso por escrito hasta la década de 1550.[35] Los dos cuerpos encontrados en lo alto del túmulo 72 parecen haber sido gobernantes gemelos, y la capa en forma de halcón sugiere que los habitantes de Cahokia atribuían a sus príncipes la capacidad de volar.

Estos lazos entre Cahokia y el mundo maya indican la existencia de una ruta que se extendía desde el Misisipí y la península de Yucatán.

Los pobladores del cañón del Chaco —una avanzada comunidad agrícola que tenía estrechos lazos con los mayas— conocían otra ruta para llegar a Chichén Itzá. El Chaco se encuentra en Nuevo México, en la región de las Cuatro Esquinas. Coetáneos de los habitantes de Cahokia, los indios pueblo construyeron tres lugares emblemáticos del Patrimonio Mundial de la Unesco —Mesa Verde, cañón del Chaco y cañón de Chelly—, a

los que los turistas acuden simplemente por la extraordinaria belleza natural de sus desfiladeros, con paredes de 300 metros de altura.

Estos lugares encierran muchos misterios. Todo el mundo reconoce que la red viaria de los indios pueblo es una maravilla de la ingeniería, pero nadie sabe por qué la construyeron así. Dos caminos de 9 metros de ancho recorren de norte a sur el cañón del Chaco. No siempre visibles sobre el terreno, estos caminos aparecen en las fotografías aéreas.[36] Cuando una de estas vías llega a una colina o una peña grande, la atraviesa sin rodeos. Curiosamente, los constructores no eliminaron los obstáculos, sino que construyeron rampas y escaleras como parte del trayecto. Las pendientes tienen tanto desnivel que difícilmente pudieron utilizarse para el transporte. ¿Tenían un significado simbólico? ¿Reflejaban la creencia de que durante los rituales había que caminar en línea recta?

Los indios pueblo dominaban el arte de la mampostería. En el cañón de Chelly utilizaron la misma técnica que los mayas para construir paredes gruesas, que cubrían con argamasa. Construían los muros con mampuestos que colocaban ajustándolos unos con otros sin sujeción a hiladas.

En El Chaco había grandes casas en las que vivían cientos de personas, *kivas* (espacios circulares en los que se celebraban ceremonias) y amplias plazas. La población total era muy inferior a la de Cahokia (20.000 habitantes). La «vivienda» más grande de El Chaco es Pueblo Bonito, cuya construcción, basándonos en la dendrocronología, comenzó en el año 860 y terminó en 1128.[37] A partir de ese año, los indios pueblo emigraron a otros lugares.

El complejo habitacional de Pueblo Bonito, con ochocientos espacios diferentes, contiene numerosas estructruras de piedra de varios pisos. Los investigadores discrepan sobre la función

de las grandes casas.[38] No saben si eran establecimientos comerciales o residencias para los príncipes y sus familias. Con independencia de la respuesta, sin duda fueron diseñadas para impresionar, como siguen impresionándonos hoy en día.

Según los análisis forenses, en el cañón del Chaco vivieron pueblos procedentes de distintas regiones. Unos grupos vivían en casas grandes, como las de Pueblo Bonito, mientras que otros residían en comunidades formadas por casas pequeñas, que eran bastante distintas desde el punto de vista arquitectónico. Cada tribu tenía sus propios métodos de enterramiento. Lo más probable es que en aquel sitio vivieran tanto pueblos autóctonos como tribus llegadas del suroeste de Colorado, que se trasladaron allí a finales del siglo IX o principios del X.[39] El hallazgo de un esqueleto con modificaciones dentarias en Pueblo Bonito indica la presencia de individuos procedentes del territorio maya.[40] En aquella globalización, el intercambio de mercancías precedía al desplazamiento de las gentes. A medida que el comercio aumentaba, los mercaderes se trasladaban a los lugares donde vivían sus nuevos clientes, donde formaban comunidades de inmigrantes.

Los indios pueblo eran expertos comerciantes con grandes reservas de un mineral que atraía a los mayas: la turquesa. Intercambiaban turquesas por aves tropicales de vivos colores, como el loro y el guacamayo, cuyas brillantes plumas rojas adornan algunos de los tapices que han llegado hasta nosotros.[41] A menudo llevaban consigo solo plumas, pero otras veces transportaban aves vivas. Los indios pueblo respetaban tanto a los guacamayos que les daban sepultura solemne. Sin embargo, los esqueletos desenterrados muestran que las aves no estaban bien alimentadas y que recibían poca luz, lo que indica que, por mucho que las valorasen, las tenían encerradas en jaulas.[42]

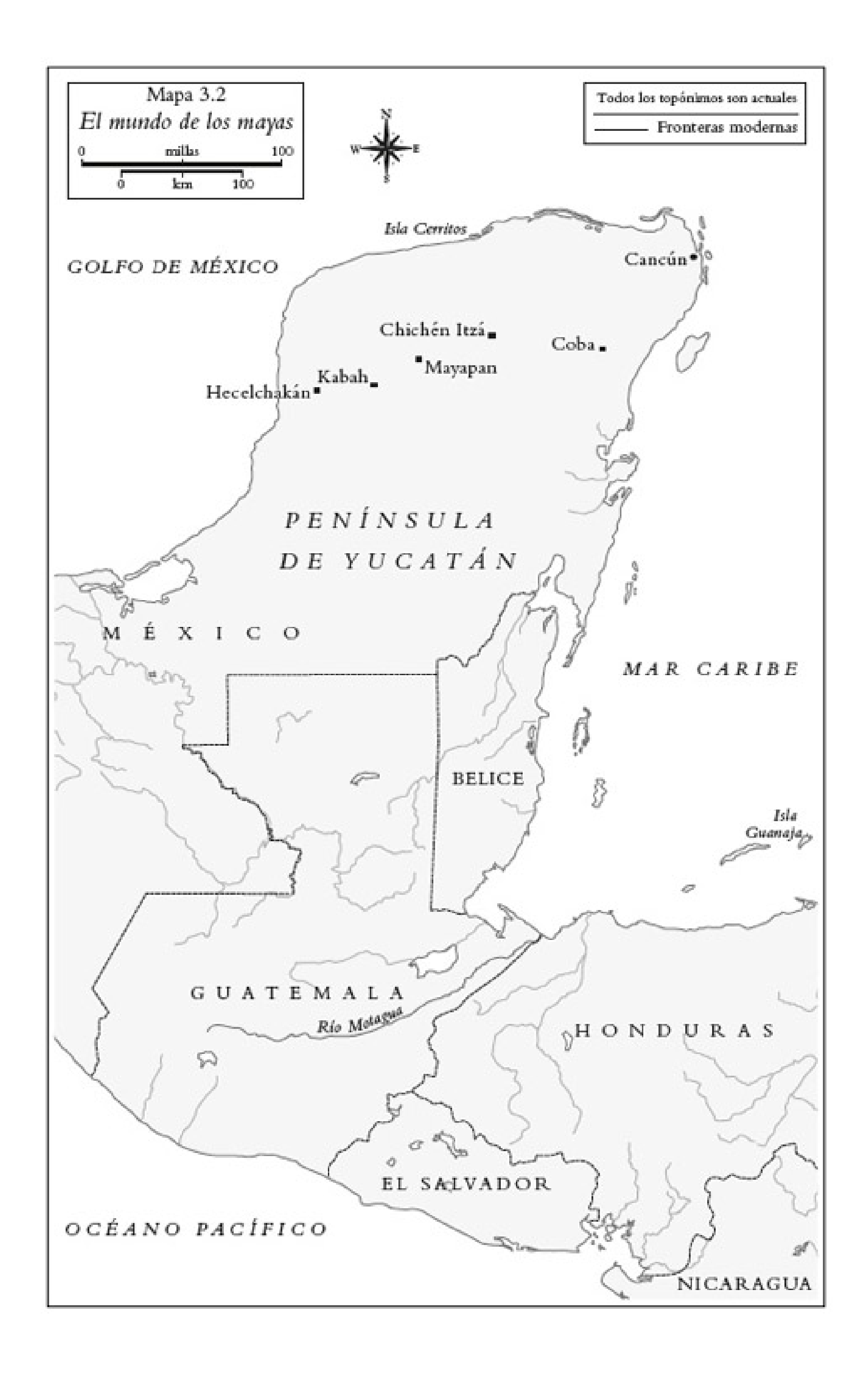
Hace unos diez años, unos investigadores encontraron otro producto que se importaba de Mesoamérica: el chocolate. Los arqueólogos encontraron en un vertedero tarros de conserva que datan de 1000-1125. Como desconocían el contenido original de los frascos, los científicos recurrieron a la cromatografía líquida para identificar la teobromina, que es la «firma» química del chocolate.[43] El cacao absorbido por los tarros de cerámica indica que el chocolate se encontraba en estado líquido antes de secarse. (El cultivo de cacao se inició en Ecuador hacia 1900 a. C.)[44] El proceso de elaboración del chocolate no era sencillo: tras abrir las vainas, los cosecheros hacían germinar las semillas (para que tuvieran sabor), las secaban al sol durante una o dos semanas, las tostaban (por la misma razón) y les quitaban la cáscara sobrante.[45]

Aunque la compañía Hershey financió esta investigación, el chocolate que consumían los mayas —y el que exportaron a El Chaco— no se parecía en nada, en cuanto al sabor, a una barrita de esa marca. Los mayas bebían el chocolate sin endulzar y lo condimentaban con chiles; lo espumaban pasándolo de una taza a otra, como los vendedores de té en las estaciones de tren en la India. Por sus efectos estimulantes, el chocolate era ideal para las ceremonias. Los arqueólogos creen que algunos chamanes mayas viajaron con semillas de cacao para enseñar a los indios pueblo a preparar aquella bebida.

Los restos de chocolate y de aves tropicales muestran que las rutas comerciales conectaban El Chaco con Chichén Itzá, que está a más de 3.600 kilómetros de distancia. Naturalmente, la mayoría de los pueblos que viajaban a la ciudad maya no tenían que recorrer distancias tan largas. Hacia el año 1000, los toltecas emigraron desde Tula —situada a unos 80 kilómetros al noroeste de la ciudad de México— a Chichén Itzá, bien cruzando el golfo de México en barco, bien por vía terrestre.

Tenemos constancia de este viaje porque la arquitectura de la ciudad cambió tras la llegada de los toltecas. Dos estilos arquitectónicos distintos coexisten en el mismo lugar; uno es anterior al año 950 y el otro es posterior a ese año. Antes de la llegada de los inmigrantes, el método de construcción de muros más habitual en Chichén Itzá era la mampostería, como en El Chaco. Mientras que las estructuras de Chichén Itzá tienen características idénticas a las otras ciudades mayas de la comarca, los edificios de Nuevo Chichén, como el Templo de los Guerreros, muestran una clara influencia tolteca.

Los historiadores llaman a este estilo «internacional». El estilo internacional incluye muchos elementos procedentes de Tula, como, por ejemplo, edificios con columnas y murales divididos en franjas. Curiosamente, los edificios de Tula también incorporaron elementos mayas, lo que sugiere una influencia en ambas direcciones. También eran nuevas en Chichén Itzá las esculturas «chac mool», figuras recostadas cuyo vientre se utilizaba como bandeja para las ofrendas a los dioses.



Mapa 3.2
El mundo de los mayas
0
millas
100
0
km
100
N
W
E
S
Todos los topónimos son actuales
Fronteras modernas
Isla Cerritos
GOLFO DE MÉXICO
Cancún
Chichén Itzá
Coba
Mayapan
Kabah
Hecelchakán
PENÍNSULA
DE YUCATÁN
MÉXICO
MAR CARIBE
BELICE
Isla
Guanaja
GUATEMALA
Río Motagua
HONDURAS
EL SALVADOR
OCÉANO PACÍFICO
NICARAGUA

Unas cincuenta inscripciones en lengua maya indican que Chichén Itzá se construyó entre el 864 y el 897. Y entonces, como sucede en el territorio meridional de los mayas, las inscripciones se interrumpen de repente.

El fin de las inscripciones mayas en Chichén Itzá coincidió con una crisis en todo el territorio maya, el período llamado «clásico terminal». Los soberanos de los diversos reinos mayas siempre habían luchado entre sí, pero la intensidad de las guerras aumentó bruscamente. El cultivo sistemático de maíz consumió el nitrógeno del suelo y provocó una disminución general de la fertilidad de la tierra, justo cuando la densidad demográfica aumentaba peligrosamente. A partir del año 900, tras una pertinaz sequía, las ciudades de toda la región decrecieron porque sus habitantes se trasladaron a otras poblaciones o murieron.

La recesión de Chichén Itzá coincidió con el declive del territorio maya, pero después de aquello la ciudad se recuperó. Los grandes edificios, como el Castillo y el Templo de los Guerreros, se construyeron entre los años 950 y 1100.

¿Podría el cambio climático explicar el ocaso y posterior resurgimiento de Chichén Itzá? Como hemos visto, el año 900 marcó el comienzo del crecimiento demográfico en Cahokia y El Chaco, y hay quien relaciona estos acontecimientos con la anomalía climática medieval, que en Europa comenzó alrededor del año 950 y se prolongó hasta 1250. Los científicos todavía no saben qué tipo de cambio climático experimentó América mientras en Europa se desarrollaba el período cálido medieval. Pero el ocaso de la sociedad maya en las tierras bajas tropicales y el paréntesis que se produjo en la edificación de Chichén Itzá entre los años 900 y 950 apuntan a un prolongado período de escasas precipitaciones.[46]

Cuando Chichén Itzá se recuperó de aquel bache, a sus gobernantes les entró la fiebre de la construcción. Al igual que los habitantes de El Chaco, los mayas construyeron una compleja red de caminos elevados y rectos cuya finalidad no podía ser solo el transporte de mercancías. Los mayas no utilizaban la rueda para sus viajes, aunque la conocían, pues fabricaron algunos juguetes con ruedas.[47] Hay quienes se preguntan si las tierras bajas boscosas no eran adecuadas para el tráfico rodado, pero los habitantes de regiones similares, como el sureste de Asia, usaban mucho la rueda. Sea cual sea la razón, es evidente que los mayas utilizaban los caminos para que pasaran por ellos las personas.

Una senda de gravilla blanca, de 274 metros de longitud, comunica Nuevo Chichén con un estanque situado al norte de la ciudad. Los mayas yucatecas llamaban a ese tipo de sendas *sacbej*, que significa «camino blanco» y, por extensión, Vía Láctea.[48] Los mayas creían que la Vía Láctea conectaba la tierra con el reino de los antepasados y los dioses, y que el hecho de caminar largas distancias aumentaba la eficacia de los rituales. Uno de los *sacbejs* más largos arranca de Coba y recorre más de cien kilómetros de selva. Curiosamente, este camino termina a 19 kilómetros de Chichén Itzá, no en la ciudad misma.

La geología de la península de Yucatán quedó establecida hace unos sesenta y cinco millones de años, cuando un asteroide se estrelló contra el golfo de México. (La tremenda cantidad de ceniza levantada por la colisión provocó la extinción de la mayoría de los animales del planeta, incluidos los dinosaurios.) Las enormes olas resultantes inundaron la gigantesca formación caliza que es la península de Yucatán. Como consecuencia de ello, esta región tiene millones de pozas y túneles subterráneos. La erosión del suelo forma cenotes, que son depósitos de agua subterránea cuyas conexiones abarcan cientos de kilómetros cuadrados.

El Cenote Sagrado de Chichén Itzá es un gran óvalo de 57 metros de ancho.[49] La primera descripción de este cenote se debe al obispo Diego de Landa, uno de los franciscanos más intransigentes del siglo XVI. (Se le atribuye la destrucción de cientos de libros mayas, de los cuales solo sobreviven cuatro.)[50] Landa denunció que los mayas arrojaban a seres humanos al cenote para atraer la lluvia y que «también arrojaban piedras preciosas y objetos de valor» porque creían que los cenotes y las cuevas subterráneas eran puertas que conducían al mundo de los dioses.

Unos trescientos años más tarde, el relato de Landa llamó la atención de un arqueólogo en ciernes que se llamaba Edward Herbert Thompson.[51] Tras visitar el yacimiento en 1885, Thompson regresó en 1904 con fondos suficientes para dragar el Cenote Sagrado. El primer esqueleto exhumado confirmó las acusaciones de Diego de Landa. Algunos esqueletos correspondían a mujeres jóvenes (el examen físico no puede determinar si eran vírgenes), mientras que otros eran de varones adultos y niños. Muchos de los objetos de jade y metal que se encontraron en el cenote estaban hechos pedazos, pues probablemente habían sido destruidos durante los rituales.

Después de tres años de dragado, Thompson quiso recuperar los objetos pequeños que se escurrían por la cuchara de la draga. Se tomó un tiempo para aprender a bucear y regresó a Chichén Itzá, donde improvisó una bombona que le suministrara aire. Entonces Thompson se puso el traje de buzo, saltó al agua y se sumergió en un cieno tan espeso que le impedía ver nada, ni siquiera con una linterna subacuática. En un momento dado, Thompson se olvidó de ajustar las válvulas mientras ascendía. A causa de una pérdida de audición permanente, no pudo volver a sumergirse.

Aunque poco ortodoxas en comparación con las excavaciones científicas modernas, sus técnicas de dragado le permitieron recuperar una gran cantidad de materiales, que ahora se conservan en Harvard. Las aguas anóxicas del cenote preservaron ciertos materiales —como por ejemplo fibras textiles, resina copal y caucho— que normalmente se descomponen. (Esa falta de oxígeno también preservó las telas y las plumas de ave de los barcos vikingos enterrados.) Los mayas quemaban copal, que desprendía un agradable aroma, y caucho, que producía un humo oscuro y acre. Ambas sustancias permitían experimentar con más intensidad los rituales.

Lo más importante de los descubrimientos del Cenote Sagrado no son las pruebas de sacrificios humanos entre los mayas —eso es archisabido hoy en día, aunque fuera una novedad para Thompson—, sino lo que nos cuentan acerca de las relaciones comerciales de Chichén Itzá con otros lugares.[52] Además de confirmar los intercambios de los mayas con los pueblos del norte, los hallazgos también nos permiten establecer cuándo empezaron a comerciar con sus vecinos del sur.

Antes del año 900 los mayas no fabricaban artículos metálicos de lujo. Sus objetos más valiosos eran de lustroso jade verde (jadeíta) procedente del valle del río Motagua, en Guatemala. A los mayas les gustaban los colores de las plumas de guacamayo y quetzal y de las conchas de diversos moluscos. Las mercancías más importantes de la época figuran en un mural de un templo de Cacaxtla, en México, que fue pintado entre los años 700 y 800: caparazones, libros, telas, caucho y sal, que los mayas recogían en la costa de Yucatán.

Las leyendas mayas cuentan que el dios L (un dios del comercio cuyo nombre aún no ha sido descifrado) era enemigo del dios del maíz, el cual regresó con las lluvias de verano para vencer una vez más al anterior.[53] Se decía que el dios L viajaba de noche. ¿Porque hacía menos calor? ¿Por miedo a los ladro-

nes? ¿Para que no lo vieran? Es posible. Todo eso caracteriza su sombría personalidad. Los príncipes mayas querían que se los relacionase con la agricultura, que les parecía una actividad honrada. Evitaban presentarse como mercaderes, aunque en realidad valoraban mucho los productos de otras tierras y a menudo participaban en expediciones comerciales.

Si pudiéramos actualizar esta pintura del dios L basándonos en los descubrimientos del Cenote Sagrado, tendríamos que añadir objetos de metal porque, a partir del año 900, los mayas empezaron a importar artículos de oro y cobre de Costa Rica, Panamá y Colombia.

En América Central no se fundó ninguna ciudad de la importancia de Cahokia o Chichén Itzá. Agrupados en poblaciones de mil habitantes como máximo, los centroamericanos vivían de la caza y de la pesca, así como del cultivo ocasional de mandioca, palma y maíz. También se dedicaban al comercio, recorriendo las costas del Pacífico y el Caribe en canoas hechas con madera de la selva tropical.

En el Cenote Sagrado de Chichén Itzá se encontraron campanillas de oro y cobre, así como platos en los que los mayas retrataban a las víctimas propiciatorias, a las que previamente les habían arrancado el corazón. El límite meridional de los objetos hallados en el Cenote Sagrado era Colombia. No hay constancia de objetos fabricados más al sur, lo que indica que, con anterioridad a 1492, no hubo contacto comercial directo entre los pueblos de México y las culturas andinas.

Aunque no se comerciaba con bienes tangibles, los metalúrgicos llevaron desde Sudamérica, a lo largo del Pacífico, los conocimientos técnicos necesarios para fabricarlos. La América andina tenía una larga tradición metalúrgica.[54] Desde aproximadamente el año 2000 a. C., los metalurgistas de Perú extraían minerales de los lechos fluviales: primero oro, luego co-

bre y, por último, plata. (Nunca trabajaron el hierro.) A medida que fueron perfeccionando su técnica, a lo largo de miles de años, los artesanos aprendieron a martillear, doblar, perforar y soldar las láminas de metal. Los metalúrgicos andinos transmitieron sus conocimientos a otras personas, las cuales con el tiempo hicieron llegar a su vez esas técnicas a los artesanos de Yucatán, quienes fabricaron los objetos metálicos encontrados en el Cenote Sagrado.

Los metalurgistas llevaron consigo la técnica de «fundición a la cera perdida», que también se originó en los Andes. Los artesanos comenzaban elaborando el objeto con cera de abeja, construían un molde de arcilla alrededor de la cera, la cocían y vertían metal fundido en el molde. La cera se derretía, de ahí la denominación de «cera perdida». Los lugareños utilizaron la técnica de la cera perdida para fabricar campanillas, muchas de las cuales fueron encontradas en el Cenote Sagrado de Chichén Itzá. Las campanillas representan el 60 % de la producción de metales en el oeste de México. Los habitantes valoraban mucho las campanillas porque, cuando sus gobernantes caminaban con ellas, las campanillas tintineaban, creando un sonido digno de la realeza.[55] Este intercambio de conocimientos técnicos constituía una especie de tráfico de «propiedad intelectual».

La transmisión de conocimientos —no de mercancías— entre los Andes y México es desconcertante a la luz de la forma en que otras partes del mundo experimentaron la globalización. El desplazamiento de mercancías por una nueva ruta precedía casi siempre la emigración de los artesanos que las fabricaban.

Sin embargo, la transmisión de conocimientos técnicos cobra sentido si tenemos en cuenta que las sociedades andinas limitaban el uso de ciertos metales a determinados grupos sociales. Quienes estaban en la cima de la sociedad —los gobernantes, sus familias, los sumos sacerdotes— poseían objetos de oro,

plata o cobre, mientras que la plebe no poseía ningún objeto de metal.[56] Los metalurgistas itinerantes, aunque transmitieran las técnicas para trabajar el metal, no tenían objetos de oro o plata. Solo la realeza, que al parecer desconocía la existencia de los mayas, podía haber enviado al norte esos regalos.

Pese a la falta de contacto con México, el comercio estaba muy desarrollado en la región andina. Los habitantes del norte de Perú experimentaron con una mezcla de cobre y arsénico para fabricar bronce, cuyo uso se remonta aproximadamente al año 850.[57] Fue entonces cuando los pueblos andinos aprendieron a extraer diferentes metales. En los hornos de reverbero se calentaba el combustible y el mineral para producir una escoria con cobre que se podía mezclar con oro, plata, estaño y arsénico para elaborar distintos tipos de bronce. Estas aleaciones, de diversas tonalidades, tenían diferentes sabores y olores, como atestiguaron los españoles en el siglo XVI.[58]

Alrededor del año 1000 varias culturas arqueológicas coexistían en la región andina de los actuales Perú, Bolivia, Chile y Argentina. El uso del bronce arsenical era exclusivo de las sociedades andinas.[59] Este bronce tiene ciertas ventajas respecto al que se elabora con cobre, pues se rompe con menos facilidad, es más duro y se oxida más despacio. El arsénico, al manejarlo, desprende humos tóxicos, pero el metal, una vez que adopta su forma definitiva, no representa ningún peligro.[60] (Hoy en día, a causa de los vapores, casi nadie utiliza bronce arsenical.)

Algunos pueblos andinos utilizaban el bronce arsenical como dinero simbólico. Unas veces intercambiaban hachas nuevas; otras veces cortaban las láminas de bronce en trozos con forma de hacha y los metían en saquitos. Hacia el año 1200 aparecen en México monedas similares. Las «hachas-moneda» de los Andes no eran las mismas que circulaban en México,

luego no constituían el mismo medio de cambio, lo que nos hace suponer que los metalúrgicos andinos exportaron al norte sus conocimientos técnicos.[61]

En el centro de Perú, cuna de la cultura huari, también se fabricaban bronces arsenicales. Hacia el año 1000, los huaris controlaban el territorio más extenso de los Andes.[62] Antecesores de los incas, los huaris compartían con ellos numerosas costumbres. Fueron los primeros en utilizar quipus (ramales de cuerdas con que los indios de Perú consignaban tanto historias y noticias como cálculos y cuentas). Los habitantes de los Andes no conocían la escritura; los únicos sistemas de escritura indígenas surgieron en México.

Tanto los huaris como los incas utilizaban una compleja red de caminos. A diferencia de las sendas blancas de los mayas, estos caminos no cumplían una función ritual, pues seguían el contorno del terreno y conectaban grandes asentamientos entre sí, lo cual era muy importante porque los pueblos que vivían a distintas altitudes dependían unos de otros para la alimentación.

Antes de la llegada de los españoles, los pueblos andinos habían creado una extensa red comercial, que utilizaban para importar turquesas y esmeraldas de Colombia, lapislázuli de Chile y pepitas de oro del río Marañón, un afluente del Amazonas. Aunque sus técnicas de metalurgia llegaron al norte, ellos no comerciaron directamente con los mayas.

Como de costumbre, la geografía desempeñó un papel muy importante. La densa selva de Panamá era un obstáculo extraordinario; incluso en la actualidad, es el único lugar de Iberoamérica que no atraviesan las grandes carreteras. Las mercancías que viajan de Panamá a Colombia suelen ir en buques de carga. En los Andes, las caravanas de llamas transportaban numerosas mercancías por las montañas, donde había abundancia

de pastos para el ganado.[63] Las llamas podían subir y bajar montañas y llegar hasta la costa peruana, pero, debido a la escasez de pastos al nivel del mar, no podían continuar por el litoral durante mucho tiempo. La única manera de desplazarse a lo largo de la costa era en barco.

Pero el viaje por mar hacia el norte tampoco era fácil. Una simulación por ordenador ha determinado que la travesía desde Ecuador hasta México duraba dos meses, pero el viaje de vuelta duraba cinco porque los barcos debían alejarse de la costa durante todo un mes a causa de las corrientes marinas.[64] Para complicar aún más las cosas, antes de la llegada de los españoles las canoas eran prácticamente las únicas embarcaciones que se utilizaban.

En la misma época en que las canoas navegaban frente a las costas del Pacífico, otras embarcaciones surcaban las aguas del Caribe, cerca de Chichén Itzá. El puerto de isla Cerritos está situado a 90 kilómetros de la capital maya, en la costa septentrional de Yucatán. Este puerto, que entró en uso hacia el año 900, es un Chichén Itzá en miniatura, con su plaza, su «estadio», su columnata y sus templos. Los arqueólogos han encontrado obsidianas, turquesas, jades, vasijas de cerámica con brillos metálicos, artículos de cobre y adornos dorados; todos esos objetos llegaron allí en barco.[65] La isla Cerritos comunicaba Chichén Itzá con el litoral del golfo de México y con Panamá y Costa Rica. Su tamaño muestra la importancia del comercio marítimo para los mayas de Yucatán.

La ciudad de Chichén Itzá comenzó a decaer en torno al año 1100, cuando se construyeron los últimos edificios importantes, y fue abandonada después de 1200.[66] Como de costumbre, los arqueólogos no están completamente seguros, pero sospechan que se debió a la sequía. En el Cenote Sagrado siguieron

celebrándose ceremonias. En la década de 1220, los itzaes se trasladaron a Chichén Itzá desde el oeste de Yucatán, y dieron nombre a la ciudad.

Tras abandonar Chichén Itzá, los itzaes se trasladaron a la ciudad de Mayapán y mataron a todos sus gobernantes, salvo a un príncipe que se encontraba en una expedición comercial en Honduras. Esta información, conocida a través de Diego de Landa, pone de relieve la importancia del comercio. Los príncipes se unían a las expediciones comerciales y no delegaban en sus representantes. Recordemos que los mayas adoraban a L, dios del comercio.

Mayapán no era Chichén Itzá. Sin estadio de pelota ni calles, la ciudad tenía unos 15.000 habitantes, concentrados en una superficie de 6,5 kilómetros cuadrados, y tenía una serie de cenotes que abastecían de agua a la población, incluso en caso de un posible asedio.

A partir de 1325 apareció en el norte una nueva potencia, los aztecas, y el centro político de la zona se desplazó de la península de Yucatán a Tenochtitlán, en las inmediaciones de la actual Ciudad de México. La red de caminos que se extendía por México fue reorganizada para servir a la nueva capital. Puesto que los aztecas habían unificado México en el siglo XV, gran parte de su territorio —aunque no la península de Yucatán— cayó en manos de los españoles tras la conquista de la capital y la muerte de Moctezuma.

En el siglo XVI, los españoles se encontraron en la península de Yucatán con doce o trece tribus muy beligerantes, por lo que tuvieron que derrotarlas antes de reclamar la soberanía de todo el territorio maya. La conquista duró varios siglos. Incluso bajo el dominio español, los mayas continuaron viviendo en Yucatán y en las tierras tropicales (que siguen siendo su patria en la actualidad), y hablando una diversidad de dialectos derivados

del maya clásico. Uno de los principales avances en el estudio de la lengua maya se produjo en la década de 1970, cuando los lingüistas se dieron cuenta de que el vocabulario y la sintaxis de la lengua hablada podían servirles para descifrar las inscripciones de los monumentos.

El mar siguió siendo importante para los mayas en los siglos posteriores al abandono de Chichén Itzá. En 1502, Cristóbal Colón y su hijo Fernando encontraron una canoa cerca de la isla de Guanaja, situada a 70 kilómetros al norte de Honduras. En la biografía de su padre, Fernando describe lo que vio el almirante: «Hecha con un solo tronco, como las otras canoas indias», la embarcación era impulsada por veinticinco remeros y medía aproximadamente lo mismo que una «galera veneciana» (20 metros). Los mayas vaciaban los troncos de los conacastes para construir canoas. Además de la tripulación, en las embarcaciones viajaban mujeres y niños con sus posesiones y diversos objetos y alimentos, como raíces, semillas y alcohol de maíz. Fernando no anotó el destino de la canoa, que posiblemente se dirigía a Cuba u otra isla del Caribe bordeando la costa.

Colón comprendió la importancia de aquella enorme canoa: revelaba «de una sola vez [...] todos los productos de ese país». Y decidió confiscar «los objetos más caros y bonitos»: prendas de algodón bordadas y teñidas, espadas de madera, cuchillos de «pedernal» (probablemente obsidiana) «que cortaban como el acero» y campanas de bronce.[67]

Los españoles no identificaron todas aquellas cosas. Algunos miembros de la tripulación confundieron el cobre con oro. Colón no reconoció las semillas de cacao, a las que llamó «almendras», pero se fijó en el cuidado con que las trataban: «Cuando las subían a bordo junto con las otras mercancías y algunas ca-

yeron al suelo, los indios se agacharon para recogerlas, como si se tratara de algo de mucho valor».[68] Colón era un sagaz observador: cada semilla de cacao era un tesoro.

Entre los objetos de la canoa, Colón menciona «hachuelas similares a las hachas de piedra que utilizaban otros indios, aunque estas son de cobre de buena calidad».[69] Se trataba de las hachas moneda mexicanas, que seguían en circulación en tiempos de Colón.

El relato de Fernando nos recuerda un importante aspecto que a menudo olvidamos: los indios americanos habían construido una compleja red de caminos antes de la llegada de los españoles. En el año 1000 esa red tenía su centro en Chichén Itzá, se extendía por el norte hasta Cahokia y el cañón de El Chaco, y llegaba por el sur hasta Colombia. Esta red era flexible. Cuando surgieron nuevas ciudades, como Chichén Itzá después del año 1000 y Cahokia después de 1050, los indios abrieron nuevos caminos o encontraron nuevas rutas marítimas por donde llegar a los nuevos núcleos de población.

En 1492, cuando llegaron los españoles, Chichén Itzá ya no era el centro de la red comercial americana, pues había sido desplazada por Tenochtitlán, la capital azteca. Colón no creó una nueva red de caminos; simplemente conectó las rutas americanas con las europeas añadiendo un nuevo enlace trasatlántico. Los vikingos, cuando viajaron al este de Europa desde su Escandinavia natal, crearon una red de caminos completamente nueva, como veremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO 4

Esclavos europeos

Leif Erikson y los otros vikingos que viajaron a América no fueron los únicos nórdicos que abandonaron una región para dirigirse a otra. Hacia el año 1000, otros escandinavos navegaron hacia oriente, por el mar Báltico, y abrieron nuevas rutas en el este de Europa, con consecuencias mucho más importantes a largo plazo. Hoy en día conocemos a estos pueblos como los «rus», los nómadas que dieron su nombre a Rusia. En su mayoría hombres, se casaron con las mujeres de los lugares adonde llegaron, aprendieron a hablar las lenguas eslavas y finalmente fueron absorbidos por las sociedades autóctonas.[1] Al encontrar un suministro constante de pieles y esclavos en la Europa oriental, los rus se establecieron como intermediarios y obtuvieron grandes ganancias con lo que vendían a los bizantinos y a los musulmanes.

Aunque el oro y la plata que los rus llevaron a su Escandinavia natal transformaron la economía de aquellos países, su repercusión en el este de Europa fue aún mayor. Durante el siglo x, los rus formaron una confederación comercial que se hizo con el control de una amplia zona escasamente poblada por tribus dispersas. Cuando el príncipe Vladímir tomó la decisión, en el año 988 o 989, de convertirse a la ortodoxia bizantina, el mapa del mundo cristiano cambió para incluir a la Europa oriental y a Rusia.[2] (Las dos ramas principales del cristianismo en ese momento eran la ortodoxia bizantina y el catolicismo romano; el protestantismo se consolidó después de la Reforma, en la década de 1520.) En esa época, el mundo cristiano aún no se había formado por completo: Roma no sustituyó a Constantinopla como centro de la cristiandad hasta 1204, tras la cuarta

cruzada. La transmisión de ideas, clave para el desarrollo de la globalización, y la consiguiente creación de nuevos ámbitos religiosos afectaron a todo el mundo.

Los primeros escandinavos que emigraron al este de Europa adoraban a las mismas divinidades que los vikingos que viajaron a América: Thor, dios del trueno, su padre, Odín, dios de la guerra, y Freya, diosa de la fertilidad. Los contemporáneos llamaron a aquellos nómadas «rus», vocablo derivado de la palabra finesa para designar a Suecia, que significa «remar» o «remeros». Aunque los primeros estudiosos escandinavos retrataron a los rus como puramente nórdicos, y los estudiosos soviéticos los describieron como eslavos, los rus no formaban una sola etnia. Mezcla de diversos pueblos del norte —escandinavos, anglosajones, francos y eslavos—, se unían para formar bandas armadas y se separaban con la misma rapidez.[3]

Al igual que los nórdicos que viajaron a América, los caudillos rus que saquearon zonas del este de Europa tenían una modesta superioridad organizativa con respecto a la población autóctona. Los pueblos que habitaban los bosques del este de Europa se dedicaban a la caza y la pesca, y viajaban en busca de ciertas plantas, incluidas las que sembraban en primavera y recogían en otoño. Se desplazaban en grupos pequeños y vivían de manera muy sencilla. Algunos grupos de rus, sobre todo en la cuenca del Volga, se mezclaban con los nativos e intercambiaban pieles con ellos; en otros lugares, capturaban esclavos y robaban las pieles. Otros grupos más grandes, que habitualmente derrotaban a los indígenas en sus escaramuzas, empezaron a exigir un «impuesto» de protección. Habitualmente, los lugareños pagaban con pieles y esclavos a los señores rus una o dos veces al año.

La llegada de los rus a los valles del este de Europa se asemeja al poblamiento de Norteamérica por parte de colonos europeos en los siglos XVII y XVIII, si bien estos contaban con una tec-

nología mucho más avanzada.[4] Ambos encuentros tuvieron resultados muy diferentes: los invasores europeos crearon una sociedad que privó de sus derechos a los indígenas; los rus, en cambio, se casaron con la población local y adoptaron sus costumbres y su lengua.

A finales del siglo VIII y principios del IX, los caudillos rus habían acumulado tantas riquezas con el comercio de pieles y esclavos que empezaron a enviar sus ganancias a Escandinavia. Ciudades planificadas, fundadas por los caudillos que se habían enriquecido con el comercio en el este de Europa, empezaron a surgir en Suecia, Noruega y Dinamarca.[5] Las primeras ciudades nacieron para fomentar el comercio con la Europa oriental: Hedeby (situada en la frontera de las actuales Dinamarca y Alemania) era la más grande, con una población de entre 1.000 y 1.500 habitantes. Algo más pequeña, Ribe (situada en la costa occidental de Dinamarca) ha sobrevivido hasta nuestros días, lo que la convierte en la ciudad más antigua de Escandinavia.

Birka, en la costa oriental de Suecia, a unos 36 kilómetros al oeste de Estocolmo, era el puerto desde el que zarpaban los exploradores hacia el este de Europa. Desde allí, los rus recorrieron poco más de 160 kilómetros hasta Stáraia Ládoga, una ciudad ubicada a orillas del río Lóvat. Su población estaba compuesta por distintos grupos: fineses, baltos, eslavos y escandinavos. El hallazgo de huesos de ardillas, martines pescadores y castores junto a campos de cultivo indica que los primeros rus compaginaban la agricultura con la caza.

Los restos de peines fabricados con huesos o con cuernos de ciervos confirman la presencia de los rus. Los exploradores musulmanes relatan que los rus casi nunca se bañaban, pero que tanto los hombres como las mujeres se peinaban con frecuencia. Los peines encontrados en Stáraia Ládoga y en las poblaciones vecinas son casi idénticos, lo que sugiere que algunos grupos de artesanos escandinavos se desplazaban de un asenta-

miento a otro con el fin de tallar peines para los rus. Al igual que los metalistas andinos, aquellos escandinavos se trasladaban a otras regiones para ejercer su profesión.


Mapa 4.1
El mundo de los rus
0 millas 400
0 km 400
Los topónimos históricos están en negrita.
Fronteras actuales
MAR DEL NORTE
Noruegos
ESCANDINAVIA
Daneses
Suecos
Ribe
Hedeby
Selandia
Gotland
Estocolmo
Birka
MAR BÁLTICO
San Petersburgo
Lago Ládoga
Stáraia Ládoga
Nóvgorod
Lago Onega
Lago Béloye
Rostov
Moscú
Súsdal
SÚSDAL
BÚLGAROS DEL VOLGA
RUSIA
RUS
BIELORRUSIA
POLONIA
Alemanes
Kórosten
Kiev
Río Dniéper
UCRANIA
Río Don
Río Volga
KANATO DE JAZARIA
Itil
MAR CASPIO
Corasmia
MAR DE ARAL
UZBEKISTÁN
CÁUCASO
Quersoneso
Sebastopol
MAR NEGRO
Constantinopla
IMPERIO BIZANTINO
ALBANIA
Corfú
ITALIA
MAR ADRIÁTICO
Roma
Cerdeña
Sicilia
MAR MEDITERRÁNEO
CALIFATO ABASÍ

En las fases iniciales del comercio, los rus no intentaron apoderarse de ninguna región. En un asentamiento situado cerca del lago Béloie, levantaron un pequeño poblado con solo ocho casas y sin fortificaciones. Algunos grupos aislados iban el este de Europa por su cuenta, sin que se lo hubiera ordenado ningún gobernante. Con el tiempo fueron formando unidades más grandes.[6]

Los rus se trasladaron al este como consecuencia de la gran demanda de pieles que había en Europa y Oriente Próximo. Adán de Brema, el historiador que registró los relatos del rey de Dinamarca sobre Vinland en 1076, se lamentaba de que a los alemanes les gustaran tanto las «pieles exóticas», «cuyo olor ha inoculado en nuestro mundo el mortífero veneno del orgullo […] Para bien o para mal, una capa de piel de marta nos parece el *summum* de la felicidad».[7] Incluso en climas más cálidos, los príncipes acumulaban miles de pieles, señaló en el siglo x un cronista de Bagdad.[8]

También había mucha demanda de esclavos, sobre todo en las dos ciudades más grandes de Europa y el Cercano Oriente: Constantinopla, capital del Imperio bizantino, y Bagdad, capital del califato abasí, en el actual Irak. Las clases altas de Constantinopla y Bagdad compraban muchos esclavos, a los que casi siempre capturaban durante las incursiones que sus ejércitos llevaban a cabo en los países limítrofes.[9]

A principios del siglo x, Ibn Rustah, un explorador musulmán, señalaba que los rus «tratan bien a sus esclavos y los visten de manera elegante, porque para ellos son mercancías valiosas».[10] Adán de Brema menciona el oro almacenado en la isla danesa de Selandia, que los piratas vikingos habían obtenido con el tráfico de esclavos. Los vikingos, según Adán de Brema, «no se fían unos de otros y, si apresan a uno de los suyos, lo

venden como esclavo sin la menor compasión». Había tantos cautivos procedentes del este de Europa que las palabras «eslavo» y «esclavo» llegaron a ser sinónimas.[11]

Gracias al comercio de pieles y esclavos, los caudillos rus tenían cada vez más secuaces, a los que pagaban y equipaban con el fruto de los saqueos. Los nuevos territorios eran una oportunidad de ascenso para los ambiciosos, los cuales, si tenían suerte, llegaban a ser jefes de otras bandas armadas.

Los rus llegaron al este de Europa en pequeñas embarcaciones de remo cuya ligereza les permitía transportarlas a cuestas de un río a otro. Las altas montañas no eran obstáculo para ellos. Los ríos europeos atravesaban tierras relativamente llanas, lo que permitía trasladar las canoas por tierra cuando los cauces eran impracticables.

El Dniéper era el único curso de agua constante, pero tenía peligrosos rápidos. Uno de los trechos más inseguros estaba cerca de Kíev, por donde los rus debían pasar para llegar al mar Negro. En un tramo especialmente difícil, los rus tuvieron que recorrer diez kilómetros por tierra, «con los esclavos encadenados», antes de reanudar el viaje.[12]

Una de las primeras descripciones de los rus nos llega por medio de Ibn Khordadbeh (820-911), un funcionario persa que se refiere a ellos como una de las tribus de pelo rubio de los saqáliba, un término genérico para referirse a los esclavos.[13] «Llevan pieles de castor y de zorro, así como espadas, desde los confines de sus tierras hasta el mar Negro.»[14]

Ibn Khordadbeh no menciona a los esclavos, pero sí que habla de lo «avanzadas» que eran las espadas de los rus.[15] Además, aquellas espadas con las que cazaban esclavos se vendían muy bien en los mercados.

Los arqueólogos han encontrado dos tipos de espadas: las que se hacían con hierro de la comarca, que contenían muchas impurezas, y las que se fundían en crisoles con lingotes de acero. Varios documentos árabes describen la compleja técnica de la fabricación de espadas; según esas fuentes, el famoso acero de Damasco no se hacía realmente en Siria. Los rus importaban el acero de otras regiones, incluida Afganistán.[16]

Algunas de las espadas más valiosas, con mayor porcentaje de carbono, llevan el nombre de Ulfberht, el nombre del herrero que las fabricó, con un signo + delante de la «u», después de la «t», y entre la «h» y la «t», una práctica que nadie ha explicado todavía satisfactoriamente.[17] Han llegado hasta nosotros unas cien espadas Ulfberht, pero su calidad es desigual; algunas contienen un alto porcentaje de carbono y tienen bordes muy afilados, mientras que otras son mucho más romas. A partir del año 1000, los espaderos siguieron fabricando espadas que aún combinaban las letras de Ulfberht pero con más errores ortográficos, una clara señal de que el famoso distintivo Ulfberht estaba perdiendo prestigio.

Armados con espadas y dagas de acero, los rus siguieron los diferentes ríos del este de Europa hasta llegar al mar Negro, desde donde abrieron nuevas rutas por tierra hasta Sebastopol, que entonces se llamaba Quersón. El viaje por el Dniéper duraba unos veinte días.

Quersón era una importante colonia bizantina en el siglo x, con calles reticuladas y una imponente muralla. Los pastores y ganaderos que vivían en las praderas septentrionales llevaban sus caballos y ovejas a los mismos mercados donde los comerciantes bizantinos ofrecían sedas, cristalería, cerámica esmaltada, metales, vino y aceite de oliva, mientras los pescadores vendían la captura del día.[18] Los habitantes del bosque vendían pieles, miel y cera de abeja. Las velas de esta cera eran las que

daban la mejor luz en la Edad Media; el aceite era más barato, pero desprendía un olor desagradable, al igual que las velas de sebo.

Esos mercados eran el lugar ideal para la venta de pieles y esclavos, y Quersón estaba en la ruta de los rus para llegar a Constantinopla, una travesía por el mar Negro que duraba seis días. Los rus que se dirigían a Bagdad podía elegir entre dos rutas: por tierra desde el mar Negro cruzando el territorio de los jázaros hasta llegar al mar Caspio, o por el sur a lo largo del Volga hasta el importante centro comercial de Itil. Allí, explica Ibn Khordadbeh en su *Libro de rutas y reinos*, los rus se hacían pasar por cristianos porque la ley abasí les permitía, como pueblos del Libro, pagar menos impuestos que otros no musulmanes.[19] Esto demuestra que algunos rus conocían el cristianismo, aunque aún no se hubieran convertido.

El relato de un testigo ocular del año 922 contiene más información sobre las prácticas religiosas tradicionales de los rus que ninguna otra fuente. Ibn Fadlan fue enviado por el califa abasí como embajador ante el rey de los búlgaros del Volga, quien quería entrevistarse con alguien que tuviera conocimientos sobre el islam. El relato de Ibn Fadlan menciona los macabros y espeluznantes detalles del funeral de «un gobernante», en los que se practicaban el sexo en grupo y los sacrificios humanos. En una población situada en el curso medio del Volga, Ibn Fadlan vio a un grupo de comerciantes rus que incineraban a un caudillo con su compañera «esclava».

La familia del jefe fallecido pidió voluntarios para que fueran enterrados con él, y una esclava aceptó. (Ibn Fadlan no explica por qué.) Cuando llegó el momento del funeral, la esclava tomó un brebaje alcohólico. Entonces «seis hombres entraron en la yurta. Todos tuvieron relaciones sexuales con la esclava». Ibn Fadlan no juzga los hechos, sino que se limita a relatar sin apasionamiento lo que vio. Probablemente no se dio cuenta de que

estaba presenciando un rito religioso en el que los adoradores de Odín, dios de la guerra, tenían relaciones sexuales con Freya, diosa de la fertilidad.[20]

Entonces una sacerdotisa, «sombría y corpulenta, pero de edad indeterminada», ayudó a preparar el barco funerario antes de quemarlo. Calificándola de «Ángel de la Muerte», Ibn Fadlan resume sus funciones: «Se ocupa de coser la ropa del caudillo y de prepararlo adecuadamente, y es ella quien mata a las esclavas». Cuatro hombres colocaron a la joven junto al difunto y la sujetaron. El Ángel de la Muerte «le puso una cuerda alrededor del cuello con los extremos cruzados y se la entregó a dos de los hombres para que tiraran de ella. La sacerdotisa avanzó con una daga de hoja ancha y se la clavó varias veces entre las costillas mientras los dos hombres la estrangularon con la cuerda hasta que murió».

Los parientes más cercanos del difunto prendieron fuego a la pira funeraria sobre la que habían colocado la embarcación con el cuerpo del caudillo y de la esclava. Las prácticas funerarias escandinavas no eran siempre iguales; en este caso, los rus quemaron un barco cargado de ofrendas para los muertos, pero los arqueólogos también han encontrado embarcaciones con los objetos funerarios enterrados intactos.[21]

Los mercaderes rus se encomendaban a sus dioses para realizar operaciones comerciales. Ibn Fadlan relata que un comerciante procedente del norte, cuando llegó a Itil, donde el Volga desemboca en el mar Caspio, hizo una donación. Luego se postró ante la gran estatua de madera de una divinidad, rodeada de otras figuras más pequeñas, y recitó la siguiente plegaria: «Señor, he venido desde tierras lejanas, con muchas esclavas y un gran número de pieles de marta cibelina».

El comerciante pidió entonces a la deidad: «Quiero que me bendigas con un rico mercader con muchos dinares y dírhams que me compre todo lo que desee y que no regatee el precio que yo ponga».[22] Los dinares eran monedas de oro; los dírhams, de plata. Ambas podían fundirse para hacer brazaletes y collares. Ibn Fadlan narra que los caudillos rus regalaban a sus mujeres un barboquejo de plata por cada diez mil dírhams que acumulaban.

Las monedas pueden revelar mucha información sobre el pasado, especialmente en sociedades con pocos registros escritos como Escandinavia y el este de Europa en aquel tiempo. De no ser por las monedas, no tendríamos conocimiento de la inmensa cantidad de riquezas con que Constantinopla y el mundo islámico pagaban a los rus por las pieles y los esclavos. Cientos de tesoros, algunos con más de 10.000 monedas, han aparecido en el norte y el este de Europa. Los rus usaban recipientes de cerámica, vidrio, metal o corteza de abedul para enterrar la plata a modo de cajas de seguridad temporales, pero, por alguna razón, dejaron muchos de esos depósitos bajo el suelo hasta que los arqueólogos los desenterraron.[23]

La mayor reserva de monedas que se ha encontrado en Escandinavia fue enterrada después del año 870 en la isla de Gotland, unos 200 kilómetros al sur de Estocolmo, en el mar Báltico. Los arqueólogos que excavaron aquel lugar en 1999 localizaron un tesoro con 14.259 monedas, acuñadas entre los años 539 y 871, así como 486 brazaletes hechos con piezas fundidas.[24] Los caudillos recompensaban a sus partidarios tanto con monedas como con brazaletes. En total, los objetos de plata pesaban 67 kilos. Algunas monedas se encontraban intactas, mientras que otras habían sido fragmentadas.

Una vez que la plata había sido fundida y perdía la forma de moneda, la única forma de determinar el valor de los objetos era pesándolos. Para ello, los rus adoptaron una nueva herra-

mienta procedente del mundo islámico: la balanza. Estos utensilios han aparecido por toda Escandinavia y el este de Europa, lo que evidencia una temprana transferencia de tecnología. Las nuevas balanzas no desplazaron a ningún trabajador; en Escandinavia nadie había pesado plata antes. Aquellos aparatos se hicieron enormemente populares porque cumplían una función nueva y muy necesaria, como los teléfonos móviles hoy en día.

Con el tiempo, los rus dejaron de fabricar brazaletes con monedas fundidas. Otro tesoro encontrado en Gotland, enterrado poco después del año 991, refleja la creciente importancia de las monedas. No contenía brazaletes, pero sí 1.911 monedas de plata: 1.298 tenían inscripciones en árabe, y del resto, 591 procedían de Alemania, 11 de la Bulgaria del Volga, 6 de Inglaterra, 3 de Bizancio y 2 de Bohemia. Estas monedas nos ofrecen una valiosa visión panorámica de los principales socios comerciales de los rus, y esa información no figura en ningún documento escrito. Para los rus el mundo islámico era mucho más importante que el occidente de Europa. Hacia el año 950, el Imperio samánida, un estado escindido de Asia Central, reemplazó a los abasíes como fabricantes de las monedas de plata más pura.[25]

¿Qué alcance tuvo el intercambio de riqueza entre el mundo islámico y Escandinavia y el territorio de los rus? Fijémonos primero en la asombrosa cantidad de dírhams de plata —acuñados entre los años 670 y 1090— que se han encontrado en sitios tan diferentes: 80.000 en Suecia, 37.000 en Polonia y 207.000 en Rusia, Bielorrusia y Ucrania. Según un estudio reciente, el número de monedas de plata islámicas encontradas entre los siglos IX y X asciende a 400.000.[26] Naturalmente, se trata de las únicas monedas que han recuperado los arqueólogos; la cantidad total de monedas enterradas debía de ser muy superior —probablemente un millón— porque desde entonces muchísimas monedas han sido fundidas o se han perdido.

¿Cuántos esclavos se podían comprar con un millón de monedas? Cien mil a lo largo del siglo XI, esto es, mil cada año.[27]

A finales del siglo X la plata empezó a escasear en el mundo islámico. Como consecuencia de ello, la cantidad de plata que llegaba a Escandinavia procedente de la venta de pieles y esclavos también disminuyó. Algunos tesoros más pequeños contienen monedas de plata acuñadas a finales del siglo X o principios del XI, pero nunca con posterioridad al año 1013.

Entre las monedas desenterradas en Escandinavia también había dinero inglés, lo que nos recuerda que los nórdicos siguieron saqueando las islas Británicas siglos después del ataque inicial, que se produjo en el 793. Ciñéndose a su estrategia habitual, los nórdicos, cada vez que sometían una parte de las islas Británicas, exigían dinero a cambio de protección. Tras hacerse con el control de grandes zonas de Inglaterra, los vikingos aplicaron las leyes de Dinamarca en una zona conocida como Danelaw.[28]

Durante dos siglos, desde aproximadamente el año 850 hasta 1060, ni los vikingos ni los ingleses tuvieron el control permanente, pero el rey Canuto el Grande fue quien estuvo más cerca de unificar Dinamarca, Noruega e Inglaterra. En el año 1016 derrotó a los ingleses y en el 1018 les exigió 82.500 libras de plata para poder remunerar a sus súbditos. (La libra pesaba entonces menos que una libra moderna, por lo que aquella suma equivalía a un poco más de 30.000 kilos.) En el año 1028, Canuto recibió el título de «rey de toda Inglaterra, Dinamarca y Noruega, y parte de Suecia». Pero, tras su muerte en el 1035, el trono de Inglaterra volvió a Eduardo el Confesor, e Inglaterra dejó de ser gobernada por Dinamarca y Noruega.

En un tesoro hallado en la isla de Gotland aparecieron veinticuatro monedas españolas, lo que parece confirmar las incursiones vikingas por el Mediterráneo.[29] Los arqueólogos le han

echado mucha imaginación a la presencia de los nórdicos en el sur. Por ejemplo, en un yacimiento de la isla de Madeira se encontraron huesos de ratón que datan de entre los años 900 y 1036. Puesto que el ADN de esos ratones está más próximo al de los roedores escandinavos y alemanes, los arqueólogos han llegado a la conclusión de que los vikingos llegaron a Madeira antes que los portugueses.

Los registros escritos también documentan la presencia de los nórdicos en Sicilia, adonde llegaron hacia el año 900.[30] Tras expulsar a los monarcas reinantes, su descendiente Roger II (que gobernó entre 1130 y 1154), fue soberano de la isla y prestó apoyo económico a artistas cristianos y musulmanes por igual. En la corte de Roger II es donde al-Idrisi trazó un mapa de plata, de dos metros de diámetro, que representaba Afroeurasia.

En el apogeo de la exportación de monedas, una parte de los rus que se trasladaron al sur terminaron siendo mercenarios al servicio de Constantinopla. Eran los varegos, un antiguo término nórdico que empezó a usarse en el año 950, con el significado de «hombres de palabra», y que se aplicaba por extensión a todos los escandinavos. El emperador bizantino tenía una guardia varega, famosa por su fiereza. Se dice que dos de esos soldados varegos pintaron unas runas nórdicas en un balcón de la catedral de Santa Sofía (algunos expertos dudan de su autenticidad).[31]

Otros escandinavos eran simplemente aventureros o buscavidas.

Uno de ellos, un típico caudillo llamado Ingvar el Viajero, es el protagonista de su propia saga, un relato en el que se cuentan numerosas batallas en las que aparecen dragones y gigantes.[32] Ingvar y sus seguidores navegaron por el Dniéper, cruzaron el mar Negro, atravesaron el Cáucaso y llegaron al mar Caspio.[33]

Aspirante a soberano de su propio reino, con sus veinte años es una indicación de que los jóvenes podían abrirse camino en las duras condiciones de las sociedades guerreras.

Finalmente Ingvar enferma, como la mitad de sus hombres, y muere a los veinticinco años, en algún lugar de Asia central, probablemente en la provincia de Corasmia, perteneciente a la actual República de Uzbekistán.[34] Ese fue el punto más oriental al que llegaron los nórdicos. Antes de morir, Ingvar pide a sus vasallos «que lleven su cuerpo de vuelta a su patria», lo que explica la presencia de las veintiséis tumbas rúnicas de sus secuaces en el centro de Suecia.

Aquel mundo de caudillos saqueadores dio paso lentamente a las monarquías patrimoniales en torno al año 1000. Los reyes ya no recompensaban a sus súbditos con el fruto de los pillajes, sino con tierras. Uno de los primeros ejemplos de esa nueva actitud fue Guillermo el Conquistador, cuyos antepasados habían llegado a Francia a principios del siglo x como piratas, y con el tiempo se convirtieron en los reyes normandos de Inglaterra, cuyos hechos están representados en el famoso tapiz de Bayeux.

La invasión de Inglaterra en 1066 supuso el fin de la era vikinga. En efecto, la administración de Guillermo en Inglaterra introdujo los mismos cambios que tuvieron lugar en numerosos territorios escandinavos, donde los soberanos recompensaban a sus súbditos con determinadas tierras, y los ingresos de la agricultura permitían a los nuevos terratenientes pagar impuestos por sus propiedades.

Cuando el príncipe Vladímir, el caudillo que se convirtió al cristianismo, llegó al poder, se produjo un cambio similar en los dominios de los rus. Las numerosas bandas armadas de tiempos anteriores dieron paso a una nueva estructura de gobierno, con un liderazgo compartido por diversos miembros de

un clan carismático. En este caso no tenemos que inferir los hechos a partir de monedas porque podemos consultar una fuente fidedigna, la *Primera crónica eslava* o *Crónica de Néstor*, que narra secuencialmente la historia de los príncipes rus. Fue escrita entre los años 1050 y 1113.[35]

La entrada correspondiente a los años 860-862 explica cómo llegaron al poder los primeros príncipes rus. Los escandinavos que vivían en el este de Europa «llegaron por mar al territorio de los varegos» y pidieron a tres hermanos que los gobernaran. Los hermanos fundaron la dinastía rúrika. Nótese que la *Primera crónica* identifica explícitamente a los nuevos señores del otro lado del mar como extranjeros. La llegada de los ruríkidas no puso fin a la era de las bandas armadas. La sucesión de los gobernantes era tan caótica y conflictiva como antes: cada vez que moría un caudillo ruríkida se desataba una batalla campal hasta que se imponía un vencedor.

Los rus reunieron una poderosa armada en el año 941, según relata Liutprando de Cremona (920-972), un dudoso historiador italiano. Enviado a Constantinopla por los reyes otónidas de Alemania, Liutprando no se encontraba en la ciudad en ese año, cuando atacaron los rus, pero su padrastro le habló de una flota de mil barcos comandada por el príncipe Ígor, que había llegado al poder en el 912.

Para proteger la capital, el emperador bizantino acondicionó quince navíos para que pudieran disparar fuego griego, que era el arma más letal con que contaban los defensores.[36] Los bizantinos mantuvieron en secreto durante siglos el funcionamiento de su artillería: el fuego griego contenía una sustancia incendiaria que, al igual que el napalm moderno, seguía ardiendo incluso después de entrar en contacto con el agua. Cuando las naves bizantinas disparaban fuego griego, a los rus no les quedaba más remedio que saltar al agua y llegar a nado hasta la orilla.

Constantinopla le pareció a Liutprando de Cremona la ciudad más avanzada de su época (nunca visitó Bagdad). Entre las maravillas de la ciudad había aves mecánicas y leones que rodeaban el trono del emperador Constantino VII, quien reinó entre los años 913 y 959. Las diversas especies de aves cantaban diferentes melodías, y los leones chapados en oro «parecían protegerlo [a Constantino] y, golpeando el suelo con la cola, emitían un rugido con la boca abierta y la lengua temblorosa». A Liutprando lo fascinaba especialmente el trono del rey, que se elevaba hasta el techo por medio de un dispositivo oculto (probablemente una polea).

En el 945, los rus firmaron un tratado con los bizantinos. El príncipe Ígor tuvo que consultarlo con sus parientes, lo que indica que todavía no era un soberano de pleno derecho. Puesto que los rus compartían el poder con otros gobernantes, los historiadores se refieren a ellos como «príncipes», más que como «reyes». El tratado también revela que algunos rus habían recibido el sacramento del bautismo, por lo que ya no tenían que hacerse pasar por cristianos para pagar menos tributos.[37]

El reino de Ígor difería de las monarquías agrarias de la época, como Francia, en que los príncipes rus solo tenían suficientes funcionarios para gravar el comercio, pero no la agricultura. Imponer tributos al comercio suponía apostar funcionarios en todos los nodos de transporte, lo cual era relativamente sencillo, mientras que para gravar la agricultura era necesaria una burocracia mucho más compleja.

Pese a su derrota en Constantinopla, los ruríkidas solían tener éxito en sus incursiones contra Bizancio, pero no controlaban el valle del Dniéper. En el 945, los drevlianos, un pueblo que vivía al este de Kíev, se levantaron contra los rus, se negaron a pagar tributos y mataron a Ígor. Para vengar a su marido, su viuda, Olga, dirigió una victoriosa campaña militar contra

ellos, esclavizó o mató a todos los supervivientes y destruyó su capital, como han confirmado las excavaciones realizadas en la actual Kórosten, en el norte de Ucrania.[38]

Olga también cambió la forma de recaudar tributos. En vez de que los funcionarios se desplazaran a cada tribu para recoger diferentes productos, ordenó que sus súbditos acudieran a los puestos comerciales de cada comarca. Allí pagaban con pieles y otras mercancías a los funcionarios, lo que supuso un gran avance en el fortalecimiento de la monarquía rus, porque sirvió para regularizar las fuentes de ingresos de los príncipes.

Olga fue una de las primeras ruríkidas en convertirse al cristianismo. Mientras ejercía la regencia durante la minoría de edad de su hijo Sviatoslav (945-961), recibió el bautismo en Constantinopla. La *Primera crónica* narra que el emperador Constantino le propuso matrimonio. Su negativa fue inteligente: «¿Cómo puedes casarte conmigo, después de bautizarme y llamarme hija tuya? Porque entre los cristianos eso es ilegal, como sin duda sabes». Constantino al parecer no se ofendió y admitió en seguida su derrota. «Olga, has sido más lista que yo.» Puede que no usaran exactamente esas palabras, pero Olga se convirtió al cristianismo bizantino y no se casó con Constantino.

Cuando Olga le pidió que enviara misioneros a la Rus de Kíev para cristianizar aquella federación de tribus, Constantino se negó. Entonces hizo la misma petición a Otón I, rey de Alemania, quien tampoco estuvo por la labor.[39] Esta situación muestra que los rus pidieron ayuda primero a los bizantinos y luego a los sajones. Algunos súbditos de Olga en Kíev ya eran cristianos, como indican las tumbas de mujeres enterradas con cruces a mediados del siglo x. Su hijo Sviatoslav I, cuando ascendió al trono en el año 963, se negó a convertirse.[40]

Nóvgorod y Kíev eran las dos ciudades más importantes del reino de Sviatoslav. La primera, situada al norte, era fácil de defender; el primer recinto amurallado, o *kremlin*, se construyó hacia el año 1000. Al sur, situada en una alta ribera de la orilla occidental del Dniéper, Kíev era un punto clave para el comercio entre el norte y el sur. En el año 1000 tenía varios millares de habitantes.

Como muchos caudillos, Sviatoslav dejó instrucciones precisas sobre su sucesión, determinando que Vladímir, hijo de una esclava, gobernaría Nóvgorod, y que Iaropolk, su hermanastro, mandaría en Kíev. Sin embargo, como de costumbre, la sucesión que había planeado Sviatoslav no fue pacífica. Sus hijos sostuvieron una encarnizada lucha por el poder. En el 980, tras ocho años de enfrentamientos, Vladímir y un ejército de mercenarios escandinavos invadieron Kíev, mataron a Iaropolk y se hicieron con el control de la ciudad.[41]

Solo entonces la difícil situación de Vladímir lo llevó a plantearse la conversión al cristianismo, religión que conocía por su abuela Olga; como hijo de una sierva, deseaba legitimidad y necesitaba superar el duro golpe a su reputación que supuso el asesinato de su hermano. Vladímir tenía también otros problemas. Su llegada al poder coincidió con una crisis económica: la escasez de plata en toda Europa a partir del año 1000. Vladímir hubo de hacer frente a la disminución de las ganancias procedentes de la trata de esclavos, que había sido una de las principales fuentes de ingresos para los rus.

En su búsqueda de apoyo, Vladímir erigió estatuas en honor de seis dioses ruríkidas, incluido Perún, dios del trueno. Pero Vladímir se dio cuenta de que, como sus súbditos no tenían un sistema de creencias común, carecían de una identidad unitaria, lo que dificultaba su dominio sobre ellos. Cualquier rival político podía cuestionar fácilmente el poder de Vladímir reuniendo a sus seguidores en torno a una divinidad diferente.

Vladímir empezó a buscar una gran religión con la que ganarse la lealtad de todos sus súbditos. En cuanto eligiera la religión adecuada y exigiera a sus súbditos que se convirtieran a ella, podría prohibir la adoración de otras deidades y evitar las amenazas internas.

Vladímir no estaba solo. Otros monarcas enviaban embajadores para conocer las prácticas religiosas de sus vecinos. Cuando elegían una religión para sus reinos, estos monarcas sabían poco acerca de las enseñanzas de una religión determinada, tal vez solo lo que les había explicado un misionero. Aun así, los gobernantes dedicaban mucho tiempo a la cuestión de qué religión adoptar para ellos y para sus vasallos.

Tenían mucho que ganar con la elección correcta. Además de los beneficios de adorar a una divinidad más poderosa y de unirse a una Iglesia más grande, también aspiraban a aliarse con otros gobernantes que hubieran abrazado la misma fe. El aumento de los contactos condujo a la multiplicación de conversiones alrededor del año 1000 y la formación de grandes bloques religiosos sorprendentemente similares a los que existen para el comercio y la defensa incluso en la actualidad.

En el año 986, según la *Primera crónica eslava,* Vladímir recibió embajadas de cuatro reinos vecinos: los jázaros judíos, los búlgaros musulmanes, los cristianos alemanes y los cristianos bizantinos.

Vladímir tenía cierto conocimiento del judaísmo, como demostró en su respuesta a los embajadores de los jázaros, que se habían convertido a la religión judía probablemente un siglo antes. Los jázaros dominaban un amplio territorio que se extendía desde la cuenca alta del Don hasta la cuenca baja del Volga. Al parecer, el judaísmo era para los jázaros un término medio entre el cristianismo del Imperio bizantino y el islamismo del califato abasí, porque tanto la cristiandad como el islam

reconocían el judaísmo como una religión legítima.[42] Aun así, el judaísmo fue una elección singular. No había poderosos aliados judíos en los reinos adyacentes, si bien algunos gobernantes del norte de Irak, Yemen y el norte de África se habían convertido anteriormente a la religión judía. De hecho, no había otros estados judíos en ningún lugar de Eurasia.

Los jázaros tenían una monarquía dual. Un rey —el beg— se ocupaba de los asuntos cotidianos del gobierno mientras que otro soberano —el kan— era el rey de armas. Parece posible que el señor de los jázaros, pero no el kan, se convirtiera al judaísmo hacia el año 805, pero la conversión no afectó a sus súbditos.[43]

En los años 837-838, cuando parece probable que un kan se convirtió, las cecas jázaras emitieron tres nuevos tipos de monedas.[44] Los dírhams de Moisés son las más famosas, aunque solo siete han llegado hasta nosotros. De plata y con inscripciones en árabe, son copias casi idénticas a los dírhams que acuñaron los abasíes. La única diferencia es que en ellas se lee «Moisés es el mensajero de Dios», y no «Mahoma es el mensajero de Dios».

El proceso de conversión de los jázaros fue paulatino y solo parcial; el geógrafo persa Ibn al-Faqih escribió en el año 902 o 903: «Todos los jázaros son judíos, pero han abrazado esta nueva religión recientemente».[45] Los arqueólogos han buscado en vano pruebas de judaísmo entre la gente común. Revisando miles de ladrillos de adobe con diversas inscripciones y dibujos, no han encontrado ninguna menorá ni otros símbolos judíos.

A veces, los historiadores se enfrentan a estas situaciones cuando los documentos escritos dicen una cosa pero no hay ningún resto arqueológico que sustente esa afirmación. Si los

textos dicen la verdad, entonces los jázaros formaron la mayor nación judía que ha existido desde la destrucción del Templo de Jerusalén hasta la fundación del Estado de Israel, en 1948.

Los autores de la *Primera crónica eslava* refieren que un grupo de jázaros intentó convertir a Vladímir al judaísmo en torno al 986 con estas palabras: las enseñanzas del judaísmo incluían «la circuncisión, no comer carne de cerdo o liebre, y celebrar el *sabbat*)». El tabú de la liebre no es una prohibición típicamente judía, pero es probable que los jázaros no comieran carne de conejo. Los arqueólogos han encontrado muchos amuletos de la fertilidad hechos con patas de liebre, lo que da a entender que los jázaros veneraban a este animal.[46]

Los emisarios jázaros explicaron que, en cuanto judíos, no vivían en su tierra natal de Jerusalén porque «Dios estaba enojado con nuestros antepasados, y nos dispersó entre los gentiles a causa de nuestros pecados». Vladímir rechazó sumariamente su proposición: «Si Dios os amara y aprobara vuestra fe, no estaríais dispersos por tierras extrañas. ¿Esperáis que nosotros aceptemos también ese destino?». Vladímir sabía que Jerusalén no estaba gobernada por los judíos (los fatimíes egipcios que regían la ciudad en aquel entonces eran musulmanes chiitas).[47]

Vladímir no quería convertirse a la religión de un reino en decadencia. Buscaba un aliado más poderoso que él. Al año siguiente, cuando envió embajadores a los distintos países cuyos emisarios le habían pedido que abrazara su religión, ni siquiera se molestó en enviar un representante a los jázaros.

Los siguientes candidatos, los búlgaros del Volga, eran mucho más poderosos. En el año 986, los emisarios búlgaros le explicaron a Vladímir que Mahoma «les ordenó practicar la circuncisión y les prohibió comer carne de cerdo y beber vino». Después de la muerte, explicaron los embajadores búlgaros, Mahoma prometió dar a cada creyente varón «setenta mujeres

hermosas. Puede elegir a una beldad, y a esa mujer Mahoma le conferirá los encantos de todas ellas, y será su esposa. Mahoma promete que entonces uno podrá satisfacer todos los deseos». La palabra árabe traducida aquí como «mujer hermosa» significa literalmente «la brillante blancura del ojo en contraste con una pupila especialmente negra», una cualidad que al parecer solo poseen las vírgenes más hermosas.[48]

El autor procristiano de la *Primera crónica* quería que la descripción de los placeres celestiales pareciese un insulto, y añade que los búlgaros del Volga «también dijeron otras falsedades que por modestia no pueden reflejarse por escrito». Cuando los emisarios búlgaros exhortaron a Vladímir a que se convirtiera al islam, el príncipe eslavo se negó en seguida, explicando que «beber es la alegría de los eslavos. No podemos existir sin ese placer».

La conclusión de la *Primera crónica* es clara: ni los jázaros judíos ni los búlgaros musulmanes eran lo bastante fuertes para ofrecer a Vladímir beneficios reales si se convertía a su religión.

La tercera delegación fue la de los reyes cristianos de Alemania. Estos dominaban partes de Italia, incluida Roma, y elegían al papa. Los alemanes transmitieron el punto de vista del pontífice. «Vuestro país es como nuestro país, pero vuestra fe no es como la nuestra.» Esta conversación truncada debió de añadirse a la *Primera crónica* en fecha posterior porque sugiere una ruptura entre las Iglesias de Roma y Constantinopla. De hecho, en el año 986, las dos ramas de la cristiandad todavía estaban unidas.[49]

La *Primera crónica* no describe los acontecimientos con exactitud.[50] Es evidente que el fragmentado de la conversión de Vladímir fue torpemente añadido a diferentes capítulos de los anales. Es muy probable que la inclusión de los cristianos sajo-

nes sea una interpolación posterior, y, por otra parte, la excesiva nitidez de aquel esquema tripartito —ortodoxia, islam y judaísmo— también levanta sospechas.

Pero el relato, aunque sea todo él una ficción para explicar lo que realmente sucedió —¿qué religión iba a abrazar Vladímir sino la de sus vecinos de Constantinopla?—, muestra las ideas religiosas que circulaban en el año 1000, cuando la *Primera crónica* tomó forma. Y tenemos la confirmación externa —de una fuente islámica— de que un príncipe eslavo llamado Vladímir envió a cuatro parientes suyos a Corasmia para recabar información sobre el islam.[51] Esta fuente externa nos indica que Vladímir investigó las creencias religiosas de sus vecinos mientras decidía qué fe abrazar.

La *Primera crónica* dedica mucho más espacio a las enseñanzas de la Iglesia bizantina contadas por un sabio que ofrece un relato completo de la Creación, la crucifixión de Jesucristo y el día del juicio final. Conocido como el *Discurso del filósofo,* este texto fue añadido con posterioridad por otras personas.[52] Aun así, el documento subraya una realidad importante: como los textos cristianos no habían sido traducidos al eslavo, las nuevas enseñanzas religiosas debían ser transmitidas oralmente. Tras escuchar el discurso y hacer algunas preguntas, Vladímir dijo «que esperaría un poco más», posponiendo de nuevo la elección de una nueva fe para su reino.

En el año 987, tras consultar con sus nobles y con los ancianos de la ciudad, Vladímir envió un grupo de diez consejeros primero a los búlgaros del Volga, luego a Alemania y por último a Constantinopla; los consiliarios rechazaron el islam de los búlgaros y el cristianismo de los alemanes.

Constantinopla, por el contrario, los dejó asombrados. Tras visitar la catedral de Santa Sofía, los consejeros relataron: «No sabíamos si estábamos en el cielo o en la tierra, pues no existe

en la tierra semejante espectáculo ni semejante belleza; no sabemos cómo describirlo. Solo sabemos que allí Dios está entre los hombres, y su servicio es mejor que el de todos los países. Pues nosotros no podemos olvidar aquella belleza». Pese al consejo unánime de elegir el cristianismo de los bizantinos, Vladímir seguía dudando.

La *Crónica de Néstor* presenta la conversión de Vladímir al cristianismo bizantino como una secuencia de cuatro acontecimientos. Primero, en Quersón, sus ejércitos derrotan a las fuerzas de Bardas Focas, pretendiente al trono de Bizancio. Segundo, pierde la vista. Tercero, es bautizado y recobra la vista. Y cuarto, se casa con Ana, la hermana del emperador Basilio II.

Ningún observador contemporáneo, ni en Bizancio ni en Alemania, consideró la conversión de Vladímir como un acontecimiento importante; no era más que un asunto baladí entre eslavos y bizantinos.

Desde la perspectiva actual, la conversión de Vladímir fue un elemento decisivo para la formación del mundo cristiano. El reino de Vladímir tenía 5 millones de habitantes que vivían en un territorio de un millón de kilómetros cuadrados, el doble de la superficie de España. Con la cristianización de Vladímir, la Europa del este se volvió hacia Bizancio, no hacia Jerusalén, Roma o La Meca. Los rus mantuvieron intensos vínculos económicos y culturales con el oeste de Europa, pero solo tenían una ciudad sagrada, y era Bizancio.[53]

Cada vez que un gobernante como Vladímir tomaba la decisión de convertirse a una nueva religión, las fronteras de los distintos bloques religiosos cambiaban. La siguiente tabla muestra algunos de los gobernantes que eligieron una religión para sus reinos hacia el año 1000. En casi todos los ejemplos los gobernantes decidieron asociarse con uno o varios de los territorios adyacentes; los pueblos con los que compartían la nueva

fe pasaron a ser sus aliados militares y sus principales socios comerciales. Aunque siguieron estando en contacto con gobernantes de otros credos, tenían vínculos más estrechos con sus correligionarios, y a menudo concebían el mundo como si estuviera dividido en bloques religiosos.

La gente ya no se identificaba solo con su lugar de origen. Las personas (incluidas las que no viajaban) empezaron a considerar sus regiones natales como parte de bloques religiosos, y así comenzaron a identificarse con grupos mucho más numerosos, lo que constituyó un paso decisivo para la globalización.

CONVERSIONES RELIGIOSAS QUE TUVIERON LUGAR EN TORNO AL AÑO 1000

Año	Pueblo	Gobernante	Se convirtió a
principios del siglo X	jázaros	(nombre desconocido)	judaísmo
principios del siglo X	búlgaros del Volga	(nombre desconocido)	islam
955	karajánidas	Satuk Bugra Kan	islam
ca. 960	daneses	Harald Blåtand	cristianismo
985	selyúcidas	Selyuk ibn Dukak	islam
988-989	rus	Vladímir	ortodoxia bizantina
década de 990	noruegos	Olaf I de Noruega Olaf II de Noruega	cristianismo
991	polacos	Miecislao I	cristianismo
999-1000	islandeses	asamblea nacional	cristianismo
después del año 1000	ghaneses	(nombre desconocido)	islam

Fuentes: Anders Winroth, *Conversion of Scandinavia*, págs. 112-118; 162-163; Andreas Kaplony, «La conversión de los turcos», en *Islamisation de l'Asie Centrale,* págs. 319-338; Barbara H. Rosenwein, *A Short History of the Middle Ages,* pág. 86; Peter B.

Golden, «The Karakhanids and Early Islam», en *The Cambridge History of Early Inner Asia*, pág. 362.

No todas las conversiones fueron al cristianismo. Al este del territorio de Vladímir se encontraba el territorio de los turcos oguz, cerca del mar de Aral.[54] Cuando recorrió sus dominios hacia el año 921-922, Ibn Fadlan observó que los oguz reconocían a Tengri como único Ser Supremo y consultaban con frecuencia a los chamanes. También se dio cuenta de que el clima era inusualmente frío, señal de que el clima de la región se estaba enfriando justo cuando Europa entraba en el período cálido medieval.[55] A finales del siglo x muchas tribus oguz se habían establecido al este del mar de Aral, donde su jefe, Selyuk ibn Dukak, se convirtió al islam. Una fuente refiere que Selyuk explicó la conversión con estas palabras: «Si no adoptamos la fe del país donde deseamos [vivir] y hacemos un pacto con sus pobladores (o nos adaptamos a sus costumbres) […] seremos un pueblo pequeño y aislado».[56]

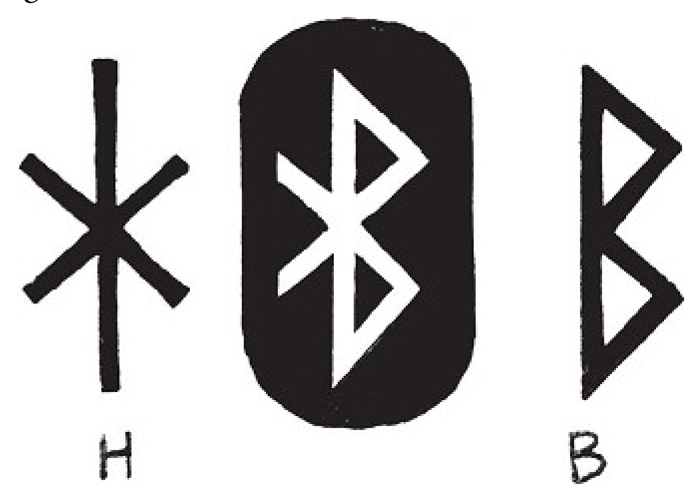
Los partidarios de Selyuk tomaron su nombre como epónimo de la tribu y pasaron a llamarse selyúcidas. Aunque hay pocos datos sobre la historia primitiva de este pueblo, al parecer Selyuk ibn Dukak se convirtió al islam porque, al igual que Vladímir, quería ser más poderoso. En el momento de su conversión, hacia el año 1000, su pueblo era solo una de las muchas tribus que vivían en Asia central, pero, a mediados de ese siglo, bajo el mando de sus nietos, la dinastía selyúcida llegó a ser una de las principales potencias islámicas.

Varios gobernantes escandinavos se convirtieron al cristianismo en aquella época. Al igual que Vladímir, el rey Harald Blåtand de Dinamarca (910-985) no era cristiano. En la década de 960 unificó Dinamarca y se hizo con el control temporal de Noruega. Reconociendo el valor del monoteísmo cristiano como elemento unificador en su nuevo reino, tomó la decisión de convertirse. (Los ingenieros de Intel y Ericsson decidieron lla-

mar «Bluetooth» [anglicanización de Blåtand] a su nueva tecnología porque uniformaba los ordenadores y los teléfonos móviles del mismo modo que Harald había unido Dinamarca y Noruega.)

Cuando un príncipe se convertía a una religión importante, contaba con la ayuda del clero para gobernar. Como sabían leer, escribir y contar, los clérigos contribuían a que gobernantes como Vladímir tuvieran más poder sobre sus súbditos. Esos conocimientos básicos eran cada vez más necesarios, sobre todo porque los gobernantes necesitaban funcionarios alfabetizados que los ayudaran a redactar documentos y a llevar la cuenta de los tributos.

Poco después del bautismo de Vladímir, en el 988 o 989, sus súbditos recibieron un bautismo colectivo en el Dniéper.[57] Durante el siglo posterior a la conversión de Vladímir, solo la familia real y los nobles recibían el sacramento del matrimonio. En los territorios eslavos alejados de las diócesis, la gente común asimilaba más lentamente las enseñanzas de la nueva religión. Y solo veían a los funcionarios del gobierno una o dos veces al año, cuando pagaban el tributo de las pieles.[58] Los bautizados en masa, puesto que no recibían ninguna instrucción religiosa, seguían adorando a las divinidades tradicionales.



Los ingenieros de telecomunicaciones suecos crearon el logo de Bluetooth combinando las runas de las dos iniciales, H y B, del rey Harald Blåtand.

Amelia Sargent

Vladímir nombró obispos para las distintas provincias de su reino. Kíev pasó a ser el equivalente de una archidiócesis, bajo el patriarca de Constantinopla. La cuenca media del Dniéper era el núcleo de la nueva religión, cuya influencia era más perceptible en un área de 250 kilómetros alrededor de Kíev.[59]

Algunas prácticas cristianas atraían a muchas personas. Vladímir exhumó los cuerpos de sus hermanos y rivales —Oleg y Iaropolk— con el fin de bautizar sus restos mortales, lo cual no era propio del culto cristiano, y, de hecho, la Iglesia prohibió semejante práctica. Pero Vladímir quería conmemorar a los muertos de una manera que tuviera sentido para él y para sus súbditos.

El bautismo de Vladímir fue solo el primer paso en el proceso de cristianización; un proceso que, por lo general, duraba varios siglos. Esto era así en todos los países cuyos gobernantes abrazaban una nueva fe. Los súbditos de Vladímir tuvieron que abandonar sus prácticas precristianas, asimilar las enseñanzas de la nueva religión y aceptar la autoridad del clero y los obispos para llegar a ser verdaderos cristianos. En el siglo XII se convirtieron las pequeñas plazas fortificadas y las localidades recién conquistadas, y en el siglo XIII se creó una red de parroquias. Los artesanos bizantinos acudieron en gran número para construir iglesias en toda la Rus, y con el tiempo toda la población aceptó las enseñanzas del cristianismo. Así fue la globalización del año 1000: cuando un gobernante se convertía a otra religión, incluso los súbditos que permanecían en sus granjas debían adoptar las prácticas religiosas de una Iglesia cuyo centro estaba muy lejos de sus hogares.

Cuando Vladímir se convirtió al cristianismo, la Iglesia bizantina era mucho más poderosa que el Vaticano, pero, solo dos siglos después, la Iglesia de Roma desbancó a Bizancio como centro del mundo cristiano, y el papa llegó a tener mucha más influencia que el patriarca de Constantinopla. Entre 1000 y 1200 la Europa occidental experimentó un extraordinario crecimiento, mientras el Imperio bizantino perdía territorios.[60] Puesto que todas las Iglesias dependen del apoyo económico de sus protectores, estos cambios alteraron la relación de fuerzas entre el Vaticano y Constantinopla. Y Roma, una vez convertida en el centro de la Iglesia cristiana, ya no perdió esa posición privilegiada.

En el siglo IV, tras recibir el reconocimiento del emperador romano, la Iglesia cristiana tenía cinco sedes: Antioquía, Alejandría, Jerusalén, Constantinopla y Roma. Los eclesiásticos de mayor rango de las cuatro primeras ciudades ostentaban el título de patriarca; el obispo de Roma era conocido como el papa. Como los cuatro patriarcas y el obispo de Roma tenían el mismo rango, ninguno de ellos era cabeza de la Iglesia cristiana.

Cuando Alejandría, Antioquía y Jerusalén cayeron en manos de los musulmanes en la década comprendida entre los años 630 y 640, sus patriarcas siguieron guiando a los fieles.[61] Sin embargo, el papa de Roma y el patriarca de Constantinopla, como presidían Iglesias cristianas en zonas no islámicas, se convirtieron en los prelados cristianos más poderosos. Cuando Vladímir se adhirió a la ortodoxia, ciertas prácticas de las Iglesias romana y bizantina eran diferentes. Para la liturgia oriental se empleaba el griego y para la romana, el latín. El clero ortodoxo tenía por costumbre llevar barba, el occidental no. Para la comunión, los orientales utilizaban pan con levadura y los romanos pan ácimo.[62]

En 1053, los normandos del sur de Italia, cuyos antepasados eran nórdicos, atacaron los territorios bizantinos adyacentes, y el papa, viendo una oportunidad de mejorar su situación, contraatacó y terminó siendo hecho prisionero. Se podría pensar que la circunstancia de tener un enemigo común —los normandos— uniría a Roma y a Bizancio, pero sucedió todo lo contrario.

Tras su liberación, en el año 1054, el papa envió dos cartas (una de ellas de 17.000 palabras) al patriarca de Constantinopla. Rechazando la idea de que Roma y Constantinopla fueran iguales, el papa sostenía que la Iglesia católica estaba por encima de sus «hijas», las Iglesias de Jerusalén, Antioquía, Alejandría y Constantinopla.[63] A medida que la guerra verbal entre los extremistas de ambos bandos se agudizaba, el papa excomulgó al patriarca de Oriente, y este respondió excomulgando al nuncio apostólico. Sin embargo, a pesar de tanta hostilidad, a los observadores contemporáneos aquella ruptura no les pareció permanente.[64] Aquel conflicto se produjo cuando el Imperio bizantino estaba perdiendo territorios. En 1071, los selyúcidas derrotaron a las tropas bizantinas en la batalla de Manzikert, en el este de Turquía, y conquistaron gran parte de Anatolia, que era el granero de Bizancio. Igualmente devastadora fue, ese mismo año, la victoria normanda en la ciudad de Bari, situada en la costa adriática de Italia, que supuso la pérdida de todos los territorios bizantinos en el sur de la península.

Aun así, en aquel momento, la Iglesia de Constantinopla seguía siendo el corazón del mundo cristiano. La Iglesia de Roma estaba sumida en un grave conflicto: Enrique IV del Sacro Imperio Romano Germánico se opuso enérgicamente a las pretensiones del papa Gregorio VII, quien pretendía aumentar su propia autoridad, por lo que invadió Roma y reemplazó al pontífice por un nuevo obispo, al que los historiadores califican de antipapa.

El centro del mundo cristiano tardó ciento veinte años (desde 1084 hasta 1204) en volver a Roma. Mientras se producía aquel cambio, los eslavos no intervinieron en Europa Occidental. Los hechos son tan complejos, y los protagonistas tan numerosos, que es mejor centrarse en dos acontecimientos clave para hacerse una idea de lo que sucedió en realidad. Primero nos fijaremos en Constantinopla y descubriremos por qué sus habitantes detestaban de tal manera a los expatriados italianos. Luego veremos un panorama más amplio y comprenderemos por qué las cruzadas fortalecieron a Roma y estuvieron a punto de aniquilar a Constantinopla.

La historia de la comunidad italiana de Constantinopla ilustra otro aspecto de la globalización: un grupo considerable de extranjeros llega a una ciudad para comerciar, crea familias (a menudo casándose con mujeres autóctonas) y se enemista con todo el mundo. Todo comenzó en 1081, diez años después de la derrota de Manzikert, cuando el emperador bizantino pidió ayuda a los comerciantes venecianos para combatir a los normandos en Albania.

En aquella época, varias repúblicas italianas eran muy prósperas y contaban con poderosos ejércitos, y los venecianos eran los más ricos de todos.[65] A cambio de su ayuda, el emperador bizantino concedió a los mercaderes vénetos el derecho a comerciar en casi todo el imperio. Además, los eximió del pago de tributos.[66]

Posteriormente, los emperadores bizantinos se dieron cuenta de que habían hecho demasiadas concesiones a los venecianos, pero, cada vez que intentaban recortar esos privilegios, los venecianos atacaban, obligando a los emperadores a retroceder. Con la esperanza de fortalecer a los enemigos de los vénetos, el emperador ofreció a los comerciantes de Pisa y Génova sus

propios barrios en Constantinopla, justo al lado del barrio veneciano. También les concedió exenciones tributarias, pero no tan generosas como las de los vénetos.

Los mercaderes venecianos se comportaban de la misma manera que los empresarios modernos cuando se acogen a un trato fiscal preferente en zonas de libre comercio. Crearon empresas comerciales mucho mayores que las bizantinas. Cuando la población de emigrantes venecianos se acercó a los diez mil habitantes, en 1148 el emperador Manuel I Comneno les concedió un barrio todavía más grande.

No tardaron en producirse frecuentes peleas callejeras entre los privilegiados vénetos y los resentidos ciudadanos de Constantinopla. En un incidente ocurrido en 1149 en la isla de Corfú, una refriega en el mercado dio lugar a una gran batalla. Cuando la armada bizantina consiguió expulsar a los venecianos, estos se dirigieron al puerto de una isla vecina, donde se apoderaron del barco de guerra del emperador. Una vez a bordo, simularon una ceremonia de coronación en la que un etíope representó el papel del soberano. La farsa tenía claras connotaciones raciales, pues Manuel I era famoso por su tez oscura.[67]

La situación siguió empeorando, y las tensiones entre pisanos, genoveses y venecianos fueron en aumento. En 1171 los venecianos se desmandaron en el barrio genovés.[68] El emperador bizantino respondió arrestando a todos los venecianos de la ciudad (mujeres y niños incluidos) y confiscando sus propiedades.

Los ánimos siguieron caldeándose y, al cabo de diez años, la situación explotó. En aquel momento vivían en la ciudad unos 60.000 italianos, en su mayoría procedentes de Génova y Pisa (los venecianos habían huido diez años antes o estaban en la cárcel). Durante la lucha entre el emperador y un pretendiente

al trono, un grupo de autóctonos se amotinó y mató a miles de italianos durante lo que se conoce como la «masacre de los latinos».

Aunque tanto los habitantes de la ciudad como los inmigrantes eran cristianos, el clero de la Iglesia ortodoxa animó a sus adeptos a atacar a los clérigos de lengua italiana. Las multitudes, tras degollar al representante del papa en Constantinopla, ataron su cabeza a la cola de un perro, que la arrastró por las calles. Cuatro mil italianos supervivientes fueron vendidos como esclavos a los turcos selyúcidas. La masacre de los latinos supuso un nuevo retroceso en las relaciones entre los constantinopolitanos y los comerciantes extranjeros, y también entre las Iglesias bizantina y romana.

Estos acontecimientos muestran la rapidez con que la primera globalización cambió la vida de las personas, creando prosperidad pero también un profundo resentimiento. En el transcurso de solo un siglo, las comunidades italianas de Constantinopla se habían multiplicado hasta alcanzar los 60.000 habitantes. Los mercaderes italianos habían aprovechado las exenciones fiscales para amasar fortunas mucho mayores que la de cualquier comerciante bizantino; su arrogante actitud irritó de tal manera a los habitantes de la ciudad que estos terminaron asesinando a los mercaderes foráneos, aunque también fueran cristianos. La masacre de los latinos es un clásico ejemplo de violencia motivada por las injusticias económicas.

Sin embargo, lo que realmente destruyó Constantinopla fueron los acontecimientos externos: las cruzadas se estaban desarrollando al mismo tiempo que los hechos que condujeron a la masacre de los latinos. Las Iglesias bizantina y romana habían estado enfrentadas desde 1054, pero el nuevo papa Urbano II, al asumir el poder en 1088, tendió la mano al emperador bizantino para intentar llegar a un acuerdo, pues esperaba reforzar

su posición frente al antipapa. El emperador bizantino —Alejo I— fue comprensivo y convocó un concilio para dirimir sus diferencias.[69]

Así que, cuando en 1095 el emperador bizantino pidió ayuda para rechazar a los musulmanes, Urbano II se la prestó. El papa viajó a Clermont con el fin de convencer a los prelados de que enviaran ejércitos en defensa de Jerusalén, que por aquel entonces estaba en manos de los turcos selyúcidas.[70]

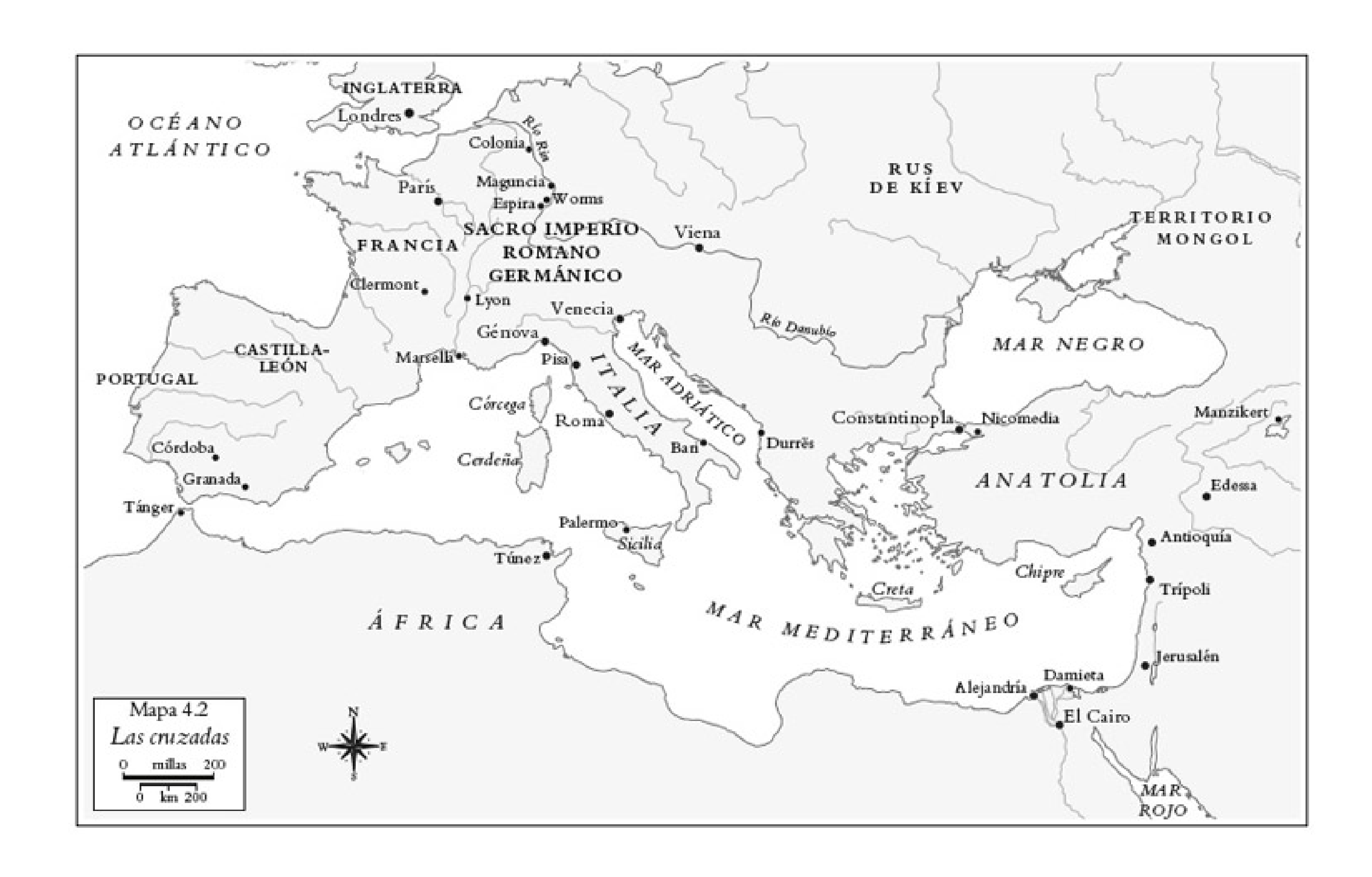
Quienes respondieron a su llamada no formaban un ejército poderoso o unificado. Un grupo —la cruzada de los pobres— estaba formado por hombres y mujeres corrientes que viajaron por tierra hasta Constantinopla. A su paso por el valle del Rin atacaron a los judíos que vivían en Maguncia, Colonia, Espira y Worms, en una orgía de asesinatos en masa y conversiones forzosas.

De las 50.000 personas que salieron de Europa en la primera cruzada, solo 10.000 llegaron a Jerusalén, de las cuales solo 1.500, en su mayoría nobles, tenían una armadura completa y estaban preparadas para entrar en combate. Pese a encontrarse en desventaja, triunfaron. Con la conquista de Jerusalén, las potencias del oeste de Europa, y sobre todo el papa Urbano II, obtuvieron una importante victoria simbólica.

Durante los ochenta años de dominio cristiano en Jerusalén, los europeos intentaron tener el control del territorio que rodeaba la ciudad. Cuando un ejército musulmán conquistó Edesa, situada al noreste de Tierra Santa, los europeos emprendieron la segunda cruzada (1147), pero fueron incapaces de recuperar los territorios perdidos. Los cruzados tampoco pudieron contrarrestar el ascenso de un extraordinario general, Saladino, quien derrocó a los fatimíes de Egipto, fundó una nueva dinastía y se alió con los selyúcidas. En 1187, el ejército de Saladino reconquistó Jerusalén.

En respuesta a la caída de Jerusalén, los europeos iniciaron la tercera cruzada. Las tropas francesas e inglesas, con Ricardo Corazón de León, evitaron entrar en Constantinopla cuando se dirigían a Jerusalén, que no consiguieron recuperar.

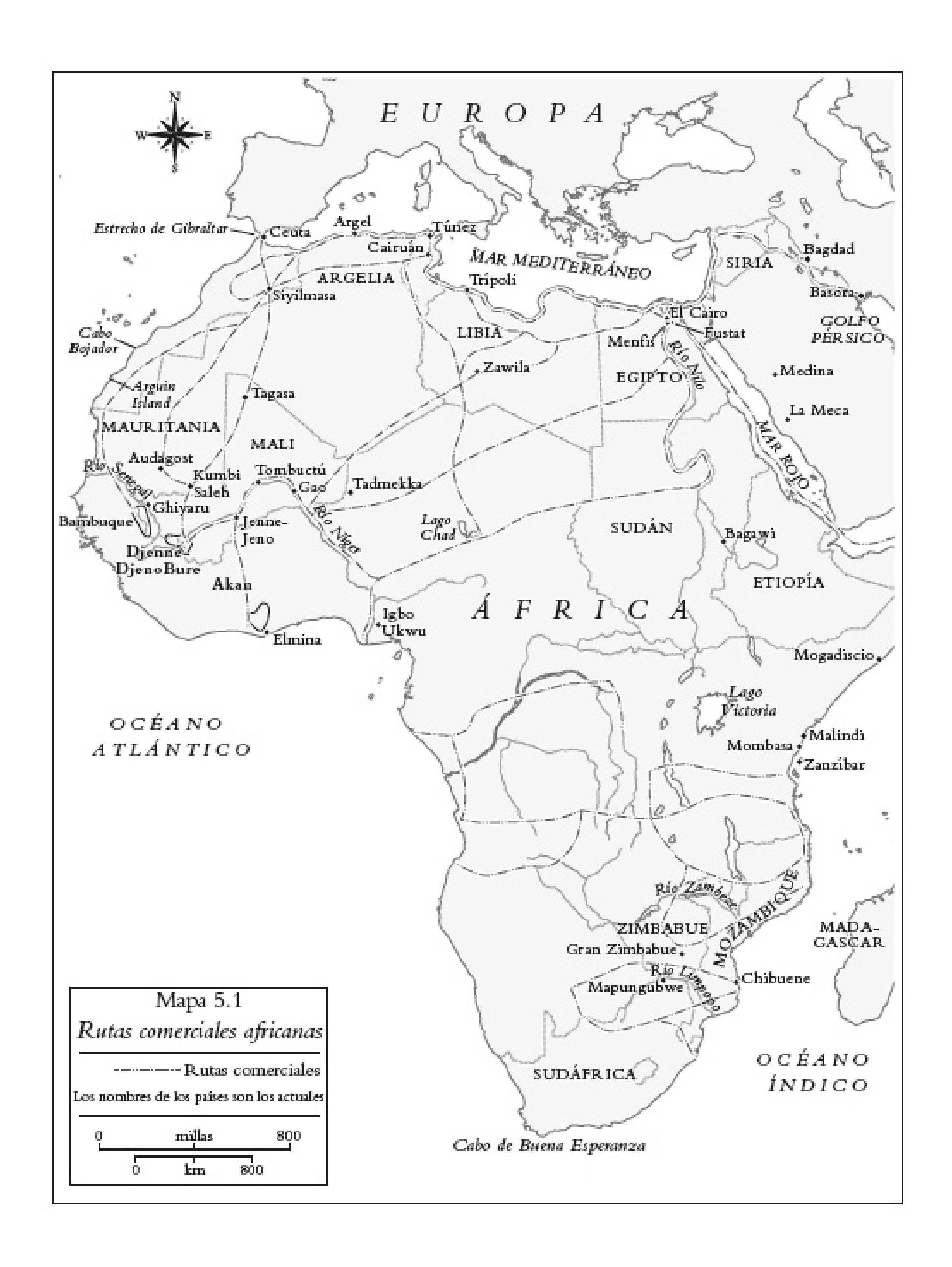
Las relaciones entre Europa y Bizancio tocaron fondo en 1201, cuando el papa Inocencio III emprendió la cuarta cruzada. Los problemas comenzaron cuando los responsables de la cuarta cruzada pidieron a los venecianos un préstamo que no pudieron devolver, lo que los llevó a saquear Constantinopla. Los cruzados destruyeron el altar mayor de Santa Sofía y repartieron los trozos entre ellos.



Mapa 4.2
Las cruzadas

Tras saquear Constantinopla en 1204, los cruzados no prosiguieron la marcha hacia Jerusalén; sustituyeron al emperador bizantino por un occidental e impusieron un nuevo gobierno —el «imperio latino»—, que se prolongó hasta 1261. Bizancio jamás recobraría su antiguo esplendor; a principios del siglo XV solo conservaba la ciudad de Constantinopla, que en 1453 cayó bajo el poder de los turcos otomanos. Tras la caída de Constantinopla, las fronteras entre los territorios cristianos e islámicos quedaron más o menos como son en la actualidad, con países cristianos en el norte del Mediterráneo y naciones musulmanas en la orilla meridional, así como en Tierra Santa.

La actual división religiosa de Europa se debe en gran medida a la decisión de Vladímir de convertirse a la ortodoxia bizantina y al auge del catolicismo durante los siglos posteriores. Esos mismos siglos, entre el año 1000 y el 1200, fueron testigos de la expansión del mundo islámico, como veremos en el capítulo siguiente.



EUROPA
Estrecho de Gibraltar
Ceuta
Argel
Túnez
Cairuán
MAR MEDITERRÁNEO
ARGELIA
Trípoli
Siyilmasa
SIRIA
Bagdad
Basora
GOLFO PÉRSICO
El Cairo
Fustat
Menfis
LIBIA
Cabo Bojador
Zawila
EGIPTO
Río Nilo
Medina
La Meca
Arguin Island
Tagasa
MAURITANIA
MAR ROJO
MALI
Audagost
Río Senegal
Kumbi Saleh
Tombuctú
Gao
Tadmekka
Ghiyaru
Río Níger
Bambuque
Jenne-Jeno
Lago Chad
SUDÁN
Bagawi
Djenne
DjenoBure
Akan
ETIOPÍA
Igbo Ukwu
ÁFRICA
Elmina
Mogadiscio
Lago Victoria
OCÉANO ATLÁNTICO
Malindi
Mombasa
Zanzíbar
Río Zambeze
MOZAMBIQUE
ZIMBABUE
MADAGASCAR
Gran Zimbabue
Río Limpopo
Chibuene
Mapungubwe
Mapa 5.1
Rutas comerciales africanas
Rutas comerciales
Los nombres de los países son los actuales
0 millas 800
0 km 800
SUDÁFRICA
OCÉANO ÍNDICO
Cabo de Buena Esperanza

CAPÍTULO 5

El hombre más rico del mundo

En el año 1000, como hoy en día, tener un vecino rico y poderoso ofrecía muchas oportunidades comerciales a quienes sabían verlas. Al igual que los rus en Europa oriental, los gobernantes y mercaderes del este y el oeste de África comprendieron las ventajas del *marketing* para los consumidores que vivían en Bagdad y las otras grandes ciudades del mundo islámico, que compraban esclavos y oro en grandes cantidades. Con las ganancias, los africanos importaban cuentas de vidrio, cerámica china e iraní, y tejidos de seda y algodón.

Las nuevas comunicaciones con países situados fuera de África también produjeron cambios religiosos de gran alcance. A medida que los africanos abrazaban el islam, la nueva religión se fue extendiendo hacia el sur por la costa del océano Índico y hasta el oeste por los ríos Níger y Senegal. Esta islamización no fue solo el resultado de la presencia de musulmanes en África; aconteció porque los comerciantes africanos se asociaron con el mundo islámico y sus decisiones sometieron a los nativos a la acción de la globalización.

Consideremos el primer documento escrito del África occidental, encontrado en Tadmekka y fechado en 1011. Redactado en árabe y grabado en piedra con una herramienta metálica puntiaguda, dice así: «Muhammadin, hijo de al-Hasan, escribió esto para proclamar que no hay más dios que Alá y que Mahoma es su profeta».[1]

Otra inscripción, cerca de un barranco por el que se llega a la ciudad, nos explica que el lugar se llama así por La Meca: «Habrá en la ciudad un mercado que estará a la altura de La Meca». Hay en Tadmekka numerosas inscripciones en árabe, grabadas en lápidas y cantos rodados. La forma de las letras indica que

fueron talladas por los nativos. Estas inscripciones dan testimonio de la expansión del islam por vastos territorios del este y el oeste de África en torno al año 1000. Los nativos se identificaron con el islam precisamente cuando en Eurasia millones de personas se convertían a una de las religiones universales.

Las inscripciones de Tadmekka nos recuerdan el importante papel que desempeñaron los africanos en el comercio que los vinculaba a otros continentes, aunque la mayoría de los textos que han llegado hasta nosotros fueran escritos por extranjeros. Si bien antiguamente se atribuía a los árabes la introducción del comercio y el progreso en África, los historiadores modernos rechazan esa idea porque subestima la iniciativa de los africanos.[2]

Los africanos desempeñaron un papel fundamental en el desarrollo del comercio entre el mundo islámico y África. Unas dos terceras partes del oro que llegaba a Europa y a Asia procedía de África occidental.[3] La cantidad de esclavos que llegaron al mundo islámico procedentes de África entre los años 800 y 1800 es comparable al total de esclavos que fueron llevados a América.

Aunque el comercio de esclavos africanos comenzó pronto —seguramente en la época romana—, hasta el siglo x no tenemos una idea clara de cómo funcionaba. Esa información aparece en una recopilación de relatos de marineros atribuidos a un persa llamado Buzurg y ambientados en el golfo Pérsico.[4] La inverosimilitud de los acontecimientos que se narran nos indica que son ficticios. Sin embargo, debido a que el telón de fondo es real, nos enteramos de muchas cosas sobre el precio de los esclavos, la ubicación de los mercados y la conversión al islam.

La historia comienza cuando un barco procedente de Omán se desvía de su rumbo y llega a Sofala, en Mozambique. A medida que se desarrolla la historia, el narrador explica: «Cuando vi aquel lugar, me di cuenta de que habíamos llegado a la tierra de los zanch [los habitantes de África oriental], que comen carne humana. Sabíamos que íbamos a morir». Pero, en contra de lo esperado, el rey recibe cordialmente a los mercaderes extranjeros y les permite comprar y vender sus mercancías sin pagar ningún tributo. Tras completar la transacción, el capitán gratifica al rey con espléndidos regalos por facilitarle el comercio de esclavos.

Pero entonces la historia da un giro inesperado. Cuando el rey sube a bordo para despedirse, el narrador piensa para sí: «En el mercado de Omán, por este rey pagarían 30 dinares, y por sus siete compañeros 160 dinares. Llevan a la espalda prendas por valor de 20 dinares». (Un estudio moderno calcula que el coste medio de un esclavo, entre los años 800 y 1100, era de 20-30 dinares de oro, lo cual coincide exactamente con el importe que se menciona en el relato.)[5] El capitán ordena zarpar de inmediato para poder vender al rey y a su séquito en el mercado de esclavos de Omán.

La estimación del precio de reventa del rey y su séquito es escalofriante. El capitán podía estar calculando con la misma indiferencia el valor de un cargamento de oro o de colmillos de elefante, que eran las exportaciones más comunes en esa parte de África; no tiene el menor sentimiento de culpa por vender a sus semejantes ni por traicionar a quien le había facilitado la compra de esclavos.

De manera retrospectiva, resulta tentador juzgar a quienes —en este caso, el capitán del barco omaní y el rey africano antes de su secuestro— se beneficiaban del comercio de esclavos, pero debemos tener en cuenta que en la era preindustrial, debido a la constante demanda de mano de obra, el comercio de es-

clavos era habitual en casi todas las partes del mundo. Los abolicionistas no se manifestaron en contra de la esclavitud hasta la década de 1750.[6] Durante gran parte de la historia de la humanidad, la esclavitud ha sido un gran negocio.

Cuando el barco arriba a Omán y el capitán vende al rey en el mercado de esclavos, los dos hombres se separan, al parecer para siempre.

Al cabo de unos años, el capitán llega al mismo puerto africano, donde los nativos conducen a la tripulación hasta el lugar donde se encuentra el soberano. El capitán teme ser castigado por el secuestro del rey, pero, cuando llega a la corte, se queda atónito al ver a la misma persona a la que había vendido en el mercado de Omán. Para asombro del marino, el rey trata a los navegantes con amabilidad y les permite comerciar libremente.

Antes de que zarpe de nuevo el barco, el rey explica lo que ocurrió. Cuando la nave llegó a Omán, él fue vendido y trasladado a Basora, el puerto más cercano a Bagdad, donde su amo le permitió estudiar los preceptos del islam. Tras ser vendido otra vez, fue llevado a Bagdad. Allí aprendió a hablar árabe, completó sus estudios coránicos y escapó uniéndose a un grupo de peregrinos asiáticos que se dirigían a La Meca. Desde La Meca fue a El Cairo, y desde allí siguió el curso del Nilo hasta llegar a su reino. Una vez en su tierra, comprobó que, pese a su larga ausencia, nadie lo había sustituido, por lo que pudo seguir siendo rey. (¡Sí, se trata de una fábula!)

Habiendo perdonado al capitán, el rey lo exhorta a seguir comerciando y a llevar consigo a otros mercaderes cuando regrese. El rey, sin embargo, opta por despedirse desde tierra, haciendo un último comentario jocoso: «Siento no poder subir a bordo para decirte adiós».[7]

¿Cuál es la moraleja? Se puede participar en el comercio de esclavos, pero hay que tratar a los otros comerciantes con honradez, sobre todo si son musulmanes.

Como esclavo procedente de África, el rey pudo estudiar el Corán, aprender árabe y participar en el *hach* (peregrinación a La Meca). En este caso la ficción coincide con la realidad. En efecto, los intermediarios africanos llevaban esclavos desde el interior del África subsahariana hasta los puertos del Índico y se los vendían a esclavistas extranjeros, quienes a su vez los trasladaban a Oriente Medio. En la descripción de un mercado de esclavos situado 125 kilómetros al norte de Bagdad se menciona la existencia de una plaza de la que salen varios caminos donde «las casas tenían dos plantas y habitaciones, así como tiendas para los esclavos».[8]

Sofala, el imaginario puerto del rey, es el punto más meridional al que llegan los monzones en la costa índica africana. Más al sur, las mercancías tenían que viajar por tierra o en botes a lo largo de la costa, y por eso hay menos ferias comerciales.

A partir del año 900 se crearon varios asentamientos a lo largo del río Limpopo, al oeste del puerto de Sofala y justo al otro lado de la frontera con Sudáfrica. Cada establecimiento era más grande que el anterior; Mapungubwe tenía una población de 5.000 habitantes. La gente vivía de la agricultura y la ganadería. Los pudientes utilizaban adornos de oro y cobre y herramientas de hierro, mientras que los más pobres debían contentarse con utensilios de hueso y piedra.

Estas zonas prosperaron porque sus pobladores navegaban por el río Limpopo hasta el puerto de Chibuene, a unos 640 kilómetros en dirección este, y participaban en el comercio del océano Índico. Allí cambiaban esclavos, oro, marfil y pieles por diferentes objetos importados, incluyendo pequeñas cuentas de vidrio procedentes de El Cairo, que utilizaban como divisa y

fundían para hacer cuentas más grandes.[9] Al principio, este comercio de importación y exportación afectaba a pocas personas, pero, con el tiempo, a medida que el comercio se expandía, los trabajadores nativos empezaron a proveer de oro a consumidores lejanos y sintieron los efectos de la globalización.

El principal yacimiento de oro de la costa índica era el Gran Zimbabue, en el interior de Sofala y al sur del río Zambeze. En las ruinas del Gran Zimbabue hay numerosas construcciones de granito, que datan de entre los años 1000 y 1300. Uno de ellos, el Edificio Elíptico, forma un óvalo de 89 metros de diámetro; sus muros tienen 5 metros de grosor y 10 de altura. Se trata de la estructura de piedra más grande del África subsahariana anterior a 1500, y estas ruinas atestiguan la rentabilidad del comercio de oro. En el yacimiento se encontraron ocho estatuillas de piedra con cuerpo de águila y labios y dedos humanos, que tal vez representen a los mensajeros que volaban entre el reino de los vivos y el de los muertos.

El Gran Zimbabue llegó a producir una tonelada de oro al año.[10] Se convirtió en una bulliciosa ciudad de 10.000 habitantes y uno de los principales puertos de cabotaje, como demuestra la presencia de fragmentos de vasijas chinas y bandejas iraníes con inscripciones. También se han encontrado en el yacimiento miles de abalorios, lo que indica que la importación —y no solo la demanda externa de oro y esclavos— era lo que impulsaba el comercio.[11]

Como sugiere la fábula del rey esclavo, los musulmanes acogían a los conversos y consideraban a todos los hombres, incluso a los esclavos, como iguales a los ojos de Dios, aunque no de la sociedad. En el mundo islámico los esclavos varones eran porteadores y remeros, pero también dependientes e incluso bibliotecarios. Aunque el Corán prohibía esa práctica, los traficantes de esclavos castraban a los jóvenes porque los eunucos estaban muy solicitados para cuidar los aposentos de las muje-

res. Los esclavos varones, sobre todo aquellos que procedían de Asia central, también servían en los ejércitos de diferentes potencias militares.

El único sitio donde sabemos con certeza que los esclavos realizaban tareas civiles era el sur de Irak, cerca de Basora, donde, entre los años 600 y 900, se encargaron de drenar los pantanos, quitándoles los nitratos y el salitre de la superficie para poder cultivar la tierra. Allí estallaron dos breves sublevaciones en la década de 690 y una en la de 870, que duró más de diez años. Los rebeldes pusieron en un aprieto a los soberanos abasíes, en parte por su gran número y en parte por la dificultad de enviar tropas a las zonas maláricas que ocupaban.[12]

En la revuelta del siglo IX, conocida como «rebelión de los zanch», intervinieron decenas de miles de esclavos, en su mayoría procedentes de África oriental.[13] (La palabra árabe «zanch» hacía referencia tanto al este de África como a sus habitantes.)[14] El líder de los esclavos era un erudito iraní. Alzándose para protestar contra las brutales condiciones de trabajo, los esclavos disfrutaron de unos quince años de autonomía hasta que el gobierno central —no sin dificultad— sofocó la rebelión.[15] A partir del año 900 no se desencadenaron más revueltas, posiblemente porque sus amos dejaron de encomendar tareas tan ingratas a un número tan grande de esclavos sin supervisión.

Podemos aprender muchas cosas sobre la esclavitud en el mundo islámico gracias a un manual para compradores de esclavos escrito por el médico cristiano Ibn Butlan.[16] Experto en higiene y macrobiótica, Ibn Butlan hablaba sirio, griego y árabe; vivió en Bagdad y escribió una sátira en la que parodiaba a charlatanes y curanderos.[17] En sus escritos, fechados en la década de 1050, usó sus conocimientos de geografía y anatomía

para ayudar a sus lectores a elegir los mejores siervos; así podían examinar detenidamente a los potenciales esclavos y averiguar de dónde procedían.

Ibn Butlan compartía el punto de vista islámico (heredado de los antiguos griegos) según el cual el medio ambiente influye decisivamente en el funcionamiento del cuerpo humano. En su opinión, los mejores esclavos procedían del este (la India, Afganistán y Pakistán): casi nunca enfermaban, eran de constitución fuerte y hasta tenían buen carácter. Los esclavos procedentes del oeste (Siria, Egipto y el norte de África) tenían mala salud porque su clima no era tan bueno y porque se alimentaban mal. Los esclavos procedentes del norte —incluidos los rus y otros eslavos— eran fuertes y longevos, pero las esclavas no podían dar a luz porque «no tenían la menstruación». Los esclavos procedentes del sur eran diferentes de los del norte: vivían pocos años porque estaban mal alimentados y tenían constantes diarreas.

Este tipo de reflexiones suele generar estereotipos, y el libro de Ibn Butlan no decepciona. En una ocasión cita un proverbio: «Si un esclavo zanch cayera del cielo, su única cualidad sería el ritmo».

A diferencia de los sistemas legales de la antigua Roma o el sur de Estados Unidos, la ley islámica ofrecía a los esclavos diversas formas de emancipación. Los juristas musulmanes estaban de acuerdo en los principios básicos, pero discrepaban en muchos detalles.[18] A los musulmanes se les permitía poseer tanto no islamitas como muslimes ya esclavizados, pero no podían esclavizar a musulmanes libres (aunque a veces les daba igual).

Aunque la esclavitud era moneda corriente, los líderes musulmanes, desde la época de Mahoma, fomentaron la liberación de los esclavos.[19] La ley islámica permitía a los patronos tener

relaciones sexuales con sus esclavas, pero les exigía que reconocieran a los hijos. Al morir, el patrono debía libertar a la madre de sus hijos, si no la había libertado ya. Una consecuencia de estas medidas tendentes a la emancipación de los esclavos era que había que reponerlos constantemente. Por eso, el mundo islámico siguió importando grandes cantidades de esclavos durante tanto tiempo.

Las tres principales fuentes de esclavos para el mundo islámico eran África, el este de Europa y Asia central.[20] Es evidente que los hombres, mujeres y niños que eran sacados de sus casas y vendidos en los mercados de esclavos de Oriente Medio sufrían más directamente la trata de esclavos globalizada. Pero las personas que permanecían en su país también se veían afectadas por la marcha de sus compatriotas. Muchos de los que entraron en contacto con los traficantes musulmanes se convirtieron al islamismo, lo que contribuyó a la propagación del islam por África.

En Bagdad, y en todo el mundo islámico, las esclavas eran más numerosas que los esclavos varones, por lo que Ibn Butlan les dedicó mucho más espacio. Hizo generalizaciones sobre su aspecto físico, su olor y su capacidad de procreación. También señaló con qué grupos se podían celebrar matrimonios temporales. Se trataba de una solución legal que permitía a los hombres casarse con prostitutas durante el tiempo que estaban juntos, aunque fuese solo unas horas, y luego divorciarse de ellas. Esta estratagema era necesaria porque la ley islámica establecía que las relaciones sexuales solo podían mantenerse entre personas casadas o entre un amo y sus esclavas.

En su descripción de las mujeres de la región fronteriza de Bagawi, entre Sudán y Etiopía, Ibn Butlan menciona un detalle sorprendente. Aquellas mujeres eran buenas esposas temporales siempre que «no les hubieran hecho daño todavía, pues en ese país se practica la ablación. Con una navaja, raspan la piel

de la parte superior de la vulva hasta que se ve el hueso». Cuando describió la mutilación genital femenina que se les practicaba en sus países natales, Ibn Butlan también constató que los traficantes sometían a los esclavos varones a operaciones atroces, extirpándoles las rótulas para que no pudieran huir.

Ibn Butlan elogió a ciertos grupos por su agradable personalidad, por la voluntad de servir a sus amos y por su capacidad de ser buenos padres. Pero terminó su tratado con una advertencia: «Para concluir, diré que los esclavos armenios son los peores de entre los blancos, de igual modo que los zanch son los peores de entre los negros». Ibn Butlan nos recuerda que la globalización favoreció el flujo de información, pero que esta no siempre era precisa. La desinformación también podía recorrer largas distancias.

El libro de ibn Butlan presenta una panorámica sin precedentes del origen geográfico de los esclavos que llegaban a Bagdad, el principal punto de distribución de esclavos dentro del mundo islámico en el año 1000. El escritor enumera entre los lugares de procedencia la región del lago Chad, el centro y el noreste de Etiopía, Nubia y el norte y el este de África. Los esclavos también procedían de fuera del continente africano: la India, Pakistán, Afganistán, Asia central, el mar Caspio, Turquía, Armenia y Arabia. Casi todos los puntos de origen se encontraban en los territorios no musulmanes próximos a las fronteras del Imperio abasí, pues de este modo los traficantes tenían que recorrer distancias más cortas para venderlos.

El volumen del comercio de esclavos transahariano antes del siglo XVI era enorme, pero es difícil dar cifras exactas porque no hay textos como los que documentan el comercio de negros a través del Atlántico. Puesto que los negreros que llevaban a los esclavos a América hacían listas o manifiestos de embarque, los

historiadores han podido calcular que 12,5 millones de esclavos cruzaron el Atlántico entre 1500 y 1833, cuando la trata fue abolida en el Imperio británico.

Es muy difícil calcular el número de esclavos que cruzaron el Sahara a pie. Las rutas transaharianas más utilizadas para el comercio de esclavos en el año 1000 discurrían entre el oeste de África y el Mediterráneo. La primera ruta comunicaba Zawila (o Zuwayla), una ciudad libia situada en el norte del Sahara, con la región del lago Chad. Hasta alrededor del año 300, los norteafricanos cruzaban el Sahara en carretas. Entre los años 300 y 600 se produjo la domesticación del camello.[21] Con la introducción del transporte en camello, las caravanas pudieron utilizar distintas rutas porque estos animales no necesitan caminos trillados.

Pocos documentos dan el número de esclavos que atravesaban el Sahara. En ocasiones, algún testigo aporta algún dato aislado. Por ejemplo, en 1353, de regreso a Marruecos, el famoso viajero Ibn Battuta contó 600 esclavas en una caravana que atravesaba el Sahara.[22] El hecho de viajar en grupos tan grandes era un riesgo añadido. Como los traficantes de esclavos racionaban mucho la comida y el agua, el más mínimo contratiempo podía ocasionar numerosas muertes.[23] Es posible que una quinta parte de los esclavos que cruzaban el desierto murieran durante el traslado.

El profesor Ralph A. Austen, de la Universidad de Chicago, con retazos de información como este, calculó que entre los años 650 y 1600 unos 5.500 esclavos cruzaban el Sahara cada año en dirección al norte de África y Oriente Próximo. Ese número puede haber llegado a 8.700 al año en el siglo X (el récord del tráfico islámico de esclavos).[24] Basándose en las hipótesis de Austen, un estudio reciente sitúa en 11,75 millones el número de esclavos capturados en el África subsahariana entre los

años 650 y 1900, es decir, un poco menos que los supuestos 12,5 millones de esclavos que cruzaron el Atlántico entre 1500 y 1850.[25]

La conquista árabe del norte de África en el siglo VII regularizó y aumentó el número de esclavos vendidos a compradores de fuera de África. Una antigua crónica árabe narra que en Zuwayla los esclavos «se cambiaban por trozos de tela roja». Los tejidos rojos pueden parecernos completamente normales hoy en día, pero llamaban mucho la atención de quienes no estaban familiarizados con las telas teñidas, tanto en el norte de África como de América (recordemos lo mucho que les gustaban a los skraelings las prendas rojas de los escandinavos).

Las rutas que atravesaban el oeste de África eran el camino más frecuentado para llevar a los esclavos hasta El Cairo. En el siglo IX, las caravanas abrieron una nueva ruta sahariana que comunicaba la ciudad de Siyilmasa, en el norte del desierto (actual Marruecos), con el valle del río Níger. Los geógrafos árabes refieren que Siyilmasa, situada en una «llanura desierta», empezó siendo un pequeño lugar de encuentro para los comerciantes que se reunían solo en ciertas épocas del año. Con el tiempo «se convirtió en una ciudad», pues sus gobernantes se beneficiaban de los tributos que cobraban a los mercaderes. Como consecuencia de la globalización, los pequeños asentamientos se convirtieron en pueblos y ciudades.

Con la creación de la ruta de Siyilmasa, los mercaderes y misioneros de lengua árabe empezaron a cruzar el Sahara cada vez con más frecuencia. Como consecuencia de ello, muchos gobernantes de los pueblos que se encontraban en el camino se convirtieron al islam.

Un geógrafo árabe describe las circunstancias que llevaron a la conversión del rey de Malal, en el valle del río Senegal. Durante una larga sequía, el rey sacrificó todo el ganado, pero no

consiguió que lloviera. Cuando se lamentó de la situación, un viajero árabe le dijo: «Oh, rey, si creyeras en el profeta Mahoma (¡que Alá lo bendiga y le traiga paz!) y si aceptaras los preceptos del islam, desearía que te libraras de tu sufrimiento y que Alá, en su misericordia, se apiadara de todos los habitantes de tu país». Entonces el rey «abrazó el islam y se convirtió en un verdadero musulmán», y el viajero «le hizo recitar unos pasajes del Corán y le enseñó las prácticas y los preceptos de la religión».

El musulmán pidió al rey que esperara hasta el viernes siguiente, que era el *sabbat* islámico. Ambos rezaron hasta el amanecer, cuando «Alá hizo que una lluvia abundante descendiera sobre ellos». Acto seguido, el rey ordenó destruir todas las imágenes y expulsó a los «hechiceros». El rey fue conocido como «el musulmán», y sus descendientes y los nobles del reino también se convirtieron, pero «el común de las gentes de su reino siguió siendo politeísta», lo cual es un detalle revelador, teniendo en cuenta que este relato pretende demostrar el poder del islam.[26]

Este relato, el más completo sobre el islam en los albores del África occidental, es obra de un erudito musulmán que nunca estuvo en África. Afincado en Córdoba, al-Bakri recopiló los testimonios de los viajeros y mercaderes que regresaban del continente africano. También menciona información procedente de textos escritos en el año 955 por al-Warraq. La información de al-Bakri era sorprendentemente actual para su época; menciona el nombre de un rey que ascendió al trono de Ghana en 1063, solo cinco años antes de haber terminado de escribir su libro.

El libro de al-Bakri es un excelente ejemplo de los escritos sobre «rutas y reinos» que empezaron a usarse en el año 1000; esos textos daban a conocer las nuevas rutas comerciales, describiendo los lugares por donde pasaban y las personas que vivían en ellos. Al-Bakri copió el modelo de Ibn Khordadbeh, un

geógrafo persa que escribió en árabe. Ibn Khordadbeh fue director de «correos e información» de la provincia iraní de Yibal en el siglo IX. (Es probable que más tarde se trasladara a Bagdad, la capital abasí, para ocupar el cargo de «ministro de comunicaciones».)[27]

Dos siglos antes que al-Bakri, Ibn Khordadbeh presenció el apogeo del califato abasí. Extendiéndose desde el norte de África hasta Asia central, el reino abasí era tan grande que sus funcionarios no siempre conocían la ruta más directa para llegar a cada población; y si, como era habitual, se producía una emergencia o un levantamiento, debían actuar con rapidez para enviar tropas. El objetivo de Ibn Khordadbeh era proporcionar al califa y a sus funcionarios la información geográfica más actual.

Ibn Khordadbeh organizó la información para proporcionar «un esquema que ilustrara las rutas y reinos de la tierra, así como su descripción, junto con la distancia a la que se encuentran, con información relativa a las tierras cultivadas, frente a las baldías, y las distancias entre ellas, incluyendo los lugares de paso que conducen a los confines del mundo». Debido a la necesidad de itinerarios con distancias precisas entre distintos puntos, sus «rutas» indican la duración del viaje desde una ciudad a otra.[28] Los «reinos» hacen referencia a la información que recopiló sobre cada lugar: productos típicos, habitantes, y usos y costumbres.[29]

Las «rutas y reinos» describen los pueblos de diferentes partes del mundo y proporcionan más información sobre los pueblos de Afroeurasia que cualquier otro documento del año 1000. Por eso cito tan a menudo a los observadores árabes; la información que proporcionan sobre la Rus de Kíev complementa la *Crónica de Néstor*, y sus observaciones acerca de los africanos son aún más importantes porque hay muy pocos documentos sobre el África subsahariana anteriores al siglo XVI.

En tiempos de Ibn Khordadbeh, Bagdad era uno de los grandes centros intelectuales del mundo; su única posible rival era Chang'an, capital de la dinastía Tang, que también contaba con escuelas, bibliotecas y una elite culta, pero los eruditos chinos se centraron casi exclusivamente en su propia tradición, que tenía más de mil años de antigüedad. El árabe, por el contrario, era una lengua relativamente nueva, con pocos textos anteriores a la muerte de Mahoma (632).

Profundamente interesado en el conocimiento de otras sociedades, Mansur (r. 754-775), segundo califa abasí, financió la traducción al árabe de libros griegos, latinos, sánscritos y persas sobre geografía, medicina, matemáticas, física y lógica.[30] A principios del siglo IX, las fábricas de Bagdad empezaron a producir grandes cantidades de papel con técnicas chinas, lo que constituye otro de los primeros ejemplos de transferencia tecnológica.[31] Los eruditos bagdadíes no se limitaron a traducir, sino que reelaboraron los textos hasta dejar atrás los descubrimientos de los griegos. Su esfuerzo nos ha permitido conocer el mundo clásico. Si los traductores de la Italia renacentista pudieron recuperar ciertos textos griegos, fue porque previamente habían sido vertidos al árabe.

Gracias al esfuerzo de traducción, al-Bakri pudo contar con un público que quería conocer mejor el mundo. La literatura de viajes le sirvió para organizar metódicamente su información; al igual que Ibn Khordadbeh, al-Bakri no visitó los lugares sobre los que escribió.

Al-Bakri explica que, tras convertirse al islam para agradecer el fin de la sequía, el rey de Malal pudo seguir siendo el soberano de su reino. En épocas anteriores, cuando el mundo islámico estaba unificado bajo un solo gobernante, cualquier rey que se convirtiera al islam tenía que acatar las órdenes del cali-

fa en cuanto líder político y espiritual. La palabra «califa», que significa «sucesor», hace referencia a todos los líderes musulmanes posteriores a Mahoma.[32]

Cuando Mahoma murió en el año 632, nadie sabía quién iba a ser su sucesor porque ninguno de sus hijos vivió hasta la edad adulta. Solo su hija Fátima lo sobrevivió, pero como mujer no podía dirigir la nueva comunidad. Los suníes pensaban que la comunidad musulmana debía elegir al nuevo líder entre los miembros de la tribu de Mahoma, los coraichitas, mientras que los chiíes opinaban que el primo de Mahoma, Alí, que estaba casado con Fátima, tenía más derecho a gobernar.

Un tercer grupo más pequeño, el de los jariyitas, se separó de la comunidad musulmana durante las décadas de 650 y 660.[33] Convencidos de que el líder de la comunidad debía ser elegido atendiendo únicamente a su conducta piadosa, aceptaron la pretensión de Mahoma y de los dos primeros califas, pero no la del tercer califa ni la de Alí, que pasó a ser el cuarto califa.

Un subgrupo de los jariyitas eran los ibadíes, que estaban más dispuestos a llegar a un acuerdo con otros musulmanes. El viajero que convenció al rey de Malal de que se convirtiera al islam era probablemente un ibadí. Los ibadíes, prósperos mercaderes, fueron los primeros misioneros que establecieron redes comerciales al sur de Trípoli y que intentaron convertir a los africanos.

Durante los años posteriores a la muerte de Mahoma, los ejércitos del califa conquistaron vastos territorios de Oriente Próximo y el norte de África. Hoy en día mucha gente piensa que esos ejércitos obligaban a los pueblos conquistados a convertirse al islam por la fuerza, pero eso no es del todo exacto desde el punto de vista histórico. Puesto que los musulmanes pagaban menos tributos que los infieles, muchos gobernantes no querían que los habitantes de las tierras recién conquistadas

se convirtieran al islam: necesitaban el dinero de los no musulmanes. En Irán, por ejemplo, tuvieron que transcurrir varios siglos hasta que la mayoría de la población se convirtió a la nueva fe. Durante los dos primeros siglos de dominio musulmán, entre los años 622 y 822, el 40 % de los iraníes se habían convertido, y hacia el año 1000 esa proporción alcanzaba ya el 80 %.[34] A partir del año 1000, el islam se extendió mucho más allá, tanto en África como en Asia.

Recompensando a sus tropas con una parte del botín, los ejércitos islámicos tuvieron mucho éxito en la conquista de nuevos territorios, pero los califas no lograron crear estructuras duraderas con las que recaudar ingresos. Las nuevas provincias eran tan extensas que sus gobernadores gozaban en realidad de una independencia *de facto*. El gobernador tenía derecho a recaudar impuestos en su propio territorio, siempre y cuando enviara al califa una parte anual de los ingresos. Pero, si no cumplía con su obligación, al califa no le quedaba más remedio que enviar tropas, lo cual no siempre era posible, sobre todo cuando el príncipe necesitaba las tropas para luchar contra un pretendiente al trono. Muchas veces, cuando un califa moría, sus hijos —y en ocasiones sus hermanos— se enzarzaban en una lucha de todos contra todos hasta que quedara un solo vencedor.

Uno de los primeros gobernadores que se separó de los abasíes fue Ahmad ibn Tulun, hijo de un esclavo turco. Incapaces de captar suficientes voluntarios, los abasíes reclutaron a miles de soldados túrquicos de Asia central, unos como mercenarios, otros como esclavos. Después de entrar en el ejército, ambos grupos percibían salarios y ambos podían ascender a puestos de responsabilidad.

Como recluta a sueldo, Ibn Tulun creció en Irak y fue destinado a Egipto en calidad de funcionario. Llegó a ser gobernador de Fustat, germen de El Cairo, y se hizo cargo de la recau-

dación de impuestos en todo Egipto.[35] La mezquita que mandó construir es una de las más visitadas de El Cairo por su imponente patio y su insólito alminar. Ibn Tulun no entregaba la recaudación con regularidad (a los actuales cairotas les gusta contar cómo engañaba a los príncipes), pero el califa no pudo tomar ninguna medida contra él.[36]

Una de las claves del poder de Ibn Tulun era el ejército, que le debía lealtad —más que al califa— porque lo había reclutado él mismo. Además de los 24.000 esclavos túrquicos, el ejército contaba también con 42.000 esclavos y hombres libres procedentes de la cuenca meridional del Nilo y del África occidental. En su ejército militaban también «griegos», un término genérico para referirse a los habitantes del Imperio bizantino.[37] Ibn Tulun gobernó hasta su muerte (884), cuando lo sucedió su hijo. En el año 905, los abasíes recuperaron temporalmente el dominio de Egipto.

Pero, en el 945, los califas abasíes perdieron el control de todo su imperio. Tres hermanos pertenecientes a la tribu búyida, los cuales habían formado poderosos ejércitos, se hicieron cargo de la administración de las ciudades más importantes, incluida Bagdad. El califa nombró a uno de los hermanos «jefe de jefes», cediéndole toda su autoridad militar, y entonces el gobernante búyida lo encarceló en su propio palacio.[38]

En 1055 los selyúcidas conquistaron Bagdad y sustituyeron a los búyidas como guardianes del califa. Este acuerdo permitió al gobernante musulmán seguir siendo califa hasta 1258, cuando los mongoles invadieron Bagdad y mataron al último soberano abasí, pero no tenían ejército propio ni poder efectivo. Quien tenía cautivo al califa gobernaba de hecho Bagdad. En los diversos territorios que habían estado bajo dominio abasí tomaron el poder príncipes independientes.

Entre estos gobernantes posteriores a los abasíes se encontraban los búyidas, los selyúcidas y otras dinastías. De los aspirantes al califato, todos menos uno eran musulmanes. Esa única excepción intentó revivir el zoroastrismo, antigua religión de los persas, pero fracasó.

El término «mancomunidad musulmana» —acuñado por el británico Hugh Kennedy— resume la situación política y religiosa del califato abasí después del año 945. De manera similar a los monarcas británicos en la actualidad, el califa no tenía autoridad política o militar, pero seguía siendo la figura simbólica de la comunidad musulmana, y los imanes de todo el mundo islámico lo mencionaban en las plegarias del viernes. Su posición como cabeza visible de la comunidad le permitía intervenir en las disputas entre suníes y chiíes.

Aunque estuvieran divididos políticamente, todos los que vivían en las diferentes partes de la mancomunidad musulmana creían en el islam, aceptaban la autoridad de Mahoma, leían el Corán en árabe y hacían el *hach* (la peregrinación a La Meca) siempre que les era posible. Bagdad siguió siendo el centro de la cultura.

En aquella época, El Cairo empezaba a ser una gran ciudad que resultaría decisiva en la evolución histórica del norte de África. El delta del Nilo, por su situación estratégica, puede parecer una elección natural para la capital de Egipto. Pero, con excepción de Menfis, las capitales anteriores estaban situadas mucho más al sur de El Cairo. La expansión del islam y la creación de nuevas rutas comerciales en África contribuyeron a la prosperidad de El Cairo. Las rutas comerciales —terrestres o marítimas— se juntaban donde el Nilo confluía con el Mediterráneo. Caravanas y barcos cargados de mercancías procedentes del oeste de África viajaban a lo largo de la costa mediterrá-

nea, mientras que las mercancías enviadas al norte a través del océano Índico eran transportadas por tierra desde los puertos del golfo Pérsico hasta El Cairo.

La fundación oficial de El Cairo tuvo lugar en el año 969, cuando los fatimíes, una dinastía que tomó su nombre del de la hija de Mahoma (Fátima), se trasladaron a Fustat desde Argelia. Allí levantaron una ciudad enteramente nueva y la llamaron Al-Qahira («la victoriosa»).[39] Todavía se conservan partes de la muralla fatimí, y Fustat es el nombre de un barrio a orillas del Nilo, frente a Guiza.

En El Cairo se puede caminar por una calle que comunica dos puertas situadas a ambos lados de la muralla. En ese tramo hay una mezquita mandada construir en el año 1000 por el califa al-Hákim, tristemente famoso por sus excentricidades, pues dictó leyes que prohibían comer determinadas verduras típicas y pronunció sentencias que impedían a los zapateros confeccionar calzado femenino para que las mujeres no pudieran salir de casa.[40] Muchos lo acusan de haber destruido la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, pero un musulmán que la visitó cuarenta años después dijo que el destrozo había sido mínimo. Debido a que el cuadringentésimo aniversario del viaje de Mahoma en el año 622 (el comienzo del calendario islámico) coincidió con el reinado de al-Hákim, este publicó numerosos edictos en previsión del día del juicio final, que los musulmanes esperaban con alegría porque suponía la resurrección de los muertos. En 1021, al-Hákim se adentró en el desierto, pero no regresó, y su cuerpo no se encontró jamás. Su hermana asumió el cargo de regente de su sobrino, y el gobierno fatimí siguió adelante.

En esa misma calle de El Cairo hay un caravasar, o *wikala*, que alberga una hostería, una mezquita, un almacén, un taller y un mercado que utilizaban los mercaderes y bien podría haber sido un mercado de esclavos. A diferencia de otras dinastías

que habían aceptado el liderazgo simbólico de los califas abasíes, los fatimitas reclamaron para sí el título de califa, reivindicando su derecho a dirigir toda la comunidad islámica. Los fatimitas dominaron Egipto.

En El Cairo, cuando estaba gobernado por los fatimitas chiíes, vivían muchos judíos y cristianos. La sinagoga Ben Ezra, cerca del Museo Copto de la ciudad moderna, conservó todos los pedazos de papel que tuvieran letras hebreas (se pensaba que el hebreo era la lengua de Dios) en un archivo o *guenizá*, del que sobreviven 200.000 fragmentos.

Los documentos de la *guenizá* muestran que los judíos también tenían esclavos, pero sus costumbres diferían de las de los musulmanes. Mientras que la ley islámica permitía a los patronos cohabitar con sus esclavas, la ley judía les prohibía vivir en la misma casa, a menos que también viviera allí una mujer de la familia. Los documentos que se han conservado nos permiten hacernos una idea de cómo era la vida cotidiana en realidad, con independencia de lo que estipularan los reglamentos. Los amigos se felicitaban mutuamente por la compra de un siervo, igual que cuando nacía un hijo, y daban el pésame a los amos cuando moría una esclava.[41]

El Cairo prosperó considerablemente bajo el dominio fatimí, llegando a ser la ciudad más grande de África en el año 1000, con una población de unos 500.000 habitantes.[42]

Desde Alejandría, el puerto egipcio más próximo a El Cairo, se podía cruzar el Mediterráneo hasta Sicilia e Italia, y un gran grupo de comerciantes de Amalfi (cerca de Nápoles) se instaló en la nueva capital. Uno de los artículos con que más comerciaban era el marfil, que obtenían tanto en el este como en el oeste de África. Aún se conservan numerosos objetos de marfil hermosamente tallados en las décadas de 1000 y 1100.[43]

Al igual que los venecianos en Constantinopla durante las cruzadas, los mercaderes de Amalfi tenían su propio barrio en El Cairo fatimí. En la década de 960 se produjeron de manera espontánea varios estallidos de violencia contra los cristianos, cuando las noticias de las victorias bizantinas frente a los gobernantes musulmanes de Chipre y Creta llegaron a El Cairo. Los musulmanes de la ciudad se identificaban con los estados islámicos no fatimíes simplemente por la religión, señal de que, a causa de la globalización, las identidades locales habían adquirido carácter regional.

En el año 996, los habitantes de El Cairo se amotinaron contra los comerciantes amalfitanos.[44] La causa inmediata fue un incendio que el 5 de mayo destruyó dieciséis barcos nuevos de la armada fatimí.[45] Los cairotas culparon del daño a los mercaderes amalfitanos, prendieron fuego a sus casas y almacenes, y mataron a más de cien italianos. Aquel suceso, que se produjo justo un siglo antes del comienzo de las cruzadas (1096), demuestra que a los musulmanes de El Cairo les molestaba la riqueza de los comerciantes extranjeros tanto como había molestado a los cristianos de Constantinopla.

En el año 1000, entre las exportaciones africanas —aparte de los esclavos— que pasaban por El Cairo había cargamentos de marfil, cobre, bronce y, lo más codiciado, oro. Uno de los mayores misterios de la época era el origen del oro, pues todo el mundo quería saber dónde se encontraban las minas, quién las explotaba y quién vendía el metal que producían. Puesto que esa información ponía en peligro el negocio, los intermediarios no querían que se supiera cómo funcionaba el comercio de oro, y lo mantuvieron en secreto durante siglos.

Un rey de Ghana tenía tanto oro que al-Bakri dedicó muchas páginas a su riqueza. El rey lleva un sombrero adornado con oro, y sus diez pajes usan escudos y espadas dorados. Los jóvenes nobles de la corte se trenzan el pelo con oro. Sus caballos

llevan bordados de oro, y los perros guardianes del rey llevan «collares de oro y plata decorados con bolas de esos mismos metales». Aunque parezca increíble, al-Bakri está verdaderamente obsesionado con el oro. Según él, el rey monopoliza la producción de oro: mientras que a sus súbditos solo se les permite recoger oro en polvo, él tiene derecho a todas las pepitas, y posee una «del tamaño de una roca».

El reino de Ghana, refiere al-Bakri, «consiste en dos ciudades situadas en una llanura. Una de ellas está habitada por musulmanes. Es grande y posee doce mezquitas, en una de las cuales se reúnen los fieles para la oración del viernes». Entre los habitantes de esta ciudad había almuédanos, alfaquíes y ulemas. Aunque lo hubieran adoptado muchos ministros y algunos de sus súbditos, el rey no abrazó el islam. El ejército del rey contaba con 200.000 soldados. Como gobernaba un territorio muy amplio, el rey necesitaba burócratas musulmanes, del mismo modo que Vladímir y otros nuevos monarcas europeos precisaban clérigos cristianos para su burocracia.

El rey vivía en la otra ciudad, a unos 12 kilómetros de distancia, donde eran muy importantes los «hechiceros que se encargaban de las ceremonias religiosas».[46] (Había una sola mezquita para los forasteros.) Los practicantes de la religión autóctona no trataban a los muertos de la misma manera que los musulmanes; mientras que estos colocaban los cadáveres sobre el suelo sin objetos funerarios, los nativos enterraban al rey con su cama, con sus alfombras, cojines y armas, con copas y platos repletos de manjares, e incluso con los cadáveres de «los hombres que les servían la comida». Por inverosímil que el relato de al-Bakri pueda parecer, los arqueólogos han encontrado en la región del río Níger tumbas de reyes enterrados con sus sirvientes.

Pero ¿dónde estaba exactamente la capital del rey? Lo más probable es que fuera la ciudad de Kumbi Saleh, en Mauritania, en la frontera occidental de las conquistas islámicas. A principios del siglo XX, los arqueólogos desenterraron allí inscripciones árabes y restos de una mezquita, lo que apunta a una ocupación musulmana, así como mercancías habituales entonces, sobre todo cuentas y pesas de vidrio. Podría tratarse de la ciudad musulmana que describe al-Bakri, y los investigadores sugieren que aquel reino probablemente tenía varias capitales que el rey visitaba de manera regular, lo cual era un acontecimiento habitual en África.[47]

Al-Bakri refiere que el oro del rey de Ghana procedía de Ghiyaru, una factoría situada frente a los yacimientos de oro de Bambuque, al otro lado del río Senegal; pero no dice nada respecto a las personas que explotaban las minas o controlaban el comercio de oro.[48] Al-Bakri relata que la factoría «está a 24 kilómetros del Nilo y en ella trabajan muchos musulmanes».

El Nilo, evidentemente, no discurre por el oeste de África,[49] pero, como Ptolomeo pensaba que el Nilo comunicaba todos los asentamientos de África, al-Bakri sigue el criterio del geógrafo griego y llama con ese nombre a numerosos ríos. Aunque no menciona los ríos Níger y Senegal, al-Bakri conoce algunas partes de su curso; describe correctamente el principal recodo del Níger, cerca de Gao.[50]

El rey de Ghana recaudaba tributos de una manera tan infrecuente que al-Bakri la menciona en su libro: «Por cada burro cargado de sal que entra en el país el rey cobra un dinar de oro, y dos dinares por cada carga que sale». Esta política animó a los comerciantes de Tagasa, una ciudad situada en el extremo meridional del Sahara, a transportar en caravanas de camellos grandes cantidades de sal hasta Ghana, que carecía de ella, para

venderla allí. No sabemos por qué el rey, si quería fomentar la importación de sal, la gravaba con impuestos, pero cabe suponer que necesitaba los ingresos.

El innovador sistema de recaudación del rey de Ghana le permitió beneficiarse del transporte de mercancías, que era una importante fuente de ingresos para los gobernantes del oeste de África. Los soberanos, siempre y cuando mandaran vigilar los accesos a las ciudades, podían gravar el comercio.

Los impuestos sobre las mercancías que entraban en el reino también variaban: aunque la mayoría de los productos pagaban un 10 %, el cobre estaba sujeto a un impuesto de solo el 5 % para fomentar su importación. Ghana no era productor de cobre, pero el reino adyacente, Igbo-Ukwu, en el este de Nigeria, sí que lo producía; sus habitantes fabricaban dos tipos de bronce añadiendo estaño —o plomo y estaño— al cobre.

Los bronces de Igbo-Ukwu, que datan de alrededor del año 1000, representan figuras humanas, insectos, aves y serpientes. Constituyen sorprendentes ejemplos del proceso de fabricación a la cera perdida, aunque sus creadores probablemente utilizaban el látex de un arbusto en lugar de cera para fabricar los moldes en los que vertían el bronce fundido. Algunas de las vasijas de bronce más singulares de Igbo-Ukwu están decoradas con pequeñas cuentas de vidrio procedentes de El Cairo —como las que se usaban en Mapungubwe, junto a la costa índica—, lo que indica que los compradores del este y el oeste de África importaban grandes cantidades de abalorios.

El yacimiento de Igbo-Ukwu tenía dos grandes depósitos de objetos. Un sepulcro real contenía tres colmillos de elefantes, tobilleras de cobre y otros artículos, algunos de los cuales eran de oro. Otro almacén contenía más de 100.000 cuentas de vidrio y cornalina, tal vez procedentes de la India, y numerosas vasijas de bronce de diferentes formas y tamaños.[51] Las mate-

rias primas —cobre, estaño, plomo, etc.— para la fabricación de estos objetos procedían de todo el valle del Níger y dan testimonio de las nuevas rutas comerciales que atravesaban el oeste de África.[52]

El transporte de mercancías a través de aquella región beneficiaba tanto a los nativos como a sus jefes. El tamaño del yacimiento arqueológico de Djenné-Djeno, situado tres kilómetros al sureste de la actual Djenné, muestra la riqueza del río Níger a su paso por las ciudades de Djenné y Tombuctú. En Djenné-Djeno, uno de los principales yacimientos de oro, había numerosos almacenes de cerámica. Uno de ellos medía 8 metros de profundidad y contenía un millón y medio de fragmentos de cerámica de entre los años 300 y 1400. Solo una gran población podía haber fabricado tantos objetos.[53] Hacia el año 1000, la población de Djenné alcanzaba los 20.000 habitantes durante las épocas del año en que resultaba difícil viajar o pastorear el ganado. Sabemos que los habitantes de la ciudad provenían de muchos lugares diversos porque hay cuarenta tipos diferentes de sepulturas. Al igual que en el cañón del Chaco, los distintos tipos de enterramientos indican la presencia de poblaciones heterogéneas, lo que hace pensar en una primitiva globalización.

Una teja con una inscripción árabe apareció en el nivel correspondiente al año 900. (Los habitantes de la región siguen usando tejas similares con la misma oración en árabe.) Hay más fragmentos de cerámica por debajo de ese nivel, lo que demuestra que no fueron los forasteros quienes iniciaron el comercio en África occidental; es anterior a su llegada en más de mil años.

Las mercancías transportadas a través de África y otras partes del mundo islámico también incluían cultivos, como explica al-Bakri en su descripción de Audagost, en la actual Mauritania, que era otro importante centro de distribución del oro al

sur del Sahara. Allí los nativos cultivaban trigo, sorgo y pepinos, así como «dátiles y pasas», «que importaban de los lejanos dominios del islam». Los dátiles se originaron en el sur de Irak, cerca del golfo Pérsico, y llegaron a África desde allí, mientras que el sorgo viajó en dirección contraria, desde el oeste de África hasta el corazón del islam. Después de que los indios perfeccionaran el procesamiento de la caña de azúcar, los pequeños granos cristalizados viajaron a Irak y luego a Egipto, donde se popularizó su cultivo. El azúcar se extendió por Europa en la década del año 1000; debido a su alto precio, se usaba habitualmente como especia en pequeñas cantidades, no como edulcorante.[54] Los nuevos comestibles traídos de tierras lejanas beneficiaban a todo el mundo, no solo a los comerciantes.

Los grandes centros agrícolas y comerciales como Audagost siguieron prosperando tras la conquista del África occidental por parte de los almorávides (1054).[55] Su fundador era miembro de una tribu bereber del norte del Sahara. Al regresar de una peregrinación a La Meca, Abdalá ibn Yasin tomó la decisión de elevar el nivel de cumplimiento de la ley islámica en su sociedad natal, y entonces reclutó a un consejero espiritual que había estudiado leyes en Marruecos. El fundador comenzó capitaneando a sus hombres en las incursiones. Los pueblos derrotados debían entregar una tercera parte de sus bienes, lo que constituía una considerable fuente de ingresos para un movimiento incipiente.[56]

El Estado almorávide logró unir a los pueblos que vivían en la costa atlántica africana y en el sur de España. Gran parte del oro exportado de África era transformado en monedas de oro que se usaban en España. Los almorávides gobernaron durante más de un siglo hasta que fueron derrotados por Saladino, el general que arrebató Jerusalén a los cruzados. El dominio almorávide tuvo efectos duraderos, pues redujo de manera per-

manente la influencia de los jariyitas, cuyos misioneros habían predicado el islam en el oeste de África en el siglo x y habían convertido al rey de Malal.[57]

Con los almorávides se formó un triángulo comercial. Los europeos llevaban productos manufacturados, como telas o abalorios, a los puertos del norte de África. Desde allí las mercancías europeas viajaban a ciudades como Siyilmasa, donde pasaban a formar parte de las caravanas que se dirigían a Tagasa y otras ciudades meridionales. En Tagasa, los nativos cambiaban sus productos por telas y abalorios, y los caravaneros cargaban los camellos con bloques de sal. Cuando llegaban a su destino en el valle del Níger, donde no había sal, la cambiaban por oro y esclavos. Los mercaderes daban la vuelta y llevaban el oro y a los esclavos al norte, donde volvía a empezar el ciclo cuando las caravanas cambiaban oro y esclavos por más telas y abalorios.[58]

Los habitantes de Tagasa no se limitaban a suministrar sal a las caravanas que iban al sur; crearon un nuevo producto que los caravaneros podían llevar consigo al norte: monedas de oro en blanco. Estas recibían el nombre de «dinares glabros», como explica al-Bakri, «porque son de oro puro sin cuño alguno». Los reyes compraban estas monedas, las estampaban y permitían su circulación. Sus gobiernos se beneficiaban de la diferencia entre el valor nominal de las monedas y el valor real del metal, que se conocía como señoreaje. Los moldes utilizados para fundir esas monedas de oro han sido hallados en la ciudad de Tadmekka, al sureste de Tagasa, donde se encuentran las inscripciones en árabe más antiguas de África.[59]

Los arqueólogos todavía no han descubierto ningún cargamento de oro abandonado por las caravanas, pero un yacimiento situado en la frontera entre Mali y Mauritania es en realidad una caravana que transportaba 9 toneladas de barras de latón y 4 kilos de conchas de cauri.[60] Esa mercancía quedó

abandonada en el desierto, tal vez porque los camellos se escaparon o murieron. Originarias de las Maldivas, esas conchas se utilizaban habitualmente como moneda y atestiguan la demanda de productos provenientes del comercio en el Índico.[61]

Al-Bakri describe un producto verdaderamente extraño cuya llegada a Eurasia ilustra claramente la expansión de las rutas comerciales a partir del año 1000: un tejido hecho con hilos que podían atravesar el fuego sin arder. «Una persona de confianza» le habla a al-Bakri de un «mercader» que mostró a Fernando I de León (c. 1016-1065) «un pañuelo hecho con ese material». Creyendo que el pañuelo de amianto «había pertenecido a uno de los apóstoles», Fernando I se lo regaló al emperador de Bizancio. Otras personas, cuenta al-Bakri, aseguran haber visto en Bagdad otro pañuelo de amianto, lo que confirma el transporte de mercancías africanas siguiendo nuevas rutas. (No se conserva ninguno de esos pañuelos, pero cuenta la leyenda que Carlomagno impresionó a sus invitados arrojando un sucio trapo de amianto a la chimenea y recogiéndolo del fuego inmaculado y blanco.)[62]

Al-Bakri escribe sobre mercancías raras —como es habitual en este género literario—, pero reconoce la importancia fundamental del oro diciendo que «el oro de Audagost es mejor y más puro que el de ningún otro lugar de la tierra». Al-Bakri también menciona a un mercader llamado Yarisna que exporta oro a otros países, pero no se extiende demasiado porque los detalles relativos a la procedencia del oro y a su comercialización eran un secreto.

Otros escritores explican a su manera cómo funcionaba el comercio de oro. Algunos hablan de transacciones «no presenciales» en las que compradores y vendedores no llegaban a conocerse. El primero en mencionarlas fue Heródoto, el historiador griego del siglo V a. C.[63] Los cartagineses, relata Heródoto, dejaban las mercancías en una playa y encendían una hoguera

para avisar de su presencia a quienes tenían el oro. Entonces los indígenas colocaban el oro junto a la mercancía y se alejaban para ver qué sucedía. Si el precio era razonable, los cartagineses aceptaban el oro y dejaban la mercancía. «Ambas partes se comportan con honradez», refiere Heródoto.[64] ¡Esa afirmación basta para dudar de todo lo que dice! El comercio no presencial presupone no solo absoluta honradez, sino también la completa seguridad de que los lingotes de oro dejados en la playa durante toda la noche seguirán allí por la mañana.

El historiador árabe al-Masudi (siglo X) relata que los mercaderes transportaban productos desde Siyilmasa —el puesto comercial del norte del Sahara donde muchas caravanas comenzaban su andadura— hasta la «tierra del oro». Su descripción repite la afirmación de Heródoto sobre el comercio no presencial, con la curiosa adición de que, si los compradores de Siyilmasa no estaban de acuerdo con la cantidad original de oro y «querían un aumento», podían dejar el oro junto a la mercancía e intentar conseguir una oferta mejor.[65]

Los escritores que no habían presenciado las transacciones eran los más propensos a invocar el mito del comercio no presencial.[66] Lo cierto es que el comercio de oro requería una compleja red comercial en la que participaban intermediarios que negociaban el precio del oro directamente con los dueños de las minas, manteniendo su intervención en secreto. Incluso en el siglo XIV un observador relata la historia de unos mercaderes que estuvieron unos días en Ghana para poder reclutar nativos que los llevaran a conocer a los mineros. Este observador repite el mismo mito del comercio no presencial, lo que indica que él tampoco pudo desvelar el secreto de los intermediarios.[67]

El reino de Ghana empezó a decaer en el siglo XI. Varios documentos árabes relatan que los almorávides conquistaron Ghana en 1076, pero las excavaciones realizadas en Kumbi

Saleh muestran que la ciudad seguía siendo próspera un siglo después. También es posible que esa región estuviera experimentando un cambio climático.[68]

Las investigaciones llevadas a cabo en los lagos indican que el Sahel —la zona de transición biogeográfica situada al sur del Sahara— vivió un período de intensas lluvias que comenzaron en 1050 y se prolongaron hasta 1300-1400. La abundancia de pastos debida a las precipitaciones permitió mantener el creciente número de caballos llegados de Europa entre los siglos IV y VII.[69] Los caballos modificaron las características de la guerra. Antes de 1050, los guerreros ghaneses y los almorávides montaban en camellos (hasta 100.000, según al-Bakri). Pero, a partir del siglo XIII, los gobernantes empezaron a utilizar caballos para la guerra.

En esa época se produjo un importante cambio político en El Cairo, cuando en 1250 una milicia egipcia —los mamelucos— derrocó al último soberano de la dinastía ayubí y se hizo con el poder (*mamlūk* significa «esclavo»). Gracias a los considerables beneficios del comercio de oro y esclavos, los mamelucos gobernaron durante varios siglos.

El comercio de oro a través del Sahara alcanzó su punto máximo a mediados del siglo XIV debido a que la demanda de oro en Europa era muy grande. Las cantidades son difíciles de calcular, pero es probable que 3 o 4 toneladas de oro (el equivalente a 140 millones de euros) viajaran al norte todos los años.[70] Habiéndose iniciado en el año 1000, el comercio se prolongó durante varios siglos.

Un hombre en particular aprovechó al máximo la bonanza del oro: Mansa Musá, rey de Mali durante unos veinticinco años a principios del siglo XIV. Su caravana de cien camellos cargados de oro deslumbró a los habitantes de El Cairo cuando cruzó la ciudad en 1324 de camino a La Meca. Mansa significa

«jefe supremo», y Musa era la pronunciación árabe de Moisés, de manera que su nombre significaba rey Moisés. La riqueza del rey asombraba a todo el mundo. Él y su séquito gastaban con tal generosidad que hicieron caer el precio del oro en El Cairo.[71] Sus contemporáneos calcularon que Mansa Musá hizo transportar entre 12 y 15 toneladas de oro para aquel viaje, lo que lo convertía en el hombre más rico del mundo.[72]

Mansa Musá les habló del comercio del oro a dos cairotas. Estos observadores empezaron a comprender los entresijos de aquel negocio.

Uno de los hombres con los que habló Mansa Musá, al-Dukkali, que había vivido en Mali, observó que los pueblos que llevaban polvo de oro a Mansa Musá no eran musulmanes. «Si el sultán Mansa Musá así lo quisiera, podría imponer su autoridad, pero los reyes de este reino han aprendido por experiencia que, en cuanto uno de ellos conquista una de las ciudades auríferas y el islam se extiende y el almuédano convoca a la oración, el oro empieza a disminuir y luego desaparece, mientras que aumenta en los países vecinos que no son creyentes.» A causa de este curioso patrón, los reyes de Mali preferían dejar las regiones productoras «en manos de los infieles». La explicación de al-Dukkali es tan retorcida que no tiene sentido.

El segundo informador, un ulema llamado al-Zawawi que también había hablado con Mansa Musá, veía de otra manera la relación del rey con los mineros. En su relato, los pueblos no musulmanes que trabajaban en las minas de oro vivían en el reino de Mansa Musá. Para extraer el oro, explica al-Zawawi, «cavan agujeros de la altura de un hombre, y el oro se encuentra en los lados de los pozos o a veces en el fondo». Los mineros entregaban a Mansa Musá una parte del oro que extraían.

Según al-Zawawi, Mansa Musá también importaba oro cambiándolo por el cobre que producía su reino. El impuesto sobre el cobre era el único que recaudaba el gobierno de Mansa Musá (a diferencia de los reyes anteriores, él no gravaba la sal). Los representantes del rey exportaban el cobre a un país no especificado, donde vivían «negros infieles» que cambiaban el oro por cobre, pagando 66,66 unidades de oro por cada 100 unidades de cobre. La explicación de al-Zawawi tiene mucho más sentido. Con independencia de los detalles precisos, es evidente que Mansa Musá llegó a un acuerdo con los mineros no musulmanes, tanto dentro como fuera de su reino, para obtener el oro que necesitaba.

Con la peste negra de 1347-1348, que hizo descender la población europea de 75 a 55 millones de habitantes, la demanda de oro disminuyó. Pero Mansa Musá siguió teniendo fama de ser el monarca más rico de su época. En 1375 Cresques Abraham, un cartógrafo judío mallorquín, eligió el retrato de Mansa Musá para ilustrar el mapa del África occidental. Su *Atlas catalán* era el mapa de Afroeurasia más moderno que había antes de las expediciones portuguesas de finales del siglo XV, cuando la demanda de oro en Europa ya se había recuperado.

Los portugueses, con Enrique el Navegante a la cabeza, fueron los primeros europeos que navegaron por la costa occidental de África; no tuvieron que crear un nuevo sistema comercial porque ya existía uno. Esa estructura se componía de centros de distribución, intermediarios, fuentes de información comercial (si bien poco desarrollada en el caso del oro), logística (ciudades y pueblos al servicio de las caravanas) y, naturalmente, productos, algunos de los cuales estaban muy demandados en Europa, mientras que otros lo estaban en África. A mediados del siglo XV, los portugueses aprovecharon una red comercial de oro y esclavos que ya existía antes; si no iniciaron la globalización, fue porque ese fenómeno ya estaba en marcha.

Al principio, Enrique el Navegante envió barcos a la costa norteafricana con la esperanza de recuperar plazas que estaban en manos de los musulmanes. No quería que sus marinos navegaran demasiado hacia el sur por la costa atlántica africana porque le preocupaba la «zona tórrida».[73] Según los geógrafos de la antigua Roma, aquella región era tan cálida que resultaba imposible sobrevivir en ella.

Pero cuando en 1434 un barco portugués rebasó el cabo Bojador, en la actual Mauritania, y regresó indemne, Enrique el Navegante se dio cuenta de que la zona tórrida no existía. Entonces envió barcos para capturar esclavos. En 1444 organizó una gran procesión en Lisboa para hacer ostentación de los africanos capturados, y sus naves siguieron viajando al sur para cambiar caballos europeos por esclavos. A lo largo de su vida, Enrique el Navegante (m. 1460) transportó hasta Portugal a más de 15.000 esclavos.

Los portugueses encontraron rápidamente las minas de oro del África occidental. El comercio de oro entró en una nueva fase en 1482, cuando los portugueses crearon un asentamiento en Elmina (Ghana), que era entonces el principal centro de extracción de oro.[74] A principios del siglo XVI, los portugueses enviaban todos los años a Lisboa unos 700 kilos de oro. La producción anual europea era de unas 3,6 toneladas, y Portugal no tenía ninguna mina. Todo el oro de Europa cabía en un cubo de poco más de dos metros de lado; debido a su escasez, el oro estaba sujeto a constantes fluctuaciones de precio.[75]

Un mercader portugués llamado João Rodrigues resolvió el misterio de quién controlaba el comercio de oro en África. Rodrigues, que vivió dos años entre la ciudad costera de Arguín y el río Senegal, estudió de cerca el comercio indígena; identificó las ciudades por donde pasaban las caravanas, explicó cómo llegaba la sal por el desierto hasta Tombuctú y observó que los nativos arrastraban río arriba barcas cargadas con productos nor-

teafricanos hasta llegar a Djenné (una ciudad más grande cerca de Djenné-Djeno), donde se reunían con los comerciantes de oro. «Estos mercaderes pertenecen a la raza de los wangara, que son rojos o marrones. De hecho, a nadie más se le permite acercarse a estas minas, salvo a los de esta raza, con exclusión de los demás, porque son muy dignos de confianza.»[76] El nombre wangara ya se había utilizado durante siglos, y su identidad de grupo se había reforzado con el tiempo. A finales del siglo XV formaban una especie de casta mercantil, cuyos miembros «tenían la piel de un tono rojizo y parduzco».

La identificación de los wangara permitió a Rodrigues poner fin al mito del comercio no presencial. «Dicen que los mercaderes que traen la sal no ven a los otros, sino que colocan sus montones para que se los lleven los negros que dejan el oro. Pero no es así.» Rodrigues se dio cuenta de que el comercio no presencial no era más que una tapadera para proteger el monopolio de los wangara.

Rodrigues también se percató de la importancia de los esclavos en el comercio del oro. «Cuando los wangara llegan a Djenné, cada mercader envía a cien o doscientos esclavos negros, o más, para que transporten la sal sobre la cabeza desde Djenné hasta las minas y para que luego traigan el oro. Lo transportan todo sobre la cabeza, que por consiguiente está pelada como una bola de billar.» Los wangara se aprovechaban de la desgracia de los esclavos: algunos intercambiaban hasta 10.000 onzas de oro en un solo año.

Entre 1450 y 1500 llegaron a Portugal 80.000 esclavos africanos; entre 1500 y 1600 el número se disparó hasta 337.000. Antes de 1600 el tráfico de esclavos procedentes del Sahara, el mar Rojo y el océano Índico era mayor que el que tenía lugar entre ambos lados del Atlántico. A partir del año 1600, el tráfico de esclavos en el océano Atlántico desplazó el comercio hacia el norte de África y Oriente Medio.[77]

Como observó Rodrigues, cuando los portugueses navegaban por la costa atlántica africana, una compleja red de caminos atravesaba el continente y comunicaba el norte y el este de África con el mundo exterior. Pañuelos de oro y amianto llegaban a España por el estrecho de Gibraltar; a Italia llegaba marfil y oro; a Omán, Basora y el resto del mundo islámico, por la costa índica, llegaban cargamentos de esclavos y marfil. Las rutas comerciales también abastecían el oeste de África, sobre todo de telas y abalorios procedentes del Mediterráneo y el océano Índico. El tráfico más intenso discurría por el triángulo que recorrían las caravanas que llevaban telas y cuentas hacia el sur por el desierto del Sahara, recogían sal de camino y regresaban a los puertos del Mediterráneo con oro y esclavos.

La existencia de estas complejas arterias comerciales arroja nueva luz sobre los viajes portugueses a lo largo de la costa occidental de África. Los europeos no llevaron el comercio a los reyes y mercaderes que encontraron en los puertos costeros. Hicieron todo lo posible para evitar a los intermediarios africanos que desempeñaban un papel tan importante en el próspero comercio de oro y esclavos. A pesar de la gran cantidad de esclavos africanos, los traficantes seguían buscando esclavos procedentes de Asia central, y en el siguiente capítulo veremos por qué.

CAPÍTULO 6

Asia Central se divide en dos

Asia Central tenía un solo recurso valioso: jinetes más hábiles que cualquier otro de Asia o Europa. Cuando los soldados de a caballo atacaban en formación, la lluvia de flechas procedente de sus arcos era el arma más destructiva de todas, algo así como los actuales helicópteros que disparan ráfagas de ametralladora contra la infantería enemiga. A partir del año 1500 las armas de fuego, como el cañón, neutralizaron la eficacia de las flechas.[1]

Los líderes ambiciosos tenían diversas formas de aprovechar la furia de estos feroces guerreros. Un caudillo en auge podía formar un ejército con los miembros de su tribu y pagarles con parte del botín. También podía reclutar soldados de otras tribus y crear federaciones tribales. O podía formar un ejército compuesto solamente por esclavos. Podía hacer incursiones en las sociedades agrícolas próximas: China y la India eran los principales objetivos. Los jefes más poderosos no se molestaban siquiera en atacar, pues los nómadas les daban dinero a cambio de protección.

Los jinetes se desplazaban más deprisa que cualquier medio de transporte. Los mensajeros llegaban a recorrer 50 kilómetros en un día, mientras que los soldados de las razias recorrían una media de 100 kilómetros diarios.[2] Debido a la dificultad logística que suponía desplazar a miles de hombres, incluso a caballo, el ritmo habitual de los grandes ejércitos era más lento, pues avanzaban unos 25 kilómetros cada día, como los ejércitos de otras partes del mundo.

La inmensa pradera que se extendía desde Hungría hasta el norte de China era un camino natural de más de 7.000 kilómetros de longitud. Cuando los caballos necesitaban pastar, los ji-

netes podían detenerse en cualquier sitio. Esas mismas praderas formaban el núcleo de lo que se convertiría en el Imperio mongol, el cual, a partir del año 1200, conquistó y unificó todas las potencias militares del centro y el este de Asia.

Antes del año 1000, los guerreros de Asia Central abrieron caminos que se extendían por toda Eurasia. Los mercaderes utilizaban las nuevas rutas para transportar mercancías ligeras. ¿Cuáles eran los productos más demandados? Pues los propios soldados y sus caballos, tanto si eran hombres libres como si se trataba de esclavos. Los siguientes artículos más demandados eran las telas (perfectas para colgar en las tiendas), las pieles (cálidas e ideales como regalos para los criados) y las piedras preciosas (pequeñas y fáciles de transportar). Las ciencias, las matemáticas y el calendario —el conocimiento más valorado de todos— también se desplazaban por estas rutas, pues los eruditos viajaban de una corte a otra en busca de mecenas.

Como es lógico, el contexto político influía en la creación de rutas, en el movimiento de mercancías y en la transmisión de ideas. Cuando los abasíes perdieron el control de Asia Central, nació y cayó una desconcertante cantidad de dinastías islámicas. Las más importantes para nuestro relato son las de los samaníes, los gazvánidas, los karajánidas y los selyúcidas. Estas dinastías mahometanas llevaron el islam a Afganistán, Uzbekistán, el norte de la India y el noroeste de China, y por eso merecen nuestra atención (esta inmensa región sigue siendo musulmana).

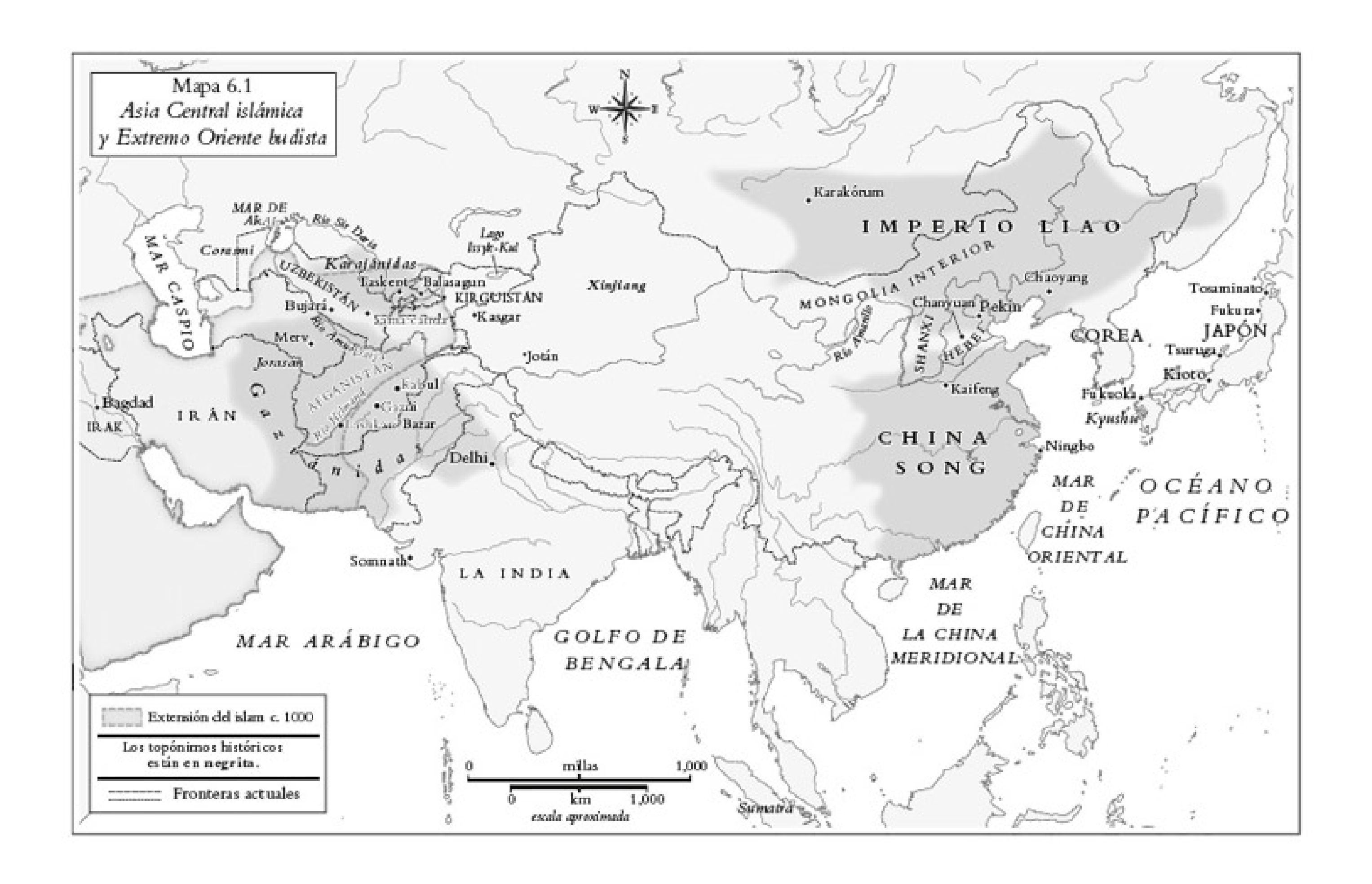
La globalización del año 1000 propició que las principales religiones se extendieran a nuevas áreas. El cristianismo llegó al norte y el este de Europa en la misma época en que el islam se expandía por el oeste de África y el centro de Asia.

A medida que el islam se extendía, los diversos gobernantes locales tenían las mismas dudas: ¿qué religión servía mejor a sus intereses y les proporcionaba los aliados más poderosos? Algunas tribus optaron por el islam, la religión de los califas abasíes y de los samánidas, cuyas capitales se encontraban en Bagdad y Bujará. Curiosamente, habida cuenta del atractivo del islam para los pueblos que vivían en tribus, algunos jefes eligieron el budismo. ¿Cuáles fueron las consecuencias? La línea entre los dos bloques religiosos pasaba por el centro de Asia, cerca de donde se encuentra hoy la región de Xinjiang (China). Las continuas discordias entre la mayoría musulmana de Xinjiang y el gobierno no musulmán de China tienen que ver con esta línea divisoria.

Los primeros gobernantes islámicos independientes en el actual Uzbekistán se separaron de los abasíes haciendo exactamente lo mismo que había hecho Ibn Tulun, el ambicioso gobernador de Egipto: dejaron de enviar dinero a Bagdad. Los samánidas, descendientes de una poderosa familia asiática de la estirpe de Samán, se convirtieron al islam poco después de que los ejércitos califales conquistaran los territorios del Imperio sasánida de Irán. Los samánidas fueron escalando posiciones rápidamente en la burocracia abasí.

Sus obligaciones eran las de todos los funcionarios del Imperio abasí: recaudar impuestos y proveer de tropas al califa cuando este las necesitaba. En el 819, cuatro hermanos fueron nombrados gobernadores de diferentes ciudades del califato, incluidas Bujará, la capital samaní, y Samarcanda, un importante centro cultural. A medida que sus ejércitos aumentaban de tamaño y la capacidad militar de los abasidas disminuía, los gobernadores samánidas retenían cada vez con más frecuencia la recaudación que debía ser enviada a Bagdad.

En el año 875, los abasíes reconocieron oficialmente a los samánidas como sus representantes en Asia Central. Los samánidas mostraban su lealtad a los califas abasíes de la manera habitual: mencionando sus nombres como líderes de la comunidad islámica en las oraciones de los viernes y enviando informes y regalos periódicamente, pero no volvieron a pagar impuestos con regularidad. El reino samánida abarcaba gran parte del Uzbekistán actual. Incluso después de que su imperio se desmoronara, los sucesivos gobernantes musulmanes de Asia Central intentaron reunificar las regiones que habían pertenecido a los samánidas. Estos diferentes estados sucesores apoyaron el islam, y ese cambio afectó a todo el territorio.



Mapa 6.1
Asia Central islámica
y Extremo Oriente budista

Los samánidas, puesto que tenían el control de las rutas que comunicaban las praderas del norte con Bagdad, El Cairo y otros grandes mercados de esclavos, pudieron obtener ingresos vendiendo a los prisioneros de guerra como esclavos. Veamos un ejemplo: durante una campaña un príncipe samánida derrotó a algunas tribus túrquicas en la región de Corasmia, entre el mar de Aral y el mar Caspio. Tras hacer unos dos mil prisioneros, el príncipe los vendió por 600.000 monedas de plata.[3] Si multiplicas eso varias veces, te harás una idea de los ingresos que generaba el tráfico de esclavos en Asia Central.

Junto con Europa Oriental y África, Asia Central era la tercera fuente principal de esclavos que entraban en el mundo islámico. La venta de esclavos asiáticos provocó una gran migración forzosa en el año 1000.

Cuando se dieron cuenta de que los esclavos cualificados valían más que los inexpertos, los samánidas crearon una especie de academia militar para entrenarlos.[4] Los samánidas ganaron tanto dinero con la venta de esclavos que siguieron acuñando monedas de plata con un alto grado de pureza hasta que la escasez de plata en todo el continente interrumpió los suministros de ese metal después del año 1000.

En la época del dominio samánida, el persa se convirtió en la segunda lengua de cultura en el mundo islámico.[5] Escrita en el año 982, una importante obra de geografía titulada *Límites del mundo* sintetizó distintos conocimientos geográficos sobre los territorios donde vivían los creyentes musulmanes y los no musulmanes.[6] Su redacción en persa —y no en árabe— demostró la creciente popularidad de esa lengua en Asia Central, a diferencia de la zona en torno a Bagdad, donde el árabe siguió siendo la lengua principal.[7]

En su capital, Bujará, los samánidas protegieron a algunos de los eruditos islámicos más brillantes de la historia, incluido al-Biruni, que estudió el movimiento de los cuerpos celestes, la existencia de continentes allende Eurasia y la fabricación de espadas con acero de Damasco. Conocedor tanto del persa como del árabe, al-Biruni solía escribir en árabe porque era la lengua de la ciencia. Fue uno de los más destacados científicos musulmanes de todos los tiempos; una estación del metro de Taskent lleva su nombre.

Viajando de una corte a otra en la cambiante situación política de su época, al-Biruni recopiló material para un estudio exhaustivo de los calendarios en diferentes culturas. Tras residir dos años en Bujará, el sabio persa se trasladó a su Corasmia natal para proseguir sus investigaciones.[8] Al-Biruni combinó el riguroso estudio de los textos —en la era anterior a la imprenta reunió todos los manuscritos que pudo— con entrevistas con expertos. No tiene prejuicios contra los creyentes de otras religiones. Al-Biruni anota la información que le parece inexacta y se niega a escribir sobre cuestiones que desconoce, como por ejemplo los calendarios que utilizaban los cristianos siríacos en la India, porque no pudo consultar a nadie que conociera bien la materia.[9]

En el año 1000, cuando tenía solo veintisiete años, al-Biruni escribió un novedoso libro sobre los diversos calendarios que utilizaban los musulmanes y sus vecinos, incluidos los cristianos, los judíos y los zoroástricos, así como los pueblos de la Antigüedad, como los romanos y los egipcios. Dos lagunas importantes eran China y la India, países que lo fascinaban y que conoció mejor cuando se abrieron nuevas rutas hacia el sur y el este de Asia.

En la era de los teléfonos inteligentes, somos muchos lo que damos por sentados los movimientos de la luna, los planetas y el sol (si es que nos fijamos en ellos). Pero en el pasado la gente

tenía que saber cuándo comenzaba la primavera para calcular las provisiones de alimentos y plantar semillas. Todas las culturas tenían este problema, que se complicaba considerablemente porque los movimientos de la luna, los planetas y el sol no coinciden dentro de un solo año.

En el primer párrafo de su libro, *Cronología de las naciones antiguas*, al-Biruni explica que una sola noche y un solo día forman una unidad (el día solar), que comienza al atardecer porque es entonces cuando los musulmanes comienzan cada nuevo mes (los judíos también definen el día a partir de la puesta de sol). Su prosa es densa pero metódica; define los términos con gran precisión.[10]

La duración del día no era el problema más acuciante: calcular la longitud exacta del año era más importante y mucho más difícil. Hoy sabemos que el año solar mide 365,24219 días aproximadamente, y los calendarios debían tener en cuenta ese cuarto de día para no acumular ningún retraso; si se atrasaban, resultaba imposible calcular correctamente la época de siembra. Los calendarios modernos gestionan la fracción restante del día añadiendo un día más cada cuatro años. Puesto que el calendario musulmán era lunar, el año religioso comenzaba cada año en un mes diferente, por lo que los musulmanes usaban un calendario solar para establecer cuándo había que sembrar y cuándo había que recaudar los impuestos agrarios.[11] Los judíos añadían siete meses cada diecinueve años para que el calendario solar coincidiera con el calendario lunar. Al-Biruni explica esas cuestiones porque le gusta analizar grandes cantidades de informaciones dispares en diversos idiomas. También se deleita con los complejos cálculos matemáticos necesarios para predecir el movimiento del sol, la luna y los planetas.

Al-Biruni vivió al comienzo de lo que hoy se denomina período del «internacionalismo suní», término acuñado por Marshall G. S. Hodgson, profesor de la Universidad de Chica-

go. Aunque no estaba unificado después de la desintegración del Imperio abasí, Oriente Medio conservaba la unidad cultural. A partir del siglo XI, los eruditos interesados en la cultura árabe o persa pudieron recorrer nuevas rutas para estudiar con profesores de casi todo el mundo islámico. Esto, a su vez, produjo otro avance: el surgimiento de un nuevo tipo de escuelas llamadas madrazas.[12]

Las madrazas se diferenciaban de las escuelas anteriores en que estaban subvencionadas y por tanto podían dar alojamiento a los alumnos. La mayoría de los estudiantes de jurisprudencia estudiaban con un solo profesor durante largo tiempo, normalmente cuatro años seguidos de un período de prácticas, y su objetivo era obtener un título para poder instruir a otros y redactar informes legales. Debido a que el hecho de poder vivir donde estudiaban era muy ventajoso para los alumnos, las madrazas se hicieron muy populares entre los estudiantes de derecho. Las madrazas proliferaron tanto que en El Cairo, en una sola calle, había setenta y tres escuelas que enseñaban las cuatro ramas principales del derecho suní.[13]

Las mujeres no podían alojarse en las madrazas —no había habitaciones separadas para ellas—, pero algunas, sobre todo las de familias distinguidas, terminaron sus estudios y lograron destacar académicamente.[14] Treinta y siete diccionarios biográficos que mencionan a destacados eruditos e intérpretes del Corán conservan los nombres de cientos de letradas. El 23 % de los eruditos mencionados en un diccionario escrito en 1201 son mujeres. Muchas de ellas tenían tanto prestigio que los hombres, incluidos aquellos que no eran parientes suyos, se desplazaban desde otros lugares para estudiar con ellas. Puesto que la información relativa a los estudiosos circulaba por las mismas rutas que las mercancías, incluso quienes nunca salían de su lugar de origen tenían acceso a nuevas ideas y nuevos productos.

Los profesores y los estudiantes viajaban libremente por los países islámicos, si la guerra lo permitía. Cuando al-Biruni abandonó Bujará en el año 998, no fue por razones académicas, sino para alejarse de la confusión. Los esclavos-soldados de los samánidas eran cada vez más conflictivos. A lo largo del siglo x, a los samánidas les resultaba cada vez más difícil contratar a los hijos de familias terratenientes para que ocuparan puestos en el ejército y el gobierno, de modo que cubrieron las plazas vacantes con esclavos túrquicos.

El peligro de dejar el gobierno en manos de los esclavos-soldados se hizo evidente casi de inmediato. En el 914 las tropas túrquicas asesinaron al soberano samánida, y en el 943 forzaron la abdicación de su sucesor. A partir de ese momento, el dominio samánida fue una ficción; los miembros de la dinastía samánida eran simples marionetas de los esclavos militarizados, del mismo modo que los califas abasíes fueron marionetas de los búyidas a partir del año 945.[15]

En el año 961, cuando dos facciones de esclavos fueron incapaces de llegar a un acuerdo sucesorio, Alp Tegin —un general que también había sido esclavo— abandonó el territorio samánida. Alp Tegin condujo su ejército hacia un puesto avanzado en la ciudad de Gazna (hoy Gazni), en Afganistán. En teoría subordinado a la dinastía samánida, pero en realidad independiente, el general creó un nuevo gobierno que se financiaba a base de incursiones en Delhi y el norte de la India. Tras la muerte de Alp Tegin en el año 963, sus soldados eligieron a varios hombres, algunos de los cuales habían sido esclavos, que gobernaron durante breves períodos. Y en el 998 escogieron a Mahmud, hijo de un esclavo, como su líder. A los veintisiete años Mahmud se convirtió en jefe de una de las mayores potencias de Asia Central, los gaznávidas, quienes apoyaron el islamismo en el hasta entonces budista Afganistán.

Mahmud afirmaba ser el defensor de los califas abasíes encarcelados, los cuales, incluso cautivos, seguían siendo los líderes espirituales del mundo islámico. El califa nombró a Mahmud gobernador de Jorasán, la región situada al sureste del mar Caspio. En el año 999, el califa concedió dos títulos a Mahmud: «mano derecha de la dinastía» y «digno partidario de la fe».[16] También le regaló una túnica, lo cual tenía una significación muy personal porque las prendas de vestir conservaban el olor de quien hacía el regalo.[17]

Mahmud fue el primer soberano descendiente de esclavos que tuvo el reconocimiento del califa. Sus contemporáneos empezaron a llamarlo sultán, «la autoridad», título que indica lo poderoso que era. Tras fundar la dinastía gaznávida, Mahmud estuvo en el poder treinta y dos años (hasta su muerte en 1030).[18]

Hasta ese momento, los fundadores de todas las dinastías islámicas habían sido hablantes nativos de árabe o persa, pero Mahmud, originario de Asia Central, hablaba una lengua túrquica. Aun así, Mahmud defendió el uso del persa como lengua de cultura.[19] (El fundador de la dinastía selyúcida, reinante entonces en Irak y Anatolia, hablaba asimismo un idioma túrquico y también fomentó el uso del persa.) La dinastía de Mahmud es importante porque fue el primer imperio islámico que gobernó Irán, Afganistán, Pakistán y el norte de la India.

Los gaznávidas y los selyúcidas reclutaban gazis («combatientes voluntarios por la fe»). Estos soldados pasaban de un ejército a otro para poder intervenir en campañas contra los pueblos no musulmanes.[20] Su lucha tenía una finalidad religiosa —derrotar al infiel—, pero también exigían su parte del botín.

El núcleo del ejército de Mahmud estaba formado por 4.000 soldados de caballería, pero en ocasiones llegaba a contar con 50.000 hombres. Como Afganistán estaba a poca distancia del norte de la India, Mahmud ordenó a sus ejércitos que atacaran en invierno, cuando no hacía tanto calor.

El principal objetivo de los gaznávidas eran los lingotes de oro almacenados en los templos y palacios hindúes.[21] Mahmud utilizó soldados musulmanes para saquear los templos indios, lo cual les estaba permitido porque los hindúes no eran considerados *dhimmis* (miembros de religiones toleradas por el islam). Su condición de infieles significaba que los musulmanes que destruían santuarios indios estaban cumpliendo con su obligación religiosa; esa creencia, que envalentonó a las tropas de Mahmud, contribuyó a la expansión del islam por Asia Central.

Mahmud también se las ingeniaba para saltarse la ley islámica cuando tenía que hacer incursiones. Puesto que a los musulmanes no se les permitía matar o esclavizar a otros musulmanes, Mahmud a veces incorporaba prisioneros hindúes a su maquinaria de guerra para que pudieran saquear ciudades islámicas.[22] Las familias de los soldados indios vivían en un barrio de Gazni. Cuando le convenía, sellaba alianzas con distintos reyes hindúes del norte de la India, del mismo modo que Mansa Musá compraba oro a los no musulmanes.[23]

Durante el reinado de Mahmud, Afganistán se convirtió al islam, pero el norte de la India no, porque el soberano no propició la conversión. (El norte de la India no abrazó mayoritariamente el islamismo hasta el siglo XIII, cuando reinaba otra dinastía.)[24] Su método favorito de recaudación eran las incursiones.

¿Cuál fue el pillaje más sonado? El saqueo (1025-1026) del santuario de Shiva en Somnath, un puerto del noroeste de la India.[25] Como se puede ver en una simple búsqueda en Google, este despojo fue el más polémico de los que perpetraron los musulmanes en los templos hindúes.[26] Al-Biruni incluyó una descripción detallada de la campaña de Mahmud en Somnath en su libro más conocido, *Crónicas de la India*, un estudio que representa un intento de explicar la complejidad de la religión hindú a un público no indio.

Esos estudios también formaban parte de la globalización: aparecían libros que explicaban a sus lectores las costumbres de otros pueblos. *Crónicas de la India* es un estudio mucho más extenso y profundo que otros libros sobre «rutas y reinos».

Mahmud, que entonces tenía cincuenta y cinco años, entró en el templo de Somnath, donde destruyó la principal imagen de Shiva, que tenía la forma de un lingam, o falo, al que los sacerdotes hindúes hacían ofrendas rituales.[27] Como símbolo de la reproducción, el lingam representaba la energía creadora del universo. Según relata al-Biruni, Mahmud «ordenó cortar la parte superior de aquella imagen y transportar el resto a Gazna, con todas sus envolturas, adornos de oro, joyas y prendas bordadas». Mahmud enterró otra parte del lingam roto enfrente de la mezquita de Gazna, donde los musulmanes mostraban su desprecio limpiándose los pies en él. Mahmud podía haber tenido soldados hindúes en su ejército y haber hecho alianzas con soberanos hindúes, pero pensaba que atacar a los no musulmanes era una buena forma de motivar a sus guerreros.

Mahmud utilizó el botín de sus razias para pagar a su ejército y construir una nueva capital en Lashkari Bazar, a orillas del río Helmand, unos 600 kilómetros al sureste de Kabul. También construyó nuevas mezquitas en Gazna.[28]

El siguiente objetivo de Mahmud fue un reino musulmán del norte: la federación nómada de los karajánidas, que no utilizaban esclavos.[29] Los caudillos karajánidas reclutaban soldados a la manera tradicional, esto es, atacando a las tribus vecinas y conminando a los vencidos a unirse a su federación.

Hacia el año 950, el karajánida Satuk Bugra Kan se convirtió al islamismo tras conocer a un ulema, lo que propició la islamización de Xinjiang, en el noroeste de la China actual.[30] Los karajánidas tenían dos líderes: el kan occidental y el oriental. El primero, con sede en Samarcanda, estaba sometido al segundo, que tenía una sede en Balasagun (en Kirguistán) y otra en Kasgar (junto a la frontera china). En el año 999, los karajánidas orientales conquistaron Bujará, la capital samánida.

El año 999 señala el fin de la dinastía samánida y el comienzo de veinte años de disputas entre los gaznávidas y los karajánidas para hacerse con el control de los territorios que habían pertenecido a los samaníes. Los gaznávidas intensificaron la islamización de Afganistán, mientras que los karajánidas llevaron la religión musulmana al oeste de Xinjiang.

Poco antes del año 1006, los karajánidas conquistaron Jotán, un enclave budista situado a unos 500 kilómetros al sureste de Kasgar.[31] Un poeta kasgariano narró la destrucción del enclave desde el punto de vista de las fuerzas invasoras:

> *Nos despeñamos sobre ellos como un torrente,*
> *entramos en sus ciudades,*
> *destruimos sus templos,*
> *defecamos en la cabeza de Buda.*[32]

El poema da voz a las ganas de saquear, que los karajánidas justificaban como un ataque legítimo contra los infieles budistas.

Con la intención de expandir sus imperios y adueñarse del territorio samaní, los karajánidas y los gaznávidas se enfrentaron a menudo entre sí. Contribuyendo aún más a la inestabili-

dad, los príncipes karajánidas seguían compitiendo por el poder incluso después de haber elegido a un nuevo soberano. Mahmud intervenía directamente en las disputas sucesorias, apoyando primero a un candidato, hasta que se hacía demasiado fuerte, y luego repentinamente prestando su apoyo a un rival.

Otro reino cercano que atraía la atención de Mahmud era Corasmia, que limitaba con el mar de Aral y con el territorio tanto de los karajánidas como de los gazvánidas. Corasmia era el punto más oriental al que habían llegado los rus; Ingvar el Viajero murió allí. También es el lugar de nacimiento de al-Biruni. El soberano de Corasmia se mantuvo independiente durante quince años, pero en 1017 Mahmud amotinó a los ejércitos del país. Cuando sus tropas prendieron fuego al palacio, el soberano murió en el incendio. Mahmud conquistó entonces la ciudad.

Al-Biruni se trasladó a Gazna en esa época, igual que el poeta persa Firdawsi, quien en 1010 completó el *Shahnameh* o *Libro de los Reyes*, la obra más importante de la literatura persa. Es la historia de los reyes de Irán hasta el año 651, cuando los ejércitos del califato derrotaron al último emperador sasánida. El libro narra la lucha secular entre las fuerzas de la civilización persa y sus enemigos nómadas de Turán, la tierra situada más allá de la frontera iraní.[33]

De los muchos héroes cuyas hazañas se narran en el libro, el más famoso es Rostam, un hombre de imponente apariencia física que posee un increíble caballo, Rakhsh, capaz de soportar el peso de su amo al mismo tiempo que mata leones y dragones. La narración se desarrolla entre enfrentamientos de Rostam con sus enemigos. Uno de los momentos más conmovedores es cuando Rostam mata a su propio hijo porque no lo reconoce.

Firdawsi prefería escribir sobre los antiguos enemigos de los soberanos iraníes antes que sobre Mahmud y sus contemporáneos.[34] Sin embargo, el libro se desarrolla en un mundo como el del año 1000, en el que los Imperios chino y bizantino son los actores protagonistas. Aunque está ambientado en un pasado remoto, el *Shahnameh* presenta un modelo de monarquía que, según Firdawsi, debería aplicarse al presente. Los reyes (y a veces las reinas) debían tener cualidades sobrehumanas y ser capaces de gobernar con justicia.

Firdawsi pidió ayuda económica a Mahmud, que no se la dio, por lo que al final de su vida escribió una sátira contra él.[35] Otros eruditos de Corasmia, entre los que se encontraba Avicena, decidieron no acudir a la corte de Mahmud.[36] Por el contrario, se trasladaron al oeste, a las cortes de otros soberanos iraníes, lo que demuestra que los eruditos aún podían desplazarse por el ya desunido mundo islámico.

En 1019-1020 los karajánidas y los gaznávidas dejaron de luchar cuando Mahmud decidió apoyar a un pretendiente karajánida llamado Kadir Kan Yusuf, quien en 1024 se convirtió en el líder indiscutible de los karajánidas. Como muestra de su amistad, en 1025 Mahmud casó a su hija con el hijo de Kadir Kan.[37]

En guerra desde el año 999, las dos principales potencias islámicas de Asia Central estaban por fin en paz. Como consecuencia de ello se intensificaron los intercambios entre las diferentes potencias islámicas en las praderas occidentales. A medida que los sabios, los libros y las mercancías circulaban por nuevas rutas se iba extendiendo el conocimiento del árabe y el persa, así como la práctica del islam.

Los karajánidas respondieron a la nueva era de paz tendiendo la mano a una nueva potencia situada en el este, los kitán, que dominaban una franja de las praderas eurasiáticas en las

actuales provincias chinas de Lioaning, Mongolia Interior, Hebei y Shanxi. Kadir Kan pidió a los kitán que enviaran a una princesa para casarla con su hijo.

Como supuesta descendiente de la dinastía Wei del Norte (386-536), la casa real kitán apoyó el budismo. Cuando los pueblos no chinos derrotaban a los chinos en el campo de batalla y se apoderaban de parte del imperio, debían elegir qué religión apoyar de entre el confucianismo, el taoísmo y el budismo. De lo contrario, sus súbditos chinos no se someterían a ellos. Pocas dinastías vencedoras eligieron el confucianismo o el taoísmo a causa de sus intimidatorias tradiciones escritas.

El budismo, un sistema de creencias que se originó en la India y se hizo popular en China, atrajo a soberanos extranjeros por sus enseñanzas sobre los monarcas ideales, llamados «chakravartin». Esos soberanos no tenían que vivir en monasterios o hacer voto de castidad como los monjes. En cuanto gobernantes seculares, contribuyeron con tierras, dinero y otras donaciones al bienestar de los budistas, realizando así el ideal de los chakravartin. Puesto que gobernaban de acuerdo con la doctrina de Buda y animaban a sus súbditos a abrazar el budismo, acumularon muchos méritos religiosos.[38]

Un caudillo kitán llamado Abaoji había unificado las diferentes tribus que vivían en las praderas del norte de Asia a principios del siglo X. Se le daba muy bien esquilmar los países del sur, ya fuera atacando sus regiones fronterizas o capturando artesanos chinos y obligándolos a trasladarse al norte. Mientras fundaba su imperio, Abaoji sacó partido de los acontecimientos políticos de la dinastía Tang, que en el 885 se había desmoronado casi por completo, cuando un poderoso caudillo regional puso al emperador bajo arresto domiciliario, y en el año 907 desapareció definitivamente con la muerte del último niño-emperador. Constituyéndose en sucesor de los Tang, Abaoji fechó el comienzo de su reinado en el 907 (en realidad

comenzó unos años más tarde).[39] Su dinastía se convirtió en la potencia nómada más importante de las praderas orientales de Asia Central, pero, a diferencia de los karajánidas y los gaznávidas, los kitán eran budistas.

Las tribus de la federación kitán tenían mucho en común con otros clanes túrquicos como los karajánidas y los gaznávidas, y los historiadores utilizan la palabra «tanistry» para denominar su forma de gobierno.[40] El principio básico de la tanistry consistía en que gobernase el miembro más cualificado de la familia principal. Esto puede parecer democrático, pero en realidad no lo era en absoluto. El gobernante establecía su condición de líder derrotando a todos sus rivales, incluidos hermanos, hijos, tíos o sobrinos. Una vez terminada la lucha, los hombres supervivientes y algunas mujeres poderosas se reunían para ratificar la autoridad del nuevo caudillo.

Abaoji se opuso al sistema del que había surgido. Se resistía sobre todo a tener que buscar la aprobación de todos los jefes tribales cada tres años, como era costumbre entre los kitán. En el 916 fundó una dinastía de estilo chino, conocida posteriormente como dinastía Liao, y se erigió en emperador. Tras poner fin a las asambleas trienales, decretó que era insustituible.

Los kitán, que no eran más de un millón, representaban una diminuta parte de las personas que vivían en su territorio. Su dinastía reinaba sobre una población mayoritariamente china que comprendía diferentes grupos étnicos como los uigures y otros pueblos. Estos grupos diversos confluyeron en la nación Liao, cuyos miembros hablaban kitán, chino y otras lenguas, y combinaron sus respectivas tradiciones culturales.[41]

Abaoji se dio cuenta de lo diferentes que eran sus súbditos nómadas con respecto a los agricultores. Con una innovación notable, Abaoji creó una forma de gobierno llamada administración doble, estableciendo un gobierno orientado al norte pa-

ra las tribus nómadas y otro orientado al sur para los pueblos sedentarios. El gobierno orientado al sur estaba compuesto por funcionarios que llevaban los registros en chino y trabajaban en oficinas. El gobierno orientado al norte tenía un séquito multicultural que viajaba con el emperador a todas partes. Empeñado en que el kitán tuviera la categoría de lengua escrita, Abaoji ordenó la creación de dos sistemas de escritura. Indirectamente relacionado con el mongol, el kitán no ha sido descifrado enteramente porque solo han sobrevivido unos pocos manuscritos y no hay ningún equivalente a la piedra de Rosetta.[42]

Los descendientes de Abaoji —los emperadores de la dinastía Liao— se desplazaban constantemente con sus nobles de un campamento a otro en busca de caza. En el año 938, Pekín se convirtió en una de las cinco capitales desde las que se administraba el imperio; los kitán fueron los primeros que llamaron capital a Pekín. (Las dinastías posteriores siguieron considerándola como su capital, y por eso ha conservado esa distinción hasta nuestros días.)

Abaoji creó su imperio tras la desintegración de las antiguas posesiones de la dinastía Tang, pero, a partir del 960, cuando se fundó la dinastía Song, sus sucesores tuvieron que vérselas con un poderoso contrincante en el sur. Las dinastías Song y Liao se enfrentaron militarmente en varias ocasiones. En el año 1004, las tropas de Liao invadieron la región situada al sur de Pekín mediante una operación relámpago que fue verdaderamente rápida porque no sitiaron las ciudades que encontraban a su paso, sino que siguieron avanzando hacia Kaifeng, la capital de la dinastía Song. Tras menos de un año de luchas, cuando los ejércitos kitán se aproximaron a la ciudad de Chanyuan, a orillas del río Amarillo, a solo 150 kilómetros de Kaifeng, los chinos pidieron la paz.

Los emperadores de Song y Liao firmaron el Tratado de Chanyuan en el año 1005.[43] Los Song acordaron enviar pagos anuales al norte: 200.000 rollos de seda y 100.000 onzas chinas de plata,[44] repartidas en dos mil lingotes de unos dos kilos.[45]

Para salvar las apariencias, los funcionarios Song que redactaron el tratado no reconocieron que los pagos a los kitán eran un «tributo» que ellos, la potencia más débil, pagaban a los Liao; entonces calificaron los pagos de «ayuda militar». El acuerdo establecido en el Tratado de Chanyuan, puesto que beneficiaba a las dos partes, se prolongó durante más de un siglo. Los pagos en plata y seda eran cuantiosos, pero los chinos podían permitírselos: equivalían a lo que el gobierno central recaudaba anualmente en una o dos ciudades. Los pagos que recibían de los Song aseguraban a los Liao una constante fuente de ingresos que no tenían que obtener mediante incursiones. Las tribus de las estepas habían descubierto la manera más eficaz de esquilmar la riqueza de los países agrícolas, más eficaz aún que las algazaras de Mahmud en el norte de la India.

Cuando firmaron el Tratado de Chanyuan, Liao y Song crearon una frontera muy vigilada que restringía el comercio a ciertas ciudades concretas, lo que impulsó a los Song a mirar hacia el sureste asiático, que pasó a ser su principal socio comercial en el exterior.

La mayoría de las potencias de la zona, incluidos los Goryeo de Corea y los Heian de Japón, mantenían relaciones con las dinastías Song y Liao. Reconociendo la superioridad militar de los Liao, a menudo tenían que negociar con los kitán, pero admiraban la tradición literaria de los Song y seguían importando libros y otras mercancías de China.

Los territorios de Corea, Japón y Liao formaban un bloque budista en el norte, comparable al bloque islámico del oeste de Asia Central. El norte del continente era mayoritariamente bu-

dista, y el oeste musulmán. El uso de lenguas distintas diferenciaba los dos bloques: el bloque islámico utilizaba el árabe y el persa, mientras que el bloque budista escribía en caracteres chinos. Se consultaba a los expertos sobre muchas materias, los eruditos estudiaban en diferentes países y los libros circulaban dentro de cada bloque, pero no entre ellos.

Japón no mantenía relaciones comerciales con la dinastía Song, pero los comerciantes viajaban con frecuencia entre el puerto chino de Ningbo y el puerto de Fukuoka en la isla de Kyushu, el único puerto japonés que permitía la entrada a comerciantes extranjeros.[46] Cerca de allí (lo que hoy sería una hora en tren) había una aduana donde se decidía qué personas podían entrar en el país y cuáles no.

Por el puerto de Fukuoka llegaban noticias, libros y mercancías procedentes del Imperio Song, y también era el conducto de entrada para los productos de la dinastía Liao. Los cronistas de las dinastías Song y Liao (así como muchos otros historiadores) hablan de numerosos intercambios de regalos entre gobernantes, pero no se supo realmente en qué consistían hasta las décadas de 1980 y 1990, cuando se hicieron una serie de asombrosos descubrimientos arqueológicos en lo que había sido el corazón del Imperio Liao.

La tumba de la princesa de Chen, una nieta de un emperador Liao que murió y fue enterrado en 1018, es inusualmente opulenta porque nunca fue saqueada. Su contenido atestigua la gran cantidad de productos de lujo que consumía la familia real kitán, muchos de los cuales viajaban miles de kilómetros. Las vasijas de vidrio y los recipientes de latón procedían de Siria, Egipto e Irán, mientras que los pequeños objetos de cristal de roca, que se parecía mucho al vidrio pero que debía ser tallado cuidadosamente para que no se rompiera, provenían de Suma-

tra y la India. Estos artículos probablemente eran regalos que hacían a la familia real los enviados que asistían a los funerales de los soberanos y sus parientes.[47]

Más blando y fácil de trabajar que el ágata o el cristal de roca, el ámbar era el material favorito de los kitán. El ámbar y otros materiales que importaban los kitán eran transformados en objetos por los artesanos chinos.[48]

La mayoría de los objetos encontrados en la tumba de la princesa eran de ámbar: cuentas, colgantes, recipientes con forma de animal, mangos de utensilios y amuletos que se podían llevar en la mano. Aparte de su atractivo, el ámbar desprendía una fragancia de pino al frotarlo.[49] Un geógrafo persa llamado al-Marwazi explicó que los chinos —gentilicio en el que incluía a los súbditos de las dinastías Liao y Song— preferían el ámbar del «mar eslavo» al ámbar local porque aquel era más claro.[50] Las investigaciones arqueológicas —concretamente la espectroscopia infrarroja— han demostrado que al-Marwazi estaba en lo cierto. Algunos trozos ámbar procedían del Báltico (el «mar eslavo» de al-Marwazi), es decir, de un lugar situado a más de 6.500 kilómetros de la corte de Liao.[51] La ruta del ámbar era una de las vías terrestres más largas del mundo en el año 1000.

El contenido de la tumba de la princesa de Chen ilustra claramente la prosperidad de los Liao tras la firma del Tratado de Chanyuan con la dinastía Song en el año 1005. Tras la pacificación, los Liao emprendieron otras campañas. En 1010, los emperadores kitán planearon la invasión de Corea, donde lucharon sin éxito hasta el año 1020. Esto puso fin temporalmente al comercio, pero, una vez terminada la guerra, la actividad se reanudó y los emperadores Liao agradecieron las propuestas de los gobernantes del oeste.[52] Precisamente por eso, en 1021, aceptaron que el príncipe karajánida Kadir Kan se interesara por una princesa Liao.[53]

Tres años más tarde, la dinastía Liao cursó su propia invitación a los gaznávidas. El emperador Shengzong de Liao (r. 982-1031), que reinó casi cincuenta años, envió una embajada a Gazna para establecer relaciones diplomáticas con Mahmud. El embajador, relata al-Marwazi, se llamaba Qalitunka.

Qalitunka viajó con otro enviado de raza uigur, otra potencia de Asia Central.[54] Su viaje de 4.000 kilómetros fue arduo. Los dos enviados tardaron tres años en recorrer una distancia que en circunstancias normales les habría llevado solo seis meses. Su misión diplomática, consistente en pasar del bloque budista al islámico, abrió una nueva ruta a través de las praderas que comunicaban dos regiones tan alejadas como el norte de China y Afganistán.

Cuando en 1026 los dos enviados llegaron a la corte de Mahmud en Gazna, conocieron a diferentes personas entre las que se encontraba el eminente erudito al-Biruni. Conversaron sobre el marfil de morsa (la palabra árabe para ese material era *jutu*, un préstamo de la lengua kitán).[55] Los enviados le hablaron a al-Biruni de la propiedad más importante de los colmillos de morsa, lo que explicaba su popularidad entre los orientales: cuando se coloca cerca de un veneno, el marfil transpira, o desprende líquido, una evidente señal de peligro. Al-Biruni también descubrió el té, que se popularizó en el mundo islámico siglos más tarde.

Al-Marwazi aporta la traducción árabe de las cartas de los gobernantes uigures y liao y describe el recibimiento que se les dispensó a los embajadores en la corte de Mahmud. Es probable que las cartas estuvieran escritas originalmente en túrquico o uigur, dos lenguas estrechamente emparentadas que se hablaban en Asia Central. El lúcido relato de al-Marwazi solo menciona este conjunto de cartas, y su contenido es totalmente creíble.

Shengzong comienza su carta contándole a Mahmud que ha oído hablar «de su extraordinario coraje y valentía, de su imponente majestuosidad, del miedo que inspira a los emires», una referencia directa a que las conquistas de los gazvánidas eran notorias.[56]

Qalitunka llevaba numerosos y costosos regalos para Mahmud, algunos del territorio de Kitán, otros procedentes de otros lugares. Veintiuna túnicas fueron probablemente tejidas con seda pagada por los Song en virtud del Tratado de Chanyuan.

El embajador de Liao también llevó almizcle, rara medicina y costoso aromatizante que se extraía de las glándulas del ciervo almizclero de las llanuras tibetanas.[57] Los machos del almizclero tienen en el vientre una bolsa de unos cuatro centímetros de diámetro que segrega una sustancia olorosa. Al abrir la glándula desecada se obtiene una sustancia que los fabricantes de perfumes e inciensos utilizan para elaborar mezclas más fragantes y duraderas. Por su capacidad de potenciar el aroma, el almizcle, al igual que el ámbar gris, era muy valioso.

Unas doscientas pieles de marta y mil pieles de ardilla gris provenían ciertamente de los territorios controlados por los kitán. Los productos que llevaba el emperador de Liao ejemplifican los regalos que se intercambiaban los soberanos islámicos y budistas: pieles, fibras textiles y perfumes.

El último fue un regalo del emperador de Liao para expresar su deseo de aliarse con Mahmud: un arco y diez flechas. El enviado uigur le ofreció a Mahmud un esclavo y una sola flecha «como símbolo», dando a entender lacónicamente que el camino era demasiado peligroso para transportar regalos de valor.

Como siguiente paso para entablar una relación, el emperador de Liao pidió a los gaznávidas que enviaran a un embajador «elegido entre los hombres más juiciosos, inteligentes e íntegros». ¿Para qué se enviaban esos emisarios? «Para informarlo de nuestra situación y para interesarnos por el estado de cosas en su país, al mismo tiempo que establecemos la costumbre de intercambiar regalos, en señal de amistad.» Esta breve declaración explica por qué los soberanos de todo el mundo enviaban representantes a las cortes extranjeras: querían información sobre los reinos vecinos y sobre productos raros.

Mahmud era diferente. Rechazó de plano el ofrecimiento del emperador de Liao: «La paz y las treguas solo están para poner fin a la guerra y a las batallas. Pero no hay ninguna religión que nos una y a través de la cual podamos estar conectados. La distancia y la complejidad del viaje nos protegen del engaño recíproco. No quiero estrechar la relación con vosotros hasta que abracéis el islam. Adiós».

La implacable franqueza de la respuesta demuestra que los soberanos conocían las conversiones que se produjeron en torno al año 1000, y que ellos —no solo los historiadores modernos— dividían el mundo en bloques religiosos. Mahmud rehusó el ofrecimiento del emperador Shengzong porque no era musulmán y porque residía muy lejos. En el mundo de Mahmud los aliados musulmanes estaban en un lado y todos los demás, incluido el emperador de Liao, estaban en el otro.

La reacción de Mahmud a la propuesta del emperador se produjo en el momento exacto en que dos grandes culturas chocaron frontalmente en vías recién abiertas, un momento que nuestras fuentes históricas a menudo pasan por alto. Tales momentos se produjeron en otros lugares: recordemos las Cruzadas, el secular conflicto entre cristianos y musulmanes para hacerse con el control de Tierra Santa.

Como federación túrquica tribal, los kitán tenían mucho en común con la cultura de los gaznávidas y los karajánidas, por lo que cabía esperar que se hubieran convertido al islam, pero los soberanos de Liao mantuvieron su larga tradición de apoyo al budismo incluso después de que Mahmud se negara a aliarse con ellos.[58]

Una de las formas en que los soberanos Liao demostraban su fe era construyendo pagodas. Los fieles budistas ponían las ofrendas a Buda en recipientes que colocaban en recintos situados encima o debajo de las pagodas. A menudo, los recipientes contenían fragmentos de huesos o trozos de vidrio o piedra que supuestamente habían pertenecido a Buda.

Uno de los depósitos más ricos fue hallado en una cámara oculta en la parte superior de la Pagoda del Norte, que fue mandada construir en 1043 por la familia imperial en Chaoyang, en la provincia de Liaoning. Una arqueta de piedra con la fecha 19 de mayo de 1043 (en el calendario de Liao) tenía una inscripción que decía: «con siete años restantes de dharma aparente seguidos de la entrada en el dharma final».[59] Se trata de nombres budistas de épocas concretas. Esta inscripción plantea complejos problemas cronológicos: ¿cuándo comenzó el dharma aparente? Y ¿cuándo comenzará exactamente el dharma final? Según los budistas, en ese momento el mundo llegará a su fin.

Todo depende de cuándo se empieza a contar. El calendario de la dinastía Liao data la muerte de Buda en el año 949 a. C., que señalaba el final del dharma verdadero, cuando los seguidores de Buda asimilaron sus enseñanzas. Mil años después, en el año 51 d. C., esa edad idealizada dio paso a una época en la que los hombres solo tenían acceso a una versión desustanciada de aquellas enseñanzas, el dharma aparente, que terminaría en el año1051. En 1052, al entrar en el dharma final, todo sería destruido.

¿Cómo prepararse para el fin del mundo?

Los budistas creían que debían proporcionar al Buda del Futuro todo lo que necesitara para renovar el budismo después del apocalipsis. Por eso dejaban ofrendas en la Pagoda del Norte en Chaoyang.[60]

El contenido de la pagoda, que llena un museo entero, acredita la importancia de los contactos comerciales de la familia imperial con pueblos lejanos. El objeto más importante es una casita hecha con joyas que mide un metro de alto y fue construida uniendo miles de piedras preciosas y semipreciosas entre las que hay perlas, corales, jades, cristales de roca, piezas de vidrio y, naturalmente, ámbar, tan valorado por los kitán.[61] Esos objetos proceden de todos los rincones de Afroeurasia.

Con vistas a una recuperación espiritual después del apocalipsis, la familia reinante donó textos budistas a otro monasterio situado en el distrito de Fangshan, en el suroeste de Pekín. Allí financiaron la creación de una inmensa biblioteca de textos escritos en tablillas de piedra, que funcionaban como planchas de imprenta. Los impresores entintaban las planchas, colocaban hojas de papel sobre ellas e imprimían los textos. Enterraron las tablillas en un enorme almacén subterráneo que todavía se puede visitar hoy en día.

Los budistas no se ponían de acuerdo sobre la fecha exacta del fin del mundo. En la China Song nadie esperaba el apocalipsis en el 1052 (pensaban que se produciría cinco siglos antes), pero los japoneses temían el año 1052 tanto como los budistas Liao. Diversos presagios aterrorizaron a los japoneses. Entre el 995 y el 1030 Kioto sufrió numerosos brotes de diversas enfermedades como la viruela, el sarampión y la gripe, y en el año 1006 una supernova causó una gran conmoción.

Ciertamente parecía que el mundo estaba llegando a su fin, y los japoneses, al igual que la familia imperial de Liao, pensaban que llegaría en 1052. La creencia en la misma fecha muestra que los japoneses y los budistas de Liao mantenían una estrecha relación, lo que desmiente la idea dominante de que los japoneses y el reino de Liao tenían un contacto mínimo.

Es cierto que la historia oficial registra muy pocos intercambios diplomáticos entre los dos países. Aunque Fukuoka era el único puerto japonés por donde podían entrar mercancías extranjeras, varios puertos no oficiales de la costa occidental de Japón, como Tsuruga, Fukura y Tosaminato, comerciaron en muchas ocasiones con la dinastía Liao durante la década de 990, incluyendo la importación de alas de águila y pieles, como ha demostrado Mimi Yiengpruksawan, profesora de historia del arte en la Universidad de Yale.

En ese tiempo el poder estaba en manos de los regentes del clan Fujiwara, quienes gobernaban en representación de los niños emperadores. El emperador, cuando alcanzaba la mayoría de edad, abdicaba en un niño pequeño, permitiendo la continuidad de los regentes en el poder. El regente Fujiwara no Michinaga ocupó *de facto* el trono entre los años 996 y 1017, cuando su hijo Fujiwara no Yorimichi asumió el mando y gobernó hasta 1058.[62]

Al igual que la familia imperial de Liao, los regentes japoneses enterraron objetos en previsión de la inminente destrucción del mundo. En 1007 Fujiwara no Michinaga sepultó quince textos budistas en un monte a las afueras de Nara.[63] Cientos de enterramientos similares contienen objetos fabricados tanto en Japón como en China y en el Imperio kitán, lo que confirma la existencia de una zona de comercio no oficial entre los países budistas del norte de Asia.[64]

Los libros también utilizaban las mismas rutas. Cuando Fujiwara no Yorimichi oyó hablar de un texto budista que circulaba por el territorio Liao y que él quería leer (esto fue antes de ser regente), le pidió a un monje de Kaifeng que le buscara un ejemplar. Aunque el Tratado de Chanyuan prohibía la exportación de libros chinos, el monje consiguió enviar el libro al puerto japonés de Fukuoka.

A medida que se acercaba el apocalipsis, los japoneses buscaban cada vez con más frenesí cualquier clase de información relativa a los calendarios. Los soberanos valoraban la astrología porque el conocimiento de los cielos les servía para mantener el orden político. Los acontecimientos anormales, como un eclipse imprevisto, indicaban el descontento de las fuerzas que gobernaban el cosmos, y la inminente desaparición del mundo exigía una observación aún más atenta.

En 1040, cuando dos astrónomos de la corte imperial de Kioto discreparon sobre la fecha en que se iba a producir un eclipse, Yorimichi quiso zanjar la discusión consultando el calendario chino más moderno. Envió representantes al gobierno goryeo de Corea, donde se imprimían muchos libros, para que buscaran una copia. La creencia de que el mundo se acabaría en el 1052 era compartida por las diferentes potencias del bloque budista —Song, Liao, Japón y Corea— y los libros circulaban por las rutas que los unían. Los expertos coreanos consultaban con sus homólogos de Japón y Liao, del mismo modo que al-Biruni consultó con otros expertos del bloque islámico.[65]

Cuando por fin llegó el año 1052, Yorimichi transformó una casa ubicada en la ciudad de Uji (prefectura de Kioto) en un templo budista conocido como Pabellón del Fénix (Byodo en japonés) porque se parece a un ave con las alas extendidas. El templo de Byodo es tan representativo de la cultura japonesa que aparece en las monedas de diez yenes. Pero el Pabellón del Fénix muestra claramente la influencia china. En un gran salón

sin columnas, los arquitectos colocaron una gran estatua de Buda y decoraron el espacio con numerosos espejos e insólitos ornamentos metálicos.[66]

Para sorpresa de todos, el año 1052 pasó sin pena ni gloria. Algunos pensaban que la era del dharma final había llegado en silencio, pero otros no estaban tan seguros. Al cabo de unos años, todo volvió a la normalidad. Nadie propuso otra fecha para el dharma final, y la vida siguió su curso como de costumbre.

Entre los años 1000 y 1200 se produjo una desconcertante serie de cambios dinásticos. En el 1030 el hijo de Mahmud sucedió a su padre a la muerte de este, pero entonces los selyúcidas derrotaron a los gaznávidas en el año 1040. Los yurchen, uno de los pueblos sometidos por la dinastía Liao, los derrocaron en 1125, y en la década de 1140 firmaron un tratado en virtud del cual los Song debían hacer pagos anuales más elevados que los que estipulaba el Tratado de Chanyuan. Aun así, estos acontecimientos no modificaron las fronteras entre los bloques budista e islámico.

Sorprendentemente, pese a todas las luchas intestinas entre las diferentes ramas de la casa real, los karajánidas conservaron el poder hasta 1211, cuando, como todas las potencias de Asia Central, tuvieron que rendirse ante un adversario prácticamente invencible, Gengis Kan. Gengis formó un ejército de pueblos esteparios más grande y poderoso que cualquier confederación anterior. Todos los soldados tenían varias monturas, cada una de las cuales era capaz de realizar diferentes movimientos (como ser lo bastante estable para que el jinete se inclinara sobre un costado a galope tendido para recoger objetos del suelo), y complejas maniobras de caballería que permitían a los jinetes menos fatigados cabalgar a la cabeza del ejército. Gengis Kan aprendió muchas cosas de los pueblos a los que conquistó, in-

cluida una rama de los kitán que sobrevivió en el oeste de Xinjiang. No compraba esclavos para sus tropas, pero recompensaba mejor a quienes más se esforzaban.[67]

Gengis Kan añadió un elemento nuevo al modelo existente en Asia Central: el terror. Cada vez que llegaban a un lugar, las tropas mongolas daban al soberano la oportunidad de someterse, aceptar la soberanía del kan mongol y rendir tributo a su representante. Si el soberano claudicaba, los mongoles designaban un gobernador para supervisar la región, permitiendo que el antiguo caudillo continuara ocupando su puesto, siempre y cuando pagara lo estipulado. Aunque los mongoles siguieron teniendo sus propias divinidades (Tengri, dios del cielo, era especialmente importante para ellos), no impusieron sus creencias a sus súbditos musulmanes y budistas.

Las consecuencias eran muy distintas cuando un soberano no se rendía. Entonces los mongoles cumplían sus amenazas de aniquilación. En una ciudad, los mongoles hicieron junto a las murallas un enorme montículo con los cráneos de los habitantes asesinados; en otra ciudad les cortaron las orejas y las apilaron en un montón. Su objetivo era siempre el mismo: convencer a sus enemigos de que lo mejor era rendirse sin oponer resistencia. Cuando una ciudad caía, los mongoles dividían a sus habitantes en distintos grupos. Los tejedores y los herreros eran enviados a la capital. Los ejércitos mongoles reclutaban a todos aquellos que tenían conocimientos útiles, como los ingenieros militares, quienes podían lanzar sacos de pólvora que estallaban al caer (un invento chino) o utilizar una catapulta para arrojar piedras enormes.

Cuando el franciscano belga Guillermo de Rubroek visitó la capital (Karakórum, en la actual Mongolia), encontró prisioneros de guerra europeos procedentes de lugares tan alejados como Francia. Un hombre era un hábil platero que fabricaba hermosas bandejas. Los cautivos como el platero podían casarse,

formar una familia y vivir cómodamente, pero no les estaba permitido regresar a su patria. El ir y venir de tantas personas por las praderas eurasiáticas dio lugar a un intercambio de información sin precedentes: los astrónomos chinos e iraníes se consultaban entre sí, y un cronista iraní escribió una historia del mundo en la que describía con gran lujo de detalles las civilizaciones islámica y china.[68] Otra consecuencia de las nuevas vías de comunicación fue la propagación de la peste negra, que se originó en Asia Central y se extendió por Oriente Medio y Europa.[69]

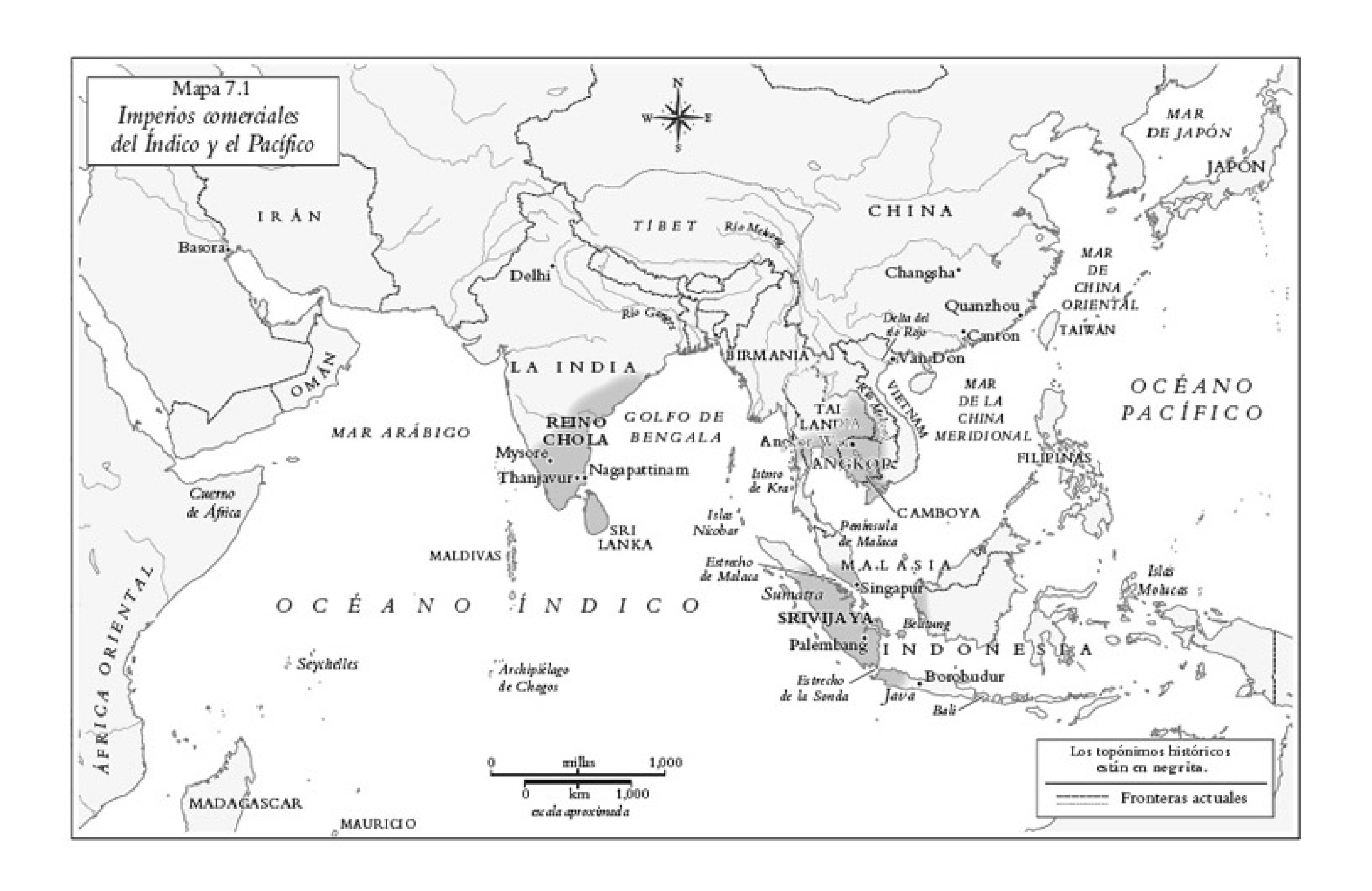
Los mongoles formaron el mayor imperio terrestre de la historia. Abarcaba toda la estepa euroasiática, desde Hungría hasta China. Las diversas regiones del imperio juraban lealtad al gran kan, y se les exigía que abastecieran de caballos tanto a los miembros de su servicio postal como a los enviados de otros países.

El Imperio mongol se mantuvo unido durante la vida de Gengis Kan y del hijo que lo sucedió. A diferencia de otros caudillos tribales, Gengis Kan pudo nombrar a su sucesor, y, dos años después de su muerte, sus guerreros aclamaron a su tercer hijo como su sucesor en una gran asamblea, similar a las que convocaban los kitán. Pero, cuando este hijo murió y los nietos de Gengis Kan tuvieron que elegir al nuevo soberano, no lucharon entre sí para ver qué hermano gobernaría un imperio unificado sino que dividieron su reino en cuatro cuadrantes: Irán; el valle del Volga y partes de Siberia; Asia Central; China y Mongolia.

Aunque Gengis Kan y sus descendientes directos no se convirtieron al islam ni al budismo, los príncipes de los diferentes cuadrantes terminaron convirtiéndose. En la década de 1330, los soberanos de los tres cuadrantes occidentales habían abrazado el islam, mientras que solo el cuadrante oriental, formado por China y Mongolia, siguió siendo budista. Allí los mongoles

fundaron una dinastía de estilo chino, cuyos emperadores se sentían especialmente atraídos por las enseñanzas de los maestros budistas tibetanos.

El último emperador mongol de Asia Central fue Tamerlán (Timur el Cojo), quien aprovechó el poder de los guerreros esteparios para unificar las tres partes musulmanas del Imperio mongol. Presentándose como un soberano tradicional (se casó con una descendiente de Gengis Kan para dar credibilidad a esa dudosa condición), también se proclamó musulmán. Sin embargo, cuando murió en 1405 intentando invadir China, el ideal de un imperio terrestre creado por guerreros esteparios murió con él. Otros príncipes contemporáneos también aspiraron a fundar grandes imperios, pero se centraron en el mar y cambiaron los jinetes por barcos, como veremos en el capítulo siguiente.



Mapa 7.1
Imperios comerciales del Índico y el Pacífico
N
W
E
S
IRÁN
Basora
OMÁN
Cuerno de África
ÁFRICA ORIENTAL
MADAGASCAR
MAURICIO
Seychelles
MAR ARÁBIGO
MALDIVAS
OCÉANO ÍNDICO
Archipiélago de Chagos
Delhi
LA INDIA
REINO CHOLA
Mysore
Thanjavur
Nagapattinam
SRI LANKA
GOLFO DE BENGALA
Río Ganges
TIBET
Río Mekong
BIRMANIA
Islas Nicobar
Istmo de Kra
TAILANDIA
ANGKOR
CAMBOYA
VIETNAM
Van Don
Delta del río Rojo
CHINA
Changsha
Quanzhou
Cantón
MAR DE LA CHINA MERIDIONAL
TAIWÁN
MAR DE CHINA ORIENTAL
MAR DE JAPÓN
JAPÓN
OCÉANO PACÍFICO
FILIPINAS
MALASIA
Península de Malaca
Estrecho de Malaca
Singapur
Sumatra
SRIVIJAYA
Palembang
Belitung
Estrecho de la Sonda
Java
Borobudur
Bali
INDONESIA
Islas Molucas
Los topónimos históricos están en negrita.
Fronteras actuales
0
millas
1,000
0
km
1,000
escala aproximada

CAPÍTULO 7

Viajes sorprendentes

Los cartógrafos dividen las aguas que separan África de Japón en diferentes mares —el océano Índico, el golfo de Bengala, el mar de la China Meridional, el mar de la China Oriental y el océano Pacífico—, pero en realidad estos formaban una sola vía navegable que los marinos recorrían bordeando las costas.

Los primeros viajes aprovechaban los monzones para explorar y transportar mercancías desde la península arábiga hasta la India y posteriormente China.[1] Los vientos determinan el mejor momento para navegar por el océano Índico. En invierno, Eurasia se enfría, enviando aire seco a los océanos, y, en verano, cuando la masa continental se calienta, se crea un vacío que absorbe el aire húmedo del mar, lo cual provoca las fuertes lluvias que tan necesarias son para la agricultura.[2] Hacia el año 200 a. C., los marinos del golfo de Bengala conocían bien el ritmo anual de los monzones y aprovechaban el viento para llegar hasta el sureste asiático, y alrededor del año 1000 ya navegaban por alta mar.[3]

Los principales productos con los que se comerciaba eran madera, plantas y especias, es decir, «sustancias aromáticas». Las Molucas o islas de las Especias, en Indonesia, son famosas porque de allí son originarias numerosas especias como el clavo y la nuez moscada. En un mundo en el que pocas personas se bañaban y las comidas eran muy sencillas, esas sustancias aromáticas eran muy preciadas. También se comerciaba con metales como el oro, el estaño y la plata, y las prendas de algodón eran muy populares por ser las más adecuadas para el clima de esas regiones.

El comercio de esclavos en el Índico no era tan intenso como en el mundo árabe, probablemente porque la mayoría de las sociedades se abastecían de trabajadores y esclavos en su propio territorio. Por otra parte, las sociedades ribereñas del Índico no eran tan dadas a la manumisión de los esclavos como el mundo islámico, y, por consiguiente, no tenían que reaprovisionarse de esclavos.

Los viajes europeos por estos océanos en torno al año 1500 no fueron el primer capítulo de la globalización para esta parte del mundo. Mil años antes los marinos de estas regiones navegaban habitualmente por las rutas marítimas que «descubrieron» Magallanes y Vasco de Gama. Los navegantes europeos tampoco inventaron el comercio transoceánico, pues este ya estaba en pleno desarrollo antes de su llegada. Lo que pretendían los europeos era suprimir a los intermediarios y evitar el pago de impuestos. En África los europeos lograron acceder directamente al oro y los esclavos, y en las Molucas descubrieron cómo comprar madera y sustancias aromáticas sin pasar por ningún intermediario.

Los viajes más sorprendentes de los siglos X y XI se hicieron entre la península de Malaca y Madagascar, que están a unos 6.500 kilómetros de distancia (poco menos que los 7.000 kilómetros del primer viaje de Colón). Aunque Madagascar se encuentra a unos 400 kilómetros de la costa africana, la lengua de la isla, el malgache, está emparentada con las lenguas malayo-polinesias y no —como cabría esperar— con las lenguas bantúes del este de África.[4]

El malgache pertenece al mismo grupo lingüístico que el malayo, el polinesio, el hawaiano y las lenguas indígenas de Taiwán. Las lenguas malayo-polinesias tienen muchos aspectos en común: la palabra hawaiana para significar «prohibido» es *kabu*, que los tahitianos pronuncian «tabu» (origen de nuestro

«tabú»). Los pueblos que se establecieron en el Pacífico entre el año 1000 a. C. y el año 1300 d. C. hablaban lenguas de esta familia, al igual que los que llegaron a Madagascar.[5]

Para los lingüistas, por tanto, es evidente que los colonos que hablaban lenguas malayo-polinesias llegaron a Madagascar antes que ningún otro pueblo del este de África. Del mismo modo, las pruebas de ADN han demostrado que los malgaches tienen antepasados tanto asiáticos como africanos.

Los arqueólogos han determinado recientemente la fecha en que los pueblos malayos llegaron a Madagascar. Analizaron 2.433 semillas encontradas en dieciocho yacimientos ubicados en la isla de Madagascar y en el continente africano, que datan de entre el 650 y 1200.[6] En los yacimientos de la costa africana había semillas de sorgo, mijo y baobab, típicas de África, mientras que las semillas encontradas en Madagascar —arroz, mungo y algodón— procedían del sudeste asiático. En algunos yacimientos de Madagascar solo había semillas de arroz, lo que indica que los colonos se alimentaban básicamente de esta gramínea.[7] Los viajeros también llevaron consigo animales. Los gatos llegaron en los siglos VI y VII, las gallinas a finales del siglo VIII, y las vacas, las ovejas y las cabras en el siglo IX. En el año 1000 los malayos ya se habían establecido en Madagascar.

Como no se han encontrado restos de embarcaciones en el océano Índico, los arqueólogos no saben qué clase de barcos usaron aquellos navegantes. Los primeros documentos escritos sobre la navegación polinésica datan de finales del siglo XVIII cuando el capitán James Cook arribó a Hawái y Polinesia.

En tiempos de Cook, los isleños de los mares del sur se adentraban cientos de millas en el Pacífico. ¿En qué embarcaciones? Dos canoas unidas que llevaban una sola vela. Los isleños utilizaban cuerdas de fibra de coco para atar las canoas a una estructura de madera sobre la que colocaban cargas pesa-

das. En Tahití, Cook conoció a Tupaia, un *arioi* o sacerdote que tenía grandes conocimientos geográficos.[8] Cook dibujó un mapa de 130 destinos a los que Tupaia sabía llegar; el más lejano era Nueva Zelanda.

Los arqueólogos no están seguros de si los polinesios usaban canoas dobles en torno al año 1000. Casi todo el mundo supone que los navegantes malayo-polinesios usaron embarcaciones similares tanto para ir a Madagascar como para adentrarse en el Pacífico, pero el mayor experto en estas cuestiones, el profesor Pierre-Yves Manguin, ha puesto en duda esa teoría.[9] Manguin cree que utilizaban canoas dobles en el Pacífico, pero embarcaciones típicas del sureste asiático en el océano Índico. El estudioso francés se centra en lo que se sabe acerca de los barcos construidos en el sureste de Asia. Allí los constructores talaban árboles para hacer tablones, ponían agarradores en el interior de las tablas, agujereaban los agarradores y trincaban los tablones con cabos. Esta técnica se conoce como «cosido».

Según Manguin, los marinos que viajaron desde la península de Malaca hasta Madagascar usaron embarcaciones cuyas tablas estaban unidas de esta manera. En el mar de la China Meridional y en aguas del sureste asiático se han hallado embarcaciones antiguas con varios mástiles y velas. Los restos del Phanom Surin —la embarcación más grande que se ha encontrado hasta ahora— medían treinta y cinco metros de largo.[10]

En la actualidad no hay forma de saber si estos primeros navegantes utilizaron canoas dobles o embarcaciones más grandes con varias velas. Lo que sí sabemos es que los polinesios se adentraron en el Pacífico en la misma época en que los malayos viajaron a Madagascar. Partiendo de Micronesia, los polinesios se desplegaron gradualmente en abanico, llegando a Fiyi, Samoa, Hawái, la isla de Pascua (Rapa Nui) y Nueva Zelanda, el último lugar de la Tierra colonizado por el hombre, hacia el año 1300. Los colonizadores dejaron tras de sí fragmentos de

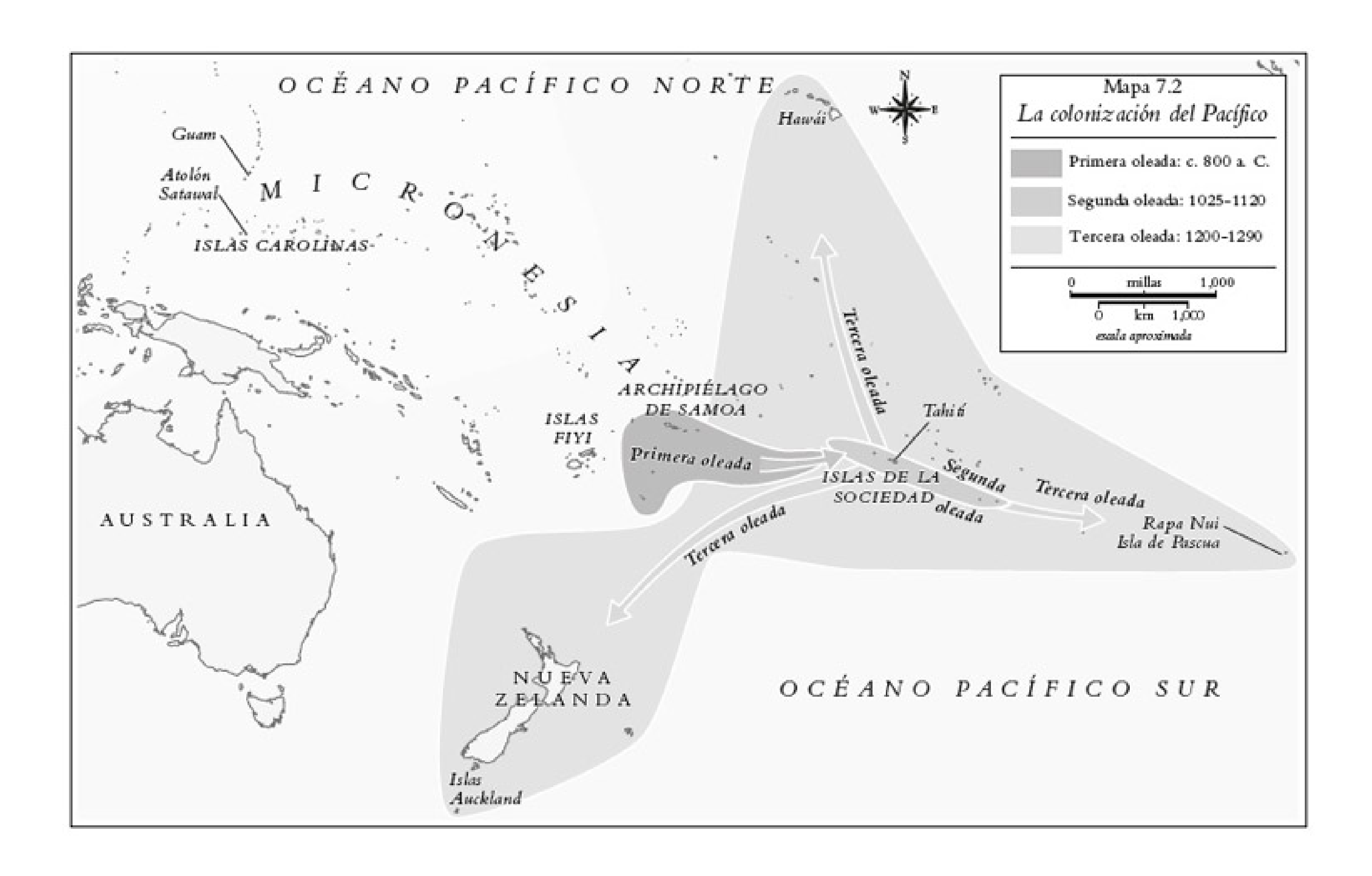
cerámica que nos permiten trazar la ruta que siguieron, aunque los historiadores no se ponen de acuerdo respecto a la fecha exacta en que se colonizó cada isla.

Hay siempre dos bandos: los partidarios de una cronología larga, que dan fechas más antiguas para cada asentamiento, y los defensores de una cronología corta, que hablan de una colonización más reciente.[11] Por ejemplo, los partidarios de la cronología larga fijan la colonización de Nueva Zelanda en el año 1000, mientras que la cronología corta propone el año 1300. La disparidad de las cronologías puede ser de hasta mil años. Un estudio realizado en 2011 con 1.434 dataciones por carbono en cuarenta y cinco islas llegó a la conclusión de que la cronología corta es más precisa porque se basa en materiales tales como semillas, ramitas y hojas, que viven como mucho unas décadas, a diferencia del carbón vegetal, que puede sobrevivir cientos de años y por tanto en ocasiones da fechas engañosamente tempranas.

La última cronología propuesta, avalada por muchos historiadores, es como sigue. Alrededor del año 800 a. C. los antiguos polinesios partieron de Micronesia, al este de las Filipinas, y llegaron a Samoa. Allí permanecieron 1.800 años, hasta que, en 1025-1120 d. C., viajaron a las islas de la Sociedad, situadas en el centro del «triángulo del Pacífico», que comunica entre sí Hawái, la isla de Pascua y Nueva Zelanda. Y entre 1190 y 1290 viajaron simultáneamente en tres direcciones: hacia el norte hasta Hawái, hacia el suroeste hasta Nueva Zelanda y hacia el este hasta la isla de Pascua. Son viajes de más de 4.000 kilómetros.

¿Por qué decidieron explorar el Pacífico inmediatamente después del año 1000? Algunas causas posibles son una crisis medioambiental, un súbito avance tecnológico (tal vez la invención de la canoa doble) o incluso el fenómeno de El Niño, con fuertes vientos que permitieron llegar con relativa facilidad a

islas más lejanas. La nueva cronología explica por qué algunos utensilios, como los anzuelos encontrados en islas muy alejadas entre sí, son tan parecidos: los polinesios que zarparon de las islas de la Sociedad en torno a 1190 llevaban consigo las mismas herramientas, tanto si se dirigían a Hawái como a la isla de Pascua o a Nueva Zelanda.



Mapa 7.2
La colonización del Pacífico
Primera oleada: c. 800 a. C.
Segunda oleada: 1025-1120
Tercera oleada: 1200-1290
0 millas 1,000
0 km 1,000
escala aproximada
OCÉANO PACÍFICO NORTE
Guam
Atolón Satawal
MICRONESIA
ISLAS CAROLINAS
Hawái
ARCHIPIÉLAGO DE SAMOA
ISLAS FIYI
Primera oleada
Tercera oleada
Tahití
ISLAS DE LA SOCIEDAD
Segunda oleada
Tercera oleada
Rapa Nui
Isla de Pascua
Tercera oleada
AUSTRALIA
NUEVA ZELANDA
Islas Auckland
OCÉANO PACÍFICO SUR

A finales del siglo XVIII, los hombres de Cook se percataron de que los polinesios recorrían grandes distancias durante sus expediciones de pesca en busca de grandes mamíferos, probablemente orcas o delfines mulares. Cuando trazaron su mapa, Cook se dio cuenta de los grandes conocimientos geográficos que tenía Tupaia, pero no registró con precisión cómo se orientaban los polinesios.

A finales del siglo XX, los antropólogos que trabajaban en las islas más remotas del Pacífico aportaron información detallada sobre las técnicas de navegación de los polinesios. Estos investigadores documentaron tradiciones que habían desaparecido en las islas centrales.[12]

Uno de los marinos más expertos era Mau Piailug. Nacido en 1930, Piailug creció en el atolón Satawal, en las islas Carolinas, donde aprendió las técnicas de navegación que habían usado los ancianos de su tribu. En 1983, Piailug le enseñó los principios básicos de este sistema tradicional a Steve Thomas, un estadounidense que había viajado hasta allí. Sin ningún instrumento de navegación, Piailug observaba atentamente la migración de las aves, el desplazamiento de las nubes y el movimiento de las olas (describió ocho tipos diferentes de marejadas).[13]

Piailug comenzó dibujando un círculo en el suelo para representar el horizonte nocturno y usando piedras para indicar por dónde salían y se ponían quince estrellas diferentes. Habiendo memorizado las secuencias de estrellas en sus viajes a las Carolinas, las Filipinas y Guam, Piailug también conocía el orden que debían seguir las estrellas en viajes que no había hecho a América del Norte y del Sur, Tahití, Samoa y Japón. Piailug conocía la órbita de más de ciento cincuenta estrellas, y sabía que su posición en el círculo cambiaba con cada estación del año. Piailug ganó cierto renombre cuando en 1976 recorrió los 4.200 kilómetros que separan Hawái de Tahití en una canoa

doble que se construyó para conmemorar el bicentenario de los Estados Unidos. Aunque era la primera vez que hacía ese viaje, no utilizó ningún instrumento de navegación.

Sin embargo, las tormentas ininterrumpidas podían hacer que marinos tan experimentados como Piailug perdieran el rumbo. En 2003, con setenta y tres años de edad, Piailug emprendió un viaje de 400 kilómetros entre dos islas. Cuando el paso de un tifón le impidió llegar a su destino, al cabo de dos semanas su familia se puso en contacto con la guardia costera, que finalmente lo localizó. Piailug explicó que, pese al retraso causado por el tifón, sabía exactamente dónde se encontraba. Rechazando la ayuda que le ofrecían, Piailug siguió navegando con el sistema tradicional y llegó a puerto sano y salvo.

La información aportada por Piailug sobre la navegación tradicional nos permite comprender cómo llegaron los navegantes malayos hasta Madagascar. Si una estrella se veía al amanecer y al atardecer, entonces podían seguir la latitud aproximadamente seis grados al sur del ecuador. Desde el estrecho de la Sonda (entre Sumatra y Java), navegando en dirección al archipiélago de Chagos, se llegaba directamente a las Seychelles, que están al norte de Madagascar. Los marinos surcaban el mar en canoas dobles con una sola vela o, si Pierre-Yves Manguin está en lo cierto, en grandes embarcaciones de madera con varias velas.

Estos viajes propiciaron la colonización de muchas islas remotas del Pacífico, aparte de Madagascar. Sabemos que los barcos malayo-polinesios transportaban hombres y mujeres, así como ratas, cerdos y perros, porque tanto las personas como los animales se reprodujeron y poblaron las islas en las que se asentaron. Los colonos llevaron consigo plantas como la batata, el árbol del pan y el taro (una raíz comestible que hay que machacar para poder comerla), y su impacto en aquellas islas deshabitadas fue repentino y duradero.

Los pueblos que permanecieron en el sureste de Asia también se hicieron a la mar, y gracias a sus viajes conocieron las grandes civilizaciones de su entorno, sobre todo la India. Incluso hoy la influencia de la India en el sureste asiático es evidente en la arquitectura y la vida religiosa de Indonesia, Camboya, Tailandia y Vietnam.

Si pudiéramos viajar en el tiempo, veríamos a los nativos llevando prendas de algodón y comiendo platos inspirados en la comida india. Pruebas de la temprana penetración de la cultura india en el sureste de Asia son las inscripciones sánscritas y tamiles y algunas estatuas de Buda que datan de entre el 300 y el 600 a. C. Los misioneros del norte de la India, cuando llegaron al sureste asiático, encontraron grupos de personas que adoraban a los espíritus de la naturaleza, los cuales habitaban en montañas, cuevas, árboles y peñascos. Además, los espíritus guardianes velaban por las familias y las aldeas, al igual que los espíritus de los antepasados. Después del año 600, las divinidades hindúes, sobre todo Shiva y Visnú, también fueron veneradas en esta parte de Asia.

En esta época, las organizaciones sociopolíticas más grandes eran las aldeas y los cacicatos. La densidad de población era baja: en 1600 había unos 5,5 habitantes por kilómetro cuadrado, menos de una séptima parte de la densidad de población de China (sin incluir el Tíbet).[14] Probablemente en siglos anteriores había todavía menos habitantes, y los núcleos más poblados se encontraban en las zonas donde se cultiva arroz de manera intensiva, como el delta del río Rojo, en Vietnam.

Las personas que vivían en los cacicatos cazaban animales y recolectaban plantas silvestres. Los habitantes de las aldeas practicaban la roza y quema con el fin de dejar espacio para los cultivos. Cuando los campos se quedaban sin nutrientes, los campesinos se trasladaban a otra comarca, y por eso la roza y quema se denomina también agricultura itinerante. Con inde-

pendencia de que se dedicaran al laboreo, la caza o la recolección, aquellos asiáticos estaban acostumbrados a trasladarse de un lugar a otro y a montar y desmontar viviendas temporales, que normalmente construían sobre pilotes a cierta distancia del suelo.[15]

Los misioneros reales por lo general conocían el sánscrito, el tamil y otras lenguas de la India. Al introducir los alfabetos indios, enseñaron a los jefes nativos a llevar un registro de los regalos que se hacían a los templos y a comunicarse por escrito con otros jefes. A veces los escribas hacían inscripciones en sánscrito o tamil, y a veces utilizaban las letras de un alfabeto indio para registrar los sonidos de las lenguas autóctonas. Esas inscripciones son los documentos más importantes de este período histórico. Para algunos historiadores está inmersión cultural era una imposición extranjera, pero en realidad muchos gobernantes del sureste asiático decidían qué aspectos de la cultura india querían adoptar y cuáles no.

Al igual que en otras partes del mundo en el año 1000, los soberanos del sureste asiático se convirtieron a una religión universal con el fin de aumentar su poder. Tanto el budismo como el hinduismo ganaron muchos adeptos entre los príncipes asiáticos. Especialmente atractivo era el ideal budista de los monarcas chakravartin, que hacían generosas donaciones.[16] Muy popular entre los pueblos de las estepas, como los kitán, ese ideal gozó también de mucho predicamento en el sureste de Asia. El ideal chakravartin no se limitaba al budismo; los hindúes también creían que los soberanos con talento eran capaces de gobernar grandes reinos con la sola ayuda de la divinidad.

La adopción de estas nuevas religiones tuvo su reflejo en la construcción de algunos de los monumentos más impresionantes del mundo, entre los que se encuentran Borobudur, en Java, el templo de Brihadisvara, en Thanjavur (la India), y Angkor Wat, en Camboya. Las dimensiones y la belleza de estos tem-

plos siguen causando asombro hoy en día, y los visitantes se preguntan cómo se las arreglaron aquellas sociedades para construir monumentos tan imponentes. Aquellas culturas desarrollaron un patrón de gobierno al que denominaremos «Estado litúrgico» por la importancia de los ritos y el papel fundamental de los templos en la organización de estos grandes proyectos arquitectónicos.

Los soberanos de los estados litúrgicos llegaban al poder de la manera habitual —aventajando a sus rivales y venciéndolos en el campo de batalla— pero, una vez en el trono, no dependían solo de la fuerza para gobernar. Los príncipes aspiraban a que sus súbditos los compararan con las principales divinidades del budismo o el hinduismo. Como encarnación del ideal chakravartin, los monarcas hacían donaciones y cedían tierras a los templos, donde habitualmente oficiaban ceremonias religiosas.

Como estos estados litúrgicos dependían mucho del carisma de cada soberano y de su capacidad para proyectar su poder, su alcance era muy fluctuante. Los gobernantes de los estados litúrgicos, cuando eran poderosos, se integraban en comunidades más grandes, haciendo donaciones a otros templos y recibiendo ofrendas de reinos lejanos. Pudieron reunir grandes ejércitos y explorar los océanos. Cuando los príncipes eran débiles, su influencia menguaba. Por consiguiente, estos estados se inflaban y desinflaban como un globo.[17]

Varios estados litúrgicos tuvieron una importancia especial en torno al año 1000. El Imperio Srivijaya tenía su capital en Sumatra, unos 500 kilómetros al sur de la actual Palembang. En el sur de la India, la dinastía Chola fue muy poderosa a finales del siglo IX. Y en Camboya los reyes de la dinastía Angkor, que construyeron el famoso templo de Angkor Wat, sobrevivieron a las dinastías Srivijaya y Chola.

El Imperio Srivijaya surgió en el mismo período en que los navegantes malayos viajaron a Madagascar (600-700). Aprovechó su situación junto al estrecho de Malaca. Poco antes del año 350, los barcos que viajaban de la península arábiga a China descubrieron una nueva ruta. Antes de ese año hacían el viaje en dos etapas, recalando en la actual Tailandia, transportando el cargamento por tierra a través del istmo de Kra y volviéndolo a cargar en los navíos que se dirigían a China. A partir del año 350, los armadores empezaron a hacer un solo viaje para no perder parte de la mercancía al transportarla por tierra. Como la nueva ruta pasaba por el estrecho de Malaca, los barcos tenían que fondear allí durante seis meses y esperar a que cambiaran los vientos monzónicos. Aunque la espera era tediosa, las tripulaciones no tenían que descargar las mercancías, transportarlas por tierra y volver a estibarlas.

Conocemos este cambio de rumbo por un monje chino, Yijing, que tomó esta ruta de camino a la India en el año 671 (y varias veces más en las décadas de 680 y 690). Los viajes de Yijing entre China y la India nos recuerdan que los comerciantes no eran las únicas personas que iban de un puerto a otro en aquella parte del mundo. Los monjes viajaban por doquier, a veces para estudiar con prestigiosos maestros, a veces porque habían sido invitados por algún príncipe. Estos frailes conocían los hechizos, los ritos y las iniciaciones del «budismo esotérico».[18] Los soberanos acogían a estos budistas con la esperanza de que su religiosidad fuera un elemento reforzador del poder.

Los soberanos de Srivijaya obtuvieron muchos beneficios con el comercio marítimo en el estrecho de Malaca. Puesto que no ha sobrevivido ningún registro histórico, la mayor parte de lo que sabemos es por documentos oficiales chinos. En la historia dinástica de los Song se describe el reino de Srivijaya. Al igual que en las entradas de la Wikipedia en la actualidad, las descripciones chinas de territorios extranjeros seguían una fór-

mula establecida que incluía los productos más importantes, la divisa (los habitantes de Srivijaya pagaban con oro y plata, pues no utilizaban monedas) y un relato cronológico de los acontecimientos históricos más importantes, así como una lista de las delegaciones que rendían tributo. Entre las diversas mercancías que el soberano de Srivijaya ofreció a la dinastía Song había colmillos de elefante, cuernos de rinoceronte, cristal de roca y sustancias aromáticas como el incienso, todas las cuales eran muy demandas por los chinos de cualquier clase y condición.[19] Otro documento chino recoge que el soberano de Srivijaya tenía el monopolio del incienso y el sándalo, y que los funcionarios del gobierno vendían esos productos a comerciantes extranjeros.[20]

Los visitantes chinos y árabes describen la capital de Srivijaya como un ciudad normal y corriente. Durante casi un siglo, buscaron sus ruinas por toda Sumatra, pero sin éxito. Con el tiempo se dieron cuenta de que Srivijaya probablemente nunca había tenido una capital fija. Los únicos edificios permanentes eran unas torres de ladrillo para las ofrendas a Buda. Si la infraestructura era destruida por una tormenta o durante una batalla, el soberano podía trasladar la capital a otro lugar.

Las canoas eran fundamentales para el funcionamiento del reino de Srivijaya. Los reyes, cuando necesitaban hombres para sus expediciones, las enviaban río arriba con el fin de someter a los caudillos locales. Cuando la marea bajaba, los remeros podían recorrer hasta 80 kilómetros en unas pocas horas. Hacia el año 900, un viajero árabe vio una flota de mil embarcaciones que habían acudido a la llamada del rey.[21]

La marina de Srivijaya estaba formada por diferentes tipos de embarcaciones. Una de ellas era el bote «cosido». La otra era el *dhow* (nombre genérico de los veleros árabes). Debido a la flexibilidad del casco, los *dhows* no se rompían con facilidad al chocar contra las rocas. Los principales astilleros se encontra-

ban en la península arábiga y en el Cuerno de África; los comerciantes musulmanes usaban casi siempre este tipo de barcos.[22]

Sabemos cómo eran los *dhows* del siglo IX porque uno de ellos, de 18 metros de eslora, fue reflotado con toda su mercancía frente a la isla de Belitung, al oeste de Palembang. (En un museo de Singapur se puede ver una reproducción de aquel barco, la *Joya de Mascate,* y los arqueólogos han rescatado otro *dhow,* el Phanom Surin, que medía 35 metros y era de construcción ligeramente posterior.)[23]

Debido a que el barco de Belitung fue saqueado durante un año, antes de que las diversas autoridades hicieran negocio con las excavaciones, y a que sus restos fueron vendidos al gobierno de Singapur por 32 millones de dólares, algunos arqueólogos piensan que los datos procedentes de esa excavación no son fiables. Creen que la corrupción favoreció el uso de técnicas poco científicas, aunque la empresa de rescate contrató arqueólogos profesionales que colaboraron con la armada indonesia para evitar nuevos saqueos. Ajenos a la complejidad de las excavaciones submarinas en zonas con tantos pecios desprotegidos, en 2012 los más críticos boicotearon una exposición en la Galería Sackler, uno de los museos de la Smithsonian Institution.[24] Aun así, todos los estudiosos aceptan la autenticidad de los objetos encontrados en el pecio.

El barco encontrado en Belitung fue construido con tablones procedentes de África y ensamblados en la península arábiga, probablemente cerca de Omán, donde aún hoy se siguen construyendo *dhows*.[25] El barco se hundió poco después del año 826. El navío transportaba grandes cantidades de utensilios de hierro, lingotes de plata, vasijas de oro, espejos de bronce y piezas de cerámica: típicas exportaciones chinas. Pero la cantidad

de cerámica sorprendió incluso a los arqueólogos más experimentados; en el pecio había 60.000 pequeñas bandejas, cocidas en los hornos de Changsha, en la provincia china de Hunan.

Algunos objetos de cerámica parecen tener inscripciones árabes, pero al examinarlas detalladamente se observa que los textos no están en árabe de verdad. Solo lo parece. (Los expertos lo llaman pseudoárabe.) Los ingeniosos artesanos chinos querían vender mercancías a los consumidores abasíes, y se inspiraban en su cerámica, pero estos alfareros no sabían trazar bien las letras árabes.[26] Eso no les impidió fabricar cerámica en masa para los consumidores musulmanes, a quienes la cerámica china les parecía de calidad superior porque era fina y casi translúcida, y resonaba al golpearla.[27]

En respuesta a la amenaza que suponían las importaciones chinas, los alfareros abasíes desarrollaron una nueva tecnología, conocida como loza dorada o de reflejos metálicos, a partir del año 750.[28] Aplicaban otra capa de plata y bronce a las vasijas esmaltadas, que ya habían sido cocidas una vez. Esto les daba un efecto iridiscente, y eran muy apreciadas por los compradores, pues los habitantes de la costa oriental africana las importaban. Ello permitió a los alfareros abasíes conservar parte de su cuota de mercado, pero al final su loza dorada no pudo competir con el brillo de los esmaltes chinos, cocidos a altas temperaturas. La globalización funcionaba entonces igual que ahora.

El barco de Belitung también transportaba algunos objetos de lujo, como por ejemplo cuatro tazas y tres bandejas de oro macizo. Una de las tazas es el objeto de oro más grande que se ha encontrado fuera de China. Una jarra de cerámica medía más de un metro de alto y tenía un recargado dragón cuya boca se abría para verter el vino. Estos artículos, que representan los objetos artísticos de mayor calidad que usaban las altas esferas chinas, están tan bien fabricados que pueden haber sido regalos

del emperador Tang a un príncipe islámico, probablemente a cambio de las mercancías ofrecidas como tributo.[29] Cuando no eran tributos, estos objetos se enviaban a Oriente Medio para su venta.

El diseño de la cerámica sugiere que el barco se dirigía a un puerto islámico, probablemente a Basora u Omán. Habiendo partido de Cantón entre diciembre del año 826 y finales de marzo del 827 (o quizá un año o dos más tarde), el barco aprovechó el monzón de componente norte. En condiciones favorables, este malhadado barco habría completado el viaje desde Cantón hasta Belitung en menos de un mes. La nave su hundió en Belitung antes de poder continuar hacia el estrecho de Malaca.

El barco de Belitung no era el único tipo de embarcación que se dedicaba al comercio a larga distancia. Otros diseños de aquella época —once, concretamente— están representados en unas placas de piedra que hay en el famoso templo de Borobudur, en el centro de Java. Los relieves de barcos mercantes con balancines proporcionan más detalles sobre la construcción naval en el sureste de Asia que ninguna otra descripción contemporánea.[30] Un breve paseo desde el templo nos lleva hasta el museo Samudra Raksa, que alberga una nave reconstruida a partir de una de las placas de piedra de Borobudur. Este barco completó con éxito un viaje a Madagascar en 2003-2004.

Borobudur fue construido por los reyes Shailendra, quienes se casaron con miembros de la dinastía Srivijaya.[31] Los reyes también suministraban arroz, muy importante para el aprovisionamiento de las naves extranjeras mientras sus tripulaciones esperaban a que cambiara el viento.

Borobudur es el monumento budista más grande del mundo. Construido enteramente de piedra en torno al año 800, este monumento de nueve pisos tiene 32 metros de altura. El estra-

to inferior del templo se hundió durante su construcción, probablemente a causa de una erupción volcánica o un terremoto.[32] Este estrato representa el infierno para quienes no cumplen los preceptos budistas. Los visitantes comienzan el ascenso en la planta baja y caminan en círculo para ver las placas de piedra que hay en cada piso. Cuando terminan, suben un tramo de escaleras que conduce a la planta inmediatamente superior. Es un recorrido de cinco kilómetros para ver las placas de piedra que muestra 1.460 escenas diferentes. La mayoría representan las anteriores existencias de Buda. En una de las escenas, Buda es un capitán que ha naufragado en una isla habitada por ogresas. En otra escena, Buda salva un barco de una tormenta y de un monstruo marino.[33]

Uno de los relieves nos muestra el aspecto de los mercados javaneses. En uno de ellos vemos que hay más vendedoras que vendedores, y ese patrón nos lo confirman también los documentos escritos.[34] Había mercado cada cinco días aproximadamente, y el rey designaba funcionarios especiales para supervisar las actividades de los comerciantes a tiempo parcial, entre los que había granjeros, tejedores y orfebres, quienes cultivaban o fabricaban los productos que vendían, y las de los que se dedicaban a vender los bienes producidos por otros. Los gremios mercantiles podían recaudar impuestos comerciales, que luego transferían a los templos.

En lo alto del monumento hay setenta y dos estatuas de bodhisattvas. El bodhisattva es aquel que ha alcanzado la iluminación, pero decide permanecer en esta existencia para ayudar a otras personas; los fieles budistas dirigían a ellos sus plegarias para que los ayudaran a solucionar sus problemas. Cada bodhisattva está sentado dentro de una campana de piedra con agujeros que permiten ver el interior. Por encima de los setenta y dos bodhisattvas solía haber una torre, que probablemente contenía una reliquia de Buda, quizá un hueso pequeño o un

trozo de vidrio que se parecía a alguna parte del cuerpo. Las tablillas de arcilla con textos en diversos idiomas que se han encontrado en la zona confirman que Borobudur fue un centro de peregrinación.

Cuando se construyó Borobudur, alrededor del año 800, los mercaderes ya comerciaban con países lejanos; importaban de China seda y vasijas de hierro. Java producía mucho más arroz del que podía consumir su población, lo que le permitía cambiar los excedentes por clavo, sándalo y nuez moscada procedentes de las islas cercanas. Aunque el alazor y el pimentero eran originarios de la India, los javaneses aprendieron a cultivar ambas plantas. Java se convirtió en el principal proveedor de pimienta negra, y tanto Java como Bali suministraban a los tejedores chinos tinte de alazor, que era muy popular porque daba a las telas un tono rosa oscuro. Los comerciantes javaneses y balineses lograron desplazar del sector agrícola a sus competidores indios.

Los alfareros del sureste asiático intentaron hacer lo mismo con la industria manufacturera. Al igual que los alfareros islámicos que copiaban las exportaciones chinas, los ceramistas javaneses cambiaron la pala y el yunque por el torno. Aunque reproducían la forma exacta de los objetos chinos, tampoco fueron capaces de igualar el llamativo brillo de la cerámica china, del mismo modo que los alfareros chinos no sabían imitar las letras árabes.

Por algunas inscripciones sabemos que los traficantes de esclavos asaltaban las poblaciones costeras y se llevaban a los cautivos a otra isla. El código legal expone las circunstancias en que los deudores podían convertirse en esclavos de los prestamistas y explica la forma de comprar su libertad. Aun así, no hay constancia de un tráfico de esclavos entre países lejanos.[35]

Cincuenta kilómetros al sur de Borobudur se encuentra el conjunto de templos de Prambanan, donde hay numerosas escenas del *Ramayana*, la epopeya india que narra la vida de Rāma, una divinidad hindú. Construidos unos cincuenta años antes que Borobudur, los templos de Prambanan son claramente hindúes. Los reyes probablemente no veían ninguna incompatibilidad religiosa, por lo que hacían contribuciones tanto al budismo como al hinduismo.[36] Los príncipes Shailendra de Java financiaron estos monumentos gravando tanto el cultivo del arroz como el comercio, y es probable que también recibieran contribuciones de los soberanos de Srivijaya, con los que estaban emparentados.

Los peregrinos que se dirigían a Borobudur pasaban por las islas del estrecho de Malaca. Allí se encontraban con los marinos procedentes del mundo islámico, quienes debían fondear y esperar a que cambiaran los vientos para poder proseguir la travesía hacia China. Como aún no se han encontrado pecios de barcos que viajaran en esa dirección, debemos consultar otras fuentes para saber qué mercancías importaban los chinos. Los comerciantes islámicos vendían incienso y mirra, sustancias aromáticas que se obtenían haciendo incisiones en la corteza de los árboles y dejando que la savia se endureciera antes de extraerla. Con pequeñas cantidades de incienso o mirra era posible perfumar grandes habitaciones.

Los mercaderes musulmanes utilizaban *dhows* para transportar sustancias aromáticas directamente desde la península arábiga hasta China. Anteriormente, los que tomaban la ruta del golfo Pérsico dejaban atrás gran parte del sureste asiático, sin cargar ni descargar demasiadas mercancías. En la jerga comercial moderna, diríamos que los usuarios finales no estaban en el sureste de Asia, sino principalmente en Oriente Medio y China.[37]

Con el tiempo, los mercaderes optaron por los productos del sureste asiático. Empezaron a sustituir el incienso de la península Arábiga por la resina de un pino que crecía en el norte de Sumatra. La resina de pino no era tan fragante como el incienso, pero era mucho más barata.

De manera similar, los comerciantes que antes compraban mirra de Oriente Medio se pasaron a la benzoína o resina de benjuí, que también crecía en la costa noroeste de Sumatra. Al igual que la mirra, esta resina desprendía una agradable fragancia al quemarla. El cambio de proveedores muestra que la sustitución de productos era ya una práctica habitual, pues los intermediaros estaban siempre buscando lugares más baratos para abastecerse de mercancías.

El alcanfor era otro producto muy demandado en China porque repelía los insectos y era un potente descongestivo; también se usaba como líquido de embalsamar. El alcanforero y el benjuí crecían en la misma zona de Sumatra, por lo que los mismos campesinos podían cultivar las dos plantas y los mismos barcos podían transportarlas hasta China.

A primera vista, el cambio a los productos del sureste asiático no tiene sentido: ¿por qué empezar enviando mercancías desde la lejana Arabia y luego, siglos más tarde, optar por países más cercanos? Desde el punto de vista económico, habría tenido más sentido vender mercancías procedentes de un lugar más próximo a China. La respuesta tiene un sello moderno: al principio, el sureste de Asia carecía de infraestructuras y de proveedores especializados para el comercio internacional.

Los mercaderes necesitaban que alguien organizara la recolección y el procesamiento de estos recursos, así como su transporte hasta la costa, donde los marinos podían embarcarlos. Con el tiempo, diferentes pueblos empezaron a colaborar en la recolección de madera y resina. Normalmente un grupo reco-

gía cierto producto en las montañas y otro lo transportaba río abajo en botes pequeños hasta la costa, donde los ribereños embarcaban la mercancía.[38]

El aumento de la demanda china influyó directamente en los pueblos indígenas que recogían las sustancias aromáticas, así como en aquellos que transportaban la mercancía hasta los puertos. Antes de que los comerciantes empezaran a hacer escalas en el sureste de Asia, muchos de estos grupos indígenas habían sido cazadores y recolectores que se autoabastecían para subsistir. Andando el tiempo, se vieron envueltos en un complejo sistema semiindustrial de agroalimentación. Tenían que trabajar a tiempo completo para exportar productos a compradores chinos a los que nunca conocerían. Sí, eso fue antes de la aparición de los barcos de vapor o la electricidad, pero de este modo la globalización transformó la vida de aquellos pueblos indígenas que nunca salían de su país.

Hacia el año 900, esa parte del mundo experimentó una desaceleración comercial.[39] Los ataques a los mercaderes extranjeros que residían en China contribuyeron sin duda a la interrupción del comercio. En el 879, mientras la dinastía Tang se debilitaba, un rebelde llamado Huang Chao encabezó un levantamiento contra los mercaderes musulmanes, que eran los que manejaban el comercio; brotes similares de xenofobia se produjeron poco después en El Cairo y Constantinopla. El número de extranjeros asesinados en Cantón oscila, según diversas fuentes, entre 80.000 y 120.000.[40] Con independencia del número de víctimas, los comerciantes musulmanes abandonaron China, trasladándose algunos de ellos al sureste de Asia, y su marcha interrumpió temporalmente el comercio en el océano Índico.[41]

Pero hacia el año 1000 el comercio marítimo se había recuperado. En el año 1016 los chinos eligieron cuatro países como principales socios comerciales, permitiéndoles enviar delega-

ciones de hasta veinte personas.[42] Los chinos habían hecho negocios con los países árabes, Srivijaya y Java durante siglos, pero la cuarta potencia —el Imperio Chola del sur de la India— era nueva.[43] La primera delegación Chola había llegado a China hacia el año 1015, medio siglo después de la fundación de la dinastía. Durante los tres siglos siguientes, los soberanos y los comerciantes de Chola desplegaron una gran actividad en el sur de la India, Tailandia, la península de Malaca, algunas islas de Indonesia e incluso el sur de China.

Superando a otros reinos del este y el oeste de la India, la dinastía Chola se convirtió en uno de los imperios más poderosos del sur de Asia, solo comparable a la dinastía gaznávida de Mahmud, que residía mucho más al norte, en lo que hoy es Afganistán. La ingeniería hidráulica fue un elemento clave para el éxito de los Chola. Su dinastía construyó grandes represas y canalizaciones para llevar el agua a los cultivos. En vez de recaudar impuestos directamente, los soberanos Chola pedían a sus súbditos que entregaran a los templos parte de la cosecha de arroz. Los príncipes tenían más poder en los valles fluviales de las llanuras, donde los campesinos cultivaban arroz en campos bien irrigados. Su influencia era menor en zonas donde los campesinos practicaban la agricultura de secano, pastoreaban el ganado o recolectaban el fruto de los bosques.[44]

Los Chola, entusiastas mecenas del hinduismo, adoraban a Shiva. El hinduismo hacía hincapié en el culto público en los templos y en el culto diario en casa. En la capital, Thanjavur, Rajaraja I donó grandes extensiones de tierra al templo de Brihadisvara. Este templo, al igual que el que saqueó Mahmud en Somnath, tenía una cámara interior en la que había un lingam de piedra.

Cuando subió al trono en el año 985, Rajaraja I controlaba directamente las inmediaciones de la capital y de otras ciudades grandes, pero muchas aldeas eran independientes. El empe-

rador conquistó gran parte del sur de la India e invadió Ceilán. También extendió su poder mediante una serie de santuarios subordinados al templo de Shiva en Thanjavur, que reconocía a los reyes Chola como jefes espirituales.

Rajaraja I, al igual que otros soberanos, gestionaba la diplomacia a través del mecenazgo. El emperador pensaba que la mejor forma de estrechar lazos con los aliados era permitirles construir templos en su territorio, y demostraba su apoyo haciendo donaciones a los templos que sus aliados pagaban. En el año 1005 el soberano de Srivijaya fundó un monasterio budista y financió un templo hindú en su feudo de Nagapattinam, que era el puerto más importante del reino Chola. Tanto Rajaraja I como su hijo Rajendra destinaban los ingresos tributarios de las aldeas vecinas al mantenimiento de estos santuarios, que todavía seguían en pie en 1467, cuando unos monjes birmanos llegaron a aquellos lugares tras haber sufrido un naufragio. Este tipo de donaciones sirvió para unir a los templos desperdigados por el sur y el sureste de Asia.[45]

En el año 993 Rajaraja I invadió Ceilán, una isla mayoritariamente budista que está situada a solo cincuenta y cinco kilómetros del extremo sur de la India.[46] Las conquistas de los Chola desembocaron en el sometimiento de algunas ciudades importantes, donde Rajaraja I edificó templos consagrados a Shiva. El emperador tenía autoridad suficiente para cobrar peaje a los comerciantes que transportaban mercancías por los principales caminos, pero no para recaudar otros impuestos, pues ello requería la presencia de más funcionarios.

Los beneficios de la conquista eran tangibles, pues tanto los soberanos como los soldados se dedicaban al pillaje indiscriminado. Los ejércitos hindúes de los Chola saquearon los monasterios budistas, como describe detalladamente una crónica posterior:

Los Chola se apoderaron del Mahesi, de las joyas, de la diadema que había heredado el rey, de todos los adornos reales, de la valiosísima pulsera de diamantes, que era un regalo de los dioses, de la espada indestructible y de la reliquia de la tela rasgada.[47] […] Entrando por la fuerza en las cámaras donde se guardan las reliquias, se llevaron muchas imágenes de oro, y, mientras destruían monasterios por doquier, se adueñaban, como si fueran *yakkhas* [espíritus chupadores de sangre], de todos los tesoros de Lanka.

Los soberanos hindúes veían a los budistas ceilandeses como enemigos. Los motivos para atacar los templos budistas de Ceilán eran más o menos los mismos que tenía Mahmud para destruir los santuarios hindúes del norte de la India: desvalijar los templos de otras religiones.

Gobernados por soberanos tan hábiles como Rajaraja I, los Chola establecieron contactos con países lejanos. En el año 1012, su hijo Rajendra compartió el gobierno con él hasta su muerte dos años después. Entonces el globo empezó a desinflarse. La capital que fundó Rajendra, a la que dio el rimbombante nombre «Ciudad del Chola que conquistó el Ganges», nunca alcanzó el esplendor de Thanjavur.

Hay muy pocos documentos directos sobre los Chola: solo algunas inscripciones en placas de piedra o de cobre. Cualquier otro vestigio ha desaparecido a causa del clima cálido y húmedo del sur de la India. Las inscripciones son en su mayoría textos cortos en los que se registra alguna donación hecha por un grupo, en ocasiones un gremio de comerciantes, a un templo en nombre del soberano. ¿Imponía el rey la obligación de hacer esos regalos o se hacían para ganarse su confianza? No lo sabemos.

Estas diferentes posibilidades hacen que los historiadores no se pongan de acuerdo sobre el verdadero poder de los Chola. Quienes los ven como un Estado poderoso consideran que su rey era un personaje clave; quienes tienen en cuenta la iniciativa de los donantes dan menos importancia al papel del monarca.[48] Esta división de opiniones es evidente en lo que respecta a

la inscripción más vanagloriosa, aquella en la que Rajendra se ufana de haber enviado una flota en el año 1025 para conquistar la capital de Srivijaya.

Rajendra mandó grabar esa inscripción en la pared occidental del templo que su padre había consagrado a Shiva:

> Rajendra, habiendo enviado muchas naves al proceloso mar y habiendo capturado al rey de Kadaram, junto con los elefantes de su poderoso ejército, se apoderó de todos los tesoros que el rey había acumulado legítimamente; capturó con ruido el arco de Vidyadhara torana en la puerta de su gran capital, Srivijaya.[49]

Dejando a un lado lo rebuscado del texto, la cuestión es sencilla: Rajendra apresó al rey de Srivijaya, requisó sus elefantes, capturó un arco triunfal y saqueó la capital del reino.

¿Qué sucedió en realidad? Es posible que Rajendra enviara una flota a un lugar tan lejano, pero que sus tropas no dejaran ninguna huella en Sumatra. Es más probable que una cofradía de mercaderes llevara consigo a algunos mercenarios para proteger su mercancía y que, al ser atacados, los soldados repelieran la agresión.

Todos los soberanos magnificaban su gloria en inscripciones, y Rajendra no era diferente de los demás en ese aspecto. Un rey de Birmania, el soberano de la dinastía Pagan, afirmó que su representante había convencido al monarca Chola para que abandonara el hinduismo y se convirtiera al budismo.[50] (No es un hecho verídico.)

Es importante señalar que en la inscripción relativa a la expedición a Srivijaya se mencionan trece lugares del sureste de Asia (cinco están probablemente en la península de Malasia, cuatro en Sumatra, uno en las islas Nicobar y los otros tres aún no se han podido determinar). El conocimiento de los escribas de Rajendra sobre la geografía de Sumatra y Malasia confirma que el océano Índico era una vía de comunicación entre el Imperio Chola y el sureste de Asia.[51]

Otras inscripciones que enumeran los donativos a los templos por parte de los gremios de mercaderes nos ayudan a comprender por qué tenían tantos conocimientos geográficos. Los gremios habían existido en la India en épocas anteriores, y florecieron bajo los Chola. Sus miembros, que no solo procedían de la India, vendían mercancías diferentes pero se unían para que el monarca les concediera ciertos privilegios: a veces pagaban menos impuestos y a veces los recaudaban en su nombre.

Los gremios de comerciantes desempeñaron un papel fundamental en la expansión del Imperio Chola. Algunos grupos de mercaderes tamiles se unieron para comerciar en China y el sureste de Asia. Negociaban sobre todo con productos muy rentables: oro, pimienta, sustancias aromáticas y prendas de algodón estampadas. Los habitantes de la India y el sureste de Asia preferían el algodón a la seda porque era mucho más cómodo para el calor. Los gremios organizaban todas las fases de la producción de algodón, desde el cultivo hasta el tinte, el hilado y la estampación.

Uno de esos gremios, conocido como «los quinientos», tenía su base en la costa oriental del sur de la India. Una inscripción del año 1050 encontrada en Mysore dice que los gremialistas viajan por la India, Malasia y Persia para comerciar con un gran número de mercancías: elefantes, caballos, zafiros, perlas, rubíes, diamantes, cardamomo, clavo, sándalo, alcanfor y almizcle.[52] La diversidad de productos es impresionante: la ruta del océano Índico era una de las vías principales, y la cantidad de mercancías que circulaban por ella atestiguan su consolidación. La lista es sorprendente por otra razón: los historiadores suelen afirmar que la travesía entre Malasia y la India formaba parte de la ruta marítima de la seda, pero la seda no era la principal mercancía que circulaba por ella. No era siquiera la principal fibra textil, pues ese honor le correspondía al algodón.

El florido lenguaje de la inscripción completa del gremio, que ocupa unas tres páginas en la traducción inglesa, incluye algunos alardes sorprendentes para un grupo de mercaderes hindúes: «Como el elefante, atacan y matan; como la vaca, se levantan y matan; como la serpiente, matan con veneno; como el león, se abalanzan y matan».[53] Su orgullo alude al factor clave de su fuerza: con las contribuciones de sus miembros, los gremios contrataban mercenarios para proteger las mercancías.

Los sucesores de Rajendra eran cada vez más débiles. Los Chola empezaron a retirarse de Ceilán en la década de 1060, y se marcharon definitivamente en el año 1070. Los Imperios Chola y Srivijaya eran rivales en aquella época, según atestiguan los documentos chinos, y cada uno se consideraba superior al otro. Tras varios enfrentamientos en los que ambas potencias se disputaron la superioridad política, los diplomáticos chinos decidieron degradar a los Chola a subordinados de Srivijaya.[54] Durante su decadencia a lo largo del siglo XIII, los soberanos Chola cedieron partes de su territorio a sus vecinos.

En el Imperio Chola, los gremios de mercaderes siempre apoyaban de boquilla a sus soberanos, pero resultó que no los necesitaban para el éxito de sus operaciones comerciales. Incluso mientras la dinastía se debilitaba, los gremios tamiles seguían comerciando en Birmania, Tailandia y China. En Cantón, ayudaron a una emprendedora comunidad de inmigrantes, como nos muestran las inscripciones en tamil y los restos de templos hindúes.

El Imperio angkoriano, contemporáneo de Srivijaya y Chola, dominaba lo que hoy es Camboya. El nombre de la dinastía deriva de la palabra sánscrita que significa «ciudad», por lo que su capital pasó a llamarse Angkor a finales del siglo IX. Angkor Wat, situado cerca de la ciudad de Siem Riep, es uno de los con-

juntos monumentales más grandes del mundo, con cientos de templos que abarcan una superficie de 200 kilómetros cuadrados.

La dinastía angkoriana, fundada en el 802, reinó hasta bien entrado el siglo XV. Los sucesivos monarcas ejercieron su influencia en una zona cada vez más extensa. El fundador de la dinastía, Jayavarman II, que subió al trono precisamente en el año 802, conquistó muchos territorios. Su poder menguó durante el reinado de su sucesor, pero volvió a incrementarse cuando llegaron al trono gobernantes más poderosos. Jayavarman VII, que reinó entre 1181 y 1218, fue el último gran constructor de templos.

Muchas características del Estado litúrgico de Angkor nos resultarán familiares. Aspirando al ideal de monarca chakravartin, que hacía méritos entregando dinero y regalos a la comunidad budista, los reyes angkorianos ayudaron económicamente tanto a los templos budistas como a los templos hindúes consagrados a Shiva y Visnú. La mayoría de los soberanos elegían a una sola divinidad para su mecenazgo. Casi todos los templos que tenían el favor de los reyes eran de piedra, no de madera; las inscripciones estaban escritas en sánscrito y en jemer, la lengua vernácula. De manera similar, los artistas locales modificaron la iconografía originalmente india para representar a las divinidades. Los súbditos del rey hacían ofrendas a los lingam que había en los templos y santuarios de todo el reino.[55]

Aunque muchas personas llaman Angkor Wat a todo el emplazamiento, en realidad es el nombre de un solo conjunto de templos entre los que también se encuentran Angkor Thom, Banteay Srei y Ta Prohm, además de numerosos conjuntos más pequeños. (La palabra «wat» es de origen indio; ese templo en particular empezó siendo un santuario hindú y no recibió el nombre de Angkor Wat hasta el siglo XV.) Las distancias entre los templos son demasiado grandes para recorrerlas a pie; por

otra parte, el sol, abrasador incluso en diciembre, no invita a ello. Pero los turistas pueden moverse por allí en bicicleta, en ciclomotor o en taxi.

Una nueva tecnología conocida como LIDAR (acrónimo de «light detection and ranging») ha transformado nuestra comprensión de Angkor.[56] Pistolas láser instaladas en aviones o helicópteros bombardean con impulsos una zona determinada y utilizan un *software* que registra solo los impulsos que rebotan desde el suelo. Al excluir la vegetación, el LIDAR crea un mapa extraordinariamente preciso de la forma y el relieve del terreno —incluidos los restos de murallas y templos—, habitualmente oculto por la densa selva tropical.

Con el LIDAR se han obtenido los contornos de canales, terraplenes, presas y estanques que son muy difíciles de detectar incluso cuando se camina por la selva. Sin esas obras hidráulicas los súbditos del rey no habrían podido cultivar arroz, que era la base de la economía.

Aunque los primeros investigadores dieron por hecho que las zonas situadas fuera de los recintos sagrados estaban deshabitadas, como en la actualidad, el LIDAR muestra que estaban llenas de calles con numerosas viviendas.[57] Combinando la nueva tecnología con la información de las inscripciones, los arqueólogos han determinado que Angkor Wat tenía 750.000 habitantes.[58]

Los impresionantes murales de los templos también nos proporcionan información sobre su estilo de vida. Los famosos bajorrelieves de Bayón representan escenas religiosas tomadas de la mitología hindú y de textos budistas, así como algunas escenas de la vida cotidiana (incluso peleas de gallos, en las que los jemeres y los chinos, que se distinguen por el corte de pelo, hacen apuestas).

Estas escenas indican un gran cambio en la dirección del comercio. Tanto los gobernantes como el pueblo, aunque siguieron venerando deidades indias, a partir del año 1000 tuvieron menos contacto con el sureste de Asia. China se convirtió en el principal destino comercial, y el número de mercaderes chinos fue aumentando a medida que los indios abandonaban aquella región. Barcos cargados de mercancías iban y venían de China con mucha frecuencia, pues los habitantes de estas tierras cada vez suministraban más productos a los voraces consumidores chinos.

El desvío del comercio hacia China afectó a las localidades del sureste asiático de diferente manera. Los javaneses y los balineses empezaron a importar monedas chinas de bronce para usarlas como calderilla en el siglo XI, y, en el siglo XIII, cuando los suministros de China disminuyeron, copiaron las monedas chinas para su propio uso. En numerosos puertos, los mercaderes chinos llegaron a superar en número a los comerciantes indios, sobre todo tras la conquista mongola del sur de China en la década de 1270, cuando muchos chinos se trasladaron permanentemente al sureste de Asia. El siglo XIII fue también la época de las primeras tumbas musulmanas en el norte de Sumatra, donde el islam arraigó profundamente.[59]

En 1290, después de que los mongoles conquistaran China, un diplomático de este país llamado Zhou Daguan visitó Angkor en nombre del emperador mongol Kublai Kan. Zhou observó muchas cosas y escribió uno de los relatos más detallados que se conservan de la época.[60] El diplomático enumeró las mercancías que intercambiaban China y Camboya. Al igual que todos los países del sureste asiático, los camboyanos importaban grandes cantidades de cerámica china. La relación de Zhou incluye algunas materias primas —mercurio, salitre, sándalo—, pero destaca sobre todo la gran variedad de artículos manufacturados: objetos de estaño, bandejas lacadas y de cobre, sombri-

llas, ollas de hierro, cestas, agujas, peines de madera y esteras de junco. La industria china contaba con empresas capaces de fabricar grandes cantidades de productos para la exportación.

He aquí la relación de lo que exportaban a China los camboyanos: plumas de martín pescador, colmillos de elefante, cuernos de rinoceronte, cera de abejas, palo áloe, cardamomo, gutagamba (una gomorresina amarilla), laca, aceite de Chaulmoogra (un medicamento para las enfermedades de la piel) y granos de pimienta verde y azul. Los numerosos productos forestales podrían dar la falsa impresión de que los camboyanos recogían estas materias primas con métodos tradicionales. En realidad, la preparación de todos esos productos naturales para la exportación requería una compleja logística y un procesamiento cuasiindustrial. Los cazadores profesionales, explica Zhou, hacían caer en sus redes a los machos de martín pescador usando como señuelo una hembra; en un buen día podían atrapar cuatro o cinco aves, en un día malo, ninguna.

En el momento de la visita de Zhou Daguan, el principal rival de Camboya era Vietnam, que se independizó de China en el año 1009. Situado en una de las principales rutas comerciales del golfo de Tonkín, Vietnam suministraba prácticamente los mismos productos que Camboya a los chinos que vivían en el norte.[61] Extremadamente independientes, los vietnamitas emulaban a los chinos más que ningún otro país del sureste asiático.

Situado entre las islas cercanas a la bahía de Ha-Long en el delta del río Rojo, Van Don se convirtió en el puerto más importante del norte de Vietnam a partir del año 1100.[62] Allí los negociantes vendían los productos de las regiones montañosas a mercaderes procedentes de todo el océano Índico. Los comerciantes chinos fueron especialmente importantes porque se establecieron en gran número e influyeron en los pueblos autóctonos, que adoptaron la vestimenta, la comida y el té chinos.

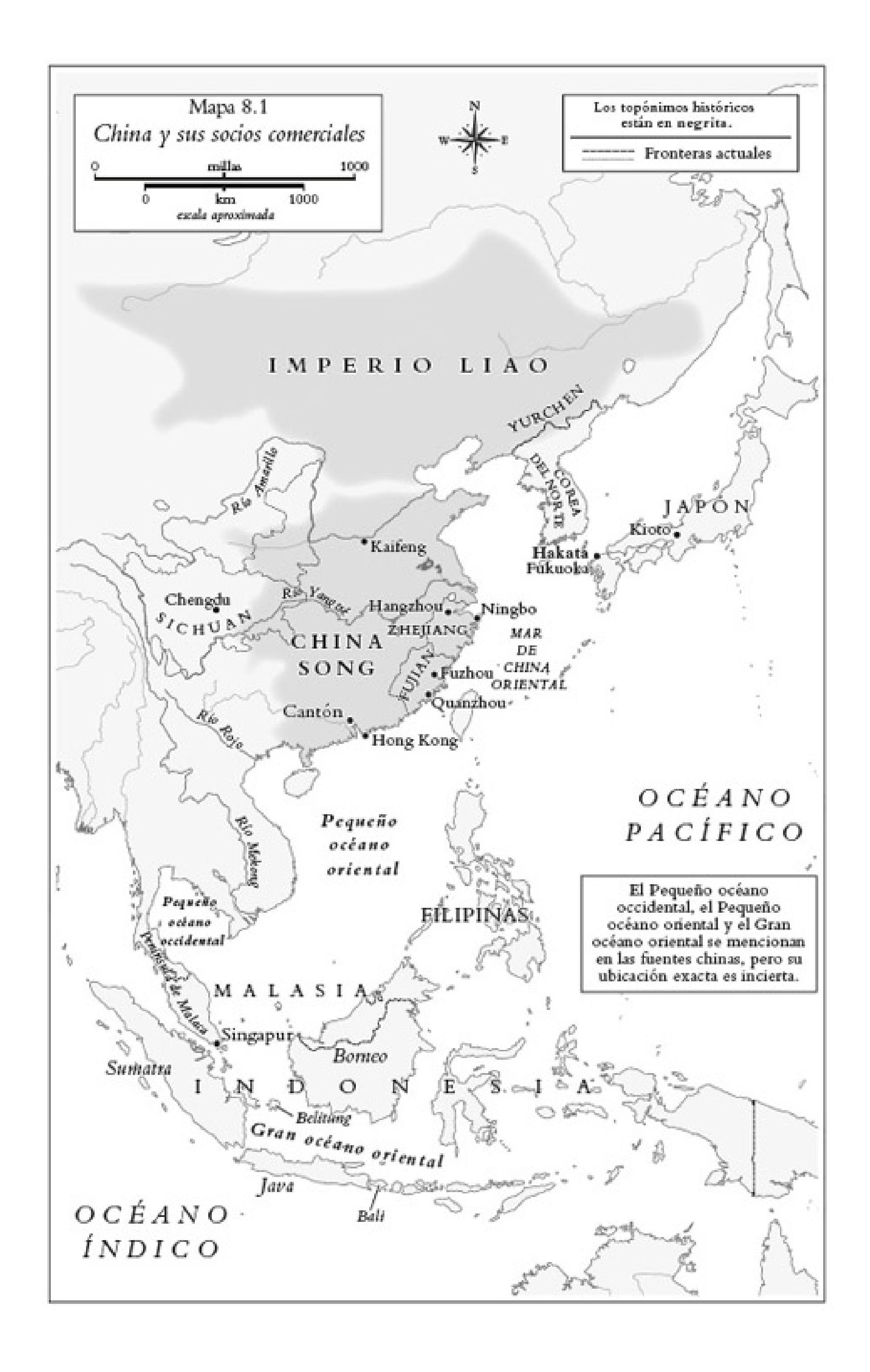
En 1406, el tercer emperador de la dinastía Ming, al descubrir que había apoyado a un usurpador del trono vietnamita, autorizó una invasión. Durante veinte años, los ocupantes extranjeros intentaron gobernar Vietnam como una provincia china, y crearon oficinas en todo el país para imponer gravámenes al comercio, la sal y la pesca.

Los Ming establecieron una oficina cerca de Van Don para acumular perlas, un producto muy demandado en China.[63] Un documento de la época describe aquellas instalaciones:

> Crearon una pesquería para recoger las perlas. Obligaban a miles de personas a trabajar todos los días. En aquella época los chinos eran muy exigentes. Conminaban a la gente a recolectar todos los productos locales: pimienta, sustancias aromáticas, ciervos albinos, elefantes blancos, tortugas de nueve colas, pájaros colgantes, monos de cara blanca, serpientes y otros animales. Y se los llevaban a China.[64]

Este pasaje muestra de manera un tanto visceral la condición de productor en una economía globalizada: trabajando todo el día a la intemperie, los vietnamitas recogían plantas y animales destinados a China. Cuando la dinastía Ming se retiró en 1427, una estirpe vietnamita recuperó el poder, pero la economía siguió estando al servicio de los consumidores chinos.

La economía globalizada del sureste asiático se fue desarrollando a lo largo de quinientos años. Durante milenios, los habitantes de la India y el sureste de Asia habían navegado por el océano Índico, y la intensidad de esos vínculos no hizo sino aumentar con el tiempo, pues los consumidores de toda la región, y en especial los puertos chinos, compraban las especias, la madera y las resinas aromáticas originarias de la India y el sureste asiático. El tráfico en algunas rutas fue más intenso durante ciertos períodos, pero la tendencia general era clara. Antes del año 1000, la mayoría de las rutas que comunicaban el sureste de Asia con el resto del mundo pasaban por la India. Pero, a partir más o menos de ese año, el comercio se reorientó para abastecer a China, que es el tema del siguiente capítulo.



Mapa 8.1
China y sus socios comerciales
0
millas
1000
0
km
1000
escala aproximada
N
W
E
S
Los topónimos históricos están en negrita.
Fronteras actuales
IMPERIO LIAO
YURCHEN
COREA DEL NORTE
JAPÓN
Kioto
Hakata
Fukuoka
Río Amarillo
Kaifeng
Chengdu
SICHUAN
Río Yangtsé
Hangzhou
Ningbo
ZHEJIANG
CHINA SONG
MAR DE CHINA ORIENTAL
FUJIAN
Fuzhou
Quanzhou
Cantón
Hong Kong
Río Rojo
OCÉANO PACÍFICO
Río Mekong
Pequeño océano oriental
Pequeño océano occidental
FILIPINAS
El Pequeño océano occidental, el Pequeño océano oriental y el Gran océano oriental se mencionan en las fuentes chinas, pero su ubicación exacta es incierta.
Península de Malaca
MALASIA
Singapur
Borneo
Sumatra
INDONESIA
Belitung
Gran océano oriental
Java
Bali
OCÉANO ÍNDICO

CAPÍTULO 8

El lugar más globalizado del mundo

Los chinos tenían más relaciones comerciales con naciones extranjeras que ningún otro país en el año 1000. China exportaba cerámica de calidad y otros artículos manufacturados a sus clientes de Oriente Medio, África, la India y el sureste asiático, y los proveedores de esos países suministraban productos a los consumidores chinos. Los contactos internacionales de China eran tan amplios que afectaban a personas de todas las clases sociales; no solo a los habitantes de las ciudades portuarias chinas, sino también a quienes vivían en el interior. Los chinos no es que se estuviesen preparando para la globalización, sino que vivían ya en un mundo globalizado. Y ese mundo alcanzó la madurez durante los trescientos años en que reinó la dinastía Song (960-1276).

Algunos de los productos que los chinos compraban en grandes cantidades son bien conocidos.[1] Las perlas y las ágatas servían como joyas o adornos para la ropa. Los artesanos transformaban los colmillos de elefante y los cuernos de rinoceronte en hermosos objetos decorativos. El coco y la yaca eran frutos tropicales que no crecían en China, pero, junto con la pimienta negra, el clavo, la nuez moscada y el cardamomo, se usaban para dar más sabor a las comidas. El producto manufacturado que más importaban los chinos eran las esteras de junco procedentes del sur de Malasia, cerca de la actual Singapur.[2]

Lo que más se importaba del sureste asiático era el palo áloe, o madera del agáloco, que crecía a lo largo de la costa continental o en las islas de Indonesia.[3] Cuando es atacado por un moho específico, el agáloco produce una resina aromática y su madera desprende un agradable olor. Los chinos colocaban astillas de palo áloe en soportes metálicos; al prenderles fuego, las es-

quirlas ardían despacio y perfumaban el ambiente. El palo áloe figuraba en la composición de muchos perfumes por su facilidad para mezclarse con otras fragancias.[4]

Antes de que se generalizase el consumo de sustancias aromáticas, su uso se limitaba a las clases altas. Esa utilización elitista se menciona en el *Genji Monogatari,* una novela escrita en torno al año 1000 por Murasaki Shikibu, una mujer que vivió en la corte de Kioto cuando esta ciudad era la capital de Japón.

Nacida en una familia de la baja nobleza, probablemente a principios de la década de 970, Murasaki se casó relativamente tarde, cuando tenía veintitantos años, con un hombre mucho mayor que ella. Tras dar a luz a una hija, su marido murió, dejándola viuda a los treinta y pocos años, y vivió todavía unos diez años más. Murasaki era mucho mejor escritora que lo que su biografía permite entrever. El *Genji Monogatari,* o «Historia de Genji», no es la novela más antigua del mundo —ciertos escritos en griego y en latín reivindican ese título—, pero podemos considerarla como la primera novela psicológica, porque en ella la autora analiza con enorme perspicacia los sentimientos de numerosos personajes.[5]

El *Genji Monogatari* describe el hermético mundo de los cortesanos que vivían en el entorno del palacio imperial de Kioto, en un espacio de poco más de 25 kilómetros cuadrados. Murasaki ambientó la novela a principios del siglo x, esto es, aproximadamente un siglo antes de su redacción, y narra las amistades, los amoríos y la muerte de Genji, el hijo de un emperador al que habían apartado de la línea sucesoria para que no pudiera reinar.

Los protagonistas de la novela —la familia imperial, la familia del regente y los aristócratas más notables— dan mucha importancia a las sustancias aromáticas, preparando sus propias mezclas, que utilizan para aromatizar la ropa y perfumar los

aposentos. Estas sustancias aromáticas, procedentes del mundo islámico y del sureste de Asia, fueron llevadas por los chinos al puerto de Fukuoka (la antigua Hakata), que era la puerta de entrada en Japón.[6]

En este mundo enrarecido, el sello distintivo de un caballero es su olor característico. Los amigos de Genji —y sus numerosas amantes— lo reconocen por su olor, el cual es tan penetrante que permanece en las estancias en las que ha estado. Preparar el perfume no es una tarea para la servidumbre: Genji se pasa horas mezclando especias y diferentes maderas hasta obtener la combinación perfecta.

Las mujeres también perfumaban la ropa. Permanecían casi todo el tiempo en casa y en el jardín, salvo las raras veces que salían para ir a las ferias de los templos. Como en el Japón actual, incluso los ricos vivían en casas austeras, sin mesas ni sillas. Todos se sentaban y dormían en tatamis.

En un momento dado, cuando Genji está planeando una grandiosa fiesta de cumpleaños para su hija, la princesa de Akashi, decide organizar un concurso de fragancias.[7] Tras reunir varias cajas y tarros de elegante aspecto, Genji empieza a elaborar sus propias mezclas. Al considerar que algunas muestras de madera olorosa recién llegadas de China son ligeramente inferiores, las mezcla con sustancias más antiguas y de mayor calidad. (Uno de los temas recurrentes de la novela es la añoranza del pasado.) Su fórmula combina clavo con palo áloe porque este es la base perfecta para las mezclas. Una vez preparada la mixtura, entierra una parte junto a un arroyo para intensificar la fragancia.

La mayoría de los invitados a la fiesta llevan perfumes relacionados con las estaciones del año: las fragancias que huelen a flor de ciruelo evocan la primavera, pero la mezcla de Genji es otoñal. El aroma individual de cada persona, resultado de su

propio olor y de la mezcla utilizada para sahumar la ropa, habría variado con la estación.[8] Una mujer decide en cambio preparar una mezcla tan fuerte que se percibe a cien pasos de distancia. Cuando llega el momento de emitir un veredicto, Sochinomiya, hermanastro de Genji, no elige un vencedor, sino que elogia las diferentes mezclas, demostrando un profundo conocimiento de los aromas palaciegos.

La novela de Murasaki Shikibu da muchos detalles sobre la importancia de las sustancias aromáticas en la vida de la familia real japonesa, y el emperador chino y los aristócratas de la corte también se reconocían por el olor personal. Debido a que muchas sustancias aromáticas eran resinas o maderas, los chinos y los japoneses no usaban lociones o perfumes líquidos con demasiada frecuencia. Preferían usar la madera o la resina en su estado natural, por lo que a menudo quemaban distintas mezclas para aromatizar el ambiente. Sahumaban la ropa con el humo de diferentes maderas, ponían saquitos con fragancias junto a la ropa y se bañaban en agua perfumada. También amueblaban las casas con enseres hechos con maderas aromáticas.[9]

Las sustancias aromáticas gozaban de gran popularidad porque los chinos dedicaban mucho tiempo y esfuerzo a cambiar el olor y el sabor de las cosas. La gente no se bañaba con frecuencia, y la ropa de seda era difícil de limpiar. Los pobres tenían muy poca ropa, y lavarla no resultaba práctico porque habitualmente estaba hecha de ramio, cáñamo y otras fibras bastas.

Las sustancias aromáticas eran mucho más importantes en el mundo del año 1000 que en la actualidad, cuando las velas aromáticas y el incienso se usan principalmente para perfumar el aire. Hoy las utilizamos poco (los principales consumidores de varitas de incienso son los fieles practicantes que acuden a los templos en el sureste de Asia). En el año 1000, las familias im-

periales de China y Japón, que eran extremadamente ricas, consumían grandes cantidades de sustancias aromáticas. Y el mercado más grande era, con diferencia, China.

La lengua china tenía un término genérico para denominar las sustancias aromáticas *(xiang)*, que englobaba las lacas, las resinas y ciertos conservantes como el almizcle y el ámbar gris.[10] Algunas sustancias tenían una sola función: el almizcle, que se extrae de la bolsa que tiene en el vientre un ciervo tibetano, y el ámbar gris, que procede del intestino de los cachalotes, intensificaban las fragancias y las hacían más persistentes. De manera similar, el incienso y la mirra, originarios de la península arábiga, desprendían un aroma muy fuerte al quemarlos.[11] Otras sustancias eran más versátiles: el sándalo, procedente de Java y la India, se usaba también para fabricar muebles o cajas, para modificar el aroma de los perfumes y para dar sabor a las comidas y las medicinas.

El comercio de China con los pueblos del océano Índico comenzó mucho antes del año 1000. Las primeras mercancías que importaron los chinos en los siglos I y II a. C. fueron sobre todo artículos decorativos tales como perlas de Sri Lanka, marfil de elefante y vistosas plumas de ave, como las del martín pescador. Solo el emperador y los cortesanos más ricos podían permitirse esos lujos. La demanda de maderas aromáticas, resinas e incienso aumentó a partir del año 500, lo que indica que los productos exóticos ya no los consumían solamente los nobles, sino también el pueblo llano.

China tenía muchos puertos prósperos, pero el principal centro comercial era Cantón, situado justo al norte de Hong Kong. Los barcos que zarpaban de Cantón navegaban por la costa de Vietnam y atravesaban el estrecho de Malaca. Desde allí se dirigían hacia el oeste, alcanzaban la costa occidental de la India y seguían hasta la península Arábiga. Una vez rebasado Omán, descargaban la mercancía en los puertos de Siraf o Ba-

sora, en los actuales Irán e Irak respectivamente.[12] La ruta marítima entre el golfo Pérsico y China, con el tramo adicional hasta el este de África, se había formado en los siglos VIIII y IX. En esa época, la mayoría de los barcos que hacían esa ruta partían de la península arábiga, la India o el sureste asiático (las embarcaciones chinas desempeñaron un papel importante después del año 1000).

Los barcos mercantes transportaban cerámica china hasta el este de África, y, como solía suceder cuando se abrían nuevas rutas, las noticias sobre el noreste de África llegaron muy pronto a China. Duan Chengshi, que murió en el año 863, sabía lo suficiente sobre la costa de Berbera, al este del actual Yibuti, para describir el tráfico de esclavos que se desarrollaba en esa zona: «Las gentes de este país capturan a sus compatriotas y se los venden a mercaderes extranjeros por mucho más dinero del que obtendrían en su tierra».[13] Chengshi añadió que aquella región también exportaba colmillos de elefante y ámbar gris. Algunas historias ambientadas en el puerto de Cantón hablan de esclavos de piel oscura procedentes de África o el sureste de Asia, los cuales eran hábiles nadadores y tenían poderes mágicos.[14]

En la época en que escribió Duan Chengshi, la dinastía Tang (618-907), predecesora de los Song, designó un agregado comercial para recaudar aranceles aduaneros en Cantón, pero la dinastía no se hizo con el monopolio de los bienes importados.[15] La política comercial de los Tang consistía en inspeccionar los barcos extranjeros cuando llegaban a puerto; los funcionarios de comercio, que solían ser eunucos, seleccionaban lo que querían para la corte (un observador árabe refiere que se quedaban con el 30 % de cada cargamento) y permitían que los comerciantes vendieran el resto de la mercancía.[16]

Cuando la dinastía Tang llegó a su fin en el año 907, China se dividió en diferentes regiones, cada una con su propio soberano. El comercio entre China y el sureste asiático se interrumpió en esa época, cuando los ataques a los musulmanes por parte de los seguidores de Huang Chao obligaron a muchos mercaderes extranjeros a abandonar Cantón.

La mayoría de las embarcaciones que viajaban entre el mundo islámico, el sureste asiático y China antes del año 1000 eran o bien *dhows* o bien «barcos cosidos» construidos en el sureste de Asia. Un «barco cosido», que se hundió frente al puerto indonesio de Intan, constituye una excelente imagen del comercio de China con el sureste asiático cuando se restableció el tráfico comercial a principios del siglo x.[17] Habiendo zarpado de la isla de Belitung con destino al noroeste de Java, este barco de fabricación indonesia transportaba una gran cantidad de metales valiosos, incluyendo monedas de oro, 145 monedas chinas de plomo (algunas con fecha del año 918), divisas de estaño fabricadas en Malasia, estatuillas budistas (para ser convertidas en monedas), lingotes de estaño y de bronce y, por último, 200 kilos de plata.

La cantidad de plata encontrada en el naufragio de Intan es enorme, pues equivale a toda la producción anual de una de las minas más productivas de China. Las inscripciones de los lingotes de plata nos indican cuál era su finalidad: fueron emitidos por la oficina de recaudación de un soberano indonesio, probablemente para comprar sustancias aromáticas.[18] Otro barco se hundió frente a la costa de Java, cerca de la actual Cirebon, en torno al año 970.[19] Este barco cosido medía unos 30 metros de largo y transportaba un cargamento de 600.000 piezas de cerámica (casi todas ellas de fabricación china). El barco podía transportar entre 225 y 300 toneladas de mercancías. Supo-

niendo que tales barcos viajaban entre China e Indonesia varias veces al año, nos hacemos una idea de la magnitud del comercio entre ambas regiones incluso antes del año 1000.

Cuando el comercio entre China y el sureste asiático se recuperó, la construcción naval china empezó a mejorar, y los barcos de vela desempeñaron un papel más importante en el comercio marítimo. Alrededor del año 1000 se produjo una innovación clave, cuando los metalúrgicos chinos aprendieron a recocer el alambre de hierro y a fabricar agujas magnéticas; con esas agujas crearon una brújula que permitió a los marinos encontrar el norte magnético.[20] Con otros instrumentos de navegación, como el astrolabio, era necesario que el cielo estuviera despejado, pero la brújula funcionaba en cualquier circunstancia climática, lo que proporcionó a los navegantes chinos una enorme ventaja.

Los constructores chinos también usaban clavos para unir las planchas de madera, y sus barcos tenían compartimentos separados para los tripulantes y el cargamento.[21] Los mamparos y los compartimentos estancos aumentaban la flotabilidad y permitían capear mejor los temporales. Si la embarcación hacía agua, esta entraba solo por una sección y no inundaba toda la nave, como sucedía con los *dhows* y los barcos cosidos.

El famoso viajero Ibn Battuta (que vio a seiscientas niñas esclavas cruzando el Sahara) elogió las ventajas de los barcos chinos. En un *dhow*, todos los tripulantes se juntaban en la cubierta, mientras que en los buques chinos podían alojarse en compartimentos separados por tabiques de madera. Ibn Battuta apreciaba la intimidad que proporcionaban esos navíos. En una ocasión insistió en trasladar sus efectos personales de un barco grande a una ligera embarcación china para poder disfrutar de la compañía de las concubinas que viajaban con él.[22]

Puesto que los barcos chinos desempeñaban un importante papel en la navegación marítima en torno al año 960, cuando se fundó la dinastía Song, el emperador siguió recibiendo misiones de homenaje de los países limítrofes. El sistema «tributario», que tenía más de mil años de antigüedad, permitía a los países adyacentes enviar regalos, por lo general productos autóctonos, a los emperadores chinos y que estos correspondieran con otros obsequios, a menudo tejidos de seda.

Durante los primeros años de la dinastía, los Song enviaban funcionarios a los países del sureste asiático para negociar misiones de homenaje. Los embajadores del emperador, provistos de formularios, registraban el nombre del soberano, el país y las donaciones esperadas.[23] Dado que la dinastía reinante utilizaba el sistema tributario para ganar prestigio, en muchos casos los regalos que hacía el emperador chino eran más valiosos que los que recibía. Por eso muchos mercaderes extranjeros se hacían pasar por portadores de tributos cuando llegaban a China. La normativa exigía que los funcionarios comerciales chinos expulsaran a los impostores, pero algunos mercaderes, sobre todo los que procedían de lugares desconocidos, conseguían evitar la detección.

La reglamentación vigente en la década de 970 especifica que los tributarios tenían derecho a visitar la capital, Kaifeng, para poder entregar los obsequios al emperador en persona. La misma reglamentación estipulaba que los mercaderes dedicados al comercio ordinario debían permanecer en el puerto en el que atracaban. Durante la década de 1030, las misiones de homenaje se interrumpieron temporalmente.[24] Después, los Song, aunque siguieron acogiendo alguna misión de homenaje, decidieron imponer aranceles a las mercancías extranjeras.

La magnitud del comercio marítimo hizo que los Song abandonaran las prácticas fiscales de las dinastías anteriores y que gravaran fuertemente el comercio internacional. El nuevo sis-

tema fiscal era complejo pero ingenioso. Los funcionarios que lo idearon, como todos los que recaudan impuestos, pretendían maximizar los ingresos.

En cada puerto había un comisario especial, el «superintendente de comercio marítimo», que inspeccionaba todos los barcos y extendía salvoconductos para los mercaderes chinos que viajaban al extranjero. El superintendente se encargaba de recaudar los nuevos impuestos y enviarlos al gobierno imperial en Kaifeng. El puerto de Cantón tenía tanta actividad que en el año 971 la dinastía Song destinó allí al primer superintendente de comercio marítimo. A diferencia de los Tang, que habían nombrado un solo comisario de comercio, los Song destinaron a otros superintendentes a los puertos de Hangzhou y Ningbo durante los veinte años siguientes, lo que indica lo importantes que eran los ingresos del comercio internacional para la nueva dinastía.

Los funcionarios fiscales crearon tres nuevos impuestos. Primero, cuando un barco llegaba a puerto, las autoridades comerciales subían a bordo para calcular el valor total de la mercancía y confiscaban el 20-30 % del cargamento. La confiscación directa permitía a los funcionarios requisar los artículos que reclamaba el gobierno central (en realidad, el emperador y su familia).

Los funcionarios de comercio recaudaban otro impuesto sobre «mercancías finas», que consistía en comprar por debajo del precio de mercado los artículos de gran valor, tales como perlas, colmillos de elefante y ámbar gris. Con esta legislación, el gobierno detentó el monopolio de todas las mercancías finas, y los funcionarios de comercio establecieron mercados en todo el imperio. Muchas mercancías iban a parar a manos de mayoristas, pero las personas normales también podían hacer pequeñas compras.

El tercer impuesto se aplicaba a las «mercancías bastas», o las mercancías a granel, a menudo grandes leños de madera aromática, que formaban el resto del cargamento. Una vez pagado el impuesto sobre las mercancías bastas, los mercaderes extranjeros podían venderlas directamente a los mercaderes chinos, en ocasiones en el muelle mismo.

Como era de esperar, las tarifas cambiaban con frecuencia, y los mercaderes se quejaban cuando las requisas directas eran exageradas o cuando se pagaba demasiado poco por las «mercancías finas». A veces los comerciantes salían victoriosos: en el año 995, el gobierno cedió, ordenando a los funcionarios que dejaran de comprar mercancías a precios artificialmente bajos o de imponer tarifas abusivas.[25] De manera similar a lo que sucede hoy en día, las prácticas comerciales injustas desincentivaron el comercio internacional. En un momento dado, cuando el empobrecido gobierno aumentó la confiscación directa hasta el 40 %, los comerciantes extranjeros sencillamente dejaron de recalar en los puertos chinos.[26]

La guerra del año 1004 contra la dinastía Liao llegó a su fin con el Tratado de Chanyuan (1005).[27] Aunque era necesario vigilar atentamente la línea divisoria entre las dinastías Liao y Song, en realidad aquella frontera era permeable. Los caballos, cuya venta estaba prohibida por los Liao, llegaron al territorio de los Song, y muchas mercancías (sal, libros, mapas, armas y monedas) viajaron al norte a pesar del decreto que prohibía su exportación.[28]

Los Song prohibieron la exportación de monedas porque las piezas de bronce con alto contenido de cobre seguían siendo la divisa principal, y los funcionarios de finanzas tenían miedo de que su pérdida dañara la economía. Las monedas chinas eran redondas con un agujero cuadrado que permitía ensartarlas —al principio en tandas de mil unidades, y luego, después de la inflación, en grupos de casi ochocientas— para poder contarlas

más fácilmente. Las monedas tenían algunos inconvenientes: por su peso, eran difíciles de transportar a largas distancias y los suministros de cobre no siempre podían satisfacer la demanda.

Debido a que la escasez de cobre era especialmente preocupante en la provincia de Sichuan, en la década de 980 el gobierno emitió monedas de hierro, que eran todavía más pesadas que las de cobre. Las monedas necesarias para comprar un kilo de sal pesaban un kilo y medio. Tras una rebelión (993-994) desencadenada por las dificultades económicas, los comerciantes locales dieron el revolucionario paso de sustituir las monedas de hierro por pagarés. Preocupados por los posibles abusos, los funcionarios locales solo permitieron emitir billetes a dieciséis comerciantes de reconocida solvencia. Pero, cuando algunos de esos comerciantes se endeudaron, los funcionarios empezaron a emitir papel moneda (1024).[29] Ese fue el primer papel moneda del mundo, pero, como solo circulaba en la provincia de Sichuan, no tuvo demasiada repercusión.

Durante las décadas en que se estaba probando el papel moneda, los Liao y los Song firmaron el Tratado de Chanyuan. Los consiguientes controles fronterizos limitaron considerablemente el comercio con el norte, pero, como el ejército necesitaba caballos (los chinos nunca consiguieron criar caballos tan rápidos y fuertes como los de las estepas asiáticas), los Song compraron muchas monturas procedentes de diversos reinos del noroeste. Los caballos fueron la principal importación terrestre durante su dinastía.[30]

Los comerciantes chinos enviaban cada vez más barcos al sureste asiático, la India, Oriente Medio y el este de África, donde ningún enemigo dificultaba el comercio. Los chinos sacaron mucho partido a la exportación de cerámica y tejidos de calidad. La exportación de metales también era importante, tanto en forma de cilindros y lingotes en bruto como de pro-

ductos manufacturados, entre los que había calderos, *woks* y espejos. El constante flujo de ingresos procedente de las exportaciones servía para financiar el floreciente comercio de sustancias aromáticas.

Quanzhou fue la metrópoli que más se benefició de ese comercio. Situada en la costa meridional de China, frente a la isla de Taiwán, Quanzhou contaba con muchos residentes extranjeros. Los indios financiaron un templo budista en la década de 980.[31] La principal mezquita de Quanzhou se construyó en el año 1009 o 1010.[32] En Quanzhou se han encontrado más de doscientas lápidas con inscripciones en árabe, muchas más que en ninguna otra ciudad china antes de 1500, y los musulmanes arabófonos de Quanzhou formaban la comunidad extranjera más grande de China en esa época.[33]

Este grado de familiaridad entre propios y extraños, que vivían codo con codo, era muy poco habitual en las ciudades chinas, hasta el punto de llamar la atención de los funcionarios.[34] En el barrio de los comerciantes «había dos clases de extranjeros, oscuros y claros», observó un comentarista para evidenciar la diversidad étnica de la comunidad mercantil.[35]

En el año 1000 Quanzhou era ya un gran puerto internacional. La legislación estipulaba que todas las mercancías que llegaban a China tenían que entrar por un puerto en el que hubiera un superintendente de comercio marítimo, pero Quanzhou prosperó porque no siempre se cumplía la ley (no se cumplía entonces, como tampoco se cumple estrictamente hoy). Antes del nombramiento de un superintendente, el contrabando estaba muy extendido. Un observador señaló: «La marina mercante regresa cada año en grupos de veinte barcos que transportan enormes cantidades de mercancías prohibidas».[36] Finalmente, en el año 1087 el Gobierno nombró un superintendente comercial para el puerto de Quanzhou.[37]

A partir de ese momento, Cantón y Quanzhou fueron los puertos más importantes de China. La mayoría de los buques que llegaban a Cantón y Quanzhou procedían del sureste asiático y de más allá, mientras que Ningbo era el puerto desde el que salían los barcos con destino a Corea y Japón. Aunque China y Japón no mantenían relaciones diplomáticas, numerosos barcos viajaban entre el puerto chino de Ningbo y la aduana de Fukuoka, que era el único puerto en el que se permitía la entrada a los comerciantes extranjeros.[38] Los barcos procedentes del reino de Liao también recalaban en Fukuoka.

Zhu Yu, hijo de un aduanero de Cantón, describió en 1117 con mucho realismo la vida portuaria.[39] Para impedir el contrabando, los funcionarios del gobierno colocaron vigías a lo largo de 350 kilómetros de costa para avistar cualquier barco que se dirigiera a Cantón. Zhu Yu explica cómo navegaban los barcos. Conocedores de la costa, los marinos se guiaban por las estrellas durante la noche y por la sombra del sol durante el día. También usaban un cabo largo con un gancho en el extremo para examinar el lodo del fondo marino, pues los navegantes expertos podían determinar la ubicación por el olor y la consistencia del fango. Y, cuando había poca visibilidad, recurrían a la brújula.

Las elevadas sanciones —los infractores se arriesgaban a que les confiscaran toda la mercancía— pretendían disuadir a los contrabandistas. Tal como establecía la ley, el superintendente de comercio marítimo confiscaba una décima parte de la carga y luego clasificaba el resto del cargamento, dividiéndolo en mercancías finas y bastas.

Zhu Yu es el único escritor de la dinastía Song que menciona a los esclavos traídos de otros países.[40] Nos explica que algunos de ellos eran tripulantes capturados por piratas y que tenían una insólita cualidad: «Los esclavos extranjeros nadan muy

bien; se zambullen en el agua sin cerrar los ojos».[41] Los esclavos sabían reparar las vías de agua con «guata para reforzar el casco».

A los esclavos les costaba adaptarse a las costumbres chinas. Como estaban acostumbrados a comer alimentos crudos, los platos cocinados les producían diarreas, en ocasiones mortales. Zhu Yu nos dice que «los esclavos son negros como el azabache. Sus labios son rojos, y sus dientes blancos. Tienen el pelo rizado y amarillo».[42] ¿Amarillo? Esta palabra en chino puede designar el color de las canas, pero también es posible que los esclavos padecieran un trastorno nutricional denominado kwashiorkor, que es causado por un déficit de proteínas.[43] A veces, las personas que solo comen alimentos crudos padecen este trastorno, que puede dejar el pelo de color ocre.

Los esclavos que se adaptaban a la nueva alimentación llegaban a comprender las órdenes en chino, pero ninguno dominaba el idioma. La idea de adaptación cultural que tenía Zhu Yu refleja la de sus contemporáneos: al considerar la cocina como un elemento fundamental de la identidad china, les costaba creer que alguien que no se hubiera alimentado siempre de comida china pudiera aprender bien la lengua.

Lo que cuenta Zhu Yu sobre los esclavos extranjeros es desconcertante. Si los chinos importaban muchos esclavos, alguien más tendría que haberlos mencionado. Tal vez los esclavos a los que se refería eran los siervos de los comerciantes islámicos de Cantón.

Los chinos no necesitaban importar esclavos, pues ya tenían los suyos. En los documentos históricos no hay ninguna referencia a la escasez de trabajadores. Recordemos que la población de China se disparó durante el reinado de los Song, superando los 100 millones en la época que describe Zhu Yu.

Zhu Yu da otra razón para explicar la gran demanda de sustancias aromáticas: los chinos las usaban para preparar comidas y bebidas. «Es costumbre que los invitados, cuando llegan, beban té, y, cuando se van, tomen sopa», relata Zhu Yu. «La sopa, a la que se añaden ingredientes aromáticos, edulcorantes y medicinales, puede tomarse fría o caliente. El uso de hierbas dulces está muy extendido por todo el imperio.»

Las clases altas usaban las sustancias aromáticas con gran refinamiento. Un funcionario era muy aficionado a quemar incienso: «Siempre que estaba en su oficina, se levantaba y, antes de ponerse a trabajar, encendía dos braserillos sobre los que colocaba su uniforme. Al salir de la casa se recogía las mangas; cuando se sentaba, al aflojarlas exhalaban una intensa fragancia que inundaba toda la habitación».[44] Esta práctica se hizo habitual entre los funcionarios chinos.

A veces, los ricos gastaban enormes cantidades de sustancias aromáticas en una sola ocasión. Durante el reinado del emperador Huizong, entre 1100 y 1126, la familia imperial sustituyó las velas normales por otras que contenían un poco de palo áloe o alcanfor, además de ámbar gris, para intensificar su fragancia. En el palacio, las candelas aromáticas estaban «alineadas en dos hileras, formadas por cientos de velas, que iluminaban la estancia y creaban una densa nube de humo perfumado. En ninguna parte del imperio se podía ver nada comparable». El relato está teñido de nostalgia, pues el escritor rememora un período de esplendor palaciego que se truncó bruscamente en 1126.

En ese año se produjo una invasión de pueblos del norte encabezados por los yurchen, que habían estado sometidos a los kitán de la dinastía Liao. Los yurchen vivían en el noreste de China, cerca de la actual frontera con Corea del Norte. De igual modo que Abaoji creó una poderosa confederación de tribus,

ganándose la lealtad de diferentes pueblos en torno al año 900, un caudillo yurchen, Akouta, hizo lo propio después del 1100, fundando la dinastía Jin en 1115.

Al principio, los Song se aliaron con los yurchen-Jin con la esperanza de derrotar a los kitán-Liao y recuperar los territorios que les habían cedido por el Tratado de Chanyuan. Pero, en cuanto derrotaron a los Liao, los yurchen se volvieron contra los Song. Tras conquistar toda la zona de China situada al norte del río Huai en 1127, incluida Kaifeng, la capital, los yurchen capturaron tanto al antiguo como al nuevo emperador (Huizong y Quizong). Con la caída del imperio, los vencedores obligaron a los cautivos, así como a su séquito, a realizar una humillante marcha hacia el norte, donde al final murieron.

La pérdida de los territorios del norte estimuló el comercio con el sureste asiático. El nuevo emperador, Gaozong, pudo gobernar porque fue uno de los pocos príncipes que los yurchen no capturaron. Estableció una capital en Hangzhou, que ya era un importante centro de comercio. (Los historiadores chinos conocen a estos nuevos emperadores como los Song del Sur.) Hangzhou —situada unos 150 kilómetros al suroeste de la actual Shanghái— fue la única capital con puerto de mar, lo que indica la importancia del comercio marítimo para la dinastía Song.

Al principio, la continuidad de Gaozong y su dinastía parecía incierta. La guerra dificultaba la recaudación de impuestos, sobre todo en el campo, que era la principal fuente de ingresos.[45] El emperador Gaozong se dio cuenta de que la fiscalización del comercio exterior era una manera de resolver el déficit presupuestario. El emperador señaló: «Los mayores ingresos provienen del exterior. Si se gestiona bien el comercio, los beneficios pueden ascender fácilmente a millones de monedas. ¿No es mejor gravar el comercio que cobrar impuestos a los ciudadanos? Debería prestar más atención al comercio exterior con el fin de

tranquilizar un poco al pueblo».[46] Es admirable que el emperador se diera cuenta de la pesada carga que los impuestos agrarios suponían para sus súbditos, y aún más que se percatara de que la imposición de aranceles aduaneros aliviaría esa carga.

De hecho, la proporción de los ingresos gubernamentales procedentes del comercio exterior alcanzó un 20 % durante los años inmediatamente posteriores a 1127, cuando la situación económica era desesperada. Con el tiempo, cuando la dinastía enderezó la situación y restableció la base agraria, los aranceles al comercio internacional volvieron a constituir un 5 % de los ingresos totales, el porcentaje en el que estaban antes de la caída del norte.[47]

La situación se estabilizó en 1141, cuando el emperador Gaozong firmó un tratado con la dinastía Jin que fijaba los pagos a los yurchen en cantidades incluso superiores a las que se habían entregado a los Liao: 250.000 onzas de plata y 250.000 rollos de seda todos los años. En lo que se refiere al mantenimiento de la paz, este tratado no tuvo tanto éxito como el de Chanyuan. Sin embargo, aunque las escaramuzas se repetían cada cierto tiempo, ningún bando consiguió desplazar la frontera entre el norte y el sur de China.

A pesar de la pérdida del norte y de los elevados pagos a los yurchen, los habitantes del sur de China gozaron de casi dos siglos de inigualable prosperidad, pues los chinos siguieron importando grandes cantidades de sustancias aromáticas del sureste asiático.

Al emperador Gaozong le gustaban tanto las sustancias aromáticas que él mismo elaboraba incienso para dárselo a algunos cortesanos. Los arqueólogos han recuperado una cajita de incienso con cuatro ideogramas escritos por él, en los que expresa el deseo de que el país prospere y de que se restauren las tradiciones. Cada cajita tenía un pequeño agujero en una esqui-

na para que los funcionarios pudieran llevarla colgando del cinturón. ¿Cuál era la fórmula imperial? Naturalmente, el palo áloe era el ingrediente principal, con pétalos de flores para darle fragancia y almizcle y alcanfor de Borneo para conservar el olor.[48]

Los ingeniosos mercaderes chinos idearon nuevas formas de incrementar la venta de sustancias aromáticas. Los vendedores callejeros añadían a los refrigerios diversas fragancias y vendían tanto raíz de loto como agua aromatizada con palo áloe. Los dueños de los mercadillos cocinaban la caña de azúcar con vapor de almizcle, la costosa sustancia importada del Tíbet. Hasta los más pobres podían probar estas exquisiteces en los puestos del mercado.[49]

El uso del incienso estaba particularmente extendido. El gobierno central guardaba en almacenes las sustancias aromáticas importadas. En 1175, al darse cuenta de que había demasiadas existencias, los funcionarios subieron los precios artificialmente y exigieron a los compradores que adquirieran grandes cantidades, lo que desencadenó una rebelión en el centro de China, en la frontera de las actuales provincias de Hunan y Guizhou.[50]

El incienso, junto con otras sustancias aromáticas importadas, como el clavo y el costo, aparece en las prescripciones médicas por primera vez en los siglos X y XI, y en los siglos XII y XIII los farmacéuticos prescribían también mirra, bórax y pimienta negra.[51] La mayoría de las recetas consistían en diferentes hierbas y sustancias aromáticas en polvo con las que los pacientes preparaban infusiones curativas. Antes del año 1000, el único producto medicinal que se importaba con regularidad era el *ginseng* procedente de Corea, pero, a partir de entonces, en las recetas figuran ya numerosos ingredientes importados.

Las sustancias aromáticas no eran solo productos de lujo para los más adinerados. Personas de todas las clases sociales compraban refrigerios en los mercados y visitaban a los curanderos para obtener medicinas elaboradas con sustancias aromáticas. En el año 1076, el gobierno creó la primera red farmacéutica del mundo.[52] La oficina central estaba en Kaifeng, y más tarde se abrieron sucursales en todo el imperio. Un departamento del organismo farmacéutico estatal compraba y envasaba los ingredientes, y otra división gestionaba las farmacias que vendían directamente al público.

Los fabricantes de incienso también usaban fragancias importadas. De las trescientas recetas que enumera la *Guía del incienso del doctor Chen* (siglo XIII), el 66 % contienen sándalo, el 61 % almizcle, el 47 % palo áloe, el 43 % alcanfor, el 37 % clavo y el 13 % incienso.[53] Las barritas de incienso, que aparecieron hacia el año 1300, indican que los pobres también podían comprarlas por unidades, aunque contuvieran mucha menos gomorresina que un trozo entero.

A medida que el consumo de sustancias aromáticas se extendía por toda la sociedad, los ricos buscaban nuevas formas de hacer ostentación de su riqueza. En invierno, los ricos compartimentaban las casas en «habitaciones cálidas», esto es, espacios que podían caldearse individualmente. Un hombre tenía tres habitaciones construidas enteramente con palo áloe, en las que había bancos con agujeros bajo los cuales ponía rollos de incienso cuyo aroma impregnaba las estancias. Utilizó la misma técnica en un barco construido enteramente con cedro chino.[54] No hay duda de que en la China de los Song la gente adinerada llevaba una vida placentera.

Con el auge de las sustancias aromáticas muchas personas hicieron grandes fortunas: los mercaderes chinos y extranjeros que vivían en Quanzhou y Cantón, así como los funcionarios que supervisaban la venta de mercancías. Los ricos financiaban

la construcción y aprovisionamiento de los barcos, pero las personas con menos dinero podían comprar acciones. Cuando un viaje tenía éxito, todos salían ganando.[55]

El comercio de sustancias aromáticas era tan lucrativo que atrajo a los miembros menos ricos de la familia imperial.[56] En el año 1100, el clan imperial —todos los descendientes varones del emperador y sus familias— era demasiado numeroso para vivir en Kaifeng. La recaudación de una sola ciudad no bastaba para pagar los sueldos de tantos nobles. Por consiguiente, la familia imperial se dividió en tres ramas, una de las cuales permaneció en la capital.

Tras la caída del norte en 1127, la rama de Kaifeng se trasladó a la nueva capital, Hangzhou, mientras que las otras dos ramas buscaron ciudades que fueran lo bastante prósperas para mantenerlas. La rama occidental, que estaba formada por unas 200 personas, eligió Fuzhou, un puerto situado en la provincia de Fujian, mientras que la rama meridional, formada por unos 400 miembros, decidió trasladarse más al sur, a Quanzhou, donde intervino activamente en el comercio de sustancias aromáticas.[57]

Ya en vías de convertirse en el puerto más importante de China, Quanzhou superó a Cantón en torno al año 1200. De un millón de habitantes en el año 1080, la ciudad pasó a tener 1,25 millones en la década de 1240, los mismos que Bagdad y pocos menos que las dos capitales de la dinastía Song —Kaifeng (960-1129) y Hangzhou (1127-1276)—, cada una de las cuales tenía un millón y medio de habitantes aproximadamente.[58]

La prosperidad de Quanzhou y otros puertos cercanos se contagió a toda la provincia de Fujian, lo que permitió a sus habitantes abandonar la agricultura de subsistencia y dedicarse a la elaboración de productos para los mercados comerciales. Al igual que aquellos habitantes del sureste asiático que recolecta-

ban sustancias aromáticas para los chinos, los habitantes de Fujian se adaptaron a la circunstancia de vivir en un mundo globalizado. Dejaron de cultivar sus propios alimentos. Descubrieron que ganaban más dinero centrándose en el cultivo comercial de lichis, caña de azúcar y arroz glutinoso o elaborando fibras textiles como el ramio o el cáñamo. Con el dinero que ganaban iban a los mercados a comprar comida para sus familias. Muchos de ellos abandonaron la agricultura por completo. Algunos trabajaban en las minas de plata, cobre, hierro y plomo. Otros se dedicaban a la pesca. Y otros fabricaban sal recogiendo agua del mar con cacerolas y dejando que se evaporase.[59]

La industria de la cerámica absorbía la mayor parte de la mano de obra.[60] Los patronos construían hornos escalonados de hasta 100 metros de largo en las laderas de las montañas. Esos hornos, que producían entre 10.000 y 30.000 vasijas en una sola cochura, proporcionaban empleo a cientos, si no a miles, de trabajadores. Al alcanzar las temperaturas más altas del mundo, los hornos producían objetos de cerámica muy apreciados en África, Oriente Medio, la India y el sureste de Asia. No los consideramos industriales porque no utilizaban vapor o electricidad (la energía se obtenía quemando madera o carbón), pero esos hornos eran tan grandes y complejos como las primeras fábricas de la revolución industrial. En los siglos XII y XIII, el 7,5 % de los 5 millones de habitantes de Fujian, esto es, 375.000 personas, trabajaba en la fabricación de cerámica para la exportación.

El cambio de política monetaria tuvo un efecto dramático en los socios comerciales de los Song. Los funcionarios del gobierno, cuando emitieron el primer papel moneda en el año 1024, limitaron su uso a la provincia de Sichuan, pero en 1170 las autoridades introdujeron un sistema permanente de billetes de papel que estaba respaldado por las reservas de plata. De la noche a la mañana dejaron de usarse las incómodas monedas

de bronce, y los comerciantes aprovecharon la ocasión para exportar grandes cantidades a Japón. Las principales exportaciones japonesas a China eran materias primas: madera, azufre, mercurio y oro.

Al principio el gobierno nipón prohibió las monedas chinas, pero en 1226 cambió de táctica y permitió su uso, y en 1270 las monedas de bronce se convirtieron *de facto* en la divisa del archipiélago japonés.[61] Las monedas chinas también circularon en Java durante los siglos XII y XIII, y los javaneses acuñaron copias de las monedas chinas. El uso de monedas chinas en Java y Japón muestra cuán integradas estaban las economías del este y el sureste de Asia.

La globalización afectó principalmente a los habitantes de la costa meridional de China porque allí se concentraban muchos grandes puertos, pero la mundialización también llegó al interior del país. Un mercado de Shaoxing ofrecía «jades, seda blanca, perlas, cuernos de rinoceronte, perfumes y medicamentos, telas de damasco y objetos de laca y de junco», una impresionante variedad de artículos que era lógico encontrar en un puerto situado no muy lejos de la actual Shanghái.[62] Pero en un mercado del interior, el de Chengdu, en la provincia de Sichuan, que está a casi 2.000 kilómetros de la costa, los compradores podían adquirir «mica e incienso de brillantes colores, áloe y sándalo de aromática fragancia».[63] La disponibilidad de productos extranjeros no estaba a la altura de un *Ikea* —no se celebraban mercados todos los días, y los artículos extranjeros eran muy caros—, pero tampoco le andaba muy lejos.

En 1225 Zhao Rugua,[64] miembro del clan imperial y superintendente de comercio marítimo de Quanzhou, escribió una *Descripción de las naciones extranjeras*.[65] Se basó tanto en documentos históricos como en las conversaciones que mantuvo con los habitantes de Quanzhou. El superintendente Zhao te-

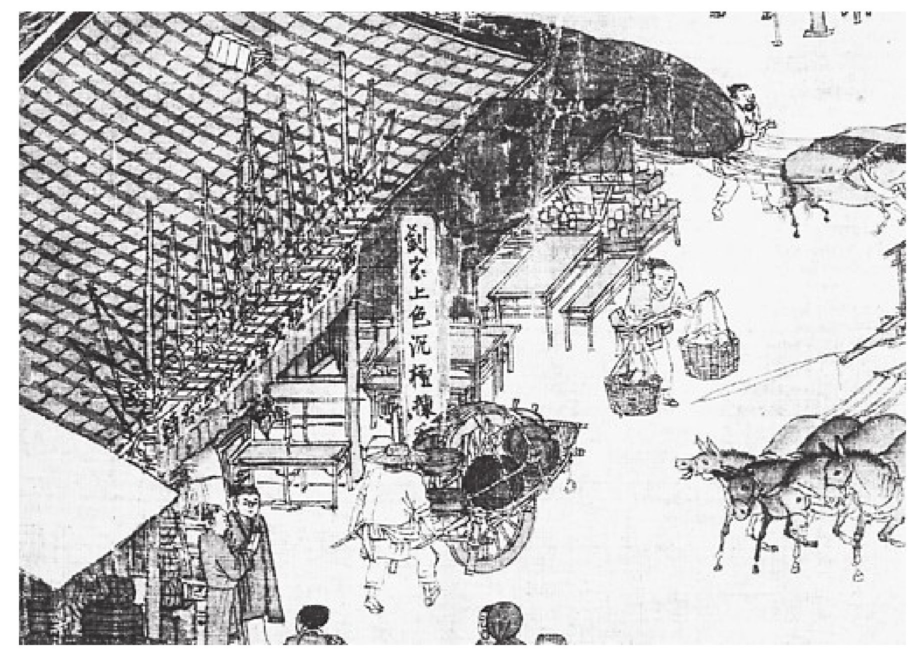
nía un profundo conocimiento de los tradicionales socios comerciales de China (Corea, Japón, Vietnam), pero también de lugares mucho más alejados, como Sicilia, Somalia y Tanzania.

Los anteriores superintendentes de aduanas también debieron de hablar con los mercaderes extranjeros, como sabemos por las normativas gubernamentales que establecían cuando había que organizar comidas de negocios con los comerciantes foráneos, pero no sabemos qué información recopilaron.[66] Paseando por la Quanzhou moderna, es posible ver muchos lugares donde el superintendente Zhao pudo haberse entrevistado con comerciantes extranjeros. Numerosos pequeños canales atraviesan la ciudad, y uno de ellos conduce a la antigua oficina de aduanas, que ahora alberga un templo taoísta.[67] La calle donde vivían los mercaderes extranjeros está a poca distancia.

El libro del superintendente Zhao se divide en dos partes. Basándose en textos geográficos anteriores, la primera parte condensa la historia de cincuenta y tres comarcas y sus productos típicos. La segunda parte es completamente nueva. El libro examina cada mercancía, identifica los países de procedencia y explica las diferencias de calidad. A medida que aumentaban las importaciones del sureste asiático, los comerciantes se dieron cuenta de que debían distinguir entre productos de calidad superior e inferior, y a menudo lo único que hacía falta era especificar el lugar de origen.[68] Esos comerciantes eran para Zhao el mercado de destino. En cuanto comisario de comercio, Zhao pasaba muchas horas hablando con los comerciantes extranjeros y les explicaba claramente lo que sus clientes debían saber.

El libro de Zhao pone de manifiesto que China tenía un gran superávit comercial. Si bien exportaba textiles, objetos de metal y cerámica de la mejor calidad, China importaba una gama más reducida de productos: madera, resina y especias, procedentes en su mayor parte del sureste de Asia, aunque también de Oriente Medio. El superintendente Zhao se centra en el co-

mercio marítimo, por lo que no menciona la continua importación de caballos, tan necesarios para el ejército, desde el noroeste.



Este detalle de un pergamino representa una ciudad china y muestra una tienda de muebles especializada en maderas importadas. En el cartel se lee: «Familia Liu. Madera de áloe, sándalo e incienso de la mejor calidad».

Cultural Relics Press, China

Sin embargo, la importación de sustancias aromáticas era muy importante porque todas las clases sociales las utilizaban. Las esencias perfumaban el cuerpo, la ropa y las habitaciones. También se usaban para condimentar la comida y la bebida. Puesto que entraban en la composición de numerosas recetas, eran realmente necesarias para muchas personas.

El libro del superintendente Zhao ofrece mucho más que información comercial. Fijémonos en su conmovedora descripción de la captura de esclavos en Madagascar: «En el oeste hay una isla en la que viven muchos hombres salvajes que son negros como el azabache y tienen el pelo encrespado. Los apresan ofreciéndoles comida. Se los llevan como esclavos a los países

árabes, donde alcanzan precios muy elevados. Trabajan como guardianes. Se dice que no echan de menos a sus parientes».[69] Esta última observación debía de dejar estupefactos a los lectores chinos, para quienes la familia era tan importante: casi podemos oír a Zhao preguntándose si eso era realmente posible.

La descripción de la caza de elefantes es más detallada: «La gente no se atreve a acercarse a los elefantes. Los cazadores utilizan arcos muy resistentes y disparan flechas envenenadas. Cuando es alcanzado, el elefante huye, pero, antes de recorrer uno o dos kilómetros, el veneno hace efecto y el animal muere. Los cazadores lo siguen, le arrancan los colmillos y los entierran».[70] Cuando tienen más de diez colmillos, se los venden a los mercaderes árabes, quienes los transportan hasta Srivijaya, nos cuenta el superintendente Zhao. Los mejores colmillos son más blancos y tres veces más grandes que los del sureste de Asia, que suelen tener un viso rojizo, pero los mejores colmillos proceden de África porque los árabes acaparaban el lucrativo comercio del marfil.

El comercio exterior era tan importante que hasta formaba parte de la asignatura de matemáticas. En un problema se pide a los estudiantes que determinen qué cuota corresponde a cuatro socios que han invertido en una expedición comercial al sureste de Asia. «Supongamos que una embarcación ha pasado ya por la aduana. Aparte de lo que hay que pagar al armador, sobran 5.088 onzas chinas (200 kilos) de palo áloe, 10.430 fardos de pimienta negra, cada uno de los cuales pesa 40 *katis* (24 kilos), y 424 colmillos de elefante.»[71] La elección de palo áloe, pimienta negra y marfil —mercancías clave para el comercio con el sureste asiático— es acertada.

El problema nos informa también de que los socios A, B, C y D se han prestado diferentes cantidades unos a otros, lo cual complica aún más la solución. El resultado solo se puede obte-

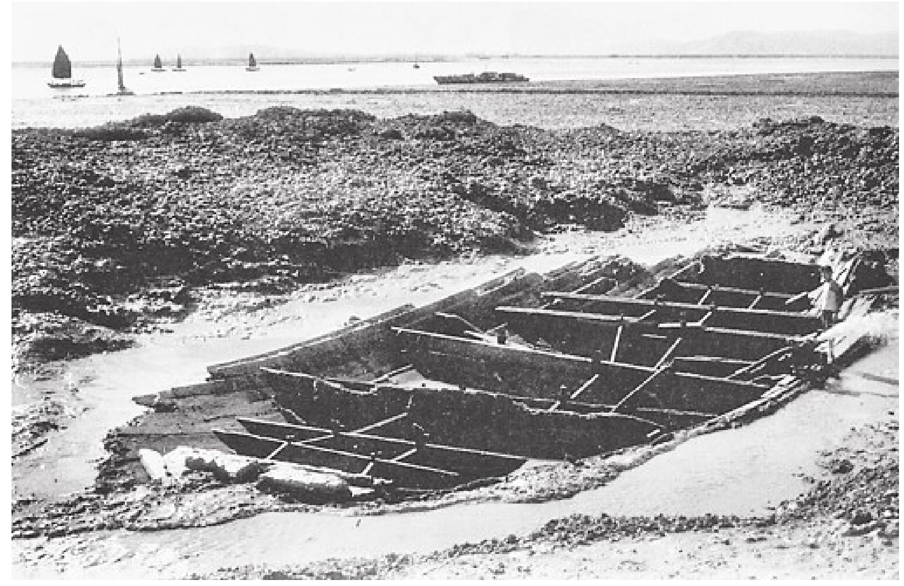
ner utilizando matrices, lo que demuestra que los chinos ya conocían el álgebra lineal.

Un barco que se hundió frente a Quanzhou en la década de 1270 nos permite hacernos una idea de cómo era un cargamento financiado por varios socios.[72] La nave, que medía 24 metros de eslora y 10 metros de manga, llevaba a bordo 2.400 kilos de maderas aromáticas, entre las que había sándalo y palo áloe, 5 kilos de pimienta negra, ámbar gris procedente de Somalia, 6 gramos de incienso y 4 kilos de mercurio. Todas las mercancías eran muy importantes para el comercio con China, y la abundancia de sustancias aromáticas era previsible. El barco también transportaba algunas monedas chinas; como las más tardías estaban fechadas en 1271, suponemos que el barco se hundió ese mismo año o poco después.

Dividido en trece compartimentos, el barco era claramente de fabricación china; los carpinteros tallaron una constelación formada por siete agujeros pequeños y uno grande —tal vez una representación de la Osa Mayor— en los dos extremos de la quilla, que es la pieza del barco que va de proa a popa por debajo de él y que sirve de sostén a toda su armazón. Esos símbolos eran una manera de buscar la protección divina. Los arqueólogos observaron que al barco se le habían hecho reparaciones con la técnica del cosido, lo que significa que había viajado al sureste de Asia.[73]

El navío también llevaba a bordo noventa y seis fichas de madera con nombres de personas, lugares y mercancías. Colocadas en las cajas, estas etiquetas permitían identificar al dueño de cada lote. Una cuarta parte de las fichas tenían un marbete especial —«familia del sur»— que desconcertó a todo el mundo hasta que un historiador se dio cuenta de que hacía referencia a la rama meridional del clan imperial, que era el socio que más había invertido en el barco.[74]

Lo más probable es que el barco hubiera zarpado de Quanzhou a principios de la década de 1270, cuando el puerto aún dependía de los Song del sur. El superintendente de comercio marítimo era entonces un poderoso funcionario de ascendencia árabe llamado Pu Shougeng.[75] Sus antepasados se habían trasladado de Cantón a Quanzhou hacia el año 1200, y él fue nombrado superintendente en 1266. Habiendo tomado posesión de su cargo durante la lenta desintegración de la dinastía, Pu fue también comisionado de pacificación, dignidad que le dio el mando de un pequeño ejército que pudo complementar con las milicias controladas por las familias más poderosas.[76]



A diferencia de los barcos construidos en otros países, los navíos chinos tenían compartimentos estancos, todo un adelanto tecnológico en la construcción naval. Gracias a esa innovación, las vías de agua solo afectaban a una parte del barco.

The Chinese-language 1987 site report about the Quanzhou shipwreck.

Los mongoles, que ya se habían adueñado del norte de China, emprendieron ataques navales de manera intermitente contra el sur del país. Tras tomar la capital, Hangzhou, en 1276,

el último emperador Song, que aún era un niño, huyó a Quanzhou, donde la armada mongola asestó el golpe definitivo a la dinastía Song.

En previsión de una victoria mongola, el superintendente Pu cambió de bando, probablemente en 1277, cuando mató a algunos de los miembros del clan imperial que residían en la ciudad.[77]

Parece probable que el desventurado navío regresaba a Quanzhou con toda la carga en esa misma época. Desenterrado en una bahía poco profunda cerca de Quanzhou, el barco se hundió con el casco intacto y sin signos de que nadie hubiera muerto en el naufragio. Pero alguien se llevó el mástil y toda la madera que quedaba a la vista, probablemente para venderla o utilizarla como combustible. Dado que contenía gran parte del cargamento original, es posible que le hubieran dado barreno, tal vez porque el capitán se dio cuenta de que los mongoles habían destronado a la familia imperial. Por alguna razón, quienes hundieron el barco no regresaron para recuperar la mercancía y, como los tesoros enterrados en el este de Europa, el barco permaneció intacto hasta que los arqueólogos lo encontraron.

Tras matar al joven emperador en 1279, los mongoles conquistaron todo el país. Se erigieron en sucesores de los Song y fundaron la dinastía Yuan. El comercio con el sureste asiático siguió floreciendo bajo el dominio mongol. Marco Polo afirmó haber visitado Quanzhou en la década de 1280 o 1290, y su relato tiene tinte de verosimilitud; la llama «Zaiton», un nombre árabe que significa «[ciudad] de las aceitunas». «La cantidad de piedras preciosas y otras mercancías que entran y salen de este puerto es digna de admiración. [...] Os aseguro que por cada barco que viaja a Alejandría o a otros puertos con el fin de cargar pimienta para exportarla a tierra de cristianos, a Zaiton

arriban cien naves. Pues habéis de saber que es uno de los dos puertos con mayor tráfico de mercancías que hay en el mundo.»[78] El otro era Hangzhou, la antigua capital de los Song.

Marco Polo refiere que todos los barcos que entran en el puerto pagan «el 10 % sobre todas las mercaderías, incluidas las piedras preciosas y las perlas, es decir, una décima parte de todo». «Estas naves pagan como flete por mercadería y seda el 30 %, y por la pimienta el 44 %. Por la madera de áloe y por el sándalo y otras maderas aromáticas, el 40 %.» Los porcentajes son verosímiles, pero Marco Polo comete un error crucial: no se trata de gastos de transporte, sino de los diferentes aranceles con que se gravan las mercancías. Los mongoles cobraban a los barcos extranjeros los mismos tres impuestos que la dinastía Song. Tras pagar estos tributos, explica Marco Polo, los mercaderes «obtienen tanto beneficio que no quieren sino regresar con otro cargamento».

Marco Polo incurre en otros errores. Habla de una porcelana «hermosa» y «barata» que adquiere su «brillo» tras haber sido enterrada «durante treinta o cuarenta años», porque no comprende el funcionamiento de los hornos.[79] Ibn Battuta también relata que los chinos enterraban la cerámica, cuando visitó el barrio musulmán de Quanzhou antes de regresar a Marruecos.[80] Pocas personas fuera de China comprendían cómo se fabricaba una cerámica de tanta calidad.

El comercio chino con el sureste de Asia siguió creciendo bajo el dominio mongol, como se deduce de un nomenclátor en el que se enumeran sesenta y nueve productos extranjeros diferentes, cuarenta de los cuales fueron importados del sureste asiático en el año 1300.[81] Los nueve más valiosos eran marfil, cuerno de rinoceronte, crestas de grulla, perlas, corales, un mineral verdoso (tal vez una variedad de jade), plumas de martín

pescador y caparazones de tortuga. Es lógico que la lista fuese tan amplia, pues se trataba de la ruta marítima más frecuentada antes de la llegada de los europeos en el siglo XVI.

Puesto que la información sobre otros países viajaba con las mercancías, los chinos adquirieron más conocimientos sobre la geografía del sureste asiático. El nomenclátor de Cantón dividía las aguas del mar de la China Meridional en tres zonas, el «pequeño océano occidental» (junto a Malasia), el «pequeño océano oriental» (el mar de Sulú, al este de Borneo) y el «gran océano oriental» (el mar de Java), y explicaba qué países se encontraban en cada masa de agua.[82]

Por muy bien que conocieran la geografía del sureste asiático, la India, la península arábiga y África, en el Pacífico los navegantes chinos no se aventuraron más allá de las Filipinas porque pensaban que allí terminaba el mundo. El superintendente Zhao explicaba en 1225: «Más al este [de Java] es donde se vacían las aguas del océano en el "último abismo". Más allá de ese punto no vive nadie».[83]

El «último abismo» era el lugar donde según los chinos toda el agua del mar volvía a la tierra. Los chinos ya mencionan el «último abismo» en el siglo III a. C., cuando el libro de Zhuangzi explica: «De todas las aguas del mundo, ninguna es tan grande como el océano. Diez mil arroyos van a dar en él —jamás se detienen— y sin embargo nunca está lleno. El agua se escapa por el último abismo —siempre ha sido así— y sin embargo el mar nunca está vacío».[84]

El superintendente Zhao cita un largo pasaje de un libro de finales del siglo XII que sitúa el legendario abismo en un lugar concreto: «En el cuadrante suroccidental del mar del Sur hay un gran océano llamado mar de Vietnam. Allí confluyen tres corrientes». El texto continúa: «Los barcos procedentes del sur siempre se topan con la confluencia de estas tres corrientes».

Es probable que el autor se refiriese al lugar donde comienza la corriente de Kuroshio, que se encontraba al oeste de Luzón, entre Taiwán y las Filipinas.[85]

Los marinos que hacían travesías tan largas corrían grandes peligros: «Si aprovechan una ráfaga de viento, se pueden salvar. Si hay calma chicha, corren el peligro de que el barco no pueda avanzar y se rompa en mil pedazos allí donde confluyen las tres corrientes. [...] Ese es el lugar donde el último abismo se precipita en los "nueve infiernos"».[86] El «último abismo» estaba muy al este, más allá de cualquier lugar del que hubieran oído hablar los lectores chinos.

El temor de los chinos al «último abismo» es comparable a la idea grecorromana de la «zona tórrida» que los navegantes portugueses fueron desmitificando a medida que viajaban más al sur por la costa occidental de África. A pesar de lo que decía Ptolomeo, los lusos no encontraron ninguna región en la que hiciera un calor insufrible. A diferencia de los portugueses, los exploradores chinos siguieron creyendo en los peligros del «último abismo»; tal vez por eso los navegantes orientales no se aventuraron más allá de las Filipinas hasta que los europeos abrieron esa ruta.

El comercio de sustancias aromáticas con el sureste asiático siguió creciendo tras el fin del dominio mongol. Después de la fundación de la dinastía Ming (1368), se llegó a registrar un cargamento de ochenta toneladas de productos tropicales, principalmente pimienta y madera de sibucao.[87]

Los viajes oceánicos más largos tuvieron lugar entre 1405 y 1433, cuando la dinastía Ming financió siete expediciones al mando del almirante Zheng He. Una flota imperial compuesta por 317 barcos y 28.000 hombres viajó desde China al sureste de Asia, la India e Irak.[88] Algunas naves se separaron del grueso de la flota y terminaron en lugares tan lejanos como Mombasa,

en la actual Kenia. Lo sabemos por las monedas chinas encontradas en ultramar, por los documentos históricos y, sobre todo, por las tablillas que han aparecido en Ceilán y en Calicut con inscripciones en chino.[89]

Los barcos más grandes del almirante Zheng medían 60 metros de eslora, empequeñeciendo las naves de Cristóbal Colón, que probablemente medían 30 metros (curiosamente, desconocemos las dimensiones exactas de las carabelas de Colón). Mientras que la flota de Zheng contaba con 317 naves, Colón viajó con solo tres.

Los barcos del almirante Zheng atravesaron el estrecho de Malaca a lo largo de la costa de la península arábiga y la India, recorriendo una distancia de 13.000 kilómetros.[90] Si cruzaban el océano Índico directamente, la travesía era de solo 10.500 kilómetros. Si añadimos los 6.500 kilómetros que separan Basora, en Irak, de Sofala, en Mozambique, la duración del viaje es aún más destacable, sobre todo teniendo en cuenta que Colón recorrió solamente 7.000 kilómetros en su primera travesía.

En resumen, los viajes de Zheng He se realizaron a una escala mucho mayor que los de Colón. ¿Qué finalidad tenían? Proclamar la hegemonía del tercer emperador de la dinastía Ming.

La envergadura de la flota china y la financiación del gobierno podían se elementos nuevos en el siglo XV, pero la ruta no lo era. Zheng He utilizaba un corredor marítimo entre China y el golfo Pérsico. Los hombres de Zheng He no eran exploradores, sino que navegaban alrededor del sureste asiático y a través del océano hasta la India, Arabia y África por rutas familiares que los chinos ya conocían desde el año 1000.

El gobierno dejó de financiar las expediciones en 1433, pero los comerciantes siguieron surcando esas aguas. El océano Índico ya era un espacio comercial antes de la llegada de los euro-

peos en el siglo XVI. A mediados del siglo XV, los portugueses se limitaban a exportar a Europa el oro africano,[91] pero, cuando en 1520 se adueñaron de las islas de las Especias, se dieron cuenta de que allí podían acumular muchas más riquezas que en África. Por supuesto que sí. Los príncipes, mercaderes e intermediarios chinos llevaban más de quinientos años aprovechando esa misma fuente de riqueza.

Y así termina nuestra vuelta al mundo. Hemos seguido los caminos que se abrieron en el año 1000 y hemos observado su evolución a lo largo de cinco siglos. En el año 1500 comienza un nuevo capítulo —un capítulo europeo— de la historia del mundo. Durante más de cuatrocientos años, los europeos se valieron de su superioridad militar para utilizar rutas comerciales ya existentes cuando era posible y para crear otras nuevas cuando no lo era.

En 1497 Vasco de Gama viajó hacia el sur por la costa africana y rodeó el cabo de Buena Esperanza. En el momento de su viaje, los portugueses ya se habían dado cuenta de que adentrarse en el continente africano resultaba muy peligroso porque no eran resistentes a la malaria.[1] Las expediciones al interior de África se saldaban con muchas bajas. Era mucho más sensato establecer asentamientos en la costa, donde podían descansar, aprovisionarse de suministros y comprar mercancías —principalmente oro y esclavos— procedentes del interior. En esa primera fase del imperialismo, el Imperio portugués parecía un collar de cuentas —los puertos de Ciudad del Cabo, Mombasa y Mogadiscio, entre otros— diseminadas por la costa africana.

Por eso Elmina —el antiguo asentamiento comercial de la costa de Ghana— fue un importante banco de pruebas, pues demostró la viabilidad de realizar transacciones comerciales desde un asentamiento al que las naves portuguesas podían llegar directamente y, tras obtener las mercancías que necesitaban, regresar a Lisboa. Después de que los portugueses se establecieran en Elmina, los mercaderes africanos desplazaron las rutas comerciales hacia la costa para poder dejar el oro y a los esclavos en los puertos del Atlántico. No era la primera vez que los africanos cambiaban sus rutas comerciales: cuando, hacia el

año 1000, Siyilmasa reemplazó a Zawila como nodo comercial en el norte de África, la principal ruta para el tráfico de esclavos y oro también se desplazó hacia el oeste.

Tras rodear el cabo de Buena Esperanza, Vasco de Gama ya no estaba abriendo nuevos caminos; se incorporó a la transitada ruta entre el golfo Pérsico y China que comunicaba los puertos del este de África con los de la India. Una vez en esa ruta, era fácil encontrar un piloto que guiase sus cuatro naves hasta el puerto de Calicut, famoso por sus especias. El piloto que se unió a Vasco de Gama en Malindi se llamaba Malemo Cana (posiblemente Canaca), y en los dos documentos que lo mencionan se dice que era un moro que hablaba un poco de italiano.[2]

La ruta que comunicaba China con África era la más larga y transitada antes de 1492, y las sustancias aromáticas eran la mercancía que más se transportaba por ella. A partir de 1492, el tráfico por la ruta trasatlántica entre Europa y América y por la ruta del Pacífico entre América y las Filipinas superó al de la ruta entre el golfo Pérsico y China, que, sin embargo, no desapareció por completo.

A medida que forjaban su imperio en América, los españoles tomaron la capital azteca, Tenochtitlán, y establecieron la suya propia en la ciudad de México. Colón reconoció la buena calidad de la red comercial americana cuando, en 1502, encontró la enorme canoa que transportaba telas de gran calidad, cuchillos de obsidiana, campanas de cobre y espadas de madera, mercancías que circulaban entre la península de Yucatán y el mar Caribe.

Colón no conocía las rutas comerciales indígenas que comunicaban el territorio maya por el norte con el suroeste de Estados Unidos y el valle del Misisipí y por el sur con Panamá y los

Andes, pero los españoles que viajaron después de él a América aprovecharon al máximo las rutas preexistentes para construir nuevos imperios en México y Perú.

En 1519 Hernán Cortés hizo amistad con la Malinche, una de las esclavas que le regalaron los mayas.[3] La Malinche, que hablaba maya y náhuatl, ayudó a Cortés a sellar alianzas con las diferentes tribus que querían derrocar a los aztecas. Con su ayuda, los españoles conquistaron la capital azteca en solo dos años. Más al sur, el imperio inca resultó tan vulnerable como el azteca, pero por otra razón; Pizarro, que se aproximó por mar desde Panamá, apareció en plena contienda sucesoria y aprovechó el desconcierto para tomar las riendas.

Los españoles no sabían que eran portadores de gérmenes mortales frente a los que los amerindios carecían de defensas. A causa del largo período de aislamiento que siguió a las migraciones prehistóricas, los pueblos americanos eran muy vulnerables a las enfermedades europeas, tales como la viruela, la gripe o incluso el resfriado común.

Puesto que no hay datos censales, los historiadores discrepan en cuanto a la población de América en 1492; las estimaciones oscilan entre los 10 y los 100 millones de personas. La primera información fiable es la de un censo español de 1568. En las zonas agrarias de México y Perú, solo unos 2 millones de americanos sobrevivieron a las enfermedades que les llevaron los europeos.[4] (Es posible que se salvara otro millón que vivía en regiones remotas.) Estas muertes masivas allanaron el camino a los colonizadores europeos.

En el siglo XVII, Inglaterra, Holanda y Francia relevaron a España y Portugal como principales potencias europeas, y sus compatriotas se establecieron en el norte de América. Los nativos enseñaron a los europeos muchas técnicas de supervivencia que les permitieron desenvolverse en un entorno tan diferente

del suyo. Recordemos que los vikingos se retiraron del noreste de Canadá hacia el año 1000 y de Groenlandia en el siglo XV porque el entorno les parecía demasiado adverso.

Squanto (apócope de Tisquantum) hizo posible que los *pilgrims* (peregrinos) sobrevivieran al primer invierno en Plymouth.[5] Menos sabido es que, antes de la llegada de los *pilgrims,* Squanto había sido secuestrado en 1614 por un explorador inglés que lo llevó a Europa y lo vendió como esclavo en España. Squanto logró escapar y regresar a la región del cabo Cod. Cuando los *pilgrims* lo encontraron, ya sabía hablar inglés.

Malemo Cana. La Malinche. Squanto. Estos intermediarios son figuras destacadas en los relatos históricos de la expansión europea, pero no siempre nos damos cuenta de su importancia. Sí, ayudaron a los europeos a conocer sus sociedades y, a la larga, a subyugarlas. Pero eso no era todo. Pusieron a su alcance el sistema de caminos y redes comerciales que habían construido los pueblos indígenas mucho antes de la llegada de los europeos. Estos intermediarios fueron los que permitieron a los europeos conectarse rápidamente a esas «redes locales».

Los europeos llegaron a algunas partes del mundo mucho más tarde que otros. James Cook, cuando llegó a los mares del Sur a finales del siglo XVIII, se dio cuenta de la importancia de los conocimientos de Tupaia sobre la geografía y la navegación polinesias. Juntos trazaron un mapa de esa región, lo cual permitió a Cook orientarse entre las innúmeras islas diseminadas por el Pacífico. Los viajes de Cook impulsaron la colonización de Australia y Nueva Zelanda por parte de los británicos.

Imaginemos por un momento que no se hubieran producido los descubrimientos y posteriores colonizaciones europeas. ¿Cómo habría sido el mundo? Seguramente el comercio inter-

nacional habría seguido creciendo. Ya en 1225, Zhao Rugua catalogó cuarenta y un productos que los chinos vendían en el Mediterráneo, el este de África, la India y el sureste asiático.

Sa'di, un observador persa, describió en 1255 su encuentro con un mercader en la isla de Kish, en el golfo Pérsico. El acaudalado comerciante poseía ciento cincuenta camellos y cuarenta esclavos y siervos. Tras presumir toda la noche de sus viajes y amistades en otros países, el mercader dijo que aún quería hacer otra expedición comercial. Comenzaría su andadura en la provincia de Fars, que está situada en el actual Irán: «Quiero transportar azufre de Fars a China, pues he oído decir que allí alcanza un precio muy alto. Desde allí llevaré copas chinas a Turquía, seda anatolia a la India, acero indio a Alepo, vidrio halepense a Yemen y espadas yemeníes a Fars».[6]

Todo un recorrido: de Irán a China y luego a Anatolia, en la actual Turquía, y luego a la India, a Siria, a Yemen y de vuelta a Irán. El mercader se proponía comprar cierta mercancía en cada sitio, venderla en la siguiente ciudad y, con los beneficios, financiar la próxima etapa del viaje. Al parecer no hizo el viaje, pero conocía todos esos lugares remotos y sus productos, y el largo trayecto que pretendía hacer era perfectamente viable.

Como muestra el plan del viaje, las rutas comerciales a través de Oriente Medio siguieron evolucionando incluso después de la disgregación del Imperio abasí. Poetas y eruditos recorrían esos caminos en busca de mecenas, y los estudiantes de las madrazas también vagaban por ellos. Millones de esclavos traídos de África, el este de Europa y Asia Central eran obligados a caminar por esas rutas hasta los mercados de El Cairo, Bagdad y otras grandes ciudades.

Sin los viajes de Colón y Vasco de Gama, y los posteriores asentamientos europeos, es de suponer que los circuitos comerciales se habrían ampliado a medida que los mercaderes

hubiesen descubierto nuevos productos en un lugar y nuevos clientes en otro. En realidad, era solo cuestión de tiempo que las rutas comerciales de Afroeurasia y América se hubieran vuelto a conectar entre sí. Los vikingos ya habían cruzado el Atlántico en el año 1000, y los posteriores viajes de explotación forestal muestran su capacidad para regresar en cualquier momento. Al igual que el afán de pescar babosas de mar llevó a los pescadores chinos hasta Australia hacia el año 1500, el empeño en obtener sustancias aromáticas les habría hecho superar el miedo al «último abismo» y viajar más allá de las Filipinas.

Pero los viajes europeos sí se produjeron, y el Viejo Continente tomó posesión de América y Australia. Los historiadores suelen distinguir entre una primera oleada de colonizaciones alrededor del año 1000 y una segunda oleada, impulsada por las innovaciones de la revolución industrial, que permitió a los europeos adentrarse en los nuevos territorios y ejercer un control más férreo. El barco de vapor era más rápido y fiable que los barcos de vela, y los primeros vapores cruzaron el Atlántico en las décadas de 1820 y 1830. La colocación de cañones en las cubiertas convirtió esos barcos en buques de guerra que permitieron a los británicos ganar la guerra de Crimea y las dos guerras del opio contra China. Otro invento, el telégrafo, permitió a los británicos sofocar una rebelión en la India informando a los oficiales de dónde eran más necesarias las tropas.

Los británicos podían transportar a sus tropas en ferrocarril, la innovación tecnológica más importante del siglo XIX. Los trenes trasladaban a las tropas hasta cualquier lugar en el que las potencias europeas hubieran tendido vías férreas. En la década de 1850 se descubrió que la quinina prevenía la malaria. Estos avances tecnológicos propiciaron la colonización del interior de África a finales del siglo XIX.

Por muy poderosos que fueran, los europeos no colonizaron todo el planeta. De las zonas que se les resistían, una de las más grandes era China, que las potencias europeas dividieron en diferentes esferas económicas, cada una bajo domino de un país diferente, aunque se mantuviera la ficción de que seguía gobernando la dinastía Qing.

Los historiadores se han preguntado por qué la revolución industrial no tuvo lugar en China, que contaba con una economía desarrollada mucho antes que Inglaterra. Sin vapor ni electricidad, los chinos habían alcanzado la producción a gran escala. Algunas de las mayores industrias, como los gigantescos hornos escalonados que producían miles de piezas de cerámica en una sola cochura, se remontan al año 1000. La demanda de cerámica y seda impulsó el crecimiento económico de China durante siglos.

Una diferencia fundamental entre Inglaterra y China era que esta no tenía escasez de mano de obra. Debido al exceso de población, China necesitaba máquinas que utilizaran menos algodón, no menos obreros, para fabricar un rollo de tela. Y esas máquinas no existen.[7]

Antes de la revolución industrial, el desarrollo económico de China corría parejo con el de Gran Bretaña. La economía británica no despegó hasta el siglo XIX, pero en ese momento China se quedó atrás. La revolución industrial permitió a Europa dirigir la economía mundial durante más de un siglo.[8]

¿Cuándo terminó la hegemonía europea? Probablemente en 1945, con el fin de la Segunda Guerra Mundial, de la que los Estados Unidos salieron mucho más enriquecidos que el Reino Unido, Alemania o Francia. O tal vez a principios de la década de 1960, cuando las colonias del Reino Unido, Francia y Ale-

mania lograron la independencia. También se podría decir que fue en 1973-1974, cuando la OPEP decretó el primer embargo petrolero. En cualquier caso, ya ha terminado.

¿Qué nos revela el mundo del año 1000 acerca de la globalización? Obviamente, el mundo actual se parece muy poco al de entonces. Una de las diferencias más importantes es que hoy el mundo está mucho más poblado. De los 250 millones de habitantes que tenía el mundo en el año 1000, hemos pasado a casi 8.000 millones.

Hoy en día la gente tiene información sobre los demás pueblos del planeta, mientras que en el año 1000 no sabía nada acerca de ellos.

Vivimos en un mundo repleto de máquinas sofisticadas, mientras que nuestros antepasados apenas tenían utensilios mecánicos. Las desigualdades entre los países más avanzados y los más atrasados aumentan constantemente, mientras que en el pasado los países más desarrollados tecnológicamente solo tenían una pequeña ventaja respecto a los demás.

Si omitimos todas las virguerías tecnológicas, la gente sigue siendo básicamente la misma. Para afrontar mejor el futuro, debemos examinar cómo abordaban los cambios nuestros antepasados.

Las estrategias que funcionaron en el pasado deberían seguir siendo válidas en la actualidad. Los eruditos a quienes interesaba el conocimiento de nuevos países ayudaron a preparar el encuentro con otras culturas. Los inventores que creaban nuevos productos y los comerciantes que los llevaban a otros mercados abrieron nuevos caminos y contribuyeron a la prosperidad de sus países de origen.

La globalización del año 1000 produjo beneficios, pero también vencedores y vencidos, igual que sucede hoy. En el año 879 los seguidores de Huang Chao atacaron a los comerciantes

extranjeros de Cantón, que entonces era el puerto más grande de China. En el año 996 los cairotas se levantaron contra los mercaderes amalfitanos. Y en 1181 los constantinopolitanos asesinaron a miles de comerciantes italianos durante la «masacre de los latinos». En cada caso, las causas subyacentes fueron las mismas. Los autóctonos envidiaban la riqueza de los inmigrantes y creían que los extranjeros se habían beneficiado a su costa.

A pesar de estas protestas, muchos pueblos aprovecharon las oportunidades que les brindaban los nuevos contactos. Los chinos sobresalían en la fabricación de papel, seda y cerámica, que luego vendían por toda Eurasia. Los comerciantes que abastecían a China descubrieron en el sureste asiático nuevas sustancias aromáticas que reemplazaron a la mirra y el incienso de la península arábiga.

El comercio era un incentivo constante para ponerse al día. Los alfareros del mundo islámico tal vez no alcanzaron la calidad y el brillo de la cerámica china, fabricada en hornos que alcanzaban altísimas temperaturas, pero nunca dejaron de intentarlo. La loza dorada de Oriente Medio se vendía también en África, lo que permitió a esos alfareros conservar parte de su cuota de mercado.

Quienes se adaptaban con éxito al cambio, no siempre contaban con tecnología avanzada. Los thule consiguieron emigrar desde Alaska hasta el este de Canadá y posteriormente a Groenlandia gracias a su gran habilidad para cazar focas, incluso en invierno. Esas aptitudes les permitieron desplazar a los colonos nórdicos, los cuales, menos capaces de adaptarse a las durísimas condiciones climáticas, regresaron a Islandia.

Los thule ponen de manifiesto que quienes triunfan no son siempre los que viven en los países más ricos y avanzados. Los habitantes de las naciones más desarrolladas tienen ciertas ven-

tajas; es más fácil mantenerse en cabeza cuando sales primero. Pero la observación del entorno y la voluntad de esperar al mejor momento también da sus frutos.

Una de las cosas más importantes que podemos aprender de nuestros antepasados es cómo reaccionar ante lo desconocido. Algunos vikingos mataban a los indígenas mientras dormían, sin comprobar siquiera si eran peligrosos. En otros continentes, quienes entraban en contacto por primera vez con otros pueblos, se daban a conocer paulatinamente e intercambiaban pertenencias. Los más afortunados aprendían nuevos idiomas y establecían relaciones comerciales a través de grandes distancias. Ciertamente, la globalización no benefició a todo el mundo. A quienes se abrieron a lo desconocido les fue mucho mejor que a los que rechazaron toda novedad. Eso era cierto en el año 1000 y sigue siéndolo hoy en día.

AGRADECIMIENTOS

La idea de este libro se me ocurrió cuando estaba terminando otro sobre la ruta de la seda y me di cuenta de que los karajánidas tomaron Kasgar en el 1006, solo un año después de que las dinastías Liao y Song firmaran el tratado de Chanyuan. Dado que los nórdicos desembarcaron en la Ensenada de las Medusas alrededor del año 1000, me pregunté si los tres acontecimientos estaban relacionados entre sí, y entonces caí en la cuenta de que la expansión territorial era un factor común a los tres.

El trabajo de verdad comenzó en la primavera de 2014, cuando Anders Winroth, un profesor de historia medieval especializado en los vikingos, Mary Miller, historiadora del arte precolombino con experiencia en la cultura maya, y yo nos reunimos para preparar un seminario que íbamos a impartir juntos, «Circa 1000». La diversión comenzó cuando Mary nos enseñó las fotos de los navegantes rubios de Chichén Itzá y le preguntó a Anders si parecían vikingos. Desde entonces Mary y Anders han compartido conmigo su material y sus ideas, y los estudiantes del seminario fueron un excelente grupo de consulta.

Mary me presentó a dos expertos en Mesoamérica, quienes generosamente se pusieron a mi disposición: Andrew Turner, quien se ha unido a Mary Miller en el Getty Research Institute, dirigió en marzo de 2017 el seminario «Circa 1000» durante un viaje a Tula, en Ciudad de México, y a Chichén Itzá, donde ilustró la compleja iconografía de los mayas. Michael D. Coe, profesor emérito de antropología en la Universidad de Yale, estaba encantado de hablar de cualquier cosa relacionada con los mayas o con su segunda pasión, Angkor Wat, en su casa o en la nuestra o mientras comíamos langosta en el muelle de Branford. En una ocasión en que estábamos hablando de si el giro

del Atlántico Norte habría podido conducir a los escandinavos hasta Chichén Itzá, Michael recordó haber leído algo acerca de unos africanos que el mar había empujado hasta la playa en la península de Yucatán. Esa misma noche, a las diez, me envió un PDF con un pasaje del franciscano Alonso Ponce. Su alegría —tanto por haber encontrado el pasaje como por ayudarme— era evidente. Su muerte, a los noventa años, en septiembre de 2019, constituyó el final de una prolífica carrera profesional.

El departamento de historia de la Universidad de Yale se caracteriza por el compañerismo, y muchos colegas míos solucionaron mis dudas con rapidez y prodigalidad. Doy las gracias en especial a Paul Bushkovitch, Paul Freedman y Francesca Trivellato, así como a Phyllis Granoff y Koichi Shinohara, especialistas en historia de las religiones.

Otro grupo de profesores me inició en el aprendizaje del árabe: Sarab al-Ani y Elham Alkarimi en New Haven, y Nevine Mikhail en Singapur. Durante dos años y medio, Michael Rapoport, un excelente arabista, se esforzó en enseñarme árabe clásico. Cotejando los pasajes originales con las traducciones publicadas, comprobó y rehizo muchas de las traducciones de fuentes árabes que figuran en este libro.

Tuve la suerte de pasar algún tiempo lejos de Yale mientras escribía el libro. Mira Seo y Emanuel Mayer fueron mis anfitriones en el Yale-N.U.S. College de Singapur; Lu Xiqi me recibió en la Universidad de Xiamen, donde Chen Qinfen, Lu Chenyao, Lin Changzhang y Ge Shaoqi lograron que nuestra estancia fuera muy productiva; Frantz Grenet me invitó a dar una charla en el Collège de France, donde Étienne de la Vaissière y Valérie Kean me hicieron valiosas observaciones; Frantz Grenet y Dominique Barthélemy me invitaron a una conferencia sobre el año 1000 en Les Treilles; y Naomi Standen fue mi anfitriona en el Institute of Advanced Studies de la Universidad de Birmingham.

Naomi Standen y Catherine Holmes acababan de terminar la edición de un innovador volumen titulado *The Global Middle Ages, Past & Present* (noviembre de 2018). En una muestra de inusual generosidad académica, Naomi y Catherine invitaron a los autores de su libro a Birmingham para que evaluaran el borrador de *El año 1000*. Pese a que acababa de comenzar el semestre, unos diez colegas mantuvieron conmigo una intensa y fructífera conversación que pude reanudar individualmente en Birmingham, Durham, Oxford y Sheffield.

Son muchas las personas que me han ayudado con la edición, la revisión y las notas. Jan Ritter es, por su discreción, minuciosidad y buen criterio, la mejor editora que conozco. En los veranos de 2018 y 2019, el intrépido e infatigable Luke Stanek revisó el libro, verificó las notas y resolvió (y planteó) numerosas dudas, en especial sobre la historia del clima. Wei Tai Ting colaboró activamente en la investigación, mientras que Christopher Sung fue de gran ayuda con las notas. Hacia el final del proceso de escritura, Matthew Coffin, Emily Giurleo y Nancy Ryan hicieron valiosas sugerencias para mejorar los borradores de cada capítulo. Alexander Laurent transformó penosas instantáneas en fotografías publicables, Kate Qian Zhang me asesoró sobre las corrientes marinas, Amelia Sargent contribuyó con interesantes dibujos y Richard Stamelman ajustó elegantemente los pies de foto.

Michael Meng, Haruko Nakamura y los encargados de la biblioteca Sterling fueron de gran ayuda para la investigación, mientras que el personal del Consejo de Estudios Orientales —Nick Disantis, Amy Greenberg, Injoong Kim, Stephanie Kim y Richard Sosa— resolvió toda clase de problemas, a menudo a diario.

Mi editor, Rick Horgan, y mi agente literario, Andrew Stuart, creyeron en *El año 1000* desde los primeros correos que les envié y me ayudaron en todo momento, siguiendo siempre

los mismos criterios. Fred Chase corrigió y preparó el manuscrito con gran cuidado y sensibilidad, y Emily Greenwald y Beckett Rueda dieron forma de libro al texto mecanografiado.

Jim Stepanek me ayudó a estructurar, redactar y pulir el libro, e hizo que los viajes resultaran más gratificantes (a menudo alquilando bicicletas, por eso disfrutamos tanto de Angkor). Cuando estábamos terminando el proyecto, bromeó diciendo que había dedicado doce mil horas al libro, sin duda tirando por lo bajo, como corresponde a su natural optimismo.

Como de costumbre, nuestros hijos también nos ayudaron. La idea del prólogo se le ocurrió a Claire, quien, durante un vuelo largo, escuchó una conversación sobre una ciudad de la dinastía Song que parecía una urbe moderna. En una ocasión Bret me preguntó por unos hechos ocurridos después del año 1500, y me sugirió que añadiera un epílogo para que los lectores tuvieran más información sobre esos acontecimientos. Lydia me envió un mensaje de texto en el que decía que a lo mejor su contribución había consistido en aconsejarme que no escribiera más «-logos», pero aun así encontró tiempo para seleccionar fotografías.

Los nombres de otras personas que leyeron las pruebas, resolvieron dudas y aportaron nueva documentación aparecen antes de las notas finales correspondientes a cada capítulo. Estoy en deuda con ellas y con muchas otras personas cuyos nombres no aparecen por cuestiones de espacio.

Capítulo 1: El mundo en el año 1000

El *Atlas of the Year 1000* (2001), de John Man, guía al lector por las diferentes regiones del mundo en aquella época. *La primera revolución europea, c. 970-1215* (2003), de R. I. Moore, sigue siendo la mejor introducción a la historia de Europa. La traducción de *Beowulf* que hizo Eduardo Segura es una de las más leídas en España. En relación con los mayas, véase Michael D. Coe y Stephen Houston, *The Maya*, 9.ª ed. (2015). Para un análisis profundo de las dinastías Liao, Jin y Song, véase Dieter Kühn, *The Age of Confucian Rule: The Song Transformation of China* (2011).

Quienes estén interesados en las corrientes marinas deberían consultar el muy asequible *Oceanography: An Initiation to Marine Science*, 9.ª ed. (2016). Para los últimos datos sobre demografía, véase el libro de Massimo Livi Bacci, *Historia mínima de la población mundial* (2012).

Una colección de ensayos publicada en noviembre de 2018 como Suplemento núm. 13 de *Past & Present*, titulado *The Global Middle Ages*, y editado por Catherine Holmes y Naomi Standen, presenta la innovadora visión de un prestigioso grupo de académicos.

Capítulo 2: Hacia el oeste, joven vikingo

Conviene comenzar por las dos sagas de Vinland. La traducción de Magnus Magnusson y Hermann Palsson, titulada *The Vinland Sagas: The Norse Discovery of America* (1965), ofrece una excelente introducción, notas esclarecedoras y un práctico glosario. Igualmente valioso (y un increíble paseo en coche) es el museo de la Ensenada de las Medusas, situado en el extremo septentrional de Terranova. Helge y Anne Stine Ingstad, en *The Viking Discovery of America* (2011), nos cuentan cómo descubrieron el yacimiento.

Vale la pena leer las investigaciones de Birgitta L. Wallace sobre la Ensenada de las Medusas, en especial el artículo titulado «The Norse in Newfoundland: L'Anse aux Meadows and Vinland», *Newfoundland Studies* 19.1 (primavera de 2003), págs. 5-43. El catálogo de la exposición, *Vikings: The North Atlantic Saga*, editado por William W. Fitzhugh y Elizabeth I. Ward en el año 2000, sigue siendo todo un clásico, tanto por la gran calidad de las fotografías como por el interés de los ensayos.

Capítulo 3: Las autopistas panamericanas del año 1000

Comencemos por una visita a Chichén Itzá. Si no te molestan las aglomeraciones, acude en el equinoccio de primavera o de otoño (21 de marzo y 21 de septiembre), días que atraen a decenas de miles de turistas. De lo contrario, intenta visitar el yacimiento antes de que haga demasiado calor en verano (y no dudes en darte un chapuzón en un cenote). Los montículos de Cahokia, el cañón del Chaco y Mesa Verde son lugares que vale la pena visitar, al igual que otros yacimientos menores, tales como Salmon Ruins.

Popol Vuh es uno de los pocos textos mayas que se han conservado. La mejor traducción es la de Dennis Tedlock, y la versión para YouTube, titulada *The Popol Vuh, Mayan Creation Myth* (en siete partes), no deja de ser instructiva.

Los mejores libros sobre los mayas y Mesoamérica son los de Michael D. Coe. Puedes comenzar por la edición más reciente de *The Maya* o *Mexico*. Timothy Pauketat, el arqueólogo que más ha escrito sobre los montículos de Cahokia, ha editado varios libros sobre arqueología norteamericana, incluido el excelente *The Oxford Handbook of North American Archaeology* (2012). El libro de Justin Jennings, *Globalizations and the Ancient*

World (2010), que examina el impacto medioambiental de las ciudades mesopotámicas, misisipienses y huaris, es tan original como fascinante.

En *The Penguin Historical Atlas of the Vikings* (1995), de John Haywood, encontrarás mapas detallados de las correrías vikingas por el este de Europa. Como introducción general a los escandinavos, puedes consultar dos libros de Anders Winroth: *The Age of the Vikings* (2014) y *The Conversion of Scandinavia: Vikings, Merchants, and Missionaries in the Remaking of Northern Europe* (2012).

The Emergence of Rus, 750-1200 (1996), de Simon Franklin y Jonathan Shepard, sigue siendo la mejor introducción a este tema, y *Russian Primary Chronicle* es un magnífico complemento. En las salas del Hermitage de San Petersburgo se percibe de manera visceral su cultura material.

James E. Montgomery ha traducido el relato de Ibn Fadlan, *Mission to the Volga*, en *Two Arabic Travel Books*, ed. Philip F. Kennedy y Shawkat M. Toorawa (2014). La película *El guerrero n.º 13* no es muy verosímil, pero ¿cuántas veces se puede ver a Antonio Banderas interpretando a un embajador árabe de comienzos del siglo x?

La novela *The Wake*, de Paul Kingsnorth, recrea el panorama inglés antes y después del año 1066. *Viaje al fin del milenio*, de Abraham B. Yehoshua, se desarrolla en la Francia y la Alemania del año 1000, mientras que la historia de Robert Lacey y Danny Danziger, *El año 1000: formas de vida y temores ante el cambio de milenio* (1999), cuenta exactamente lo que el título promete.

Capítulo 5: El hombre más rico del mundo

Tres excelentes libros sobre África aparecieron justo cuando yo estaba terminando este volumen: *Le Rhinocéros d'or: histoires du Moyen Âge africain* (2013), de François-Xavier Fauvelle-Aymar, *African Dominion: A New History of Empire in Early and*

Medieval West Africa (2018), de Michael A. Gómez, y *Caravans of Gold, Fragments in Time: Art, Culture, and Exchange Across Medieval Saharan Africa* (2019), catálogo editado por Kathleen Bickford Berzock.

El segundo volumen de *The Cambridge World History of Slavery*, de próxima aparición, promete cambiar por completo nuestra interpretación de la esclavitud. Entre tanto, los lectores deberían consultar la *Enciclopedia del islam* para resolver cualquier duda sobre esa religión.

Los barrios medievales de El Cairo son fascinantes, y nada mejor que la compañía de una guía profesional como Enass Saleh para pasear por ellos. Véase también Jonathan Bloom, *Arts of the City Victorious* (2088); Bloom y su mujer, Sheila Blair, conocen bien el arte islámico y escriben maravillosamente.

Las novecientas páginas de *A través del islam* relatan en primera persona las aventuras y desventuras de Ibn Battuta; *The Adventures of Ibn Battuta* (2012), de Ross Dunn, son una magnífica introducción al mundo árabe, y *Travels with a Tangerine* (2012) es otra obra fundamental de la literatura de viajes.

Capítulo 6: Asia Central se divide en dos

Se pueden visitar muchos de los lugares mencionados en este capítulo. Uzbekistán ofrece diferentes estructuras samánidas, cuyo mejor ejemplo es el mausoleo de Ismaíl Samaní en Bujará. El Museo de Mongolia Interior, en la ciudad de Hohhot, tiene la mejor colección de objetos de la dinastía Liao, y otros museos arqueológicos regionales, en especial el Museo Beita de Chaoyang, son también muy interesantes. Los museos de Kioto exhiben hermosos objetos y pinturas del período heian, y el templo de Byodo está situado en la cercana Uji, donde se desarrollan muchas escenas del *Genji Monogatari*. (La traducción de Fernando Gutiérrez resulta aún más apasionante a la luz del movimiento #MeToo.) El Museo Nacional de Seúl tie-

ne la mejor colección de arte coreano, y el templo de Haeinsa con sus miles de planchas de imprenta, ha sido considerado por la Unesco como Patrimonio de la Humanidad.

Los últimos estudios sobre la dinastía Liao aparecen en un número especial de *The Journal of Song-Yuan Studies* (volumen 43, 2013), titulado *Perspectives on the Liao*, mientras que en 2007 la Asia Society organizó «Esplendor dorado», una exposición con un magnífico catálogo y una página web que permitía hacer una visita virtual a la tumba de la princesa de Chen.

El *Shahnameh* se puede leer en la traducción bilingüe de Beatriz Salas de Rafiee, y la *Encyclopædia Iranica* representa el máximo nivel de erudición en lo relativo a la lengua persa y la civilización irania. *Samarcanda*, de Malin Maalouf, es un relato ficticio de la vida de Omar Jayam que transmite una vívida impresión de la ciudad en el año 1000, y los *rubayat* del poeta persa han sido imitados por muchos poetas europeos desde que se tradujeron al inglés a mediados del siglo XIX. Vladímir Minorski tradujo el tratado geográfico *Hudud al-'Alam* (Límites del mundo) y los escritos de al-Marwazi.

Capítulo 7: Viajes sorprendentes

En todo sureste asiático hay museos de los naufragios. En el Museo de las Civilizaciones Asiáticas de Singapur se pueden contemplar espectaculares restos del naufragio de Belitung, y en los casinos y hoteles de la ciudad también es posible ver algunos objetos procedentes de aquel barco. La fotógrafa Marian Kaplan, que narró su viaje desde Omán hasta el este de África en 1974, rodó un documental sobre la vida a bordo de un *dhow* para *National Geographic*. *The Last Navigator*, de Steve Thomas, que narra la colaboración del autor con Mau Piailug, es el libro más ameno sobre la navegación polinesia. El Museo Samudra

Raksa, a poca distancia de la estupa, exhibe una reproducción de la nave que se construyó imitando las técnicas tradicionales sobre la base de las placas de piedra de Borobudur.

Angkor Wat es el templo hinduista más grande y mejor conservado de los que integran el asentamiento de Angkor, en Camboya, y se necesitan al menos cinco días para visitar los templos más importantes. La mejor guía, *Angkor and the Khmer Civilization* (2018), es la del infatigable Michael D. Coe, quien, aparte de Mesoamérica, estudió también el sureste de Asia; el coautor del libro, Damian Evans, ha sido uno de los primeros en utilizar el LIDAR. Los templos de Borobudur y Thanjavur, en excelente estado de conservación, ejemplifican el funcionamiento de aquellas comunidades religiosas.

Capítulo 8: El lugar más globalizado del mundo

Quanzhou es la ciudad que mejor conserva la memoria de la dinastía Song, y los paseos por sus calles, así como la visita a los templos y a la antigua mezquita, son realmente inolvidables. No hay que dejar de ver el Museo Marítimo —dedicado al naufragio acaecido en la década de 1270—, que se encuentra en el recinto del monasterio Kaiyuan. La ciudad, aunque próxima a Xiamen, no está en las rutas frecuentadas por los turistas, por lo que a veces es difícil de encontrar si no se va con alguien que hable chino. Los mejores estudios académicos sobre Quanzhou siguen siendo los ensayos recopilados por Angela Schottenhammer con el título *The Emporium of the World: Maritime Quanzhou, 1000-1400* (2001). Los máximos especialistas en este campo son John Chaffee, Hugh Clark, Huang Chunyan (escribe solo en chino) y Billy So. Para una introducción general a la historia de China, véase mi libro *The Open Empire*, 2.ª edición (2015).

En Hangzhou, capital de la dinastía de los Song del Sur, se pueden visitar los restos de un horno escalonado, y también es posible contemplar la cerámica de la época y pasear por una calle subterránea del siglo XIII. El pergamino de Qingming, terminado hacia 1186, es una pintura de más de cinco metros de largo al que algunos llaman la *Mona Lisa* china. El pergamino muestra un paisaje urbano idealizado; en YouTube se pueden ver numerosas reproducciones e introducciones, y el Museo del Palacio, en Pekín, a veces exhibe la pintura en otoño.

CRÉDITOS DE ILUSTRACIONES Y FOTOGRAFÍAS

1. Mapa de Al-Idrisi: Al-Idrīsī, *Nuzhat al-mushtāq fī ikhtirāq al-āfāq*, pág. 3b-4a, manuscrito núm. Pococke 375. © Bodleian Library, University of Oxford.

2. Alfiler de bronce: número de orden 4A600A1-169. Museo de la Ensenada de las Medusas. Parks Canada.

3. Moneda vikinga: Maine State Museum, MSM 72.73.1.

4. Capilla de Hvalsey: Alamy Stock Photo Image ID GJA07F.

5. Piezas de ajedrez de Lewis: Foto núm. 00156777001. The Lewis Chessmen, Uig (Escocia), 1150-1175 (circa). © The Trustees of the British Museum.

6. Escena de guerra maya: acuarela de Ann Axtell Morris en Earl Halstead Morris, *The Temple of the Warriors at Chichén Itzá, Yucatan* (Carnegie Institution of Washington, 1931): tomo II, lámina 139.

7. Prisioneros vikingos: acuarela de Ann Axtell Morris en Earl Halstead Morris, *The Temple of the Warriors at Chichén Itzá, Yucatan*, 1931, tomo II, láminas 147b y 147c.

8. Barco de Gokstad: Creative Commons License: CC BY-SA 4.0 © Museo de Historia de la Cultura, Universidad de Oslo, Noruega.

9. Barco de Las Monjas: «Asedio de la ciudad», acuarela de un fresco de Chichén Itzá (detalle). Archivo digital núm. 60743049, 60743050. Harvard University Peabody ID núm. 11-20/25208a. © 2019 The Jean Charlot Estate LLC/Member, Artists Rights Society (ARS), NY. Con autorización.

10. Chacmool, Chichén Itzá: Museo Nacional de Antropología, Ciudad de México. Alamy Stock Photo Image ID E1FP24.

11. Tarros para chocolate del cañón de El Chaco. Imagen #3521, AMNH Library, «Cerámica anasazi (Pueblo) del año 1100 a. C., Pueblo Bonito, Cañón de El Chaco, Nuevo México». American Museum of Natural History, Anthropology, Catalog No. H/3239.

12. Quipu, American Museum of Natural History, Anthropology, Catalog No. 41.2/6740.

13. Tesoro de plata: Alamy Stock Photo Image ID BHG3BF.

14. Príncipe Vladímir: Natalia Kolesnikova/AFP/Getty Images.

15. Inscripciones árabes: Gian Pagnoni.

16. Rinoceronte de Mapungubwe: Heritage Images/Hulton Archive/Getty Images.

17. Mansa Musá: Alamy Stock Photo Image ID PWCGDH.

18. Palacio de Bost: Alamy Stock Photo Image ID A47C10.

19. Mahmud de Gazna: Mahmud (n. Sebüktigin) luce una capa que le ha regalado el califa al-Qadir; álbum Jami al-tawarikh, Biblioteca de la Universidad de Edimburgo.

20. Mango de ámbar: Instituto de Reliquias Culturales y Arqueología de Mongolia Interior y Museo de Zhelimu, Tumba de la princesa de Chen (Beijing: 1993). Lámina 30: núm. 1. Cultural Relics Press, China.

21. Guerrero a caballo: *Caza del ciervo*. Atribuido a Huang Zongdao. Edward Elliott Family Collection, Adquisición, The Dillon Fund Gift, 1982. Número de orden:

1982.3.1. Metropolitan Museum of Art.

22. Budas de Borobudur: Alamy Stock Photo Image ID EDKXHN.

23. Bajorrelieve de Borobudur: Alamy Stock Photo Image ID C95YNM.

24. Canoa doble: *A canoe of the Sandwich Islands, the rowers masked, Series*. Rex Nan Kivell Collection (NK1224/15), *Pictures Collection of the National Library of Australia*. ID no. 1789062. Biblioteca Nacional de Australia.

25. Dos vasijas persas: Museo del Louvre, números de orden Mao 2488 y 524 © RMN-Grand Palais/Art Resource NY.

26. Genji: *La rama de ciruelo* (Umegae), Ilustración del capítulo 32 del *Genji monogatari* de Tosa Mitsunobu, fechada en 1509-10. Número de entrega: 75054A; número de orden: 1985.352.32.A. Harvard Art Museums/ Arthur M. Sackler Museum, Donación de la Hofer Collection of the Arts of Asia.

27. Biblioteca Haeinsa: Geoff Steven; Our Place World Heritage Collection. 28. Byodoin: Alamy Image ID: A4ATPR.

28. Byodoin: Alamy Image ID A4ATPR.

Imágenes insertadas en el texto

Estatuilla inuit: dibujo de Amelia Sargent.

Mapa de Islandia: Biblioteca Real de Dinamarca, GKS 2881 kvart, mapa de Skálholt.

Logo de Bluetooth, dibujo de Amelia Sargent.

Tienda de muebles en el pergamino de Qingming: Zhang Zeduan, *Qingming shangetu*, Museo del Palacio en la Ciudad Prohibida (copia), sección 25 de 26 fotografías,

hacia el final de la pintura. Cultural Relics Press, China.

Naufragio de Quanzhou: Museo Marítimo de Quanzhou, Fujian (Fujian sheng Quanzhou haiwai jiaotongshi bowuguan) (comp.), *Quanzhouwan Songdai haichuan fajue yu yanjiu*, 1987, 191, foto núm. 7.



Como era habitual en el mundo islámico, el cartógrafo al-Idrisi puso el sur arriba en su mapa de 1154. Las fuentes del Nilo son tres puntos unidos a una montaña, y África aparece encima del Mediterráneo. Si le damos la vuelta al mapa, Europa está a la izquierda y Asia a la derecha. Los geógrafos islámicos eran quienes mejor conocían el mundo en el año 1000.



El descubrimiento de este alfiler para sujetar la capa demuestra que los vikingos —y no los pueblos indígenas del noreste de Canadá— llegaron a la Ensenada de las Medusas en el año 1000. Se quedaron allí solo diez años.

Parks Canada



Este penique de plata, encontrado en Maine, es una auténtica moneda vikinga del rey noruego Olaf III. Acuñada entre los años 1065 y 1080, la moneda sugiere que los vikingos regresaron a América en busca de madera después de haber abandonado su asentamiento de la Ensenada de las Medusas.

Maine State Museum, MSM 72.73.1

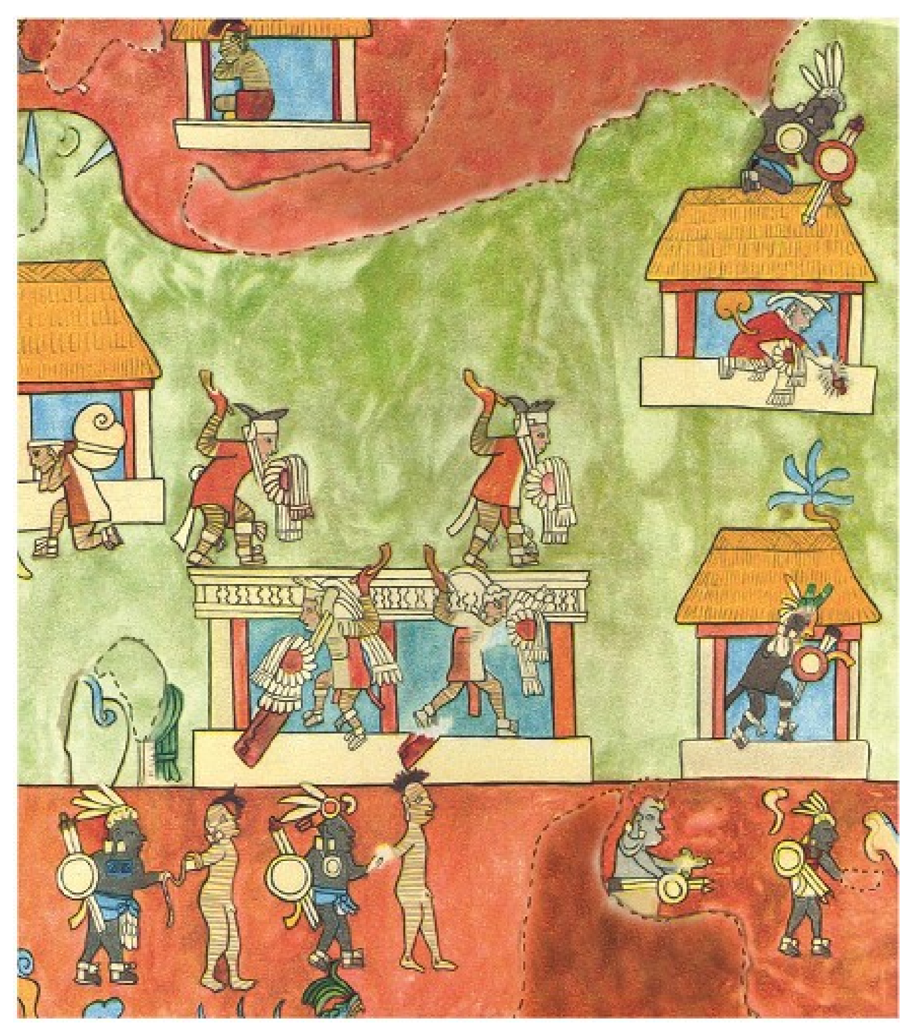


Dos años después de que se celebrase una boda en esta capilla, los nórdicos se retiraron de Groenlandia. Los thule, antepasados de los inuit, fueron uno de los muchos pueblos no europeos que abrieron nuevos caminos en el año 1000, y desplazaron a los vikingos porque eran mejores cazadores de focas.

Alamy



Las piezas de ajedrez de Lewis, unas de las más populares del Museo Británico, fueron talladas en marfil de morsa en 1150. En una época en que el mejor marfil de elefante africano iba directamente a los clientes ricos de Asia, los consumidores europeos tenían que conformarse con el marfil de morsa.



En esta escena de combate del Templo de los Guerreros, los artistas mayas usan diferentes colores para distinguir a los atacantes grises de sus adversarios, que tienen rayas negras sobre la piel. Arriba, los dos bandos se disputan una aldea; en la parte inferior, dos victoriosos guerreros grises caminan detrás de sus prisioneros.

Ann Axtell Morris





¿Prisioneros vikingos? Un cautivo está en el agua con los brazos atados, mientras que un capturador agarra por el pelo a otro prisionero. Ambos hombres tienen pelo rubio, ojos claros y tez pálida. Estos retratos del Templo de los Guerreros demuestran que algunos barcos nórdicos se desviaron mucho de su rumbo y llegaron hasta la península de Yucatán hacia el año 1000.

Ann Axtell Morris

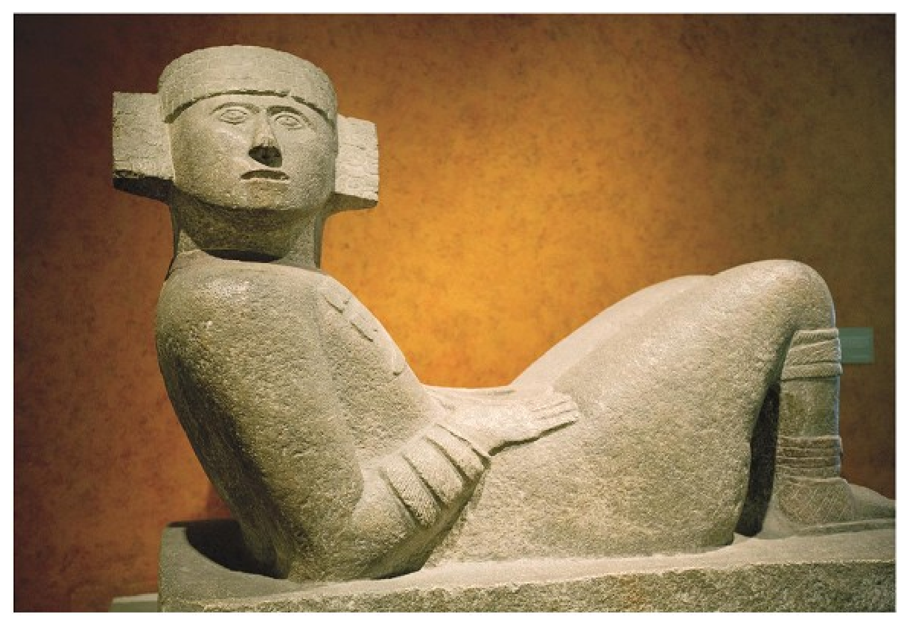


Sabemos qué aspecto tenían los barcos vikingos y cómo se construían porque los nórdicos enterraban a los muertos en botes intactos como el de este ejemplo encontrado en Gokstad.

© Museo de Historia de la Cultura, Universidad de Oslo, Noruega



Este mural maya de Las Monjas, en Chichén Itzá, muestra una nave con tablones de madera como los del barco vikingo de Gokstad.



El vientre plano de esta estatua chac mool de Chichén Itzá puede haber sido una plataforma para exponer el corazón de las víctimas propiciatorias. Esas estatuas son un ejemplo del nuevo estilo arquitectónico que apareció en el yacimiento a partir del año 950.

Alamy



Cuando los arqueólogos analizaron los residuos de estos recipientes del Cañón de El Chaco (Nuevo México), encontraron pruebas del comercio de chocolate con los mayas. Rastros de teobromina, la firma química de las semillas de cacao, demostraron

que los indios Pueblo importaban chocolate desde lugares situados a 4.000 kilómetros de distancia.

American Museum of Natural History. Anthropology, Catalog No. H/3239



Los jefes del imperio Huari, en el actual Perú, se valían de los ramales de un conjunto de cuerdas de distintos colores y con nudos distintos para consignar tanto relatos como cálculos o cuentas. Quinientos años más tarde, los incas usaron quipus similares para administrar su compleja economía.

American Museum of Natural History, Anthropology, Catalog No. 41.2/6740.



Enterradas como tesoros por toda Escandinavia y el este de Europa, unas cuatrocientas mil monedas de plata, muchas de las cuales tienen inscripciones árabes, constituyen una prueba fehaciente de que los habitantes de Oriente Medio compraban esclavos eslavos y escandinavos a las bandas armadas europeas. Los caudillos compartían con sus seguidores una parte de los pagos que recibían en forma de monedas o brazaletes hechos con esas monedas fundidas.

Alamy



En el año 988 o 989, el príncipe Vladímir eligió la ortodoxia bizantina como religión del reino rus, un paso clave en el auge de las religiones globales alrededor del año 1000. Más de mil años después, en 2016, Vladímir Putin pronunció un discurso en Moscú junto a una flamante estatua de 17 metros de altura de su tocayo el príncipe Vladímir.

Natalia Kolesnikova/AFP/Getty Images

En 1011, los habitantes de esta comarca tallaron estas inscripciones árabes en una ciudad comercial de Mali. Una dice «No hay más dios que Alá», y la otra explica por qué la ciudad lleva el nombre de La Meca. En el año 1000, personas de toda Afroeurasia renunciaron a las divinidades locales para abrazar el islam, el cristianismo, el budismo o el hinduismo.



Gian Pagnoni



El hallazgo fortuito de este rinoceronte dorado, de unos quince centímetros de largo, en Mapungubwe, en la frontera de las actuales Zimbabue y Sudáfrica, llevó al descubrimiento de una importante sociedad exportadora de oro. A partir del siglo XI, los africanos gestionaron la minería, la exportación y la venta de oro.

Heritage Images/Hulton Archive/Getty Images



Cuando el rey de Mali pasó por El Cairo en su viaje a La Meca, llevó consigo cien camellos cargados de oro valorado en 730 millones de euros actuales. Las noticias de su riqueza llegaron a España, donde un cartógrafo dibujó la única imagen que tenemos de Mansa Musá.

Alamy



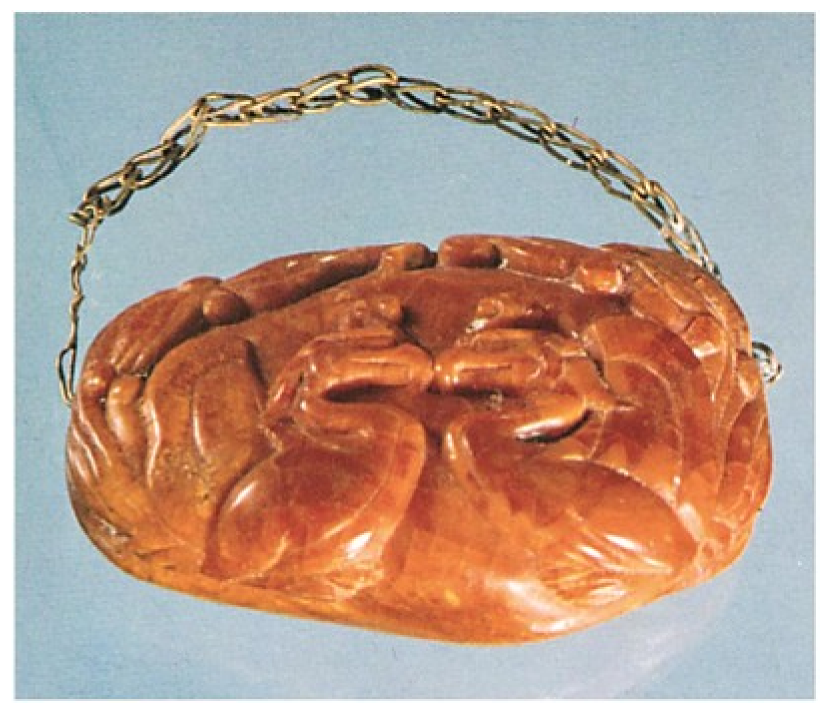
Un hermoso arco enmarca el palacio de invierno gaznávida en Bost, Afganistán. En el año 1027, Mahmud recibió una embajada de la dinastía Liao, del norte de China, pero, al rechazar el acercamiento diplomático, Mahmud estableció la frontera entre los mundos budista e islámico.

Alamy



Por medio de conquistas y certeras alianzas, Mahmud de Gazna afianzó el islam en Asia Central. Aquí lo vemos sobre su trono luciendo una túnica que le regaló el califa abasí, quien en el año 999 lo nombró «digno partidario de la fe».

Biblioteca de la Universidad de Edimburgo



Una princesa de la dinastía Liao fue enterrada en 1018 con esta empuñadura de ámbar, que representa dos fénix cara a cara. Los artesanos imperiales a menudo tallaban ámbar procedente del mar Báltico, a 6.400 kilómetros de distancia.

Cultural Relics Press, China



Esta pintura china muestra la ferocidad de un jinete a punto de recargar el arco. Asia Central era uno de los principales proveedores de esclavos castrenses porque muchos príncipes compraban lo último en armamento: miles de hábiles arqueros.

Edward Elliott Family Collection, Purchase, The Dillon



Situado en la actual Indonesia, Borobudur, el templo budista más grande del mundo, atraía a forasteros procedentes de todo el sureste asiático, muchos de los cuales viajaban hasta allí en barco. Los peregrinos ascendían nueve niveles y caminaban cinco kilómetros hasta llegar a la cima, donde había setenta y dos estatuas.

Alamy



Este bajorrelieve de un barco con dos mástiles y una yola representa un navío que se usó a partir del siglo IX. Curiosamente, en el sureste asiático los constructores de buques no usaban clavos. Unían los tablones con espigas y cabos. Esas naves podían transportar hasta 600.000 platos de cerámica.

Alamy



Observando las olas, las aves y las estrellas, los navegantes polinesios surcaban el Pacífico sin instrumentos náuticos. Construían los barcos amarrando dos canoas a un marco de madera y acoplándole una vela.

Biblioteca Nacional de Australia



Estas dos vasijas, fabricadas alrededor del año 1000, provienen de la misma ciudad persa. La superficie lisa de la vasija china de la izquierda constituye la tecnología más avanzada de la época, que los alfareros persas copiaron para conservar su cuota de mercado. Fueron capaces de imitar el pitón, pero no el brillo.



En esta escena del *Genji monogatari*, el príncipe Genji está sentado junto a su hermanastro leyendo una carta relativa a la participación en un concurso de elaboración de incienso. El uso de maderas olorosas por parte de los cortesanos chinos y japoneses contribuyó a que las sustancias aromáticas se convirtieran en un producto de consumo muy extendido.

Harvard Art Museums/Arthur M. Sackler Museum, Donación de la Hofer Collection of the Arts of Asia



Corea era un gran centro editorial a donde chinos, japoneses y kitán acudían a comprar libros difíciles de encontrar, los cuales se imprimían prensando pliegos de papel sobre planchas de madera entintadas. Aquí, un monje del monasterio de Haeinsa examina una de las 81.000 planchas elaboradas en el siglo XIII.

Geoff Steven; Our Place World Heritage Collection



Como pensaba que el fin del mundo ocurriría en el año 1052, el regente de Japón, que gobernaba durante la minoría de edad del joven emperador, se preparó para el apocalipsis convirtiendo la residencia de Uji, cerca de Kioto, en un templo budista; hoy es tan admirado que hasta aparece en las monedas de diez yenes.

Notas

1. Manfred B. Steger escribió una útil introducción que considera la compresión espacio-temporal como la clave de la globalización y se centra, como la mayoría de los libros, en la década de 1970. Algunos analistas consideran que hay globalización antes del año 1000: Justin Jennings argumenta que las ciudades de Mesopotamia, Cahokia y la cultura huari influían en las comarcas circundantes. Otros historiadores anteriores, especialmente David Northrup y John Man, señalan también la importancia del año 1000, en tanto que Janet Abu-Lughod identifica el período mongol con el paso más importante hacia una mayor integración. C. A. Bayly define la globalización como «un aumento progresivo de la escala de los procesos sociales desde un ámbito local o regional hasta uno mundial», y cree que la primera fase, a la que llama globalización arcaica, se produjo a partir del siglo XVI.

Véase Steger, *Globalization: A Very Short Introduction* (2009); Jennings, *Globalizations and the Ancient World* (2011); Northrup, «Globalization and the Great Convergence: Rethinking World History in the Long Term», *Journal of World History* 16.3 (2005), págs. 249-267; Man, *Atlas of the Year 1000* (2001); Abu-Lughod, *Before European Hegemony: the World System A. D. 1250-1350* (1989); Bayly, «'Archaic' and 'Modern' Globalization in the Eurasian and Africa Arena, c. 1750-1850», en A. G. Hopkins, *Globalization in World History* (2002).

2. Magnus Magnusson y Hermann Pálsson (comps.), *The Vinland Sagas: The Norse Discovery of America*, 1965, pág. 100.

3. Jon Emont, «Why Are There No New Major Religions?», *The Atlantic*, 6 de agosto de 2017.

1. James C. Lee and Wang Feng, *One Quarter of Humanity: Malthusian Mythology and Chinese Realities, 1700-2000*, 1996, pág. 6 (Ilustración 1.1).

2. Andrew M. Watson, «The Arab Agricultural Revolution and its Diffusion, 700-1100», *Journal of Economic History* 34.1, 1974, págs. 8-35; Watson, *Agricultural Innovation in the Early Islamic World: The Diffusion of Crops and Farming Techniques, 700-1100*, 1983. Paolo Squatriti ha demostrado que la tesis original de Watson sobre la expansión de la agricultura en el mundo islámico ha resistido el paso del tiempo en su «Of Seeds, Seasons, and Seas: Andrew Watson's Medieval Agrarian Revolution Forty Years Later», *Journal of Economic History* 74.4, 2014, págs. 1.205-1.220.

3. Andrew Watson, «A Medieval Green Revolution», en A. L. Udovitch (comp.), *The Islamic Middle East, 700-1900: Studies in Economic and Social History*,1981, págs. 29-58, 30; Charles Issawi, «The Area and Population of the Arab Empire: An Essay in Speculation», en *Ibidem*, págs. 375-396, 387.

4. R. I. Moore, *La primera revolución europea, c. 970-1215*, 2000, págs. 30-39, 30 (duplicación de la población), 33 (población de Córdoba), 46-48 (cerealización).

5. H. H. Lamb, «The Early Medieval Warm Epoch and Its Sequel», *Paleogeography, Paleoclimatology, Paleoecology* 1, 1965, págs. 13-37.

6. PAGES 2k Consortium, «Continental-Scale Temperature Variability During the Past Two Millennia», *Nature Geoscience* 6, 2013, págs. 339-346. Para un mapa del mundo con las tendencias al enfriamiento y al calentamiento, así como los períodos

de sequía y gran pluviosidad, véase en internet el proyecto dirigido por Sebastian Lüning: <http://t1p.de/mwp>. Véanse también los ensayos de Quansheng Ge y otros sobre China, y Christian Rohr y otros sobre Europa, en Sam White y otros (comp.), *Palgrave Handbook of Climate History*, 2108.

7. Alexander F. More, «New Interdisciplinary Evidence on Climate and the Environment from the Last Millennium», texto de un documento inédito, pronunciado en la conferencia *Histoires de l'an mil*, Fondation des Treilles, Francia, 9-14 de septiembre de 2019.

8. Valerie Hansen, *The Open Empire: A History of China to 1800*, 2.ª ed., 2015, pág. 239.

9. Cécile Morrison, «La place de Byzance dans l'histoire de l'économie médiévale (v. 717-1204): méthodes, acquis, perspectives», en D. Barthélemy y Jean-Marie Martin (comp.), *Richesse et croissance au Moyen Âge. Orient et Occident*, Monographies de Travaux et Mémoires, 43, 2014, págs. 11-30.

10. Uta C. Merzbach, «Calendars an the Reckoning of Time», *Dictionary of the Middle Ages*, 1983, 3, págs. 17-30.

11. Various itinerant preachers: Robert E. Lerner, «Millennialism, Christian», *Dictionary of the Middle Ages* 8, págs. 384-388; Norman Cohn, *The Pursuit of the Millennium: Revolutionary Messianism in Medieval and Reformation Europe and Its Bearing on Modern Totalitarian Movements*, 3.ª ed., 1970.

12. Tom Clynes, «Exclusive: Laser Scans Reveal Maya 'Megalopolis' Below Guatemalan Jungle», *National Geographic*, 1 de febrero de 2018. Disponible en internet.

13. Michael D. Coe y Stephen Houston, *The Maya*, 9.ª ed. 2015, págs. 73, 84 (agricultura primitiva), pág. 126 (población de Tikal), pág. 176 (Chichén Itzá).

14. Massimo Livi Bacci, *Historia mínima de la población mundial*, 2012.

15. William W. Clark y John Bell Henneman, Jr., «Paris» y William A. Percy, «Population and Demography», en William W. Kibler y otros, *Medieval France: An Encyclopedia*, 1995, págs. 698-707, 751-752.

16. Conrad Leyser, Naomi Standen y Stephanie Wynne-Jones, «Settlement, Landscape and Narrative: What Really Happened in History», en Catherine Holmes y Naomi Standen (comps.), *The Global Middle Ages, Past and Present*, suplemento núm. 13, 2018, págs. 232-260.

17. Travis E. Zadeh, *Mapping Frontiers Across Medieval Islam: Geography, Translations, and the Abbasid Empire*, 2011.

18. Gavin Menzies, *1421: The Year That China Discovered America*, 2008.

19. Ishaan Tharoor, «Muslims Discovered America Before Columbus, Claims Turkey's Erdogan», *Washington Post*, 15 de noviembre de 2004; entrada del 29 de octubre de 1492, *Journal of the First Voyage of Christopher Columbus*, ed. Julius E. Olson y Edward Gaylord Bourne, 1906, pág. 133.

20. Frederick S. Starr, *Lost Enlightenment: Central Asia's Golden Age from the Arab Conquest to Tamerlane*, 2014, págs. 375-378.

21. Saiyid Samad Husain Rizvi, «A Newly Discovered Book of Al-Biruni: 'Ghurrat-uz-Zijat,' and al-Biruni's Measurements of Earth's Dimensions», en Hakim Mohammed Said (comp.), *Al-Biruni Commemorative Volume*, 1979, págs. 605-680, 617.

22. Fuat Sezgin (comp.), *The Determination of the Coordinates of Positions for the Correction of Distances Between Cities: A Translation from the Arabic of al-Biruni's Kitab Tahdid Nihayat al-Amakiin Litashih Masafat al-Masakin by Jamil Ali*, 1992, págs. 102-110, que es una traducción de las páginas 136-146 del libro de al-Bīrūnī, *Kitāb Taţdīd nihāyāt al-amākin li-taşḥīḥ masāfāt al-masākin*, Frankfurt, 1992.

23. Helmut Nickel, «Games and Pastimes», *Dictionary of the Middle Ages*, 1985, 5, págs. 347-353.

24. Aníbal Rodríguez, museólogo, Museo Americano de Historia Natural, comunicación personal, 11 de marzo de 2015.

25. John Howland Rowe, *Inca Culture at the Time of the Spanish Conquest*, 1946, págs. 231-232.

26. Ross Hassig, *Aztec Warfare: Imperial Expansion and Political Control*, 1995, pág. 66.

27. U.S. Department of the Army Techniques Publication, «Foot Marches (FM 21-18)», abril de 2017, sección 2-41.

28. Ashleigh N. Deluca, «World's Toughest Horse Race Retraces Genghis Khan's Postal Route», *National Geographic News*, 7 de agosto de 2014; H. Desmond Martin, *The Rise of Chingis Khan and His Conquest of North China*, 1950, pág. 18.

29. Stephen H. Lekson, «Chaco's Hinterlands», en Timothy R. Pauketat (comp.), *The Oxford Handbook of North American Archaeology*, 2012, págs. 597-607, 602-603.

30. Anders Winroth, *The Age of the Vikings*, 2014, pág. 72.

31. Ben R. Finney, *Hokule'a: The Way to Tahiti*, 1979; Ben Finney, *Voyage of Rediscovery: A Cultural Odyssey Through Polynesia*, 1994, pág. 127.

32. Mark Howard-Flanders, marino experimentado, Branford, Connecticut, comunicación personal, 1 de septiembre de 2017.

33. Birgitta Wallace, «The Norse in Newfoundland: L'Anse aux Meadows and Vinland», *Newfoundland Studies* 19.1, 2003, págs. 5-43, 8.

34. Gísli Sigurðsson (comp.), *The Vinland Sagas: The Icelandic Sagas About the First Documented Voyages Across the North Atlantic*, 2008, pág. 4.

35. <http://oceanservice.noaa.gov/>. Véase también la página <https://earth.nullschool.net/>, en la que se pueden consultar los vientos y las corrientes de cualquier día.

36. Cassandra Tate, «Japanese Castaways of 1834: The Three Kichis» (publicado el 23 de julio de 2009), <http://www.historylink.org/File/9065>; Frederik L. Schodt, *Native American in the Land of the Shogun: Ranald MacDonald and the Opening of Japan*, 2003.

37. Tom Garrison y Robert Ellis, *Oceanography: An Invitation to Marine Science*, 9.ª ed., 2016, págs. 230 (monzones), 232 (Ilustración 8.19 a y b: patrones monzónicos), 251 (Ilustración 9.3: giro del Atlántico norte), 255 (Ilustración 9.8 a y b: corrientes superficiales).

38. George F. Hourani, *Arab Seafaring in the Indian Ocean in Ancient and Early Medieval Times*, corregido y aumentado por John Carswell, 1995, pág. 61 (ruta más frecuentada), 74 (singladuras).

39. Robert Delfs, famoso fotógrafo submarino con base en Indonesia, comunicación personal, octubre de 2015.

40. Wang Gungwu, profesor emérito de historia en la Universidad Nacional de Singapur, comunicación personal, octubre de 2015; C. C. McKnight, *The Voyage to Marege': Macassan Trepangers in Northern Australia*, 1976; Derek John Mulvaney, «Bêche-de-mer, Aborigines and Australian History», *Journal of the Royal Society of Victoria*, 79.2, 1966, págs. 449-457.

41. Robert, K. G. Temple, *El genio de China: cuna de los grandes descubrimientos de la humanidad*, 1987.

42. Steve Thomas, *The Last Navigator: A Young Man, an Ancient Mariner, and the Secrets of the Sea*, 1987.

43. Necrológica de Mau Piailug, *Washington Post*, 21 de julio de 2010.

44. Eduardo Segura (trad.), *Beowulf*, 2015.

45. Ben Raffield, «Bands of Brothers: A Re-appraisal of the Viking Great Army and Its Implications for the Scandinavian Colonization of England», *Early Medieval Europe*, 24.3, 2016, págs. 308-337: 314 (tamaño de las bandas), 317 (mujeres), 325 (diferentes etnias).

46. Jonathan Karam Skaff, *Sui-Tang China and Its Turko-Mongol Neighbors: Culture, Power, and Connections, 580-800*, 2012, págs. 12-15, 75-104; Timothy Reuter, «Plunder and Tribute in the Carolingian Empire», *Transactions of the Royal Historical Society*, 5th Series, 35, 1985, págs. 75-94; Naomi Standen, «Followers and Leaders in Northeastern Eurasia, ca. Seventh to Tenth Centuries», en Nicola di Cosmo y Michael Maas (comp.), *Empires and Exchanges in Eurasian Late Antiquity: Rome, China, Iran, and the Steppe, ca. 250-750*, 2018, págs. 400-418.

47. Gwyn Jones, *A History of the Vikings*, 1968, pág. 290.

48. John Man, *Atlas of the Year 1000*, 2001.

1. Gísli Sigurðsson (comp.), *The Vinland Sagas: The Icelandic Sagas About the First Documented Voyages Across the North Atlantic*, 2008, págs. 5-10 (el viaje de Leif), 31-32 (el canto de Gudrid), 45 (el encuentro con Karlsefni).

2. Annette Kolodny, *In Search of First Contact: The Vikings of Vinland, the Peoples of the Dawnland, and the Anglo-American Anxiety of Discovery*, 2012, págs. 58 (significado de «skraeling»), 59 (armas de hierro), 60 (alianza wabanaki), 272 (Wayne Newell), 274 (sonadores).

3. Ben Raffield, «Bands of Brothers: A Re-appraisal of the Viking Great Army and Its Implications for the Scandinavian Colonization of England», *Early Medieval Europe* 24.3, 2016, págs. 308-337, 325.

4. Nancy Marie Brown, *The Far Traveler: Voyages of a Viking Woman*, 2006.

5. Anders Winroth, *The Conversion of Scandinavia: Vikings, Merchants, and Missionaries in the Remaking of Northern Europe*, 2012.

6. Heather Pringle, «New Visions of the Vikings», *National Geographic* 231.3, marzo de 2017, págs. 30-51, 39.

7. John Haywood señala que en Dinamarca hay piedras rúnicas con dibujos de velas cuadradas que datan del siglo VII. Véase su *The Penguin Historical Atlas of the Vikings*, 1995, págs. 9-10.

8. Max Vinner, *Boats of the Viking Ship Museum*, 2017, págs. 20-21.

9. Dieter Ahrens, «Die Buddhastatuette von Helgö», *Pantheon* 22, 1964, págs. 51-52; Scott Ashley, «Goblal Worlds, Local Worlds, Connections and Transformations in the Viking Age», en Fedir Androshchuk y otros (comp.), *Byzantium and the Viking World*, 2016, págs. 363-387, 364, 372.

10. Thorleif Sjøvold, *The Viking Ships in Oslo*, 1985, pág. 22.

11. En el Museo de barcos vikingos de Roskilde, Dinamarca, se exhiben cinco armazones distintos.

12. James H. Barrett y David C. Orton (comps.), *Cod and Herring: The Archaeology and History of Medieval Sea Fishing*, 2016.

13. La exposición Reikiavik 871±2 data el asentamiento más antiguo de Islandia comparándolo con el hielo de Groenlandia.

14. Erik Wahlgren, «Vinland Sagas», *Medieval Scandinavia: An Encyclopedia*, 1993, págs. 704-705.

15. Jesse Byock, profesor de nórdico antiguo y estudios escandinavos medievales en UCLA, comunicación personal, 23 de agosto de 2017.

16. Sverrir Jakobsson, «Vinland and Wishful Thinking: Medieval and Modern Fantasies», *Canadian Journal of History / Annales canadiennes d'histoire* 47, 2012, págs. 493-514; Jerold C. Frakes, «Vikings, Vinland and the Discourse of Eurocentrism», *Journal of English and German Philology* 100.1 (abril 2001), págs. 157-199.

17. Theodore M. Andersson enumera siete tipos de anécdotas (por ejemplo, relatos biográficos) que se transmitían oralmente: *The Growth of the Medieval Icelandic Sagas (1180-1280)*, 2006. Véase también Margaret Cormack, «Fact and Fiction in the Icelandic Sagas», *History Compass* 5.1, 2007, págs. 201-217.

18. En la *Saga de Erik*, Thorvald muere tras la llegada de Karlsefni a Vinland, mientras que la *Saga de los groenlandeses* sitúa su muerte antes del desembarco de Karlsefni.

19. Robert W. Park, «Contact Between the Norse Vikings and the Dorset Culture in Arctic Canada», *Antiquity* 82, 2008, págs. 189-198.

20. Ralph T. Pastore, «Archaeology, History, and the Beothuks», *Newfoundland Studies* 9.2, 1993, págs. 260-278; Ralph Pastore, «The Collapse of the Beothuk World», *Acadiensis: Journal of the History of the Atlantic Region* 19.1, 1989, págs. 52-71.

21. Birgitta Wallace, *Westward Vikings*, 2006, págs. 21-23 (detallado análisis de la datación), 38-48 (detallada descripción de cada estructura), 78 (cálculo de la población), 87-88 (beothuks e innus en la Ensenada de las Medusas).

22. Birgitta Wallace, «L'Anse aux Meadows: Leif Eriksson's Home in the Americas», *Journal of the North Atlantic*, número especial 2, 2009, págs. 114-125, 116 (ruta comercial del siglo XVI), 120 (huesos de animales), 121 (Cartier y la bahía de Chaleur).

23. Ramsay Cook, *The Voyages of Jacques Cartier*, 1993, págs. 19-21.

24. Henry Rowe Schoolcraft (1793-1864), *Historical and Statistical Information Respecting the History, Condition and Prospects of the Indian Tribes of the United States*, volumen 1, 1851, pág. 85.

25. Adán de Brema, *History of the Archbishops of Hamburg-Bremen*, traducción de Francis J. Tschan, introducción de Timothy Reuter, 2002, págs. 218-219.

26. Otros pocos manuscritos en islandés, fechados en 1121 y 1400, también mencionan Vinland. *El libro de los islandeses* (Íslendingabók), escrito por Ari Thorgilsson (n. 1067) en el año 1127, es uno de los más importantes.

27. W. A. Munn, *Wineland Voyages: Location of Helluland, Markland and Vinland* (reimpresión, en 1946, de un opúsculo publicado privadamente en 1914).

28. Anne Stine Ingstad, *The New Land with the Green Meadows*, 2013, pág. 169.

29. Helge Ingstad y Anne Stine Ingstad, *The Viking Discovery of America: The Excavation of a Norse Settlement in L'Anse aux Meadows, Newfoundland*, 2001 págs. 105-109 (significado de Vinland), 137 (fundición), 157 (afilador y contrapeso), 160 (alfiler).

30. Erik Wahlgren, «Fact and Fancy in the Vinland Sagas», en Edgar C. Polomé (comp.), *Old Norse Literature and Mythology: A Symposium*, 1969, págs. 44, 52-53.

31. Birgitta Wallace, «The Norse in Newfoundland: L'Anse aux Meadows and Vinland», *Newfoundland Studies* 19.1, 2003, págs. 10 (sagas), 11 (ausencia de cultivos), 18-19 (carpintería de ribera), 25 (fecha de partida), 26 (nueces).

32. Erik Wahlgren, *The Vikings of America*, 1986, págs. 11-15 (expediciones al norte de Groenlandia), 163-164 (ubicación de Vinland). Respecto a otras posibles ubicaciones, véase el mapa, «Suggested Locations of Places Mentioned in the Vinland Sagas», en Kunz, *Vinland Sagas*, págs. 66-67.

33. Svein H. Gullbekk, «The Norse Penny Reconsidered: The Goddard Coin—Hoax or Genuine?», *Journal of the North Atlantic* 33, 2017, págs. 1-8; Steven L. Cox, «A Norse Penny from Maine», en William W. Fitzhugh y Elizabeth I. Ward (comp.), *Vikings: The North Atlantic Saga*, 2000, págs. 206-207; Gareth Williams, Museo Británico, correo electrónico, 11 de julio de 2016.

34. Joel Bergland, «The Farm Beneath de Sand», en Fitzhugh y Ward, *North Atlantic Saga*, págs. 295-303, 300.

35. Magnusson y Pálsson, *Vinland Sagas*, págs. 21 (expediciones al norte de Groenlandia), 22 (matanza de 1379), 23 (carta del papa en 1492), 42-43 (Colón).

36. Museo de Historia, Ottawa, Canadá, número de orden KeDq-7:325.

37. PAGES 2k Consortium, «Continental-Scale Temperature Variability During the Past Two Millennia», *Nature Geoscience*, 2013, págs. 339-346.

38. Robert W. Park, «Adapting to a Frozen Coastal Environment», en Timothy R. Pauketat (comp.), *The Oxford Handbook of North American Archaeology*, 2012, págs. 113-123.

39. Niels Lynnerup, «Life and Death in Norse Greenland», en Fitzhugh y Ward, *North Atlantic Saga*, págs. 285-294.

40. Roberta Frank, Facultad de inglés, Universidad de Yale, comunicación personal, 12 de julio de 2016.

41. Biørn Jonsen de Skarsaa, Descripción de Groenlandia y mapa de Skálholt, Det Kongelige Bibliotek. Skálholt Map #431.6, 1590, <www.myoldmaps.com>.

1. Geoffrey E. Braswell, «What We Know, What We Don't Know, and What We Like to Argue About», conversación informal sobre arqueología, 8 de diciembre de 2017.

2. Mary Miller, *The Art of Mesoamerica: From Olmec to Aztec*, 2012, pág. 224.

3. Laura Filloy Nadal, «Rubber and Rubber Balls in Mesoamerica», en E. Michael Whittington (comp.), *The Sport of Life and Death*, 2002, págs. 21-31.

4. Earl H. Morris, *The Temple of the Warriors: The Adventure of Exploring and Restoring a Masterpiece of Native American Architecture in the Ruined Maya City of Chichén Itzá, Yucatan*, 1931, pág. 62.

5. Michael D. Coe y Stephen Houston, *The Maya*, 9.ª ed. 2015, págs. 126, 163, 174-198 (período clásico terminal), 182, 201 (acontecimientos de 987), 201-215 (descripción de Chichén Itzá), 214-219 (Mayapán), 242 (caminos blancos).

6. Ann Axtell Morris hizo una acuarela de los murales del Templo de los Guerreros y los acompañó con una representación en blanco y negro de los dibujos aún visibles. Rellenó las figuras que faltaban copiando figuras similares de otras partes del mural, lo que muestra el esmero con el que trabajaba. Earl H. Morris, Jean Charlot y Ann Axtell Morris, *The Temple of the Warriors at Chichen Itza, Yucatan*, publicación núm. 406, 1931, I: págs. 386-395; II: lámina 139 (saqueo de una aldea maya); lámina 146 (batalla naval); lámina 147b (cautivo con abalorios en el pelo); lámina 159 (pacífica aldea maya).

7. Compárese con los murales de Bonampak en Chiapas, cerca de la frontera con Guatemala.

8. Esta arcilla, también conocida como atapulgita, es un filosilicato de aluminio y magnesio, hidroxilado e hidratado.

9. Morris y otros, *The Temple of the Warriors*, I: 402.

10. J. Eric S. Thompson, «Representations of Tlalchitonatiuh at Chichen Itza, Yucatan, and at Baul, Escuintla», *Notes on Middle American Archaeology and Ethnology* 19, 1943, págs. 117-121. Véase también Donald E. Wray, «The Historical Significance of the Murals in the Temple of the Warriors, Chichen Itza», *American Antiquity* 11.1, 1945, págs. 25-27.

11. Beniamino Volta y Geoffrey E. Braswell, «Alternative Narratives and Missing Data: Refining the Chronology of Chichen Itza», en Geoffrey E. Braswell (comp.), *The Maya and Their Central American Neighbors: Settlement Patterns, Architecture, Hieroglyphic Texts, and Ceramics*, 2014, págs. 356-402, 373-374 (Tabla 13.1 de las inscripciones), 377-383 (datación).

12. John S. Bolles, *Las Monjas: A Major Pre-Mexican Architectural Complex at Chichén Itzá*, 1977, págs. 198 (foto del mural de los barcos, sala 22, tomada en 1934), 199 (copia del mural hecha por Adela Breton), 202-203 (acuarela de Charlot).

13. Søren Nielson, director de reconstrucciones navales del Museo de barcos vikingos de Roskilde, Dinamarca, correo electrónico del 7 de junio de 2018.

14. Jeanne E. Arnold, «Credit Where Credit Is Due: The History of the Chumash Oceangoing Plank Canoe», *American Antiquity* 72.2, 2007, págs. 196-209; Brian Fagan, «The Chumash», en *Time Detectives*, 1995.

15. Magnus Magnusson y Hermann Pálsson (trads.), *The Vinland Sagas*, 1965, pág. 51.

16. Ernest Noyes (trad.), «Fray Alonso Ponce in Yucatán» (Tulane), *Middle American Research Series*, publicación núm. 4, 1934, págs. 344-345.

17. Bruce J. Bourque y Steven L. Cox, «Maine State Museum Investigation of the Goddard Site, 1979», *Man in the Northeast* 22, 1981, págs. 3-27, 18 (dientes de foca y visón).

18. Kevin McAleese, «Ancient Uses of Ramah Chert», 2002, <http://www.heritage.nf.ca/articles/environment/landscape-ramah-chert.php>.

19. Bruce J. Bourque, «Eastern North America: Evidence for Prehistoric Exchange on the Maritime Peninsula», en Timothy G. Baugh y Jonathan E. Ericson (comp.), *Prehistoric Exchange Systems in North America*, 1994, págs. 34-25.

20. Elizabeth Chilton, «New England Algonquians: Navigating 'Backwaters' and Typological Boundaries», en Timothy R. Pauketat (comp.), *The Oxford Handbook of North American Archaeology*, 2012, págs. 262-272.

21. Ronald F. Williamson, «What Will Be Has Always Been: The Past and Present of Northern Iroquoians», en *The Oxford Handbook of North American Archaeology*, págs. 273-284.

22. Bernard K. Means, «Villagers and Farmers of the Middle and Upper Ohio River Valley, 11th to 17th Centuries AD: The Fort Ancient and Monongahela Traditions», en *The Oxford Handbook of North American Archaeology*, págs. 297-309.

23. Deborah M. Pearsall, «People, Plants, and Culinary Traditions», en *The Oxford Handbook of North American Archaeology*, págs. 73-84.

24. Alice Beck Kehoe, *America Before the European Invasions*, 2002, págs. 177 (muescas en los dientes), 178 (maíz, judías y calabazas).

25. Timothy R. Pauketat, *Ancient Cahokia and the Mississippians*, 2004, págs. 7-9.

26. Justin Jennings, *Globalizations and the Ancient World*, 2011, págs. 83-84 (población de Cahokia), 87-88 (influencia regional de Cahokia), 92-95 (Spiro).

27. Robert L. Hall, «The Cahokia Site and Its People», en Richard F. Townshend (comp.), *Hero, Hawk, and Open Hand: American Indian Art of the Ancient Midwest and South*, 2004, págs. 93-103.

28. Timothy R. Pauketat, *Cahokia: Ancient America's Great City on the Mississippi*, 2009, págs. 31-36 (comercio), 36-50 (chencos), 69-84 (montículo 72), 92-98 (leyendas de los gemelos).

29. Melvin L. Fowler, «Mound 72 and Early Mississippian at Cahokia», en James B. Stoltman (comp.), *New Perspectives on Cahokia: Views from the Periphery*, 1991, págs. 1-28.

30. John E. Kelly, «Cahokia as a Gateway Center», en Thomas E. Emerson y R. Barry Lewis (comp.), *Cahokia and the Hinterlands: Middle Mississippian Cultures of the Midwest*, 1991, págs. 61-80, 75.

31. Townshend, *Hero, Hawk, and Open Hand*, págs. 150, 157.

32. Alex W. Barker y otros, «Mesoamerican Origin for an Obsidian Scraper from the Pre-Columbian Southeastern United States», *American Antiquity* 67.1, 2002, págs. 103-108.

33. Gregory Perino, «Additional Discoveries of Filed Teeth in the Cahokia Area», *American Antiquity* 32.4, 1967, págs. 538-542.

34. Michael Bawaya, «A Chocolate Habit in Ancient North America», *Science* 345.6200, 2014, pág. 991.

35. Dennis Tedlock, *Popol Vuh: The Definitive Edition of the Mayan Book of the Dawn of Life and the Glories of Gods and Kings*, 1996.

36. Ruth M. Van Dyke, «Chaco's Sacred Geography», en David Grant Noble (comps.), *In Search of Chaco: New Approaches to an Archaeological Enigma*, 2004, págs. 79-85.

37. Thomas C. Windes, «This Old House: Construction and Abandonment at Pueblo Bonito», en Jill E. Neitzel (comp.), *Pueblo Bonito*, 2003, págs. 14-32, 15.

38. David Grant Noble, *Ancient Ruins of the Southwest: An Archaeological Guide*, 1991, págs. 27 (mercaderías mesoamericanas en El Chaco), 73, 115 (grandes casas y caminos).

39. «The Development of Population Diversity at Chaco Canyon», *Kiva* 68.3, 2003, págs. 221-245.

40. Christy G. Turner II y Jacqueline A. Turner, *Man Corn: Cannibalism and Violence in the Prehistoric American Southwest*, 1999, págs. 128-129, 476 (Ilustración 5.7).

41. Stephen Nash, «Heated Politics, Precious Ruins», *New York Times*, 30 de julio de 2017, TR7-9.

42. Etiqueta de la exposición en el Museo de Salmon Ruins y la Biblioteca de Investigación, Bloomfield, Nuevo México, 87413 (visitados el 21 de marzo de 2016); Tori L. Myers, «Salmon Ruins Trail Guide», 2013, págs. 9, 15.

43. Patricia L. Crown y W. Jeffrey Hurst, «Evidence of Cacao Use in the Prehispanic American Southwest», *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America* 106.7, 2009, págs. 2.110-2.113; W. Jeffrey Hurst, «The Determina-

tion of Cacao in Samples of Archaeological Interest», en Cameron L. McNeil (comp.), *Chocolate in Mesoamerica: A Cultural History of Cacao*, 2006, págs. 104-113.

44. Zach Zorich, «Ancient Amazonian chocolatiers», *Archaeology*, enero-febrero de 2019, pág. 12.

45. Sophie D. Coe y Michael D. Coe, *The True History of Chocolate*, 3.ª ed., 2013, págs. 21-24.

46. Douglas J. Kennett y otros, «Development and Disintegration of Maya Political Systems in Response to Climate Change», *Science*, 2012, págs. 788-791.

47. Richard W. Bulliet, *The Wheel: Inventions and Reinventions*, 2016, págs. 36-41.

48. Joel W. Palka, *Maya Pilgrimage to Ritual Landscapes: Insights from Archaeology, History, and Ethnography*, 2014, pág. 81; Angela H. Keller, «A Road by Any Other Name: Trails, Paths, and Roads in Maya Language and Thought», en James E. Snead y otros (comp.), *Landscapes of Movement: Trails, Paths, and Roads in Anthropological Perspective*, 2009, págs. 133-157, 145.

49. C. W. Ceram, *Dioses, tumbas y sabios*, traducción de Manuel Tamayo, 1989.

50. Véase <https://arstechnica.com/science/2016/09/confirmed-mysterious-ancient-maya-book-grolier-codex-is-genuine/>.

51. Clemency Chase Coggins y Orrin C. Shane III (comps.), *Cenote of Sacrifice: Maya Treasures from the Sacred Well at Chichén Itzá*, 1984, págs. 24-25.

52. Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, 2002.

53. Simon Martin, «The Dark Lord of Maya Trade», en Daniel Finamore y Stephen D. Houston (comps.), *Fiery Pool: The Maya and the Mythic Sea*, 2010, págs. 160-162.

54. Véase Joanne Pillsbury y otros, *Golden Kingdoms: Luxury Arts in the Ancient Americas*, 2017, en particular las contribuciones de Joanne Pillsbury, págs. 1-13, John W. Hoopes, 54-65, Stephen Houston, 78-78), James A. Doyle, 84.

55. B. Cockrell y otros, «For Whom the Bells Fall: Metals from the Cenote Sagrado, Chichén Itzá», *Archaeometry*, 57.6, 2015, págs. 977-995.

56. Izumi Shimada, «The Late Prehispanic Coastal States», en Laura Laurencich Minelli (comp.), *The Inca World: The Development of Pre-Columbian Peru, A.D. 1000-1534*, 2000, págs. 49-64, 55-56 (uso que daban al metal los gobernantes), 57-59 (comercio a larga distancia).

57. Heather Lechtman, *The Central Andes, Metallurgy Without Iron*, 1980.

58. Ana Maria Falchetti, «The Darién Gold Pendants of Ancient Columbia and the Isthmus», *Metropolitan Museum of Art Journal* 48, 2008, págs. 39-73, 55-56.

59. Heather Lechtman, «Arsenic Bronze: Dirty Copper or Chosen Alloy? A View from the Americas», *Journal of Field Archaeology* 23.4, 1996, págs. 477-514.

60. M. Harper, «Possible Toxic Metal Exposure of Prehistoric Bronze Workers», *British Journal of Industrial Medicine* 44, 1987, págs. 652-656.

61. John Topic, «Exchange on the Equatorial Frontier: A Comparison of Ecuador and Northern Peru», en Kenneth G. Hirth y Joanne Pillsbury (comps.), *Merchants, Market, and Exchange in the Pre-Columbian World*, 2013, págs. 335-360; Dorothy Hos-

ler, «Ancient West Mexican Metallurgy: South and Central American Origins and West Mexican Transformations», *American Anthropologist*, New Series, 90.4, 1988, págs. 832-855; Christopher Beekman, Facultad de antropología, Universidad de Colorado, Denver, correo electrónico, 6 de mayo de 2019.

62. Susan E. Bergh (comp.), *Wari: Lords of the Ancient Andes*, 2012.

63. Michelle Young, Universidad de Yale, correo electrónico, 27 de junio de 2018.

64. Richard T. Callaghan, «Prehistoric Trade Between Ecuador and West Mexico: A Computer Simulation of Coastal Voyages», *Antiquity* 77, 2003, págs. 796-804.

65. Finamore y Houston, *Fiery Pool*, catálogo núm. 57, pág. 175.

66. Kennett y otros, «Development and Disintegration», págs. 788-791.

67. Dorothy Hosler, «Metal Production», en Michael E. Smith y Frances F. Berdan (comps.), *The Postclassic Mesoamerican World*, 2003, págs. 159-171, 163; Warwick Bray, «Maya Metalwork and Its External Connections», en *Social Process in Maya Prehistory: Studies in Honour of Sir Eric Thompson*, ed. Norman Hammond, 1977, págs. 366-403.

68. Fernando Colón, *Vida del almirante don Cristóbal Colón*, ed. Ramón Iglesias, 1947; Edward Wilson-Lee, *The Catalogue of Shipwrecked Books: Young Columbus and the Quest for a Universal Library*, 2019, págs. 87-88.

69. Fernando Colón, *Historie Del S.D. Fernando Colombo; Nelle quali s'ha particolare, & vera relatione della vita, & de' fatti dell'Ammiraglio D. Christoforo Colombo, suo padre: Et dello scoprimento, ch'egli fece dell'Indie Occidentali, dette Mondo Nuovo, hora possedute dal Sereniss. Re cattolico*, 1571, pág. 200.

1. John Fennell, *A History of the Russian Church to 1448*, 1995, pág. 4.

2. Andreas Kaplony, «The Conversion of the Turks of Central Asia to Islam as Seen by Arabic and Persian Geography: A Comparative Perspective», en Étienne de la Vaissière (comp.), *Islamisation de l'Asie Centrale: Processus locaux d'acculturation du VIIe au XIe siècle*, 2008, págs. 319-338.

3. *De administrando imperio*, traducción inglesa de R. J. K. Jenkins, 1967, 9, pág. 59 (palabras escandinavas en la lengua de los rus).

4. Simon Franklin y Jonathan Shepard, *The Emergence of the Rus, 750-1200*, 1996, págs. 12-13 (utensilios encontrados en Stáraia Ládoga), 16 (peines), 47 (comparación con la América del siglo XVIII), 114-119 (los tratados de los años 911 y 945), 135 (respuesta de Olga a Constantino), 139 (kremlin de Nóvgorod), 145-146 (Sviatoslav y los bizantinos), 155 (panteón rus), 230 (matrimonios en el siglo XI).

5. Anders Winroth, *Conversion of Scandinavia: Vikings, Merchants, and Missionaries in the Remaking of Northern Europe*, 2012, págs. 3, 30-31 (Canuto), 47-51 (regalos), 48 (lámina 5, tesoro de 911), 95-97, 97 (lámina 18, runas que mencionan Corasmia), 99-100 (trazado de Hedeby), 139141 (conversiones escandinavas), 146 (ventajas políticas del monoteísmo), 160, 168 (ventajas de la conversión).

6. Jonathan Shepard, «Review Article: Back in Old Rus and the USSR: Archaeology, History and Politics», *English Historical Review* 131.549, 2016, págs. 384-405, 393-394, (Krutik), 398 (grupos independientes).

7. Adán de Brema, *History of the Archbishops of Hamburg-Bremen*, 2002, págs. 190 (esclavitud), 198-199 (demanda de pieles).

8. Janet Martin, *Treasure of the Land of Darkness: The Fur Trade and Its Significance for Medieval Russia*, 1986, págs. 1 (túnicas de piel en Arabia), 15 (conquistas de los rus).

9. Bernard Lewis, *Race and Slavery in the Middle East: An Historical Enquiry*, 1990, pág. 11; Michael McCormick, *Orígenes de la economía europea: Viajeros y comerciantes en la alta Edad Media*, 2005.

10. Paul Lunde y Caroline Stone, *Ibn Fadlān and the Land of Darkness: Arab Travellers in the Far North*, 2012, págs. 126-127; traducción ligeramente modificada por Michael Rapoport tras compararla con el *Kitāb al-Aclāq al-nafīsa* de Ibn Rusta, ed. M. J. de Goeje, 1981, págs. 145-146.

11. Véase Marek Jankowiak, «From 'Slav' to 'Slave': Tracing a Semantic Shift» (en prensa).

12. Porfirogénito, *De administrando imperio*, 9, págs. 57-63 (esclavos y pieles).

13. Peter Golden, «al-kāliba», *Encyclopaedia of Islam*, 2.ª ed, 2012.

14. Lunde y Stone, *Ibn Fadlān and the Land of Darkness*, 112 (Ibn Khordadbeh sobre las rutas de la Rādhānīya y los Rūs c. 830); traducción ligeramente modificada por Michael Rapoport tras compararla con el *Kitāb al'masālik wa'l-mamālik* de Khordadbeh, ed. M. J. de Goeje, 1889, pág. 149.

15. Scott Ashley, «Global Worlds, Local Worlds, Connections and Transformations in the Viking Age», en Fedir Androshchuk y otros (comp.), *Byzantium and the Viking World*, 2016, págs. 363-387, 376-378.

16. Brian Gilmore y Robert Hoyland, «Bīrunī on Iron», en *Medieval Islamic Swords and Swordmaking: Kindi's Treatise «On Swords and Their Kinds»*, 2006, págs. 148-174; James Allan y Brian Gilmour, *Persian Steel: The Tanavoli Collection*, 2000, págs. 52 (lámina 4A, lingote ovalado), 60-63, 75 (descripción de la metalurgia).

17. Alan Williams, *Sword and the Crucible: A History of the Metallurgy of European Swords up to the 16th Century*, 2012, págs. 24-30 (documentos árabes), 117-122 (espadas auténticas y falsas).

18. Thomas S. Noonan, «European Russia, c. 500-c. 1050», en Timothy Reuter (comp.), *The New Cambridge Medieval History*, volumen 3: c. 900-c. 1204, 1999, págs. 487-513, 490, 491 (Quersón), 494, 495 (asentamientos de los eslavos orientales), 506-509 (comercio rus a partir del siglo X).

19. Lunde y Stone, *Ibn Fadlān and the Land of Darkness*, 112; Jonathan Shepard, «Byzantine Emissions, not Missions, to Rus', and the Problems of 'False' Christians», en N. A. Makarov y A. E. Leontiev (comps.), *Rus' in the 9th-12th Centuries: Society, State, Culture*, 2014, págs. 234-242.

20. Jens Peter Schjødt, «Ibn Fadlan's Account of a Rus Funeral: To What Degree Does It Reflect Nordic Myths», en Pernille Hermann y otros, *Reflections on Old Norse Myths*, 2007, págs. 133-148.

21. Anne Stalsberg, «Scandinavian Viking-Age Boat Graves in Old Rus», *Russian History* 28.1-4, 2001, págs. 359-401.

22. Ahmad Ibn Falān, *Mission to the Volga*, en Philip F. Kennedy y Shawkat M. Toorawa (comps.), *Two Arabic Travel Books*, 2014, págs. 165-266, 243-246 (oración del mercader), 246, 247 (ángel de la muerte), 250, 251 (sexo con una esclava y muerte de esta).

23. Thomas S. Noonan, «Fluctuations in Islamic Trade with Eastern Europe During the Viking Age», *Harvard Ukrainian Studies* 16, 1992, págs. 237-259, 239, 240.

24. Gunnar Andersson, *Go Beyond the Legend: The Vikings Exhibition*, 2016, pág. 37.

25. Marek Jankowiak, «Dirham Flows into Northern and Eastern Europe and the Rhythms of the Slave Trade with the Islamic World», en J. Gruszczyński, M. Jankowiak y J. Shepard (comps.), *Viking-Age Trade: Silver, Slaves and Gotland*, 2020, capítulo 6.

26. Marek Jankowiak propone 400.000; el millón es un «cálculo aproximado», comunicación personal, 26 de octubre de 2018.

27. El 25 de octubre de 2018, Marek Jankowiak me explicó por qué había aumentado la estimación dada en «Dirhams for Slaves: Investigating the Slavic Slave Trade in the Tenth Century», 27 de febrero de 2012; disponible en academia.edu.

28. F. Donald Logan, *The Vikings in History*, 3.ª edición, 2005, págs. 122 (región septentrional), 153-160 (incursiones vikingas en Inglaterra), 9801.035.

29. Ann Christys, *Vikings in the South: Voyages to Iberia and the Mediterranean*, 2015, págs. 7-8.

30. James M. Powell, «Sicily, Kingdom of», *Dictionary of the Middle Ages*: págs. 263-276.

31. Krijnie N. Ciggaar, *Western Travellers to Constantinople, The West and Byzantium, 962-1204: Cultural and Political Relations*, 1996, págs. 126-127; Sigfús Blöndal, *The Varangians of Byzantium*, 1978, pág. 233.

32. Hermann Pálsson y Paul Edwards (trads.), *Vikings in Russia: Yngvar's Saga and Eymund's Saga*, 1989, págs. 44-68, 59; Gunilla Larson, «Early Contacts Between Scandinavia and the Orient», *The Silk Road*, 2011, págs. 122-142.

33. Jonathan Shepard, «Photios' Sermons on the Rus Attack of 860: The Question of His Origins, and of the Route of the Rus», en Alexander Beihammer y otros (comps.), *Prosopon Rhomaikon: ergänzende Studien zur Prosopographie der mittelbyzantinischen Zeit*, 2017, págs. 111-128, 118.

34. Anders Winroth, *The Age of the Vikings*, 2014, págs. 82 (Ingvar), 128 (más espinas de bacalao).

35. Concluida en 1113, la *Primera crónica eslava* o *Crónica de Néstor*, contiene una mezcla de mitología e historia. Véase la introducción de Samuel Hazzard Cross y Olgerd P. Sherbowitz-Wetzor (trads.), *The Russian Primary Chronicle: Laurentian Text*, 1953, págs. 3-50 (un solo autor), 59 (invitación a los ruríkidas), 65-69 (tratado de 911), 82 (propuesta de Constantino), 93, 94 (divinidades precristianas), 110 (decisión de esperar), 111 (informe del enviado), 245n92 (nuncios papales).

36. Paolo Squatriti (trad.), *The Complete Works of Liudprand of Cremona*, 2007, págs. 180 (fuego griego), 197, 198 (máquinas del rey).

37. Jonathan Shepard, «The Coming of Christianity to Rus», en Calvin B. Kendall y otros (comps.), *Conversion to Christianity: From Late Antiquity to the Modern Age: Considering the Process in Europe, Asia, and the Americas*, 2009, págs. 195-196.

38. Shepard, «Back in Old Rus and the USSR», págs. 384-405, 400.

39. Shepard, «Byzantine Emissions», págs. 234-242, 236.

40. Shepard, «The Coming of Age of Christianity to Rus», págs. 185-222, 194 (enterramientos de Kíev), 195 (tratado de 944).

41. Janet Martin, *Medieval Russia 980-1584*, 1995, págs. 1-11.

42. Peter Golden, «The Conversion of the Khazars to Judaism», en Golden y otros (comps.), *The World of the Khazars: New Perspectives: Selected Papers from the Jerusalem 1999 International Khazar Colloquium Hosted by the Ben Zvi Institute*, 2007, págs. 123-162, 152n145, 153 (conversión al judaísmo), 156 (fecha de conversión).

43. Michael Toch, *The Economic History of the European Jews: Late Antiquity and Early Middle Ages*, 2013, págs. 193-204.

44. R. K. Kovalev, «Creating Khazar Identity Through Coins: The Special Issue Dirham of 837/8», en F. Curta (comps.), *East Central and Eastern Europe in the Middle Ages*, 2005, págs. 220-253, 240-242.

45. Golden, «The Conversion of the Khazars to Judaism», pág. 142; Ibn al-Faqih, *Kitāb al-Buldān*, ed. M. J. de Goeje, 1885, pág. 298.

46. E. E. Kravchenko and A. V. Shamrai, «O gruppe kompleksov s Tsarina gorodishcha v srednem techenii Severskogo Dontsa», en V. Dobrov y O. V. Kolesnik (comps.), *Problemi zberezhennia i vikoristannia kul'turnoi spadshchini v Ukraini*, 2014, págs. 183-192 (185 amuletos); Irina Shingiray, Universidad de Oxford, comunicación personal, 28 de octubre de 2018.

47. Moshe Gil, *A History of Palestine, 634-1099*, 1992, págs. 51-56 (conquista de 630), 364-366 (fatimíes), 409-414 (selyúcidas), 839-861 (cronología 610-1153).

48. Andrew Rippin, «ourī», *Encyclopaedia of Islam*, 3.ª ed., 2016; Maher Jarrar, «Houris», *Encyclopaedia of the Qu'ran*, 2002, 2, págs. 456-457.

49. Andrzej Poppe, «Two Concepts of the Conversion of Rus in Kievan Writings», *Christian Russia in the Making*, 2007, págs. 488-504, 492493n16 (fecha de la *Primera crónica)*, 495-496 (diferencias en cuanto al ayuno).

50. Fennell, *History of the Russian Church*, págs. 36-37; Paul Bushkovitch, comunicación personal, 20 de julio de 2016.

51. Vladímir Minorski (trad.), *Sharaf al-Zaman tahir Marvazi on China, the Turks, and India: Arabic Text with an English Translation and Commentary*, 1942, pág. 36.

52. Alexander Pereswetoff-Morath, *Grin Without a Cat*, 2002, págs. 53-57.

53. Christian Raffensperger, *Reimagining Europe: Kievan Rus' in the Medieval World*, 2012, págs. 164-166.

54. C. Edmund Bosworth, «The Origins of the Seljuqs», en Christian Lange y Songül Mecit (comps.), *The Seljuqs: Politics, Society and Culture*, 2011, págs. 13-21.

55. Richard W. Bulliet, *Cotton, Climate, and Camels in Early Islamic Iran: A Moment in World History*, 2009, págs. 79-81.

56. Omid Safi, *The Politics of Knowledge in Premodern Islam: Negotiation Ideology and Religious Inquiry*, 2006, pág. 16; Ernest Wallis Budge, *The Chronography of Bar Hebraeus*, 1932, 1, pág. 195.

57. Debido a los problemas con las fuentes documentales, no se sabe a ciencia cierta dónde o cuándo fue bautizado Vladímir.

58. Janet Martin, *Treasure in the Land of Darkness: The Fur Trade and Its Significance for Medieval Russia*, 1986, pág. 9.

59. Andrzej Poppe, «The Christianization and Ecclesiastical Structure of Kievan Rus' to 1300», *Harvard Ukrainian Studies*, 12-13, 1997, págs. 311-392, 341 (sedes episcopales), 344, 345 (bautismo póstumo).

60. Angeliki E. Laiou, «Exchange and Trade, Seventh-Twelfth Centuries», en *The Economic History of Byzantium: From the Seventh Through the Fifteenth Century*, ed. Angeliki E. Laiou y Charalampos Bouras, 2001, págs. 697-770.

61. Alfred J. Butler, *The Arab Conquest of Egypt and the Last Thirty Years of Roman Dominion*, 1978, xxxviii; «Antioch», *The Oxford Dictionary of Byzantium*, 1991, 1, págs. 115-116.

62. Joseph H. Lynch y Philip C. Adamo, *The Medieval Church: A Brief History*, 2014, págs. 184, 185.

63. R. W. Southern, *Western Society and the Church in the Middle Ages*, 1970, págs. 67-73.

64. John H. Erickson, «Schisms, Eastern-Western Church», *Dictionary of the Middle Ages*, 11, págs. 44-47.

65. Francesca Trivellato, comunicación personal, 9 de agosto de 2017; David Abulafia, *The Great Sea: A Human History of the Mediterranean*, 2011, págs. 276 (comunas), 278 (campañas mediterráneas en el siglo XI), 293 (siglo XII).

66. Los expertos discrepan en cuanto a la fecha, 1082 o 1092. Véase Alain Ducellier, «The Death Throes of Byzantium: 1080-1261», en Robert Fossier (comp.), *The Cambridge Illustrated History of the Middle Ages*, volumen 2, *950-1250*, 1997, págs. 505 (acontecimientos de 1082), 507, 508 (restitución de sus privilegios a los venecianos).

67. Donald M. Nicol, *Byzantium and Venice: A Study in Diplomatic and Cultural Relations*, 1988, págs. 87 (falsa coronación), 90 (categorías de residentes extranjeros), 106-109 (masacre de los latinos), 115 (tercera cruzada).

68. Thomas F. Madden, *Venice: A New History*, 2012, págs. 85-87.

69. Peter Frankopan, *The First Crusade: The Call from the East*, 2012, págs. 13-16 (papa y antipapa), 19-22 (Urbano II), 116 (número de participantes en la primera cruzada), 202 (ascenso de Urbano).

70. Thomas F. Madden, *A Concise History of the Crusades*, 3.ª ed., 2014, pág. 11 (participantes en la primera cruzada), 17-21, (cruzada de los pobres), 98-109 (cuarta cruzada), Barbara H. Rosenwein, *A Short History of the Middle Ages*, 4.ª ed. 2014, págs. 170-172 (primera cruzada), 200, 201 (cuarta cruzada).

1. Michael Rapoport modificó la traducción tras compararla con el original. Paulo Fernando de Moraes Farias, «Arabic and Tifinagh Inscriptions», en Sam Nixon (comp.), *Essouk-Tadmekka: An Early Islamic Trans-Saharan Market Town*, 2017, págs. 41-50 (descripción y análisis), 48 (escritura cúfica del Sahel), 299-303 (transcripciones). Véase también de Moraes Farias, «Tadmakkat and the Image of Mecca: Epigraphic Records of the Work of the Imagination in 11th Century West Africa», en Timothy Insoll (comp.), *Case Studies in Archaeology and World Religion: The Proceedings of the Cambridge Conference*, 1999, págs. 105-115.

2. E. W. Bovill, *The Golden Trade of the Moors*, 1968. Sam Nixon, del Museo Británico, está profundizando en la historia del comercio. Véase también François-Xavier Fauvelle, *Le Rhinocéros d'or: histoires du Moyen Âge africain*, 2013.

3. Andrew M. Watson, «Back to Gold—and Silver», *The Economic History Review*, 20.1, 1967, págs. 1-34, 30n1; Bálint Hóman, *Geschichte des ungarischen Mittelalters*, 1940, pág. 353.

4. La atribución a Buzurg puede ser errónea. Véase Jean-Charles Ducène, «Une nouvelle source arabe sur l'océan Indien au Xe siècle», *Afriques*, 2015, en línea en <http://journals.openedition.org/afriques/1746>.

5. Ralph A. Austen, «The Trans-Saharan Slave Trade: A Tentative Census», en Henry A. Gemery y Jan S. Hogendorn (comps.), *The Uncommon Market: Essays in the Economic History of the Atlantic Slave Trade*, 1979, págs. 23-73, 31 (pago en esclavos), 44, 45 (trabajo de los esclavos en el mundo islámico), 45 (rebelión de los zanch), 52-55 (esclavos en el ejército), 70 (precio de los esclavos).

6. David Brion Davis, *El problema de la esclavitud en la cultura occidental*, 1996.

7. "Buzurg Ibn Shahriyar of Ramhormuz: A Tenth-Century Slaving Adventure», en G. S. P. Freeman-Grenville (comp.), *The East African Coast: Select Documents from the First to the Earlier Nineteenth Century*, 1962, págs. 9-13; al-Rāmhurmuz, *Kitāb ʿAja'ib al-Hind*, edición bilingüe árabe-francés. Michael Rapoport corrigió la traducción tras compararla con el original árabe. Freeman-Grenvile se basa en la traducción francesa (no en el original árabe), que contiene muchos errores.

8. Adam Mez, *The Renaissance of Islam*, 1937, pág. 160; al-Yacqūbī, *Kitāb al-Buldān*, ed. M. J. de Goeje (1892): 260. Véase también Matthew S. Gordon, «Abbasid Courtesans and the Question of Social Mobility», en Gordon y Kathryn A. Hain (comp.), *Concubines and Courtesans: Women and Slavery in Islamic History*, 2017, págs. 27-51, 32.

9. Shadreck Chirikure y otros, *Mapungubwe Reconsidered: A Living Legacy, Exploring Beyond the Rise and Decline of the Mapungubwe State*, 2016; Fauvelle, *Le Rhinocéros d'or*, 2013.

10. Ari Nave, «Gold Trade», *Encyclopedia of Africa*, 2010, 1, págs. 525, 526.

11. Peter Garlake, *Great Zimbabwe*, 1973, págs. 109 (cerámica china), 132, 133 (cuentas); Bing Zhao, «Cerámica de estilo chino en el este de África entre los siglos IX y XVI: Cambio de valor y de símbolos en el comercio global», *L'Afrique orientale et l'océan Indien: connexions, réseaux d'échanges et globalisation*, junio de 2015. Disponible en internet.

12. Benjamin Reilly, *Slavery, Agriculture, and Malaria in the Arabian Peninsula*, 2015, pág. 130.

13. Alexandre Popović, *The Revolt of African Slaves in Iraq in the 3rd/9th Century*, 1998, pág. 136, 141n10.

14. Gabriele Tecchiato, «Zanch», *The Oxford Encyclopedia of the Islamic World*, Oxford Islamic Studies Online, 2009; E. Savage, «Berbers and Blacks: Ibāī Slave Traffic in Eighth-Century North Africa», *Journal of African History*, 33.3, 1992, págs. 351-368.

15. Gwyn Campbell, «East Africa in the Early Indian Ocean World: The Zanj Revolt Reconsidered», en Campbell (comp.), *Early Exchange Between Africa and the Wider Indian Ocean World*, págs. 275-296, 279 (significado de «zanch»), 281 (líder rebelde), 282 (50.000 rebeldes), 291, 296 (escepticismo respecto al número de esclavos africanos).

16. Floréal Sanagustin, *Médecine et société en Islam médiéval: Ibn Buṭlān ou la connaissance médicale au service de la communauté: le cas de l'esclavage*, 2010, págs. 233 (ritmo zanch), 234, 235 (esclavos bagawi), 237 (conclusión). Michael Rapoport tradujo directamente del árabe el original de Ibn Buṭlān, *Risāla fī širā al-raqīq wa-taqlīb al-'abīd*, en *Nawādir al-makhṭūṭāt*, volumen 1 ed. Hārūn, 1973, págs. 374 (ritmo zanch), 375, 376 (esclavos bagawi), 378 (conclusión).

17. Joseph Schacht y Max Meyerhof, *The Medico-Philosophical Controversy Between Ibn Butlan of Baghdad and Ibn Ridwan of Cairo*, 1937, pág. 18.

18. Rudolph T. Ware, «Slavery in Islamic Africa, 1400-1800», en David Eltis y Stanley L. Engerman (comps.), *The Cambridge World History of Slavery*, volumen 3: *1420-1804*, 2011, págs. 47-80.

19. R. Brunschvig, «cAbd», *Encyclopaedia of Islam*, 2.ª ed., 2012.

20. Maurice Lombard, *L'Islam dans sa première grandeur*, 1971, 2, págs. 194-203 (mapa de los esclavos eslavos), 199 (mapa de los esclavos turcos), 202 (mapa de los esclavos africanos).

21. Richard W. Bulliet, *The Camel and the Wheel*, 1975.

22. H. A. R. Gibbs (trad.), *The Travels of Ibn Battuta, A. D. 1325-1354*, 1994, 4, pág. 975.

23. Paul Lovejoy, *Transformations in Slavery*, 2012, pág. 35.

24. Austen, «The Trans-Saharan Slave Trade», págs. 37 (Tabla 2.3, cifras del comercio de esclavos en el Atlántico 1450-1600), 40, 66 (Tabla 2.8, totales del comercio de esclavos en el Sahara), 67-68.

25. Para un análisis más reciente del comercio de esclavos islámico y el problema de su cuantificación, véase Anne Haour, «The Early Medieval Slave Trade of the Central Sahel: Archaeological and Historical Considerations», en Paul J. Lane y Kevin C. MacDonald (comps.), *Slavery in Africa: Archaeology and Memory*, 2011, págs. 61-78; Mesa redonda, «Locating Slavery in Middle Eastern and Islamic History», *International Journal of Middle Eastern Studies* 49.1, 2017, págs. 133-172.

26. «Al-Bakri», en N. Levtzion y J. F. P. Hopkins (comp.), *Corpus of Early Arabic Sources for West African History*, 1981, págs. 62-87, 64 (trapos rojos para los esclavos), 65-66 (Siyilmasa), 68-69 (Audagost, fechas y camellos en los ejércitos), 79-81 (Ghana), 81 (minas de oro de Ghiyaru), 82 (Yarisna), 82-83 (Malal), 83-84 (amianto), 85 (dinares glabros); Michael Rapoport lo cotejó con el original y lo modificó ligeramente; al-Bakrī, *Kitāb al-masālik wa-l-mamālik*, eds. van Leeuwen y Ferré, 1992, págs. 658, pasaje 1099 (trapos rojos para los esclavos); 835-38, pasajes 1.393-1.399, 840, 1.404 (Siyilmasa), 849-50, pasajes 1.417-1.420 (Audagost, fechas y camellos en los ejércitos); 871-74, pasajes 1.455-1.461 (Ghana), 874, pasaje 1.460 (minas de oro de Ghiyārū), 875, pasaje 1.463 (Yarisna), 875-876, pasaje 1.464 (Malal), 878 pasaje 1.469 (amianto), 880, pasaje 1.472 (dinares glabros).

27. Travis Zadeh, *Mapping Frontiers Across Medieval Islam: Geography, Translation, and the ʻAbbāsid Empire*, 2011, págs. 17 (biografía), 23 (prólogo de Ibn Khurradadhbih); prólogo original árabe en Ibn Khurradādhbih, *al-Masālik wa-l-mamālik*, ed. M. J. de Goeje, 1889, pág. 3.

28. Marina A. Tolmacheva, «Geography», *Medieval Islamic Civilization: An Encyclopedia*, ed. Josef W. Meri, 2006, 1, págs. 284-288.

29. André Miquel, *La géographie humaine du monde musulman jusqu'au milieu du 11e siècle*, volúmenes 1-4 (1967-1988), 1, págs. 267-285.

30. Dmitri Gutas, *Greek Thought, Arab Culture: The Graeco-Arabic Translation Movement in Baghdad and Early Abbasid Society (2nd-4th/8th-10th centuries)*, págs. 1998.

31. Jonathan Bloom, *Paper Before Print: The History and Impact of Paper in the Islamic World*, 2001.

32. Hugh Kennedy, *Caliphate: The History of an Idea*, 2016, págs. 1-31.

33. Fred M. Donner, *Muhammad and the Believers at the Origins of Islam*, 2012, págs. 163-170.

34. Richard W. Bulliet, «Conversion to Islam and the Emergence of a Muslim Society in Iran», en Nehemia Levtzion (comp.), *Conversion to Islam*, 1979, págs. 30-51; Elton L. Daniel, «Conversion ii: Of Iranians to Islam», *Encyclopædia Iranica*, 2011.

35. Michael Bonner, «The Waning of Empire, 861-945», en Chase F. Robinson (comp.), *The New Cambridge History of Islam*, volumen 1: *The Formation of the Islamic World Sixth to Eleventh Centuries*, 2010, págs. 305-359.

36. Thierry Banquis, «Autonomous Egypt from Ibn ūlūn to Kāfūr, 868-969», págs. 86-119, 91, 92 (historia de Ibn ūlūn), 98 (composición de su ejército), 103 (revueltas anticristianas).

37. Michael Brett, «Egypt», en Robinson, *The New Cambridge History of Islam*, volumen 1, págs. 541-580, 558-559.

38. Hugh Kennedy, «The late ʻAbbāsid Pattern, 945-1050», en Robinson, *The New Cambridge History of Islam*, volumen 1, págs. 360-393, 361 (tradiciones comunes), 361-362 (intento fallido de revivir el zoroastrismo), 365 (acontecimientos de 945), 387 (mancomunidad islámica), 387-93 (divisiones suníes-chiítas).

39. Jonathan M. Bloom, *Arts of the City Victorious: Islamic Art and Architecture in Fatimid North Africa and Egypt*, 2007, págs. 54-59.

40. Matthieu Tillier, «Droit et messianisme chez les Fatimides de l’an 1000», discurso pronunciado durante la conferencia *Histoires de l’an mil,* Fondation des Treilles, Francia, 9-14 de septiembre de 2019; Jonathan Bloom, «Nājonathusraw’s Description of Jerusalem», en Alireza Korangy y Daniel J. Sheffield (comps.), *No Tapping Around Philology: A Festschrift in Honor of Wheeler McIntosh Thackston Jr.’s 70th Birthday*, 2014, págs. 395-406; Paul E. Walker, *The Caliph of Cairo: Al-Hakim bi-Amr Allah, 996-1021*, 2009, págs. 200-204, 260-261.

41. S. D. Goitein, «Slaves and Slavegirls in the Cairo Geniza Records», *Arabica* 9.1, 1962, págs. 1-20.

42. Jonathan P. Berkey, «Culture and Society During the Late Middle Ages», en Petry, *The Cambridge History of Egypt*, volumen 1, págs. 379-380.

43. Sarah M. Guérin, «The Tusk», en Francesca dell’Aqua (comp.), *The Salerno Ivories: Objects, Histories, Contexts*, 2016, págs. 21-28.

44. Yaacov Y. Lev, «The Fatimid State and Egypt’s Mediterranean Trade, 10th-12th Centuries», en Juan Pedro Monferrer-Sala y otros (comps.), *East and West: Essays on Byzantine and Arab Worlds in the Middle Ages*, 2009, págs. 121-125, 123; S. D. Goitein, *Letters of Medieval Jewish Traders*, 1973, págs. 39-44; S. D. Goitein, *A Mediterranean Society: The Jewish Communities of the Arab World as Portrayed in the Documents of the Cairo Geniza*, volumen 1, 1967, págs. 46, 49; Claude Cahen, «Un texte peu connu relative au commerce oriental d’Amalfi au Xe siècle», Archivio Storico per le province Napoletane, n s. 34, 1953-1954, págs. 3-8.

45. Otro documento dice que el incendio se produjo el 16 de mayo y que destruyó cinco barcos. Evidentemente, una de las fuentes es errónea, pero nadie sabe cuál.

46. Al-Bakrī dice que seis mil árabes equivalen a dos kilómetros. Véase Muhammad Ismail Marcinkowski, *Measures and Weights in the Islamic World: An English translation of Walther Hinz’ Handbuch Islamische Maße und Gewichte*, 2002, pág. 92.

47. Conrad Leyser, Naomi Standen y Stephanie Wynne-Jones, «Settlement, Landscape and Narrative: What Really Happened in History», *Past and Present*, suplemento 13, 2018, págs. 232-260, 237. Véase también R. A. Mauny, «The Question of Ghana», *Africa: Journal of the International African Institute* 24.3, 1954, págs. 200-213, 205-207.

48. Nehemia Levtzion, *Ancient Ghana and Mali*, 1973, págs. 26 (enterramientos del río Níger), 43-47 (ocaso de Ghana), 132 (auge del comercio de oro), 155 (ubicación de los yacimientos de oro).

49. Nehemia Levtzion y Jay Spaulding (comps.), *Medieval West Africa: Views from Arab Scholars and Merchants*, 2003, pág. xi.

50. Levtzion y Hopkins, *Corpus of Early Arabic Sources for West African History*, pág. 387n53.

51. Thurston Shaw, *Unearthing Igbo-Ukwu: Archaeological Discoveries in Eastern Nigeria*, 1977, págs. 42-43 (objetos almacenados), 58-59 (objetos funerarios); Thurston Shaw, *Igbo- Ukwu: An Account of Archaeological Discoveries in Eastern Nigeria*, volúmenes 1-2, 1970, 1, págs. 237-239.

52. Frank Willett, «Who Taught the Smiths of Igbo Ukwu?», *New Scientist* (14 de abril de 1983), págs. 65-68; Paul T. Craddock y otros, «Metal Sources and the Bronzes from Igbo-Ukwu», *Journal of Field Archaeology* 24.4, 1997, págs. 405-429.

53. Rod McIntosh, «Jenne-Jeno, Year 1000: Yale's Explorations Along the Niger», conferencia en *History 101: Circa 1000,* Yale University, October 9, 2017.

54. Paul Freedman, Out of the East: *Spices and the Medieval Imagination*, 2008, págs. 12-13.

55. Levtzion y Hopkins, *Corpus of Early Arabic Sources for West African History*, págs. 62-63.

56. E. Ann McDougall, «The View from Awdaghust: War, Trade and Social Change in the Southwestern Sahara, from the Eighth to the Fifteenth Century», *Journal of African History* 26.1, 1985, págs. 1-31, 17.

57. Ousmane Oumar Kane, *Beyond Timbuktu: An Intellectual History of Muslim West Africa*, 2016, pág. 46.

58. Ronald A. Messier y James A. Miller, *The Last Civilized Place: Sijilmasa and Its Saharan Destiny*, 2015, págs. 110 (triángulo comercial), 110 (3-4 toneladas de oro al año para los almorávides y la dinastía de Saladino), 111-115 (monedas almorávides); Jean Devisse, «Or d'Afrique», *Arabica* 43, 1996, págs. 234-243.

59. Sam Nixon y Thilo Rehren, «Gold Processing Remains», en Nixon, *Essouk-Tadmekka*, págs. 174-187, 176 (lámina 15.2: (molde para monedas), 185-187 (Al-Bakri).

60. T. Monod, «Le Ma'aden Ijafen: une épave caravanière ancienne dans la Majabat al-Koubra», en *Actes du 1er Colloque International d'Archéologie Africaine*, 1967, págs. 286-320.

61. Anne Haour, «The 'Lost Caravan' of the Ma'den Ijafen Revisited: Re-appraising Its Cargo of Cowries, a Medieval Global Commodity», *Journal of African Archaeology* 16.2, 2018, págs. 125-144.

62. James E. Alleman y Brooke T. Mossman, «Asbestos Revisited», *Scientific American* 277.1, 1997, págs. 70-75.

63. Timothy F. Garrard, «Myth and Metrology: The Early Trans-Saharan Gold Trade», *The Journal of African History* 23.4, 1982, págs 443-461.

64. Heródoto, *Los nueve libros de la historia*, 2009, 4.

65. al-Masʿūdī en Levtzion y Hopkins, *Corpus of Early Arabic Sources for West African History*, 32; al-Masʿūdī, *Murūj al-dhabab*, volumen 2, ed. ʿAbd al-amīd (1958): 261.

66. P. F. de Moraes Farias, «Silent Trade: Myth and Historical Evidence», *History in Africa* 1, 1974, págs. 9-24.

67. Yāqūt, en Levtzion y Hopkins, *Corpus of Early Arabic Sources for West African History*, 11.

68. Sebastian Lüning y otros., «Hydroclimate in Africa During the Medieval Climate Anomaly», *Palaeogeography, Palaeoclimatology, Palaeoecology* 495, 2018, págs. 309-322; George E. Brooks, «A Provisional Historical Schema for Western Africa

Based on Seven Climate Periods (ca. 9000 B. C. to the 19th Century)», *Cahiers d'Études Africaines* 101-102 1986, págs. 43-62.

69. Roderick J. McIntosh, *Ancient Middle Niger: Urbanism and the Self-Organizing Landscape*, 2005, pág. 177.

70. Ari Nave, «Gold Trade», *Encyclopedia of Africa*, 2010, 1, págs. 525-526.

71. Al-'Umarī, en Levtzion and Hopkins, *Corpus of Early Arabic Sources for West African History*, págs. 262 (al Dukkali sobre la minería de oro), 269 (cien carretas de oro), 271 (descenso del precio del oro). Traducción actualizada por Michael Rapoport tras compararla con el texto original de al-'Umarī, *Mamlakat Mālī*, ed. alā al-Dīn al-Munajjid, 1963, págs. 45-57.

72. Estos cálculos se basan en relatos según los cuales Mansa Musá viajaba con 80-100 cargas de oro, cada una de las cuales pesaba 152 kilos. El oro de los bastones de sus 500 esclavos pesaba otra tonelada. Michael Gómez, *African Dominion: A New History of Empire in Early and Medieval West Africa*, 2018, pág. 106.

73. Peter Russell, *Prince Henry the Navigator*, 2001, págs. 109-134 (viajes al cabo Bojador), 256 (procesión de esclavos en 1444), 258 (número de esclavos africanos antes de 1460).

74. Ivor Wilks, *Forests of Gold: Essays on the Akan and the Kingdom of Assante*, 1993; Bernstein, *The Power of Gold: The History of an Obsession*, 2012, pág. 118.

75. Pierre Vilar, *Oro y moneda en la historia: 1450-1920.*

76. Ivor Wilks, «Wangara, Akan and Portuguese in the Fifteenth and Sixteenth Centuries», *Journal of African History* 23.3, 1982, págs. 333-349; Wilks traduce el original de P. de Cenival y Th. Monod, *Description de la Côte d'Afrique de Ceuta au Sénégal par Valentim Fernandes (1506-1507)*, 1938, págs. 84-87.

77. Lovejoy, *Transformations in Slavery*, 2012, págs. 36-37 (Tabla 2.3: comercio de esclavos en el Atlántico, 1450-1600), 40 (comercio atlántico).

1. Hugh Kennedy, *Mongols, Huns, and Vikings: Nomads at War*, 2002, págs. 208-211.

2. John Masson Smith, Jr., «From Pasture to Manger: The Evolution of Mongol Cavalry Logistics in Yuan China and Its Consequences», en Bert G. Fragner y otros (comp.), *Pferde in Asien: Geschichte, Handel und Kultur*, ed. 2009, págs. 63-73; «'Ayn Jalut», *Harvard Journal of Asiatic Studies* 44.2, 1984, págs. 307-345, 335 (velocidad media), 336 (consumo de hierba); Martín Ver, miembro de la Berlin-Brandenburg Academy of Sciences and Humanities, correo electrónico, 21 de septiembre de 2018. Véase también Ashleigh N. Deluca, «World's Toughest Horse Race Retraces Genghis Khan's Postal Route», *National Geographic News* (7 de agosto de 2014).

3. Peter B. Golden, «The Karakhanids and Early Islam», en *The Cambridge History of Early Inner Asia*, 1990, pág. 347; Ibn Khurradādhbih, *Kitab al-Masalik wa'l-Mamalik*, ed. M. J. de Goeje, 1889, págs. 37, 39.

4. Peter B. Golden, *Central Asia in World History*, 2011, pág. 66.

5. "The Waning of Empire, 861-945», en Chase F. Robinson (comp.), *The New Cambridge History of Islam*, volumen 1: *The Formation of the Islamic World, Sixth to Eleventh Centuries*, 2010, págs. 305-359, 344 (esclavismo samánida), 345 (uso de la len-

gua persa), 346 (sunismo entre los samánidas).

6. V. Minorski, *Hudud al-Alam, «The Regions of the World», A Persian Geography, 372 A. C. – 982 A. D.*, 1937, págs. 3-44.

7. David Durand-Guédy, «Une "mutation" de l'an mil», en Iran?, discurso pronunciado en la conferencia *Histoires de l'an mil*, Fondation des Treilles, Francia, 9-14 de septiembre de 2019.

8. C. Edmund Bosworth, «Bīrūnī, Abū Rayani Life», *Encyclopædia Iranica*, 1989.

9. David Pingree, «Āār al-bāqīa», *Encyclopædia Iranica*, 2011.

10. La traducción completa más reciente, realizada en 1879, capta el complejo estilo del original. Al-Biruni, *The Chronology of Ancient Nations*, 1879, págs. 5 (duración del día), 13 (calendario judío), 312 (cristianos siríacos).

11. Reza Abdollahy, «Calendars, ii. in the Islamic Period», *Encyclopædia Iranica*, 1990.

12. Marshall G. S. Hodgson, *The Venture of Islam: Conscience and History in a World Civilization*, volumen 2, *The Expansion of Islam in the Middle Periods*, 1974, págs. 3-61, 255-292.

13. J. Pederson y otros, «Madrasa», *Encyclopaedia of Islam*, 2.ª ed., 2012.

14. Ruth Roded, *Women in the Islamic Biographical Collections: From Ibn Sacd to Who's Who*, 1994, 3 (tabla 1), pág. 12.

15. Elton L. Daniel, «The Islamic East», en Robinson, *The New Cambridge History of Islam*, 1, págs. 448-505, 503-504.

16. C. E. Bosworth, *The Ghaznavids: Their Empire in Afghanistan and Eastern Iran, 994-1040*, 1963, págs. 46 (títulos de califa abasí), 126-128 (tamaño del ejército).

17. Finbarr B. Flood, *Objects of Translation: Material Culture and Medieval "Hindu-Muslim" Encounter*, 2009, págs. 76-77.

18. H. Amedroz y D. S. Margoliouth, *The Eclipse of the 'Abbasid Caliphate (1920-1921)*, II, págs. 328-329; Hugh Kennedy, «The Late 'Abbāsid Pattern», en Robinson, *The New Cambridge History of Islam*, 1: 390.

19. Viola Allegranzi, *Aux sources de la poésie ghaznévide. Les inscriptions persanes de Ghazni* (2 volúmenes), 2019, 1, págs. 207-218.

20. Bosworth, «Asfijab», *Encyclopædia Iranica*, 2001.

21. *Medieval Persia: 1040-1797*, 1988, pág. 22.

22. Kennedy, «The Late 'Abbāsid Pattern», págs. 360-393, 370-373, (creencias suníes de los gaznávidas), 376-377 (Somnath).

23. Flood, *Objects of Translation*, págs. 4 (hindúes en el ejército de Mahmud), 78-79 (barrio hindú de Gazna), 79-86 (alianzas con los príncipes hindúes).

24. Abu'l-Fal Beyhaqi, *The History of Beyhaqi (The History of Sultan Mascud of Ghazna, 1030-1040)*, 2011, I, págs. 8-9.

25. André Wink, *Al-Hind: The Making of the Indo-Islamic World*, volumen 2: *The Slave Kings and the Islamic Conquest, 11th-13th Centuries*, 1997, págs. 294-333, 294 (conversiones fuera del territorio de Mahmud), 327-328.

26. Romila Thapar, *Somanatha, The Many Voices of a History*, 2004.

27. *Alberuni's India*, 1887, 2, págs. 103-104.

28. Finbarr Barry Flood, «Painting, Monumental and Frescoes», en Joseph W. Meri (comps.), *Medieval Islamic Civilization: An Encyclopedia*, 2006, págs. 586-589; Daniel Schlumberger, *Lashkari Bazar: une résidence royale ghaznévide (Mémoires de la Délégation archéologique française en Afghanistan*, volumen 18, parte 1, 1983; Martina Rugiadi, «The Ghaznavid Marble Architectural Decoration: An Overview»; disponible en <web.mit.edu>.

29. Peter Golden, «The Origins of the Karakhanids», en Denis Sinor (comp.), *The Cambridge History of Early Inner Asia*, 1990, págs. 354 (nombre de los karajánidas), 363, 363 (conquista de Corasmia).

30. Michal Biran, «The Qarakhanids' Eastern Exchange: Preliminary Notes on the Silk Roads in the Eleventh and Twelfth Centuries», en Jan Bemmann (comp.), *Complexity of Interaction Along the Eurasian Steppe Zone in the First Millennium CE*, 2015, págs. 575-596, 578.

31. Valerie Hansen, *The Silk Road: A New History with Documents*, 2016, págs. 368-371; William Samolin, *East Turkistan to the Twelfth Century: A Brief Political Survey*, 1964, pág. 81.

32. Mamūd al-Kasgārī, *Compendium of the Turkic Dialects*, volumen 1, 1982, pág. 270.

33. Abolwasem Ferdowsi, *Shahnameh The Persian Book of Kings*, 2016.

34. C. E. Bosworth, «Barbarian Invasions: The Coming of the Turks into the Islamic World», en D. S. Richards (comp.), *Islamic Civilisation*, 950-1150, 1973. págs. 1-16.

35. Djalal Khaleghi-Motlagh, «Ferdowsi, Abu'l-Qāsem», *Encyclopædia Iranica*, pág. 2012.

36. Diego de Aroza, *Tesoro de la Excelencias, y Utilidades de la Medicina y Espejo del Prudente, y Sabio Medico: Enriquecido, y Iluminado Con Varia Leccion, y ... Medico de Principes Avizena*, 2018.

37. Valerie Hansen, «International Gifting and the Kitan World, 907-1125», *Journal of Song-Yuan Studies* 43, 2013, págs. 273-302, 288-289.

38. Lothar Ledderose, «Changing the Audience: A Pivotal Period in the Great Sutra Carving Project at Cloud Dwelling Monastery Near Beijing», en John Lagerwey (comp.), *Religion and Chinese Society*, vol. 1, 2004, págs. 385-409.

39. Denis Twitchett, «The Liao's Changing Perceptions of Its T'ang Heritage», en *The Historian, His Readers, and the Passage of Time: The Fu Ssu-nien Memorial Lectures, 1996*, 1997, págs. 31-54.

40. Joseph Fletcher, «The Mongols: Ecological and Social Perspectives», *Harvard Journal of Asiatic Studies 46.1*, 1988, págs. 11-50, 17.

41. Pamela Crossley, «Outside In: Power, Identity, and the Han Lineage of Jizhou», *Journal of Song-Yuan Studies* 43, 2013, págs. 51-89.

42. Daniel Kane, «Introduction, Part 2: An Update on Deciphering the Kitan Language and Scripts», *Journal of Song-Yuan Studies* 43, 2013, págs. 11-25.

43. Nap-Yin Lau, «Waging War for Peace? The Peace Accord Between the Song and the Liao in AD 1005», en Hans van de Ven (comp.), *Warfare in Chinese History*, 2000, págs 183-221, 213.

44. La onza china *(liang)* pesaba 37,3 gramos. En 1042 los pagos aumentaron a 200.000 onzas chinas de plata y 300.000 rollos de seda.

45. Hsueh-man Shen (comp.), *Gilded Splendor: Treasures of China's Liao Empire (907-1125)*, 2006, pág. 363; Brian Thomas Vivier, *Chinese Foreign Trade, 960-1276*, tesis doctoral, Universidad de Yale, 2008, (lámina 1.2).

46. Richard von Glahn, «The Ningbo-Hakata Merchant Network and the Reorientation of East Asian Maritime Trade, 1150-1350», *Harvard Journal of Asiatic Studies* 74.2, 2014, págs. 249-279; Bruce L. Batten, *Gateway to Japan: Hakata in War and Peace, 500-1300*, 2006, pág. 40; Yiwen Li, correo electrónico, 18 de diciembre de 2018.

47. Valerie Hansen, «International Gifting and the Kitan World, 907-1125», *Journal of Song-Yuan Studies* 43, 2013, págs. 273-302.

48. Zou Tong, comunicación personal, 9 de mayo de 2009, en el Museo de Shangjing.

49. Jenny F. So, «Scented Trails: Amber as Aromatic in Medieval China», *Journal of the Royal Asiatic Society*, 3rd Series, 23.1, 2013, págs. 85-101, 94-95.

50. Vladímir Minorski (trad.) *Sharah al-Zaman Tahir: Marvazi on China, the Turks, and India: Arabic Text with an English Translation and Commentary*, 1942, págs. 16-17 (importaciones a China), 19-21 (traducción de cartas), 78 (el túrcico como lengua de la diplomacia).

51. Curt W. Beck y Edith C. Stout, «Amber from Liaoning Province and Liao Amber Artifacts», en E. C. Bunker y otros (comp.), *Adornment for the Body and Soul: Ancient Chinese Ornaments from the Mengdiexuan Collection*, 1999, págs. 167-72; Xu Xiaodong, *Zhongguo gudai hupo yishu*, 2011.

52. Sem Vermeersch, *A Chinese Traveler in Medieval Korea: Xu Jing's Illustrated Account of the Xuanhe Embassy to Koryō*, 2016, págs. 14-39.

53. Michal Biran, «The Qarakhanids' Eastern Exchange», pág. 578.

54. Había dos reinos uigures; parece que los uigures de Turfán tenían los recursos necesarios para enviar un embajador a Afganistán (el otro estado uigur, el de Ganzhou, fue invadido y destruido en 1028). Véase Minorski, *Marvazi*, págs. 77-78.

55. Anya King, «Early Islamic Sources on the Kitan Liao: The Role of Trade», *Journal of Song-Yuan Studies* 43, 2013, págs. 253-71, 262-63.

56. La traducción que aquí ofrecemos es la de Michael Rapoport.

57. Anya H. King, *Scent from the Garden of Paradise: Musk and the Medieval Islamic World*, 2017; James Cave, «You Don't Even Want to Know Where Musk Comes From», *HuffPost*, 24 de febrero de 2016.

58. Andreas Kaplony, «The Conversion of the Turks of Central Asia to Islam as Seen by Arabic and Persian Geography: A Comparative Perspective», en Étienne de la Vaissière, *Islamisation de l'Asie Centrale: processus locaux d'acculturation du VIIe au XIe siècle*, 2008, págs. 319-338; Michal Biran, *The Empire of the Qara Khitai en Eurasian History: Between China and the Islamic World*, 2005, págs. 196-201.

59. Esta es la traducción de Mimi Yiengpruksawan, y he sustituido los nombres ingleses por las eras budistas. Mimi Yiengpruksawan, «Countdown to 1051», en *Texts and Transformations: Essays in Honor of the 75th Birthday of Victor Mair*, ed. Haun Saussy, 2018, págs. 369-434, 376, (desastres de Kioto), 379-380 (monasterio budista del barrio pequinés de Fangshan), 380 (traducciones de la Pagoda del Norte), 386-394 (diferentes calendarios), 394 (embajada de los kitán a la corte de Goryeo), 402-404 (contactos entre Japón y Liao), 406 (eclipse).

60. D. Max Moerman, «The Archeology of Anxiety: An Underground History of Heian Religion», en Mikael Adolphson y otros (comps.), *Heian Japan, Centers and Peripheries*, 2007, págs. 245-271.

61. Liaoning sheng wenwu kaogu yanjiu suo y Chaoyang shi beita bowuguan (comps.), *Chaoyang Beita: Kaogu fajue yu weixiu gongcheng baogao*, 2007, lámina 48.

62. William H. McCullough, «The Heian Court, 795- 1070», en McCullough y Donald H. Shively (comps.), *The Cambridge History of Japan*, volumen 2: *Heian Japan*, 1999, págs. 20-96, 67-80.

63. Yiwen Li, *Networks of Profit and Faith: Spanning the Sea of Japan and the East China Sea, 838-1403*, tesis doctoral, Universidad de Yale, 2017, págs. 80, 85-86 (Fujiwara no Michinaga), 112-13 (ofrendas a Buda en recipientes).

64. Yiwen Li, «Chinese Objects Recovered from Sutra Mounds in Japan, 1000-1300», en Patricia Buckley Ebrey y Shih-shan Susan Huang (comps.), *Visual and Material Cultures in Middle Period China*, 2017, págs. 284-318.

65. Yannick Bruneton, «Astrologues et devins du Koryō (918-1392): une analyse de l'histoire officielle», *Extrême-Orient Extrême-Occident*, n.° 35, 2013, págs. 45-81.

66. Mimi Yiengpruksawan, «A Pavilion for the Amitabha», en Victor H. Mair (comp.), *Buddhist Transformations and Interactions*, 2017, págs. 401-516, 447-452.

67. Igor de Rachewiltz, *The Secret History of the Mongols: A Mongolian Epic Chronicle of the Thirteenth Century*, 2004.

68. Janet Abu-Lughod, *Before European Hegemony: The World System A.D. 1250-1350*, 1989.

69. James Belich, «The Black Death and the Spread of Europe», en Belich y otros (comp.), *The Prospect of Global History*, 2016.

1. Himanshu Prabha Ray, «Seafaring in the Bay of Bengal in the Early Centuries AD», *Studies in History* 6.1, 1990, págs. 1-14.

2. Sunil S. Amrith, *Crossing the Bay of Bengal: The Furies of Nature and the Fortunes of Migrants*, 2013, págs. 10-13.

3. Gwyn Campbell, «Africa and the Early Indian Ocean World Exchange System in the Context of Human-Environment Interaction», en Campbell (comp.), *Early Exchange Between Africa and the Wider Indian Ocean World*, 2016, pág. 3. Véase también

el ensayo de Sunil Gupta sobre los contactos entre África y la India.

4. Claude Allibert, «Austronesian Migration and the Establishment of the Malagasy Civilization», *Diogenes* 55.2, 2008, págs. 7-16; Ann Kumar, «'The Single Most Astonishing Fact of Human Geography': Indonesia's Far West Colony», *Indonesia* 92, 2011, págs. 59-96.

5. Peter Bellwood, *First Islanders: Prehistory and Human Migration in Island Southeast Asia*, 2017, pág. 231; Peter Bellwood, «The Austronesians in History: Common Origins and Diverse Transformations», en *The Austronesians: Historical and Comparative Perspectives*, 1995, págs. 1-16.

6. Alison Crowther y otros, «Ancient Crops Provide First Archaeological Signature of the Westward Austronesian Expansion», *Proceedings of the National Academy of the Sciences* 113.24, 14 de junio de 2016, págs. 6.6356.640.

7. Nicole Boivin y otros, «East Africa and Madagascar in the Indian Ocean World», *Journal of World Prehistory* 26.3, 2013, págs. 213-281.

8. Anne Salmond, *The Trial of the Cannibal Dog: Captain Cook in the South Seas*, 2003, págs. 38, 110.

9. «Austronesian Shipping in the Indian Ocean: From Outrigger Boats to Trading Ships», en *Campbell, Early Exchange*, págs. 51-76, 59-60 (naufragio de Cirebon), 62 (técnica del cosido), 65 (ubicación de los barcos hundidos).

10. Lisa Niziolek y otros, «Revisiting the Date of the Java Sea Shipwreck from Indonesia», *Journal of Archaeological Science: Reports* 19, mayo de 2018, págs. 781-790; Horst Hubertus Liebner, *The Siren of Cirebon: A Tenth-Century Trading Vessel Lost in the Java Sea*, tesis doctoral, Universidad de Leeds, 2014.

11. Janet M. Wilmshurst y otros, «High-Precision Radiocarbon Dating Shows Recent and Rapid Initial Human Colonization of East Polynesia», *Proceedings of the National Academy of Sciences* 108.5, 1 de febrero de 2011, págs. 1.815-1.820.

12. Ben Finney, *Voyage of Rediscovery: A Cultural Odyssey Through Polynesia*, 1994.

13. Steve Thomas, *The Last Navigator: A Young Man, An Ancient Mariner, The Secrets of the Sea*, 1997.

14. Anthony Reid, «Low Population Growth and Its Causes in Pre-Colonial Southeast Asia», en Norman G. Owen (comp.), *Death and Disease in Southeast Asia: Explorations in Social, Medical and Demographic History*, 1987, págs. 33-47, 36.

15. M. C. Ricklefs (comp.), *A New History of Southeast Asia*, 2010, págs. 8-10 (primeras estructuras sociales), 21 (inscripciones indias), 30, 61-64 (Srivijaya), 40-42 (Angkor), 43 (modelo de Estado litúrgico).

16. John E. Cort, *Open Boundaries: Jain Communities and Cultures in Indian History*, 1998, pág. 98.

17. La imagen de un estado-globo se inspira en el modelo de estado segmentario de Burton Stein en su *History of India*, 1998, pág. 20; así como en el concepto de mandala elaborado por O. W. Wolter en su *History, Culture and Region in Southeast Asian Perspectives*, 1999, págs. 27-28.

18. Andrea Acri, «Introduction: Esoteric Buddhist Networks Along the Maritime Silk Routes, 7th-13th Century AD», en Acri (comp.), *Esoteric Buddhism in Mediaeval Maritime Asia*, 2016, págs. 1-25, 4 (prácticas esotéricas), 7 (Yijing), 16 (mapa 1.1: rutas de los monjes); Koichi Shinohara, *Spells, Images, and Maalas: Tracing the Evolution of Esoteric Buddhist Rituals*, 2014, págs. 194-204.

19. *Songshi* 439: 14.088.

20. Zhu Yu, Pingzhou ketan, Song Yuan biji congshu, 1989, 1: 2.

21. O. W. Wolters, «Studying Śrīvijaya», en Craig J. Reynolds (comp.), *Early Southeast Asia: Selected Essays*, 2008, págs. 77-108, 92-94; «Restudying Some Chinese Writings on Sriwijaya», págs. 109-147, en el mismo volumen.

22. Hyunhee Park, *Mapping the Chinese and Islamic Worlds: Cross-Cultural Exchange in Pre-modern Asia*, 2013, págs. 30-31 (dhows), 69-70, 219n58 (rebelión de Huang Chao).

23. John Guy, «The Phanom Surin Shipwreck, a Pahlavi Inscription, and Their Significance for the History of Early Lower Central Thailand», *Journal of the Siam Society* 105, 2017, págs. 179-196.

24. Michael Flecker, «The Ethics, Politics, and Realities of Maritime Archaeology in Southeast Asia», *International Journal of Nautical Archaeology* 31.1, 2002, págs. 12-24; Michael Flecker, «A Ninth-Century AD Arab or Indian Shipwreck in Indonesia: First Evidence for Direct Trade with China», *World Archaeology* 32.3, 2001, pág. 335-354.

25. Regina Krahl (comp.), *Shipwrecked: Tang Treasures and Monsoon Winds*, 2011, pág. 36; disponible en internet.

26. John W. Chaffee, *The Muslim Merchants of Premodern China: The History of an Asian Maritime Trade Diaspora, 750-1400*, 2018, pág. 29.

27. Arthur Lane, *Early Islamic Pottery: Mesopotamia, Egypt, and Persia*, 1947, pág. 31.

28. Robert B. J. Mason, *Shine Like the Sun: Lustre-Painted and Associated Pottery from the Medieval Middle East*, 2004, pág. 2 (fabricación de la loza dorada), 31 (750, fecha de la primera cerámica basorí que copia el modelo chino), 158 (loza basorí en el este de África).

29. François Louis, «Metal Objects on the Belitung Shipwreck», en Krahl, *Shipwrecked*, págs. 85-91.

30. John N. Miksic, *Borobudur: Majestic, Mysterious, Magnificent*, 2010.

31. Kenneth R. Hall, *History of Early Southeast Asia: Maritime Trade and Societal Development, 100-1500*, 2011, 125-126.

32. Jan Wisseman Christie, «Revisiting Early Mataram», en M. J. Klokke y K. R. y Kooij (comps.), *Fruits of Inspiration: Studies in Honour of Prof. J. G. de Casparis*, 2001, págs. 25-56, 47.

33. August Johan Bernet Kempers, *Ageless Borobudur: Buddhist Mystery in Stone, Decay and Restoration, Mendut and Pawon, Folklife in Ancient Java*, 1976, págs. 109-119, láminas 32, 79, 201 (descripciones de barcos); Himanshu Ray, comunicación

personal, 24 de octubre de 2018.

34. Jan Wisseman Christie, «Javanese Markets and the Asian Sea Trade Boom of the Tenth to Thirteenth Centuries A.D.», *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 41.3, 1998, 344-381, 348 (gremios de mercaderes), 350 (funcionarios mercantiles), 352, 353 (alazor y pimentero), 356 (alfareros), 360 (vendedoras), 360 (importación de monedas chinas).

35. Jan Wisseman Christie, correo electrónico, 10 de diciembre de 2018. Véase su «Preliminary Notes on Debt and Credit in Early Island Southeast Asia», en D. Henley y P. Boomgaard (comps.), *Credit and Debt in Indonesia, 860-1930: From Peonage to Pawnshop, from Kongsi to Cooperative*, 2009, págs. 41-60, 178-190.

36. Anthony Reid, comunicación personal, 30 de marzo de 2018.

37. G. F. Hourani, *Arab Seafaring in the Indian Ocean in Ancient and Early Medieval Times*, 1951, 1995, págs. 89-105.

38. Dato Dr Nik Hassan Shuhaimi Nik Abdul Rahman (comp.), *The Encyclopedia of Malaysia: Early History*, tomo 4, 1998, pág. 76.

39. Geoff Wade, «An Early Age of Commerce in Southeast Asia, 900-1300 CE», *Journal of Southeast Asian Studies* 40.2, 2009, págs. 221-265.

40. John W. Chaffee cuestiona estos datos en *The Muslim Merchants of Premodern China*, pág. 48. Véase también Howard Levy, *Biography of Huang Ch'ao*, traducciones de la historia de las dinastías chinas 5, 1961, págs. 109-121 (fuentes árabes); Valerie Hansen, *The Silk Road: A New History with Documents*, 2016, págs. 266-267.

41. John W. Chaffee, *The Muslim Merchants of Premodern China*, 2018, pág. 52.

42. O. W. Wolters, «Tambralinga», *Bulletin of the School of Oriental and African Studies* 21.3, 1958, págs. 587-607, 605; *Song Huiyao*, Fanyi 7:20b (edición Shanghai guji chubanshe), tomo 16, 2014, pág. 9.948.

43. Jan Wisseman Christie, «The Medieval Tamil-Language Inscriptions in Southeast Asia and China», en Pierre-Yves Manguin (comp.), *Southeast Asian Archaeology*, 1994, 1998, págs. 241 (ascenso de los Chola), 244 (inscripción del año 883), 244-245 (cambio de destinos comerciales), 246 (composición de la comunidad mercantil), 249 (desaceleración económica), 254 (incursiones de los Chola en el sureste asiático).

44. David Ludden, *Peasant History in South India*, 1985.

45. Gokul Seshadri, «New Perspectives on Nagapattinam», en Hermann Kulke y otros, *Nagapattinam to Suvanadwipa: Reflections on the Chola Naval Expeditions to Southeast Asia*, 2009, págs. 121-128; Peter Schalk (ed.), *Buddhism Among Tamils in Pre-Colonial Tamilakam and Ilam*, tomo 2, 2002, págs. 513-670, 596.

46. George W. Spencer, *The Politics of Expansion: The Chola Conquest of Sri Lanka and Srivijaya*, 1983, págs. 5-6 (resultados de la conquista), 34 (conquistas de Rajaraja I), 44 (campaña de Rajendra en el Ganges), 60 (impuestos comerciales), 64 (retirada de Sri Lanka), 144-145 (vínculos con otros países).

47. Spencer, *The Politics of Expansion*, págs. 54-56, traducción de un pasaje de la crónica histórica de Sri Lanka titulado *Cūlavasa* 55.16-22.

48. Hermann Kulke, «The Naval Expeditions of the Cholas in the Context of Asian History», en Kulke y otros, *Nagapattinam to Suvarnadwipa*, y los ensayos de Noboru Karashima y Tansen Sen.

49. Spencer, en *The Politics of Expansion*, págs. 138-139, cita la traducción que figura en K. A. Nilakanta Sastri, *Sri Vijiya*, pág. 80.

50. Kulke y otros, *Nagapattinam to Suvanadwipa*, pág. 12.

51. A. Meenakshisundararajan, «Rajendra Chola's Naval Expedition and the Chola Trade with Southeast Asia», en Kulke y otros, *Nagapattinam to Suvanadwipa*, págs. 168-177, 170. Véase también el mapa que hay en la guarda de este libro.

52. Burton Stein, «Coromandel Trade in Medieval India», en John Parker (comp.), *Merchants & Scholars: Essays in the History of Exploration and Trade Collected in Memory of James Ford Bell*, 1965, págs. 49-62; N. A. Nilakanta Sastri, «A Tamil Merchant-guild in Sumatra», *Tijdschrift voor Indische taal-, land-, en volkenkunde* 72, 1932, págs. 314-327, 322-324.

53. John Guy, «Tamil Merchant Guilds and the Quanzhou Trade», en Angela Schottenhammer (comp.), *The Emporium of the World: Maritime Quanzhou, 1000-1400*, 2001, págs. 283-308, 291 (Baros, gremio de Sumatra), 294 (contratación de mercenarios), 295-296 (inscripción tamil en Quanzhou), 206-302 (restos de templos).

54. Tansen Sen, Buddhism, *Diplomacy, and Trade: The Realignment of Sino-Indian Relations*, 600-1400, 2003, pág. 224.

55. Michael D. Coe y Damian Evans, *Angkor and the Khmer Civilization*, 2003, 2018, págs. 11 (dimensiones del yacimiento), 116 (rasgos de la civilización clásica de Angkor), 163 (dimensiones de la Tercera Galería), 188 (Zhou Daguan habla de importaciones y exportaciones), 189 (caza del martín pescador), 209 (cerámica importada de China), 212-214 (telas y vestidos), 239 (rasgos posclásicos).

56. Julia Wallace, «Cambodia's Hidden Cities: Aerial Laser Imaging», *New York Times* (20 de septiembre de 2016). D1, D5.

57. Roland Fletcher y otros, «Angkor Wat: An Introduction», *Antiquity* 89.348, 2015, págs. 1.388-1.401, 1.396.

58. Damian Evans y Roland Fletcher, «The Landscape of Angkor Wat Redefined», *Antiquity* 89/348, 2015, págs. 1.402-1.419, 1.410-1.411.

59. M. C. Ricklefs, *Mystic Synthesis in Java: A History of Islamicization from the Fourteenth to the Early Nineteenth Centuries*, 2006, págs. 12-21.

60. Zhou Daguan, *Zhenla Fengtu ji jiaozhu* (edición Zhonghua shuju, 2000, págs. 141-142 (productos locales), 148 (artículos chinos); Zhou Daguan, *The Customs of Cambodia*, 2001, págs. 59-60 (productos locales), 63 (artículos chinos).

61. Li Tana, «A View from the Sea: Perspectives on the Northern and Central Vietnamese Coast», *Journal of Southeast Asian Studies* 37.1, 2006, págs. 83-102, 95-96; Momoki Shiro, «Dai Viet and the South China Sea Trade: From the 10th to the 15th Century», *Crossroads* 12.1, 1998, págs. 1-34, 20.

62. John K. Whitmore, «Vân Đôn, the 'Mc Gap,' and the End of the Jiaozhi Ocean System», en Nola Cooke y otros, *The Tongking Gulf Through History*, 2011, págs. 101-116.

63. John K. Whitmore, *Vietnam, Hồ Quý Ly, and the Ming (1371-1421)*, 1985, pág. 112.

64. Tatsuro Yamamoto, «Van-don: A Trade Port in Vietnam», *Memoirs of the Research Department of the Toyo Bunko* 39, 1981, págs. 1-32, 5 (ropa, comida y bebida chinas), 10 (pescadores de perlas). Esta es la traducción de un artículo japonés publicado en Tōhō Gakuhō 9, 1939, págs. 277-309; el pasaje original aparece en Chen Weiwen (comp.) *Qinding Yueshi tongjian gangmu* (edición de la Biblioteca Central de Taipéi, 1969), 13: págs. 1.549-1.550.

1. Angela Schottenhammer, «China's Emergence as a Maritime Power», en John W. Chaffee y Denis Twitchett (comps.), *The Cambridge History of China*, tomo 5, parte 2: *Sung China, 960-1279*, 2015, págs. 437-525, 512-518.

2. Dato Dr Nik Hassan Shuhaimi Nik Abdul Rahman (comp.), *Encyclopedia of Malaysia*, tomo 4: *Early History*, 1998, pág. 87.

3. Paul Wheatley, «Geographical Notes on Some Commodities Involved in Sung Maritime Trade», *Journal of the Malayan Branch of the Royal Asiatic Society* 32.2, 1959, págs. 3-139, 22-23 (impuestos variables sobre las mercancías finas), 25-26 (designación de superintendentes comerciales), 6972 (palo áloe).

4. Yang Zhishui, «L'Encens sous Les Song (960-1279) et les Yuan (1279-1368)», en Éric Lefebvre (comp.), *Parfums de Chine: la culture de l'encens au temps des empereurs*, 2018, págs. 68-75.

5. Murasaki Shikibu, Fernando Gutiérrez (trad.), 2000.

6. Tanaka Fumio, *Kokusai kōeki to kodai Nihon*, 2012, pág. 180.

7. Melissa McCormick, *The Tale of Genji: A Visual Companion*, 2018, págs. 149-151.

8. Dennis Washburn, profesor de literatura, cultura y sociología asiáticas en el Dartmouth College, correo electrónico, 2 de octubre de 2019.

9. Joseph Needham, «Constituents of Incense, and Other Aromatics», en *Science and Civilisation in China*, tomo 5: *Chemistry and Chemical Technology, Part II, Spagyrical Discovery and Invention: Magisteries of Gold and Immortality*, 1974, pág. 137 (tabla 94); Olivia Milburn, «Aromas, Scents, and Spices: Olfactory Culture in China Before the Arrival of Buddhism», *Journal of the American Oriental Society* 136.3, 2016, págs. 441-464; Frédéric Obringer, «Dans l'empire de fous de parfums. Une introduction au monde des senteurs en Chine impériale», en Éric Lefebvre (comp.), *Parfums de Chine*, 2018, págs. 10-24.

10. Anya H. King, *Scent from the Garden of Paradise: Musk and the Medieval Islamic World*, 2017; Paul Freedman, *Out of the East: Spices and the Medieval Imagination*, 2008, págs. 15-16.

11. Jenny F. So, «Scented Trails: Amber as Aromatic in Medieval China», *Journal of the Royal Asiatic Society*, 3rd Series, 23.1, 2013, págs. 85-101, 90; Edward Schafer, *Golden Peaches of Samarkand*, 1963, pág. 155.

12. John Chaffee, *The Muslim Merchants of Premodern China: The History of a Maritime Asian Trade Diaspora*, 750-1400, 2018, págs. 27-28.

13. Duan Chengshi, *Youyang zazu* 4: 25, edición Sibu congkan, a la que tuve acceso gracias a la base de datos Zhongguo jiben gujiku; Carrie E. Reed, «Motivation and Meaning of a 'Hodge-podge': Duan Chengshi's 'Youyang zazu'», *Journal of the American Oriental Society* 123.1, 2003, págs. 121-145.

14. Julie Wilensky, «The Magical Kunlun and 'Devil Slaves': Chinese Perceptions of Dark-Skinned People and Africa Before 1500», *Sino-Platonic Papers* 122, 2002, págs. 1-51.

15. Wang Gungwu, «The Nanhai Trade: A Study of the Early History of Chinese Trade in the South China Sea», *Journal of the Malayan Branch of the Royal Asiatic Society* 31.2, 1958, págs. 1-135; Hugh R. Clark, *Community, Trade, and Networks: Southern Fujian Province from the Third to the Thirteenth Century*, 1991, pág. 49.

16. Huang Chunyan, *Songdai haiwai maoyi*, 2003, págs. 129-132; Abū Zayd al-Sīrāfī, *Accounts of China and India*, 2017, pág. 17.

17. Michael Flecker, *The Archaeological Excavation of the Tenth Century Intan Shipwreck, Java Sea, Indonesia*, BAR International Series S1047, 2002; Michael Flecker, «Treasure from the Java Sea: The Tenth-Century Intan Shipwreck», *Heritage Asia Magazine* 2.2 (2004- 2005); disponible en internet.

18. Denis Twitchett y Janice Stargardt, «Chinese Silver Bullion in a Tenth-Century Indonesian Wreck», *Asia Major* 15.1, 2002, págs. 23-72, 25 (valor de la plata), 41 (naturaleza del pago).

19. Horst Hubertus Liebner, *The Siren of Cirebon: A Tenth-Century Trading Vessel Lost in the Java Sea*, tesis doctoral, Universidad de Leeds, 2014, págs. 85 (tonelaje), 304 (cantidad de cerámica que transportaban los barcos hundidos).

20. Robert K. G. Temple, *The Genius of China: 3,000 Years of Science, Discovery, and Invention*, 1986, págs. 148-157.

21. Chaffee, *Muslim Merchants*, págs. 81-83.

22. H. A. R. Gibb (trad.), *The Travels of Ibn Battuta, A.D. 1325-1354*, 1994, 4, págs. 813-814.

23. *Song Huiyao*, Zhiguan 44, pág. 2 (edición Shanghai guji chubanshe, 2014), tomo 7, pág. 4.204; Derek Heng, *Sino-Malay Trade and Diplomacy from the Tenth Through the Fourteenth Century*, 2009, pág. 73.

24. Chaffee, *Muslim Merchants*, págs. 65-75.

25. *Song Huiyao*, Zhiguan 44: 3 (edición Shanghai guji chubanshe, 2014), tomo 7, pág. 4.204.

26. Con respecto al año 1141, véase Song Huiyao, Zhiguan 44:25 (edición Shanghai guji chubanshe, 2014), tomo 7, pág. 4.216.

27. Nap-Yin Lau, «Waging War for Peace? The Peace Accord Between the Song and the Liao in AD 1005», en Hans van de Ven (comp.), *Warfare in Chinese History*, 2000, págs. 183-221, 213.

28. Shiba Yoshinobu, «Sung Foreign Trade: Its Scope and Organization», en Morris Rossabi (comp.), *China Among Equals: The Middle Kingdom and Its Neighbors, 10th-14th Centuries*, 1983, págs. 89-115, 98; Brian Thomas Vivier, *Chinese Foreign*

Trade, 960-1276, tesis doctoral, Universidad de Yale, 2008.

29. Richard von Glahn, «The Origins of Paper Money in China», en William N. Goetzmann y K. Geert Rouwenhorst (comp.), *The Origins of Value: The Financial Innovations That Created Modern Capital Markets*, 2005, págs. 65-89.

30. Paul J. Smith, *Taxing Heaven's Storehouse: Horses, Bureaucrats, and the Destruction of the Sichuan Tea Industry, 1074-1224*, 1991.

31. Friedrich Hirth y W. W. Rockhill (trad.), *Chau Ju-kua, His Work on the Chinese and Arab Trade in the Twelfth and Thirteenth Centuries, Entitled Chu-fan-chi*, 1911, pág. 111; Zhao Rukuo, *Zhufan zhi jiaoshi*, 1996, pág. 86; Wu Wenliang y Wu Youxiong, *Quanzhou zongjiao shike*, 2005.

32. Nancy Shatzman Steinhardt, *China's Early Mosques*, 2015, págs. 38-52.

33. Chaffee, *Muslim Merchants*, 2018, págs. 80-81 (el comercio a granel sustituye a los artículos de lujo), 141-142 (tumbas árabes en Quanzhou).

34. Clark, *Community, Trade, and Networks*, págs. 32-37 (origen del comercio en Quanzhou), 129 (número extraordinariamente alto de residentes extranjeros).

35. *Fangyu shenglan*, prólogo fechado en 1239, 12:6a, edición Siku quanshu, a la que tuve acceso gracias a la base de datos Zhongguo jiben gujiku.

36. Chao Buzhi (1053-1110), Jileji 70, pág. 370. Edición *Sibu congkan*, a la que tuve acceso gracias a la base de datos Zhongguo jiben gujiku; Huang, *Songdai haiwai maoyi*, 185n1.

37. Huang, *Songdai haiwai maoyi*, págs. 101-103 (inversión en barcos), 103 (inversora china), 120-121 (calle donde vivían los mercaderes extranjeros), 147, 162-163 (mayoristas y compra directa de cargamentos), 186 (superintendente comercial de Quanzhou), 223-224 (Quanzhou supera a Cantón).

38. Yiwen Li, *Networks of Profit and Faith: Spanning the Sea of Japan and the East China Sea, 838-1403,* tesis doctoral, Universidad de Yale, 2017.

39. Don J. Wyatt, *The Blacks of Premodern China*, pág. 43 (Cantón), 48-60 (Zhu Yu).

40. El libro se titula *Pingzhou ketan* (temas de conversación sobre Pingzhou) porque Zhu Yu se retiró a esa ciudad, situada en la actual Huanggan, Hubei. Véase la edición Song Yuan biji congshu, 1989, págs. (2) 25 (llegada de los barcos, bebidas más populares), (2) 26 (brújula). Véase también Derek Heng, «Shipping, Customs Procedures, and the Foreign Community: The 'Pingzhou Ketan' on Aspects of China's Maritime Economy in the Late Eleventh Century», *Journal of Song-Yuan Studies* 38, 2008, págs. 1-38.

41. Zhu, *Pingzhou ketan*, 2: 26.

42. Zhu, *Pingzhou ketan*, 2: 28, 56.

43. Véase una explicación de qué es el kwashiorkor en <https://instituciones.sld.cu/ppe/2017/11/23/que-es-kwashiorkor/>. Agradezco a John Southworth sus valiosas observaciones.

44. Ouyang Xiu, *Guitian lu* 2: 10b. Edición Baihai; tuve acceso a la impresión Ming gracias a la base de datos Zhongguo jiben gujiku.

45. William Guanglin Liu, «The Making of a Fiscal State in Song China, 960-1279», *Economic History Review* 68.1, 2014, págs. 48-78.

46. *Song Huiyao*, Zhiguan 44: 20 (edición Shanghai guji chubanshe, 2014), tomo 7, págs. 4.213, 4.214; John Chaffee, «The Song Dynasty and the Multi-State and Commercial World of East Asia», *Crossroads: Studies on the History of Exchange Relations in the East Asian World* 1, 2010; disponible en internet.

47. Jung-Pang Lo, «The Emergence of China as a Sea Power During the Late Sung and Early Yuan Periods», *Far Eastern Quarterly* 14.4, 1955, págs. 489-503, especialmente 499n37; Li Xinchuan, *Jianyan yilai chaoye zaji*, Parte 1, juan 15, pág. 211; edición Yuhai 1883 186: 11.

48. Lefebvre (comp.) *Parfums de Chine*, págs. 72-73, ilustración 4 (regalos para la corte), 75 (primeras varitas de incienso).

49. Huang, *Songdai haiwai maoyi*, 210, citando *Dongjing menghua lu* y *Mengliang lu*.

50. Robert Hartwell, «Foreign Trade, Monetary Policy and Chinese 'Mercantilism'», en Kinugawa Tsuyoshi (comp.), Liu Tzu-chien hakushi shoshū kinen Sōshi kenkyū ronshū, 1988, pág. 456, llama a este levantamiento «The Frankincense Rebellion», pero las fuentes (biografía de Zhu Xi *(xingzhuang)* en *Hui'an xiansheng Zhu Wengong wenji*, 97.4a; *Songshi* 185: 4.358) no dan detalles al respecto.

51. Hartwell, «Foreign Trade», págs. 477-480 (apéndice, tabla IV, «Medical Use of Foreign Commodities for Specific Syndromes of Symptoms, Tang, N. Song, S. Song»).

52. Asaf Goldschmidt, *The Evolution of Chinese Medicine Song Dynasty, 960-1200*, 2009, págs. 123-136.

53. Hartwell, «Foreign Trade», 480 (apéndice, tabla V, «Number and Percentage of Foreign Commodities Contained in a Sample of 300 Recipes for Incense»; Chen Jing, *Chenshi xiangpu*, edición Siku quanshu zhenben.

54. Zhou Mi, *Guixin zashi*, 1988, xuji, parte 2, pág. 197.

55. Fu Zongwen, «Houzhu guchuan: Song ji nanwai zongshi haiwai jingshang de wuzheng», *Haiwai jiaotong yanjiu* 2, 1989, págs. 77-83.

56. El clan imperial incluía a «todos los descendientes patrilineales de los fundadores de la dinastía Song, independientemente de su parentesco». John Chaffee, *Branches of Heaven: A History of the Imperial Clan of Sung China*, 1999, págs. 11-12.

57. Ma Duanlin, *Wenxian tongkao*, 2011, pág. 259: 7.066; Clark, *Community, Trade, and Networks*, pág. 140.

58. En 1080, la prefectura de Quanzhou tenía 201.406 hogares; en 1241, 255.758. Clark, *Community, Trade, and Networks*, pág. 77. Para Baghdad, véase Maya Shatzmiller, *Labour in the Medieval Islamic World*, 1994, pág. 62. Para Kaifeng y Hangzhou, véase Bao Weimin, *Songdai Chengshi Yanjiu*, 2014, págs. 304-305.

59. Clark, *Community, Trade, and Networks*, págs. 158-163 (la población participa en la agricultura), 163-167 (trabajadores de los sectores ajenos a la agricultura).

60. So Kee Long, «The Trade Ceramics Industry in Southern Fukien During the Sung», *Journal of Song-Yuan Studies* 24, 1994, págs. 1-19, 13 (número estimado de buques por disparo), 14 (porcentaje de la población que trabajaba en el comercio de la cerámica). La estimación del profesor So de tres millones para la población de Fujian es demasiado baja. Estaba mucho más cerca de los cinco millones en opinión del Profesor Lu Xiqi, del Departamento de Historia de la Universidad de Wuhan (21 de abril de 2019, correo electrónico), cuya estimación se basa en la cifra de 6.214.195 para 1283-1285, según se indica en Yuanshi 26: 1.504.

61. Richard von Glahn, «Cycles of Silver in Chinese Monetary History», en Billy K. L. So (comp.), *The Economy of Lower Yangzi Delta in Late Imperial China: Connecting Money, Markets, and Institutions*, 2013, págs. 18-25; «The Ningbo-Hakata Merchant Network and the Reorientation of East Asian Maritime Trade, 1150-1350», *Harvard Journal of Asiatic Studies* 74.2, 2014, págs. 249-79, 252 (política china respecto al papel moneda), 258 (uso de las monedas chinas en Japón).

62. Yang Zhishui, *Gushiwen mingwu xinzheng*, 2004, tomo 1: págs. 115-16; Valerie Hansen, «The Beijing Qingming Scroll and Its Significance for the Study of Chinese History», *Journal of Song-Yuan Studies*, 1996, sección 25.

63. Shiba Yoshinobu, *Commerce and Society in Sung China*, Michigan Abstracts of Chinese and Japanese Works on Chinese History, 1970, págs. 160 (traducción de la historia del mercado de Shaoxing en *Jiatai Kuaiji zhi* 7: 9b), 162-63 (traducción sobre el mercado de Chengdu a partir de Du Zheng, *Xingshang tanggao*, juan 1).

64. Para el epitafio de Zhao, véase *Kaogu* 19, 1987, págs. 956-957; traducción alemana de Angela Schottenhammer, *Grabinschriften in der Song-Dynastie*, 1995, págs. 172-174.

65. Friedrich Hirth y W. W. Rockhill (trad.), *Chau Ju-kua, His Work on the Chinese and Arab Trade in the Twelfth and Thirteenth Centuries, Entitled Chu-fan-chi*, 1911, pág. 111; Zhao Rukuo, Zhufan zhi jiaoshi, 1996.

66. Huang, *Songdai haiwai maoyi*, págs. 115-116.

67. La divinidad taoísta, el Emperador de los Cielos Sombríos (Xuantian shangdi), es nombrado Mariscal Tian Du del Palacio de los Inmortales del Agua. (Shuixian gong Tian Du yuanshuai.)

68. Heng, *Sino-Malay Trade*, pág. 136.

69. Hirth y Rockhill, *Chau Ju-kua*, pág. 149; Zhao, *Zhufanzhi jiaoshi*, pág. 127.

70. Hirth y Rockhill, *Chau Ju-kua*, pág. 232; Zhao, *Zhufanzhi jiaoshi*, pág. 207.

71. Qin Jiushao, *Shushu jiuzhang*, 17, págs. 119-20; Shiba, *Commerce and Society*, 32; Ulrich Libbrecht, *Chinese Mathematics in the Thirteenth Century*, 1973, págs. 152-62.

72. Jeremy Green, «The Song Dynasty Shipwreck at Quanzhou, Fujian Province, People's Republic of China», *International Journal of Nautical Archaeology and Underwater Exploration* 12.3, 1983, págs. 253-61. Los primeros informes chinos sobre el naufragio se publicaron en *Wenwu*, 1975, págs. 1-34, y ahora ha aparecido una versión actualizada del informe en chino e inglés: Fujian Sheng Quanzhou haiwai jiaotong shi bowuguan (comp.), *Quanzhou wan Songdai haichuan fajue yu yanjiu*, 2017,

págs. 16-18, 99-100 (decoración de la quilla); 26-31, 105-6 (sustancias aromáticas); 32-36, 106-7 (etiquetado de la carga); 83-87, 148-52 (hundimiento del barco). En el otoño de 2016, también visité varias veces el Museo de los Naufragios de Quanzhou, ubicado en el recinto de Kaiyuansi.

73. Janice Stargardt, «Behind the Shadows: Archaeological Data on Two-Way Sea-Trade Between Quanzhou and Satingpra, South Thailand, 10th-14th Century», en Angela Schottenhammer (comp.), *The Emporium of the World: Maritime Quanzhou, 1000-1400,* 2001, págs. 309-93, 373 (indicios de reparaciones), 375 (hipótesis del barreno).

74. Fu Zongwen, «Houzhu guchuan: Song ji nanwai zongshi haiwai jingshang de wuzheng», *Haiwai jiaotong yanjiu* 2, 1989, págs. 77-83.

75. John W. Chaffee, «Pu Shougeng Reconsidered: Pu, His Family, and Their Role in the Maritime Trade of Quanzhou», en Robert J. Antony y Angela Schottenhammer (comps.), *Beyond the Silk Roads: New Discourses on China's Role in East Asian Maritime History*, 2017, págs. 63-75; Kuwabara Jitsuzō, «On P'u Shou-keng», *Memoirs of the Research Department of the Tōyō Bunko* 2, 1928, págs. 1-79; 7, 1935, págs. 1-104, 57-59.

76. Billy K. L. So, *Prosperity, Region, and Institutions in Maritime China: The South Fukien Pattern, 946-1368,* 2000, págs. 107-114, 302-305.

77. John Chaffee, «The Impact of the Song Imperial Clan on the Overseas Trade of Quanzhou», *The Emporium of the World*, págs. 34-35.

78. Ronald Latham (trad.), *The Travels of Marco Polo*, 1958, pág. 237.

79. Latham, *The Travels of Marco Polo*, págs. 237-238.

80. H. A. R. Gibb (trad.), *The Travels of Ibn Battuta, A.D. 1325-1354,* 1994, 4, págs. 813-814.

81. *Dade nanhaizhi* 7:17b, edición Song Yuan difangzhi congshu xubian, pág. 1.412; Shiba, «Sung Foreign Trade», 105.

82. Heng, *Sino-Malay Trade*, págs. 136 (sistema de clasificación), 138 (nomenclátor de Cantón); *Dade nanhai zhi*. Edición Song Yuan difangzhi congkan xubian, 1990, 7:19a-20b.

83. Hirth and Rockhill, *Chau Ru-kua*, págs. 75, 79n2; Zhao, *Zhufan zhi*, págs. 54-55.

84. Burton Watson, *Chuang Tzu: Basic Writings*, 1964, págs. 97.

85. Huang Chunyan, *Zao chuanye shiye xia de Songdai shehui*, 2017, págs. 216-217; Joseph Needham, *Science and Civilisation in China*, tomo 4: *Physics and Physical Technology*, parte III: *Civil Engineering and Nautics*, 1971, pág. 549.

86. Zhou Qufei, *Lingwai daida jiaozhu*, 1999, págs. 36-37; Matthew Torck, «The Unimaginable and Immeasurable? China's Visions of the Pacific— Needham's Views Re-examined», en Angela Schottenhammer y Roderich Ptak (comps.), *The Perception of Maritime Space in Traditional Chinese Sources*, 2006, págs. 141-152, 146.

87. Roderich Ptak, «Ming Maritime Trade to Southeast Asia», en Claude Guillot y otros (comps.), *From the Mediterranean to the China Sea: Miscellaneous Notes*, 1998, págs. 157-91, 164; *Ming Shilu*, 201:3008; Geoff Wade, *The Ming Shi-lu*, 2 pág. 133.

88. G. F. Hourani, *Arab Seafaring in the Indian Ocean in Ancient and Early Medieval Times*, 1951, pág. 61.

89. J. V. G. Mills, *Ying yai sheng lan*: «The Overall Survey of the Ocean's Shores» [1433], 1970, págs. 6, 11, 12, 49, 59, 138.

90. Luke Stanek usó el *software* de Google Earth para calcular estas distancias.

91. Pierre Vilar, *A History of Gold and Money, 1450-1920*, 1976, pág. 57.

1. Daniel Headrick, *The Tools of Empire: Technology and European Imperialism in the Nineteenth Century*, 1981, págs. 58-79.

2. Según qué fuentes, se llamaba Cana o Canaca. Sanjay Subrahmanyam, *The Career and Legend of Vasco da Gama*, 1997, págs. 119-28.

3. Stuart B. Schwartz and Tatiana Seijas, *Victors and Vanquished: Spanish and Nahua Views of the Fall of the Mexica Empire*, 2nd ed., 2018, pág. 38.

4. Noble David Cook, *Demographic Collapse: Indian Peru, 1520-1620*, 1981, pág. 94; Michael E. Smith, *The Aztecs*, 1996, pág. 62.

5. Neal Salisbury, «Squanto: Last of the Patuxets», en David G. Smith y Gary B. Nash (comps.), *Struggle and Survival in Early America*, 1982, págs. 228-246.

6. Shaykh Mushrifuddin Sa'di of Shiraz, *The Gulistan (Rose Garden) of Sacdi*, 2008, pág. 85; Benedikt Koehler, *Early Islam and the Birth of Capitalism*, 2014, pág. 185.

7. Mark Elvin, «The High-Level Equilibrium Trap», en Elvin (comp.), *Another History: Essays on China from a European Perspective*, 1996, pág. 38.

8. Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the World Economy*, 2000.

El año 1000
Valerie Hansen

Título original: *The Year 1000*
Publicado por acuerdo con el editor original, Scribner, un sello editorial de Simon & Schuster, Inc.

Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
Mapas: David Lindroth Inc.
Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2021
ISBN: 978-84-493-3810-6 (epub)
Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com



ÍNDICE